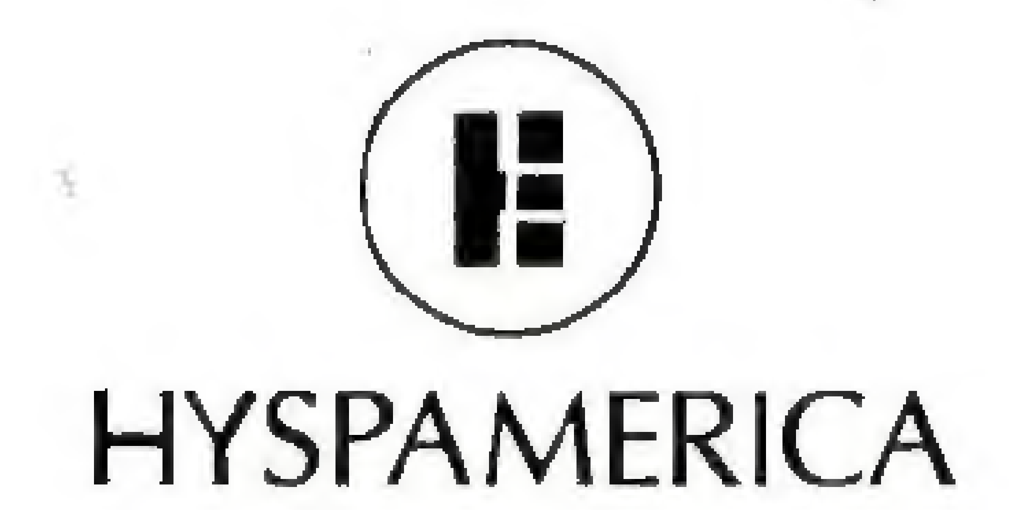
LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX

LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX





Artículos	Páginas

Las guerras de los Balcanes

El polvorín de Europa

Alberto Szpunberg,
periodista

En 1912-13, la región de los Balcanes fue escenario de dos guerras en las que se disputó la posesión de los territorios europeos del Imperio otomano. En la primera, Turquía salió derrotada, pero el Tratado de Londres (1913) no satisfizo las expectativas de los países balcánicos y se desencadenó una nueva contienda en la que cambió el sistema de alianzas anterior. En la ilustración, tropas griegas en la segunda guerra balcánica.

La decadencia del Imperio otomano avivó el sentimiento nacionalista de los pueblos balcánicos y su deseo de anexarse las posesiones europeas de los turcos. La ocasión se presentó a raíz de la guerra italo-turca (1911-12), de la que el ejército del sultán salió quebrantado. En octubre de 1912, cuatro países de la Liga Balcánica declararon la guerra a Turquía, que perdió en la contienda la mayor parte de sus territorios en Europa. Sin embargo, la pretensión de Servia, respaldada por Rusia, de tener una salida al Adriático chocó con los intereses de otras grandes potencias y con los de Bulgaria, lo que dio lugar a una nueva guerra (1913).



Las nacionalidades balcánicas

Fue Churchill quien dijo que «el pecado original de los pueblos balcánicos es de naturaleza geopolítica». El último de los grandes leones británicos sabía muy bien el caro tributo que habían pagado esos pueblos por habitar sobre un puente tendido entre Europa y Oriente. Y tan alto fue el tributo de los pueblos balcánicos que, cuando cualquier dominó de nacionalidades se viene abajo dejando un reguero de múltiples, caprichosos y a menudo fugaces nuevos Estados, se habla de «balcanización».

En efecto, el río revuelto de las nacionalidades balcánicas implicó siempre ganancias para los pescadores imperiales de turno. Básicamente, dos grandes pueblos se reparten la península: al sur, más de ocho millones de griegos, y al norte, alrededor de 25 millones de eslavos del sur (por oposición a los eslavos del oeste: polacos y checos), los cuales comprenden: búlgaros (más de 8 millones); servios (8 millones, de los cuales 1.400.000 viven en Bosnia-Herzegovina y más de 600.000 en Croacia); croatas (4.500.000, de los cuales 700.000 viven en Bosnia-Herzegovina y 200.000 en Servia); eslovenos (1.600.000); un millón de macedonios; medio millón de montenegrinos (de los cuales más de 100.000 habitan en Servia), y un millón y medio de otros eslavos del sur más a repartir entre los de fe musulmana, por una parte, y los bosnios y los herzegovinos, que no se reconocen ni servios ni croatas, por otra. A esto hay que agregar otras presencias: la de los albaneses (dos millones en la propia Albania y 900.000 en el territorio autónomo de Kosmet, hoy perteneciente a Yugoslavia), los gitanos, los judíos y los turcos, amén de diminutas comunidades que responden a influencias alemanas o italianas.

Por si esto fuera poco, las guerras por el control de este «puente» de los Balcanes levantaron un remolino de diásporas dentro de la propia península, y llevaron al injerto de otros pueblos que originariamente nada tenían que ver con los Balcanes. Por ejemplo, aún subsisten en los Balcanes comunidades cuyo origen se debe a lejanos pueblos del Imperio zarista que, entre 1860 y 1861, después de la guerra de Crimea, fueron «cedidos» por el zar al Imperio otomano y «trasladados» a la península balcánica como mera carne de cañón. En las llanuras danubianas y las costas del Mar Negro se asentaron poblaciones enteras de tártaros, mientras que en Bosnia surgieron aldeas de ucranianos, y de cherqueses en el valle de Timok y en el corazón de la Bulgaria Central.

En la sombría antesala de la Primera Guerra Mundial, las potencias europeas manipularon esta diversidad de nacionalidades para consumar su control sobre unos territorios codiciados. Para ello no titubearon en enfrentar comunidades, encender hogueras nacionalistas a los cuatro vientos y reabrir viejas heridas de cuyas cicatrices ni se acordaban los propios interesados. Para éstos, el «pecado original» de Churchill puede ser cualquier cosa, menos original.



F. X. Ralots



F. X. Ralots

Sobre estas líneas, Nicolás I de Montenegro (arriba) y Fernando I de Bulgaria (abajo); en la página siguiente, Pedro I de Servia (arriba) y Jorge I de Grecia (abajo). En octubre de 1912, los cuatro Estados de la Liga Balcánica regidos por estos monarcas declararon la guerra al Imperio otomano.

El año 1908 marcó el inicio de una nueva era para la situación política de los Balcanes. El 23 de julio de ese año, bajo el mando de los coroneles Enver Bajá y Ahmed Niyazi, las tropas turcas estacionadas en Macedonia marcharon sobre Estambul y acabaron con el dominio autocrático del sultán Abdülhamit II (r. 1876-1909). Era la hora de los Jóvenes Turcos, el momento en que, bajo una corriente de modernidad y nacionalismo, se venía abajo esa suerte de extraño mastodonte que era el Imperio otomano, una de cuyas vetustas garras seguía aferrada al costado sudoriental de Europa.

Ese mismo año, como respuesta al cambio operado en el seno del Imperio turco, el Imperio austro-húngaro decidió anexionarse formalmente las provincias de Bosnia y Herzegovina, que desde 1878 se hallaban bajo su administración fiduciaria, pero que, según el derecho internacional, seguían perteneciendo al Imperio otomano.

El despertar de los Balcanes

Estos dos acontecimientos no hicieron más que aumentar la intensidad del seísmo político y social que desde hacía tiempo venía estremeciendo a los Balcanes. Los pueblos de la península se inflamaron en una oleada de nacionalismo que pretendía completar la obra liberadora y democrática iniciada en el siglo XIX. El proceso de agitación comenzó a extenderse también a amplios sectores de la población que políticamente habían permanecido hasta entonces pasivos. El zar Fernando I de Bulgaria (r. 1908-18) proclamó la independencia de su país, creando así, en política exterior, las premisas para una consolidación diplomática de Bulgaria. En Grecia, el proceso dio un giro imprevisto: el movimiento independentista de Creta, bajo el liderazgo de Eleutherios Venizelos, se extendió al continente, donde un grupo de jóvenes oficiales, a medio camino entre el nacionalismo y la democracia, dio un golpe de estado en el otoño de 1908 y sancionó definitivamente la pertenencia de Creta a Grecia.

También en 1908, la política interior de Rumania empezó a salir del inmovilismo en que aparecía sumida. Ion Bratianu, político de la izquierda liberal, comenzó a ganarse la simpatía de las capas medias y a cuestionar cada vez



F. X. Rafols



Salmer

Insurrectos macedonios apresados por soldados búlgaros (1903). La cuestión de Macedonia, sometida al yugo otomano, dividía a los Estados balcánicos con intereses en la rica provincia.



F. X. Rafols

Desembarco de tropas italianas en la isla de Rodas (mayo de 1912). La ocupación de Rodas y otras islas del Dodecaneso fue una de las consecuencias de la guerra italo-turca.

F. X. Rafols

con mayor insistencia las facultades autocráticas que aún retenía entre sus manos el monarca Carol I (r. 1881-1914). En Montenegro, por su parte, la Constitución democrática concedida por el rey Nicolás I (r. 1910-18) en 1905 era repetidamente vulnerada como consecuencia de las permanentes intrigas de la aristocracia y el descontento de un pueblo sumido en la miseria. Las condiciones políticas de Servia no eran mucho más tranquilizadoras. El hecho de contar con una Constitución democrática, que databa de 1889, no la salvaba de las desgarradoras tensiones entre la aristocracia favorable a Austria-Hungría y la burguesía nacionalista y filorrusa, en la que predominaba la izquierda liberal. La guerra de 1906 contra el Imperio austro-húngaro, a causa de los tratados aduaneros con Bulgaria, había demostrado que el nacionalismo servio era de temer y que Pedro I Karagjorgjevič, rey de Servia desde 1903, era, en este sentido, un servio nacionalista más.

Las reformas constitucionales y sociales logradas a partir de 1908 en la mayoría de las naciones balcánicas no consiguieron, en definitiva, obtener logros significativos. En casi todos los países existía un equilibrio demasiado inestable entre el poder de los monarcas, por un lado, y los gobiernos apoyados por los jóvenes partidos liberales-radicales, por otro; y esta situación era un motivo de desestabilización permanente. Un nacionalismo violento, erizado incluso de componentes imperialistas, empezó a dominar no sólo las relaciones entre los Estados de Europa Sudoriental, sino también la política interna de los distintos Estados balcánicos.

La revolución de los Jóvenes Turcos produjo el efecto pavloviano de «hacer la boca agua» a las potencias europeas, que siempre habían contemplado con avidez los territorios de Europa donde brillaba la media luna musulmana. En efecto, en un Estado nacional unitario de carácter moderno, como el que propugnaban los Jóvenes Turcos para la nueva Turquía, ya no había sitio para estos territorios, cada uno con un régimen jurídico particular. ¿Qué forma tendría que asumir la relación de vasallaje de Bulgaria hacia el sultán si éste se había convertido en un monarca constitucional? ¿Y qué habría de suce-

Cronología del conflicto

1908

Julio: *la revolución de los Jóvenes Turcos cambia el panorama interno del Imperio otomano, hecho que repercute en sus territorios europeos.*
Septiembre: *Venizelos, líder del partido liberal griego, anexiona Creta a Grecia.*
Octubre: *Fernando I se proclama zar del reino independiente de Bulgaria. Austria-Hungría teme la reclamación de los territorios turcos que administra desde la celebración del Congreso de Berlín (1878). Tras los acuerdos sobre los Balcanes firmados con Rusia, Austria-Hungría ocupa Bosnia y Herzegovina. Inquietud en Turquía, donde se decreta el boicot a los productos austríacos, e indignación en Servia y Montenegro, donde se consideraba a estas dos provincias como una futura herencia. Preparativos para una alianza entre Turquía, Servia, Montenegro y Grecia en contra del Imperio austro-húngaro. Rusia tropieza con la oposición británica para el libre paso por los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos y, creyéndose engañada por Austria-Hungría, se alinea junto a los servios para la creación del Imperio de la Gran Servia. Gran Bretaña apoya a Rusia y pide una nueva reunión internacional para replantear el* status quo *de los Balcanes.*

1909

Enero: *acuerdo secreto entre Italia y Rusia para mantener inalterada la situación balcánica. Francia se mantiene a la expectativa, al no sentirse en condiciones de afrontar una intervención militar.*
Febrero: *Alemania mantiene su «fidelidad nibelunga» hacia Austria-Hungría, pero rechaza el proyecto de un «ajuste de cuentas» austríaco con Servia.*
Marzo: *Alemania, pese a su oposición, permite el ultimátum austríaco a Servia y aconseja a Rusia que no intervenga en favor de los servios.*
Junio: *Austria-Hungría accede a devolver el sanjacado de Novi Pazar, distrito europeo administrado por Turquía, a cambio de una fuerte indemnización económica. Este acuerdo entre Austria-Hungría y Turquía distiende la situación balcánica.*
Abril: *Nicolás I de Montenegro recibe el título de rey. Continúa el clima distendido entre las potencias europeas en relación a los Balcanes.*

1911

Junio: *fundación de la sociedad secreta «Unidad o muerte» (Mano Negra) a cargo del coronel Dimitrievič, que aglutina a los elementos nacionalistas de Servia. Incremento de la carrera armamentista entre las potencias europeas.*
Septiembre: *Italia declara la guerra al Imperio otomano.*
Octubre: *tropas italianas desembarcan en Trípoli, Tobruk, Derna y Bengasi, pero encuentran muchas dificultades a causa de la resistencia indígena.*

1912

Marzo: *grandes disturbios en Albania y Turquía. Con el respaldo ruso, Bulgaria y Servia crean la Liga Balcánica, que se opone a la expansión de Austria-Hungría en el caso de un eventual reparto de los territorios turcos en Europa.*
Abril: *Grecia y Montenegro se incorporan a la Liga Balcánica. Alemania se lanza de lleno a incrementar su poderío militar.*
Mayo: *tras la anexión de Tripolitania y Cirenaica, los italianos ocupan Rodas y otras islas del Dodecaneso.*
Agosto: *el ministro francés Poincaré viaja a Rusia y manifiesta su simpatía hacia la Liga Balcánica y su oposición a una eventual expansión austrohúngara con apoyo alemán.*
Septiembre: *Gran Bretaña, preocupada por el desarrollo naval de Alemania, expresa su simpatía hacia la Liga Balcánica.*
Octubre: *estalla la* **primera guerra balcánica**. *La Liga Balcánica, con el apoyo de Rusia y el consentimiento de Gran Bretaña y Francia, inicia las hostilidades contra Turquía. Los turcos sufren graves derrotas a manos de los búlgaros, los servios y los griegos.*
Noviembre: *el ejército servio avanza hasta Durazzo, al tiempo que los búlgaros marchan sobre Estambul. La situación de Europa se vuelve crítica: Servia, respaldada por Rusia, exige un acceso al Adriático, a lo que se opone Italia, que desea la anexión de Albania.*
Diciembre: *Grecia protesta por la ocupación italiana del Dodecaneso. Austria-Hungría rechaza todo engrandecimiento territorial de Italia y Servia y, en un repentino cambio político, protege a Bulgaria, cuya presión sobre Servia y Turquía alarma a Rusia. Al borde de una generalización de la guerra, Alemania y Gran Bretaña promueven una reunión de las potencias europeas para salvar la paz. Reunión de embajadores europeos en Londres.*

1913

Mayo: *la iniciativa de paz anglogermana prospera y se firma el Tratado de Londres. Turquía cede los territorios al oeste de la línea Enos-Midia y todas las islas del mar Egeo; Grecia se anexiona Salónica, Creta y el sur de Macedonia; el norte de Macedonia pasa a Servia; Bulgaria obtiene Tracia y la costa del mar Egeo, al tiempo que cede Silistria a Rumania.*
Junio: *la paz obtenida es muy fugaz y estalla la* **segunda guerra balcánica.** *Considerándose afectada por el Tratado de Londres, Bulgaria ataca a Servia. Rumania, Grecia, Montenegro y Turquía atacan a Bulgaria en apoyo de Servia. La posible intervención de Austria-Hungría (evitada por Alemania e Italia) conduce a un enfriamiento de las relaciones entre los austrohúngaros y Rumania, ya alteradas por la rebelión de la minoría rumana en Transilvania.*
Agosto: *a consecuencia de esta segunda guerra balcánica, Bulgaria pierde Macedonia y la Drobrudja Meridional; Creta pasa definitivamente a Grecia; Albania, bajo la tutela del príncipe Wilhelm von Wied, se convierte en principado autónomo. Este nuevo, aunque precario,* status quo *es sancionado por el Tratado de Bucarest, que da fin a la segunda contienda balcánica. Sin embargo, las tensiones continúan, ya que Servia sigue reclamando un acceso al Adriático, a lo que Austria-Hungría se opone.*
Septiembre: *invasión de Albania por los servios, tras las incursiones albanesas a zonas asignadas a Servia por el Tratado de Londres. Por el Tratado de Estambul entre Bulgaria y Turquía, los turcos recuperan Adrianópolis.*
Octubre: *Austria-Hungría pide a Servia que evacue Albania; Servia cede. Nota austroitaliana pidiendo a Grecia la evacuación del sur de Albania antes del 31 de diciembre. Los Balcanes se mantienen como uno de los detonantes más peligrosos en una Europa que, convertida en polvorín, se encamina irremediablemente hacia la Primera Guerra Mundial.*





Arriba, tropas servias en Dibra tras derrotar a los turcos; abajo, heridos búlgaros en Kirk-Kilisse asistidos por la Cruz Roja y turcos prisioneros de los servios (X. 1912).

der con Bosnia, Herzegovina y el sanjacado de Novi Pazar, administrados los tres por Austria-Hungría según el Congreso de Berlín de 1878, pero sin negar su pertenencia otomana?

La política de anexión austrohúngara

La primera potencia europea que pasó a la acción en los Balcanes fue el Imperio austro-húngaro. Para Viena, la cuestión de los eslavos del sur había entrado en una fase crítica. Ya en 1907, el gobierno de Austria-Hungría había promovido con decisión el proyecto de construir una línea de ferrocarril en el sanjacado de Novi Pazar, con el explícito propósito de penetrar económicamente en toda Macedonia. Y los planes financieros de Viena iban aún más lejos: las locomotoras austrohúngaras no pensaban detenerse allí, sino no dejar de humear hasta alcanzar Salónica. Era un hecho que al régimen de Austria-Hungría no le atemorizaban demasiado Italia ni Rusia, así como tampoco las violentas protestas de Servia, que estaba directamente interesada en el asunto, ya que veía esfumarse sus anhelos de unificar en un único Estado nacional todas las regiones habitadas por servocroatas.

De golpe, el Imperio austro-húngaro decidió cambiar su política ferroviaria por otra de hechos consumados. La historia parecía marchar mucho más de prisa que los trenes. Lexa von Aehrenthal, ministro del Exterior austríaco, tomó repentinamente la decisión de restituir a Turquía el sanjacado de Novi Pazar y anexionarse cuanto antes Bosnia y Herzegovina, con el fin de deshacer de una vez para siempre la ilusión servia de asimilar a su soberanía a sus compatriotas de la otra margen del río Drina. Y del proyecto ferroviario no volvió a hablarse nunca más.

Aehrenthal podía contar con el apoyo de Alemania para su política anexionista. El príncipe Bernhard von Bülow, canciller de Alemania, era partidario de mantener la «fidelidad nibelunga» a la monarquía danubiana, pero no podía dejar de pensar que la acción austrohúngara en Bosnia y Herzegovina podía comprometer las influencias germanas en Estambul, muy fortaleci-

Arriba, principales operaciones militares en la primera guerra balcánica (1912-13).

Abajo, refugiados turcos en el puerto de Estambul huyendo del avance del ejército búlgaro.

das a raíz de la revolución de los Jóvenes Turcos. El problema era muy concreto: ¿cómo mantener la «amistad» con dos amigos que se enemistan entre sí? «Nibelungos» sí, pero hasta cierto punto...

Más delicada era la cuestión de la actitud que adoptarían Rusia e Italia. Según un acuerdo austrorruso de los Balcanes, firmado en 1897, Austria-Hungría estaba obligada a informar a Rusia antes de provocar un cambio del *status quo* balcánico. También Italia, de acuerdo con la Triple Alianza conformada por Roma, Viena y Berlín, podía reclamar ser consultada en este caso y exigir una compensación. Por último, con sólo invocar el Congreso de Berlín de 1878, cualquier potencia europea podía elevar su protesta ante Austria-Hungría, ya que todas habían coincidido en conferir a Viena sólo un control administrativo de esos territorios que la monarquía danubiana ya consideraba suyos.



Contradanza de las cancillerías

El ministro Aehrenthal echó mano a toda su sagacidad de viejo político. El 16 de septiembre de 1908 invitó a conferenciar en Buchlau, Moravia, a Aleksandr Izvolskij, canciller de Rusia. Le prometió todo el apoyo de Austria-Hungría a la reivindicación rusa de utilizar libremente los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, ya que, después de la pérdida de Port Arthur, Rusia quería trasladar la mayor parte de su flota al Mar Negro. A cambio, Aehrenthal obtuvo de Izvolskij la seguridad de que Rusia no se opondría a una anexión de Bosnia y Herzegovina simultánea a una renuncia a Novi Pazar. De hecho, más que la neutralidad rusa, Aehrenthal había obtenido la renuncia implícita de Rusia a sus aspiraciones en los Balcanes. Cuando el resultado del encuentro de Buchlau se comunicó a San Petersburgo, la suerte estaba ya echada: junto a la indignación ante la anexión de Bosnia y Herzegovina, entre los servios creció el sentimiento de que los rusos, sus aliados de siempre, los habían vendido a cambio de una salida al Mediterráneo. Mientras veía morir su influencia



Arriba, principales operaciones militares en la segunda guerra balcánica (VI-VII. 1913).

Abajo, oficiales y soldados del ejército búlgaro en Tracia, en la campaña de 1912.

en los Balcanes, San Petersburgo pasaba revista a sus ejércitos y se daba cuenta de que no estaba para vivir aventuras militares, sobre todo cuando el vecino Imperio alemán se había colocado incondicionalmente al lado de los intereses austrohúngaros. Por último, Francia, esa extraña aliada de Rusia, ya había dejado las cosas en claro: su ejército aún no se encontraba a punto para comprometerse en una guerra.

A la diplomacia rusa no le quedó otra salida que esgrimir los acuerdos de la Conferencia de Berlín, de la que ya nadie quería acordarse, y reclamar que el problema de la anexión no se resolviese unilateralmente por parte de Austria-Hungría, sino de forma conjunta por las grandes potencias. Pero no era momento de derechos sino de hechos, y bien contundentes. Presionada al máximo por Alemania, Rusia terminó por declararse de acuerdo con la anexión de Bosnia y Herzegovina, e indujo a Servia a ceder también. Aunque a regañadientes, los servios terminaron por resignarse. No en vano, el conde Von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austrohúngaro, y Helmuth von Moltke, su colega alemán, ya habían trazado sus planes militares para «eliminar el foco revolucionario servio». Abandonados por los rusos, los servios prefirieron la paz al suicidio.

Crece la tensión

La llamada «crisis de Bosnia» terminó, por consiguiente, con un brillante éxito de las potencias centrales y con la humillación de Rusia. Pero las consecuencias de la crisis fueron tanto o más contundentes que la crisis misma. San Petersburgo se convenció de que toda política paneslava en los Balcanes chocaría en primer lugar con Alemania, y Nicolás II llegó a decir públicamente: «Hay que prepararse, porque en el futuro será inevitable el enfrentamiento con los alemanes.» Por otra parte, la hostilidad del movimiento radical servio contra Austria-Hungría creció hasta límites insospechados, y se extendió a parte de la anexada Bosnia.

Pero aún había más: irritada por haber sido dejada de lado en toda la cuestión de Bosnia, Italia resucitó su

La agitación social en la península

El fantasma que, según Marx, comenzó a rondar el mundo durante el siglo pasado, no se olvidó de los Balcanes, y sus andanzas aún repercuten (quizá con más fuerza, aunque menos estruendosamente) en nuestros días. Pese a los numerosos atentados y a la contundencia de sus acciones, puede decirse que los movimientos revolucionarios, sustentados por una amalgama contradictoria de elementos socialistas y nacionalistas, tuvieron escasa importancia hasta 1914. En ninguno de los países balcánicos existía un proletariado industrial lo bastante numeroso como para proporcionar la base de un gran desarrollo de los sindicatos obreros, y aunque los socialistas intentaron asentarse en los medios rurales, su éxito fue muy reducido. Sobre la mayor parte de la península, la forma predominante de producción agrícola era el cultivo en pequeña escala, con técnicas muy rudimentarias. Excepto en Rumania, había pocos latifundios y no muchos labradores sin tierra. Y la situación de los campesinos variaba demasiado de un lugar a otro. Pero, aunque más o menos acomodados, la mayoría de ellos cultivaba sus pequeñas parcelas sin trascender las fronteras de la autosubsistencia. La exportación de productos de cultivo se daba sólo en algunas regiones, como Macedonia, dedicada al cultivo del tabaco. Las industrias urbanas eran principalmente de tipo artesanal. Las pocas fábricas existentes, en su mayoría textiles, estaban financiadas casi todas por capital extranjero. El nivel de vida era precario; y la mayor parte de los terrenos de los agricultores se veían gravados por una despiadada y a menudo arbitraria política fiscal. Por otra parte, el exceso de población agravaba el desempleo, sobre todo durante el invierno. La emigración forzosa a Estados Unidos, a Rusia, a Egipto e incluso al Sudán, terminaba siendo la única opción para aldeas enteras que se lanzaban a los caminos en sus carromatos, impulsadas por el hambre y la desesperación.

El destino de los dirigentes revolucionarios balcánicos, en medio de una represión feroz e indiscriminada, solía ser tan azaroso como trágico. La compleja cuestión nacional dividía y a veces enfrentaba incluso a los propios activistas.



Camera Press/Zardoya



F. X. Ralota





Salmer

En ambas páginas, tres imágenes de la primera guerra balcánica. Arriba, tropas turcas retirándose a Estambul; abajo, oficiales del Estado Mayor búlgaro durante el asedio a Adnanópolis (izquierda) y soldados búlgaros bajo la cúpula de la gran mezquita de aquella ciudad (derecha), tras ocuparla el 26 de marzo de 1913. Derrotado en todos los frentes, el Imperio otomano perdió en su primera confrontación con los países de la Liga Balcánica 150.000 km² de sus posesiones en el continente europeo, un botín cuyo reparto daría lugar a la segunda guerra balcánica

Rakovski, la «balcanización» de un revolucionario

Cristian Rakovski, a quien nadie duda en considerar el líder más capaz del movimiento socialista balcánico, nació en Bulgaria, en 1873. Se crió en la Dobrudja, y de buenas a primeras vio cambiar su nacionalidad cuando este territorio quedó sujeto a la soberanía de Rumania. Empezó sus actividades socialistas en Bulgaria cuando apenas era un escolar, razón por la que no se le permitió continuar sus estudios superiores. Sus padres le enviaron a Ginebra para que completara su educación, pero allí conoció a Plejánov y no pudo (ni quiso) sustraerse a su influencia. Expulsado de Suiza, pasó a Alemania, donde se vinculó al movimiento espartaquista de Karl Liebknecht. Pero tampoco allí iba a ser tolerado por mucho tiempo. Expulsado de Prusia en 1894, se dirigió a Francia. En Montpellier pudo por fin acariciar el título de doctor en Medicina. Dos años más tarde, de regreso a Bulgaria, publicó Rusia y Oriente, *un folleto destinado a denunciar el expansionismo zarista. Su condición de médico no le salvó de un nuevo destierro, esta vez de nuevo en la Dobrudja. Allí se incorporó al Ejército, en el servicio de Sanidad, pero en 1907, al solidarizarse con los levantamientos campesinos, fue expulsado de las filas y del territorio de Rumania bajo el pretexto de que «el doctor Rakovski nada tiene que ver con la nacionalidad rumana...»*

Pese a la opinión del gobierno rumano, Rakovski asistió como delegado de Rumania al Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, aunque ese hecho no le impidió representar también a Servia en el Congreso de Amsterdam. Tras deambular de uno a otro país y regresar varias veces a Rumania en forma clandestina, volvió a Bulgaria en 1911 como emisario de la Internacional Socialista, donde fracasó en su intento de unificar las múltiples fracciones de izquierda. En 1912, el régimen rumano le permitió retornar, pero sólo para encarcelarlo. Permaneció en prisión hasta 1917. Expulsado de nuevo, viajó a Rusia, donde se adhirió a la revolución bolchevique, llegando a ser miembro del ejecutivo del Comité Central del Partido Comunista. Encabezó la delegación enviada por los bolcheviques para negociar con la Rada ucraniana, y en 1919 llegó a ser presidente del gobierno soviético de Ucrania. Entre 1924 y 1927 fue embajador soviético en Londres y París. Al regresar a la Unión Soviética se enfrentó con Stalin, lo que le valió la expulsión del Partido Comunista y su encarcelamiento bajo el cargo de trotskista. En 1934 fue liberado, pero por pocos años. Su oposición a la política de Stalin en relación con China y los Balcanes le convirtió en uno de los «veintiuno» juzgados en marzo de 1938. En el último momento, su condena a muerte fue conmutada por la de trabajos forzados. Su condición de «internacionalista» no le salvó de morir sin que Stalin revisara la más irónica de las acusaciones: la de ser un «agente extranjero»...

vieja reivindicación sobre Montenegro y, para que no cupiera ninguna duda de este sentimiento beligerante, Racconigi, el canciller italiano, suscribió un acuerdo con Rusia. Según ese tratado, Rusia e Italia se comprometían a «apoyar las aspiraciones nacionales de todos los pueblos balcánicos». En otras palabras, este rapto de generoso internacionalismo paneslavo no apuntaba a otra cosa que a minar la hegemonía austrohúngara en los Balcanes, arrojando leña al fuego de los múltiples nacionalismos que estaban ardiendo en la península.

Para la monarquía austrohúngara, preñada como estaba de graves conflictos nacionales, la posición adoptada por Rusia e Italia implicaba imponderables riesgos. Si la alianza entre el movimiento irredentista de los eslavos del sur y San Petersburgo se fortalecía, era evidente que los días de Austria-Hungría estarían contados. Sin embargo, hacia finales de 1909, las relaciones entre las grandes potencias europeas entraron en un remanso de cierta tranquilidad. Alemania se las ingenió para que Rusia olvidara las heridas de su maltratado orgullo imperial. Por otra parte, también encontró recursos para que Italia volviera a sentirse cómoda junto a sus viejos amigos de la Triple Alianza. Theobald von Bethmann Hollweg, el sucesor de Von Bülow en la Cancillería del Reich, llevó adelante conversaciones con Gran Bretaña entre 1909 y 1911 para alcanzar el equilibrio naval, tema que constituía una de las principales obsesiones de Berlín. Y un tratado con Francia, destinado a garantizar la no injerencia en los


F X Merola

asuntos internos de los Estados, permitió tanto a alemanes como a franceses continuar el reforzamiento militar de sus ejércitos. Se abría de este modo una era de calma que todos estaban dispuestos a disfrutar, por más que nadie ignoraba que esa calma sólo era premonitoria de futuras y más aciagas tempestades.

La situación empezó a volverse inquietante cuando, como consecuencia del reparto de Marruecos y de la pasividad de Berlín y Viena ante este hecho, la fiebre imperial contaminó también a Italia y los Estados balcánicos. Roma vio llegado el momento de instalarse en Trípoli y en Cirenaica (actual Libia). Como el sultán se oponía a esta cesión territorial, hacia finales de septiembre de 1911 Italia declaró la guerra al Imperio otomano, y se decidió no sólo a ocupar el Dodecaneso, sino también las posesiones europeas de Turquía. Alemania, a pesar de que peligraba su influencia en Estambul, no tuvo más remedio que mantenerse neutral ante la acción italiana, ya que los acuerdos de la Triple Alianza la tenían atada de pies y manos. Por otra parte, la decisión de Roma alentó las aspiraciones de los Estados balcánicos: Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro vieron llegada la hora de ajustar las cuentas con los turcos y, en consecuencia, decidieron unificar sus fuerzas en lo que se llamó la Liga Balcánica. Desde su nacimiento, el zar ruso la miró con franca simpatía y le dio su total respaldo.

La primera guerra de los Balcanes

El 8 de octubre de 1912, pese a las protestas de Austria-Hungría, la Liga Balcánica inició sus operaciones militares contra Turquía, justo en el momento en que el Imperio otomano se resignaba a firmar la paz con Italia. En pocas semanas, los búlgaros conquistaron Adrianópolis y se acercaron peligrosamente a Estambul. Los rusos, hasta ese momento tranquilos, comenzaron a inquietarse: al fin y al cabo, estando los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos en manos de los búlgaros, el acceso al Mediterráneo por parte de Rusia no era más seguro que con el Gran Turco. Nicolás II ya iba a enviar sus ejércitos para frenar a Bulgaria cuando, milagrosamente, se encargaron de hacerlo los otomanos en Chatalja. Con todo, el 4 de noviembre de 1912 Turquía pidió la mediación de las grandes potencias para detener la guerra. De golpe, Rusia había recuperado su presencia política en los Balcanes y el Imperio austro-húngaro sabía que, a la larga, esto iba a enardecer el odio de los Estados balcánicos hacia Viena. Austria-Hungría decidió anticiparse a Nicolás II y, en una maniobra por sorpresa, volvió a ocupar el sanjacado de Novi Pazar. Viena estaba decidida a cerrar a Servia la salida al Adriático y, al igual que con Montenegro, a ejercer sobre ella un control económico y político absoluto. Además, arrojó sobre el tapete una carta más audaz: conceder graciosamente la independencia al





En la página anterior, delegados turcos y balcánicos en un banquete durante la Conferencia de Londres.

Sobre estas líneas, Nicolás I de Montenegro en Scutari, tomada a los turcos tras seis meses de asedio (23. IV. 1913).

A la derecha, tropas griegas cruzan el río Struma contraatacando a los búlgaros durante la segunda guerra balcánica.

Principado de Albania. Italia, que desde siempre codiciaba este territorio, pero que lo sabía fuera de su alcance, respaldó la iniciativa austrohúngara. Una nueva pieza se añadía al enmarañado dominó de los Balcanes.

Servia se apresuró a retirar tropas del frente de batalla contra Turquía y a hacerlas avanzar en la dirección contraria, sobre Albania. Von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austrohúngaro, puso en pie de combate su ejército y amagó una respuesta contundente contra Servia. Por su parte, Rusia también movilizó sus fuerzas, decidida a sostener con las armas su hegemonía en los Balcanes. Ya nadie dudaba que la guerra balcánica iba a extenderse, y que la hoguera amenazaba con implicar a toda Europa.

La Conferencia de Londres

Durante la crisis, Alemania y Gran Bretaña fueron las únicas potencias convencidas de que todavía nadie estaba en buenas condiciones para sostener una guerra generalizada. Por lo tanto, se llenaron la boca de propuestas pacifistas. Londres advirtió que no iba a tolerar una derrota de los servios a manos de los austrohúngaros, pero Berlín precisó también que la presencia de Austria-Hungría en los Balcanes no podía ser sometida a ninguna discusión.

En diciembre de 1912, a instancias de Gran Bretaña y del Reich alemán, los embajadores de las grandes potencias europeas se dieron cita en Londres. Su objetivo era restaurar una paz que, por supuesto, afectase lo menos posible a los intereses de los Estados más poderosos. La reunión resultó larga y, más que difícil, laberíntica. Servia y Montenegro no querían ceder el botín conquistado en la guerra de la Liga Balcánica contra Turquía. La definición de las fronteras del nuevo Principado de Albania fue motivo de violentas controversias diplomáticas, en cuyo centro se hallaba la fortaleza otomana de Scutari, que, con ayuda de los servios, los montenegrinos venían asediando desde hacía meses. Sin embargo, la Conferencia de Londres se inclinó por asignar Scutari a los albaneses. Italia, por su lado, se mostró dispuesta a atacar a los servios y a los montenegrinos, ya que, en virtud de la Triple Alianza, la presencia austrohúngara en los Balcanes a través del régimen títere de Albania facilitaba las aspiraciones de Roma.

La flota de las grandes potencias bloqueó en forma conjunta la costa montenegrina. La amenaza de una acción por tierra contra Montenegro y Servia era inminente, por más que Rusia siguiera enarbolando oficialmente su paneslavismo y repartiera sonrisas entre los miembros de la Liga Balcánica. En consecuencia, los servios y los montenegrinos no tuvieron otro remedio que inclinarse ante la prepotencia de los más fuertes. El 30 de mayo de 1913 culminó la Conferencia de Londres con dos acuerdos decisivos: primero, la Liga Balcánica firmaba la paz con Turquía; y, segundo, las gran-

Prisioneros servios abrigados con gabanes acompañados por una banda búlgara camino de Hungría. Servios y búlgaros se enfrentaron nuevamente durante la Primera Guerra Mundial.

des potencias se reservaban el derecho de crear el Principado de Albania, fijar sus fronteras definitivas y garantizar por todos los medios su existencia como Estado independiente. La primera guerra balcánica había concluido. Para las grandes potencias europeas se trató de un mero ejercicio, un simple ensayo general a cuenta de la futura gran tragedia. Una tragedia que los pueblos balcánicos ya habían comenzado a sufrir.

La segunda guerra balcánica

Sin embargo, la Conferencia de Londres sólo iba a dar frutos efímeros. De momento, Albania sólo existía sobre el mapa, pero su presencia era ya suficiente para que, bajo las presiones de las diferentes potencias, la unidad de los Estados balcánicos saltara por los aires. Una segunda guerra en los Balcanes sólo podía ser protagonizada por los más humillados y ofendidos de la guerra anterior: los propios países balcánicos.

En junio de 1913, Bulgaria atacó a Servia y Grecia, que hasta ese momento habían sido sus íntimas aliadas. No sabía que con esta acción daba un salto en el vacío. Turquía no había olvidado que los búlgaros la habían hecho morder el polvo en los comienzos de la anterior contienda. En consecuencia, se apresuró a correr en auxilio de Servia y Grecia, pese a ser estas naciones sus enemigas seculares. Rumania, por su parte, vio al alcance de sus manos una tajada de Bulgaria que siempre había reivindicado como suya, y envió sus tropas al frente. En conclusión, Bulgaria perdió la Dobrudja Meridional a manos de los rumanos, y Adrianópolis a manos de los turcos. Servia, por su parte, hizo avanzar su frontera meridional profundamente en Macedonia y amplió su territorio hasta casi doblarlo, con lo cual terminó siendo la verdadera vencedora de este segundo enfrentamiento balcánico.

Repercusiones europeas del conflicto

Pero ni Rusia ni el Imperio austrohúngaro estaban dispuestos a que los resultados de esta nueva guerra se afianzaran por mucho tiempo. Ambas potencias se abocaron a reforzar sus propias posiciones en los Balcanes y a atraer a los países de la península hacia su esfera de influencia. La rivalidad por la formación de un sistema de satélites fue adquiriendo el carácter de una vorágine cada vez más peligrosa.


Camera Press/Zardoya

Rusia apostaba a la carta del movimiento nacionalista paneslavo, respaldando además la unificación de Servia y Montenegro. Por su parte, Austria-Hungría intentaba reanimar a la maltrecha Bulgaria, a fin de utilizarla como contención frente al expansionismo servio. En este punto, sin embargo, Viena encontraba la oposición de su aliado más firme. En efecto, Alemania buscaba una coalición con los regímenes conservadores de Rumania, Grecia y Turquía, «como baluarte contra los eslavos». En vista de las estrechas relaciones de Grecia y Rumania con Servia y, por el contrario, las pésimas relaciones entre Rumania y Bulgaria, tal juego presuponía dejar de lado a Bulgaria y llegar a un acuerdo con Servia.

Como puede verse, el seísmo de los Balcanes empezaba a repercutir en las relaciones que mantenían entre sí las grandes potencias europeas. Era un volcán que amenazaba cada vez más con hacer estallar toda Europa. Y la carrera armamentista alcanzó ribetes vertiginosos. Durante la primavera de 1913 se aprobó en Alemania una importante ampliación del Ejército. Francia implantó el servicio militar obligatorio de tres años y, por si esto fuera poco, en la primavera siguiente concedió un gran empréstito a Rusia para que acelerara la construcción de sus ferrocarriles occidentales, vías decisivas en un eventual enfrentamiento con Alemania. San Petersburgo, por su parte, obtuvo otro crédito de Londres para intensificar la fabricación de armamento. Además, la flota británica garantizó a Nicolás II que sus barcos podrían cruzar sin trabas los famosos estrechos del Bósforo y los Dardanelos.

Las líneas del futuro frente bélico ya estaban trazadas. Sólo faltaba que alguien diera la orden de fuego. Eso ocurrió el 28 de junio de 1914, cuando el estudiante bosnio Gavrilo Princip dio muerte al archiduque Francisco Fernando y a su esposa. Y no fue casual que el magnicidio ocurriera en las calles de Sarajevo, capital de Bosnia, uno de los cráteres más antiguos y activos del volcán balcánico. De ese modo, la Primera Guerra Mundial empezó a sembrar de muertos los campos de batalla.

Magnicidio en Sarajevo

El atentado que desencadenó la Gran Guerra

**Mateo Madridejos,
historiador y periodista**

Francisco Fernando, heredero al trono de Austria-Hungría, y su esposa abandonan el Ayuntamiento de Sarajevo. Poco después, un estudiante bosnio de 19 años, Gavrilo Princip, miembro de un grupo de siete conjurados que habían decidido asesinar al «enemigo austríaco» con el propósito de ver realizadas sus aspiraciones de una Gran Servia, acabaría con la vida de la pareja.

El 28 de junio de 1914, en Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, el heredero del trono de Austria-Hungría, archiduque Francisco Fernando, y su esposa, la duquesa Sofía Chotek de Hohenberg, fueron asesinados por un joven bosnio, Gavrilo Princip, en un atentado que resonó en toda Europa como una ominosa advertencia. El magnicidio de Sarajevo abrió una nueva crisis balcánica, un grave conflicto entre Austria y Servia, y acabó pasando a la historia como el inicio del fatídico proceso que, un mes más tarde, precipitó a Europa en la Gran Guerra.



Francisco Fernando de Habsburgo

Francisco Fernando, archiduque de Austria, nació en Graz, en 1863. Sobrino del emperador Francisco José, siguió la carrera militar y, tras el suicidio del príncipe Rodolfo en Mayerling quedó como heredero del trono (1889).

Opuesto a las consecuencias de la Ausgleich, *deseaba reducir la influencia de los húngaros en la doble monarquía y crear un Estado triple que tuviera en cuenta las aspiraciones de los eslavos, una solución contraria a los intereses de Servia.*

En 1900 contrajo matrimonio morganático con una aristócrata checa, Sofía Chotek, después duquesa de Hohenberg, lo que le granjeó la hostilidad de la Corte. Los hijos de este matrimonio fueron excluidos de la sucesión al trono

Hostil al inmovilismo de su tío, pero adversario de la democracia liberal, de los círculos influyentes de Viena (entre ellos, los judíos) y de la aristocracia húngara, Francisco Fernando propugnó una solución federalista para el Imperio, que respetara las fronteras lingüísticas.

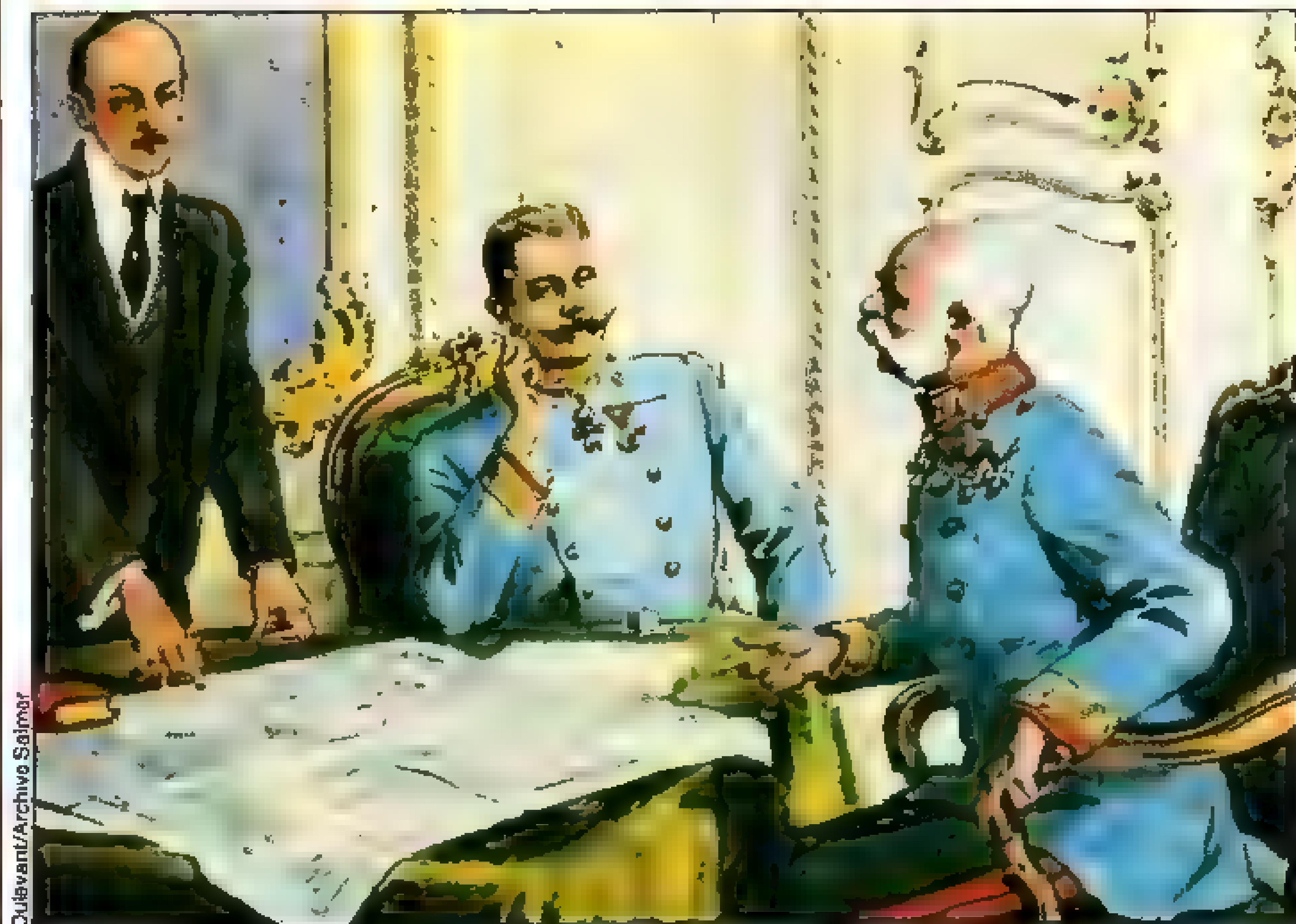
Inspector general de las Fuerzas Armadas desde 1913, en junio de 1914 Francisco Fernando acudió a Sarajevo en compañía de su esposa tras presenciar unas maniobras militares. El día 28, fecha en que debían ser recibidos por las autoridades locales de la capital de Bosnia-Herzegovina, era la fiesta nacional servia: el aniversario de la dolorosa batalla de Kosovo (1389), en la que la victoria turca había privado a los servios de su libertad. Siete jóvenes terroristas habían escogido aquel día para dar una «muerte ejemplar» al heredero de los Habsburgo y proclamar así su deseo de ver formar una Gran Servia que reagrupara a todos los eslavos del sur



R. Hunt



Roger-Viollet



Dulevant/Archivo Salmer

En esta página, arriba, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José I, en compañía de su esposa, la duquesa Sofía Chotek, y sus hijos Ernesto, Sofía y Max; abajo, el conde Berchtold, ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, Francisco Fernando y Francisco José I estudiando la política a seguir en los Balcanes (Berchtold defendía una «línea dura» para contener la expansión servia en la región).


Sarajevo en la época del atentado. La capital de Bosnia tenía entonces unos 50.000 habitantes.

En la primavera de 1914, Europa era el centro del mundo, «la perla de su esfera y el cerebro de su vasto cuerpo», como cantara Paul Valéry, y sus burguesías disfrutaban de una prosperidad sin precedentes, de una buena conciencia ilimitada que se nutría del liberalismo y la fe en el progreso. Sin embargo, la prodigiosa expansión del capitalismo y el despliegue colonialista, que habían transformado más que en ninguna otra época las condiciones de vida de la humanidad, estaban amenazados tanto por los conflictos internos cuanto por la competencia incipiente pero impetuosa de Estados Unidos y Japón.

El desarrollo asombroso de las fuerzas materiales contrastaba con la indigencia moral, la inestabilidad política y la fragilidad diplomática, cuyas consecuencias eran la «paz armada», como se decía entonces, y la carrera de armamentos. El movimiento socialista, reticente ante el imperialismo, hostil a las soluciones militares, buscaba la liberación del proletariado de aquel «yugo semejante a la esclavitud» que denunció el papa León XIII; pero había sido incapaz de contrarrestar los impulsos patrióticos, los egoísmos nacionales, y acabó por sucumbir ante la propaganda belicista.

Nadie se atrevió a formular el vaticinio impopular de que Europa marchaba alegremente hacia la catástrofe. Y, sin embargo, los síntomas del mal eran tan numerosos como inequívocos. La paz reposaba sobre un frágil sistema de alianzas, lo que quedaba del legado de Bismarck, corolario, a su vez, de los antagonismos engendrados por el desigual desarrollo económico, la competencia financiera, el dominio colonial y las rivalidades nacionalistas de hondas raíces históricas, y las heridas todavía abiertas en Alsacia-Lorena y los Balcanes.

Rivalidades imperialistas

En los últimos cincuenta años, el espectacular desarrollo de Alemania, que se dotó de una industria muy concentrada y poderosa, en un marco político autoritario, constituyó un desafío para las otras naciones industriales y especialmente para Gran Bretaña, que inició una política de contención, desató en 1902 una guerra de tarifas contra la agresividad exportadora germana y defendió a ultranza el principio del *Two Powers Standard:* mantener una potencia naval igual o superior a la potencia conjunta de los dos países que le siguieran en importancia.

Las rivalidades imperialistas alteraron el sistema europeo de Bismarck. Gran Bretaña, que había permanecido al margen de los conflictos continentales desde las guerras napoleónicas, replicó al desafío alemán con un renovado interés por el equilibrio entre las potencias: constitución de la Entente Cordiale (1904) con Francia, ampliada a Rusia con la Triple Entente (1907), a fin de impedir la expansión de Alemania en África y en Próximo Oriente. El equilibrio continental era la mejor garantía para los intereses británicos.

Francia aprovechó estos antagonismos para salir del aislamiento en que la había mantenido Bismarck, y en 1894 concertó una alianza con Rusia, renovada en 1897, con cláusulas militares secretas.

Alemania había exigido «un lugar en el sol» en el reparto del mundo, y se sentía frustrada en sus pretensiones, cuando no cercada por los francobritánicos, sin mercados para su poderosa industria. Paralelamente, la tensión permanente austro-rusa en los Balcanes hundió la *Dreikaiserbund* (Liga de los tres emperadores) y Guillermo II hizo de la Tríplice o Triple Alianza, sellada en 1882 entre Alemania, Austria-Hungría e Italia, el principal instrumento de su política exterior.

Europa quedó dividida en dos grandes bloques antagónicos, de intereses difícilmente conciliables, y las crisis de Marruecos (1905 y 1911), de Bosnia-Herzegovina (1908-1909) y de las guerras balcánicas (1912-1913) agravaron las tensiones. Aliada de Austria-Hungría y Turquía, dos «Estados interiormente podridos», Alemania se vio envuelta en las complicaciones balcánicas que encenderían la chispa para el gran incendio.

Frente a la política estrictamente europea de Bismarck, el emperador Guillermo II se lanzó a una *Weltpolitik* (política mundial) influida por la Liga pangermánica, que hizo del poder marítimo el instrumento de una expansión que inexorablemente chocaba con los intereses británicos. El rearme naval, dirigido por el almirante Tirpitz, prosiguió tras el fracaso de las negociaciones entabladas con Gran Bretaña en el año 1912.

Con Raymond Poincaré, lorenés sospechoso de ansias de desquite, Francia siguió una política de «estar preparada para la guerra», respaldada por Clemenceau y estimulada por el

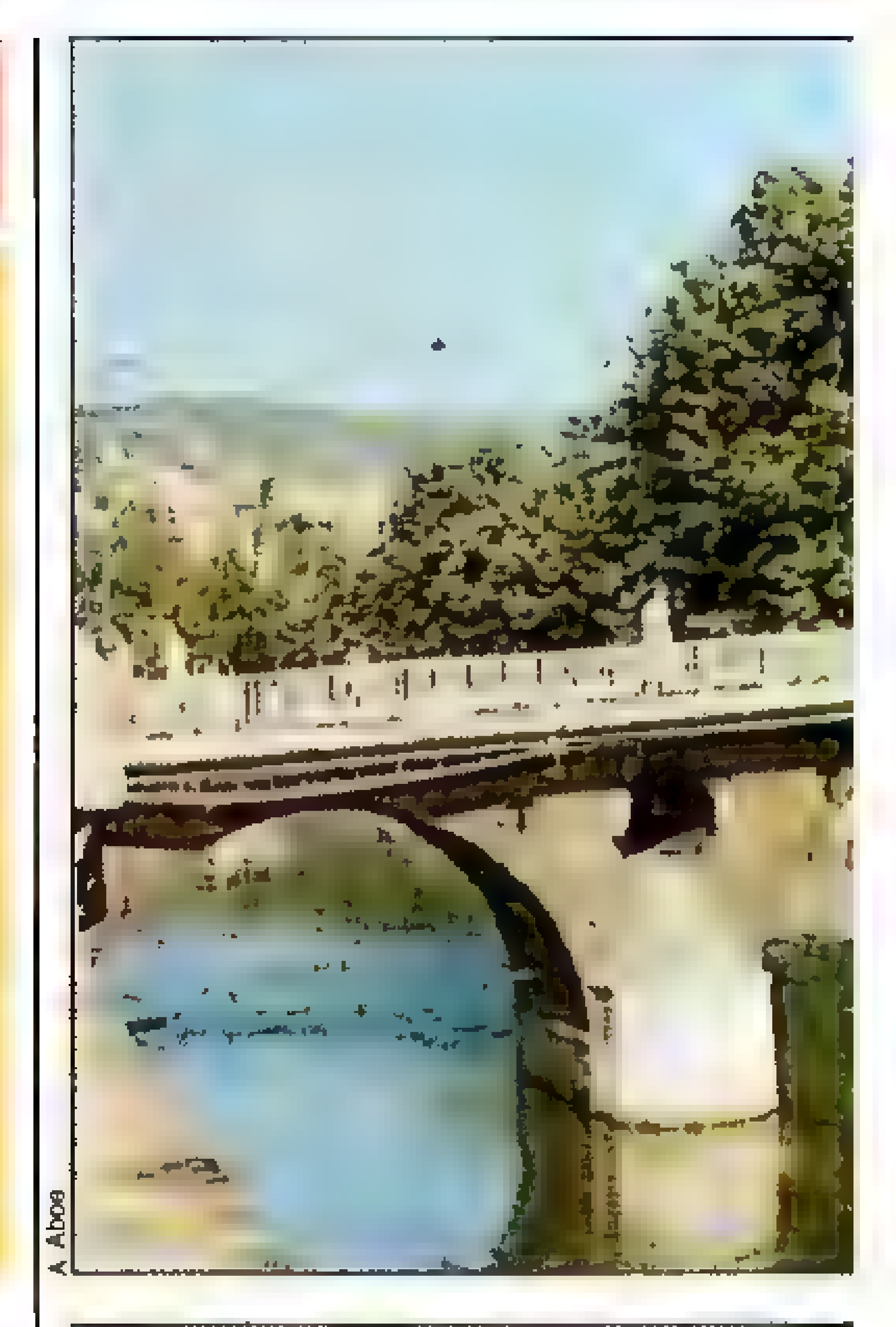
Bosnia-Herzegovina

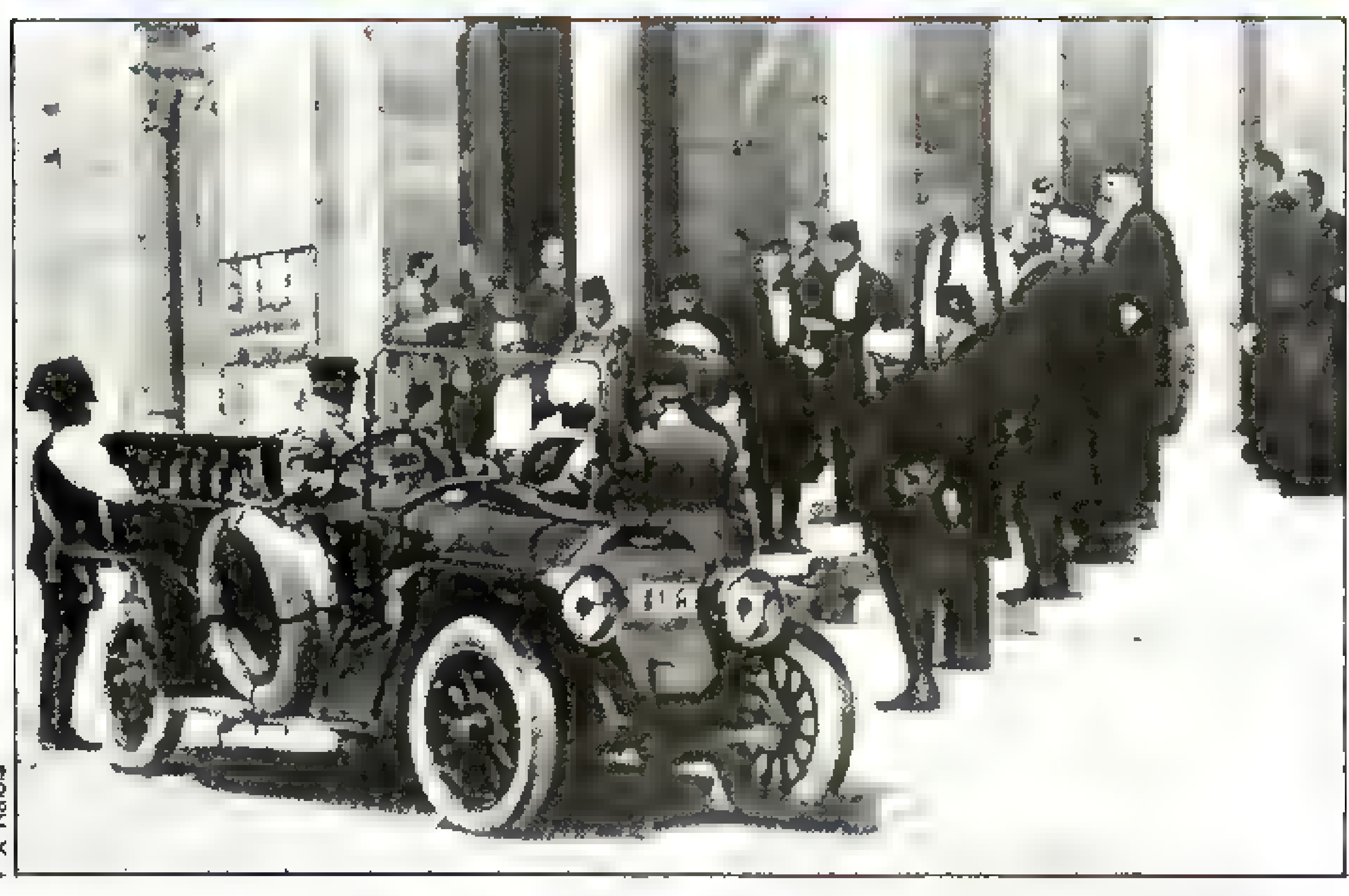
Región del noroeste de la Península balcánica, con capital en Sarajevo. Formó parte de la Iliria romana, pero su personalidad no se desarrolló hasta el poblamiento eslavo (siglos VI y VII). En el siglo XV fue ocupada por los turcos, y la gran nobleza se convirtió al Islam.

Las insurrecciones contra el sultán comenzaron a principios del siglo XIX. Una insurrección general en 1875 fue reprimida con gran crueldad. En el Congreso de Berlín (1878), se otorgó a Austria-Hungría «el derecho de administrar Bosnia-Herzegovina provisionalmente», pues siguió formando parte del Imperio otomano.

Al producirse el movimiento de los Jóvenes Turcos, Austria-Hungría, temerosa de que su dominación fuera puesta en entredicho, se anexionó oficialmente las dos provincias (5 de octubre de 1908). La anexión precipitó la llamada «Crisis de Bosnia», que colocó a Europa al borde de la guerra. Rusia estuvo a punto de declarar la guerra a Austria, pero se detuvo ante la amenaza alemana y la negativa de Francia a respaldarla. Esta crisis provocó un gran resentimiento en Rusia, que se sintió humillada, y entre los eslavos del sur (yugoslavos). La agitación subsiguiente en Bosnia y Servia desembocó en el magnicidio de Sarajevo.

En el período de entreguerras, Bosnia-Herzegovina formó parte del reino de Yugoslavia. En la actualidad constituye una de las seis repúblicas federadas de Yugoslavia y tiene la mayor comunidad musulmana de Europa.


A Aboe


F X Rabia


Publifoto

En esta página, a la izquierda, el archiduque y su esposa son recibidos en la entrada del Ayuntamiento de Sarajevo tras sufrir el primer atentado.

En ambas páginas, arriba, el puente Latino, sobre el río Miljacka, muy cerca del lugar donde Gavrilo Princip vio pasar la comitiva hacia el Ayuntamiento.

nacionalismo xenófobo y antigermánico de Maurras, Barrès y Péguy. Sólo el socialista Jean Jaurès, tras denunciar la amenaza de una guerra imperialista, había defendido el entendimiento con Alemania

No hay que exagerar la importancia de los gastos militares, que en 1913 sólo representaban el 4 % de la renta nacional alemana; pero las tensiones diplomáticas y el prurito de mantener la coyuntura, como ingrediente de la paz social, fomentaron la carrera armamentista. En 1913, el ejército alemán llegó a los 780.000 hombres, y en Francia, con una demografía poco pujante, se implantó el servicio militar de tres años.

Conflicto de nacionalidades

Las más graves amenazas acechaban en los Balcanes Desde el *Ausgleich* (compromiso) de 1867, que consagró la independencia de Hungría y salvó al Imperio mediante la fórmula de la doble monarquía, la vida política estaba envenenada por el problema de las nacionalidades. «La única patria posible para los apátridas», como escribió el judío Joseph Roth; el refugio para los hebreos que huían de los *pogroms* resultaba insoportable para los eslavos del sur, protegidos por Rusia.

Aunque el Imperio austro-húngaro contaba con casi 700.000 km², buenas comunicaciones y algunas instituciones, como la Iglesia católica o el Ejérci-

La población yugoslava (eslavos del sur) en el Imperio austro-húngaro

Asignados a Austria:		
Dalmacia	*Servocroatas*	*611.000*
Carniola	*Eslovenos*	*491.000*
Estiria	*Eslovenos*	*410.000*
Carintia	*Eslovenos*	*82.000*
Küstenland (Litoral)	*Eslovenos*	*267.000*
	Servocroatas	*171.000*
Clasificados como de:		
Trieste	*Eslovenos*	*57.000*
	Servocroatas	*2.000*
Gorizia y Gradisca	*Eslovenos*	*155.000*
Istria	*Eslovenos*	*55.000*
	Servocroatas	*168.000*
Asignados a Hungría:		
Croacia-Eslavonia	*Servios*	*654.000*
	Croatas	*1.638.000*
Voivodina	*Servios*	*382.000*
	Croatas	*7.000*
	Bunjevcis y šokcis	*63.000*
Fiume	*Eslovenos*	*55.000*
	Servocroatas	*13.000*
Resto de Hungría	*Servios*	*79.000*
	Croatas	*186.000*
	Eslovenos	*70.000*
Asignados a Austria-Hungría:		
Bosnia y Herzegovina	*Servios*	*825.000*
	Croatas	*400.000*
	Servocroatas musulmanes	*610.000*
Servia:		
Servios		*3.000.000*
Macedonioeslavos		*550.000*
Montenegro:		
Servios		*250.000*
	Total	*11.251.000*

(Fuente: H. C. Darby, R. W. Seton-Watson y otros, Breve historia de Yugoslavia, *Espasa-Calpe, Madrid, 1972.)*



En ambas páginas, abajo, un aspecto de las calles de Sarajevo después del atentado. Al conocerse la noticia del doble asesinato, se produjeron disturbios en varias localidades de Bosnia-Herzegovina, donde los croatas, culpando a los servios del magnicidio, saquearon sus comercios, órganos de prensa y otras propiedades.

to, que daban cohesión al mosaico de nacionalidades, se respiraba en Viena un ambiente de «fin de reinado», de decadencia política que contrastaba, sin embargo, con una gran vitalidad cultural, animada por figuras tan relevantes como Rainer Maria Rilke, Karl Kraus, Gustav Mahler, Franz Kafka y Sigmund Freud, sin olvidar el austromarxismo. «Austria no muere a causa de sus múltiples nacionalidades —escribía Rosa Luxemburgo—, sino de un sistema político demencial que entrega el poder a las clases y partidos cuyo objetivo supremo es excitar a unas contra otras.»

De los diez millones de yugoslavos, dos tercios vivían bajo la monarquía danubiana (eslovenos, croatas, servios) separados por la religión; para ellos, el pequeño reino de Servia se había convertido en polo de atracción, sobre todo tras la exasperación provocada por la anexión de Bosnia-Herzegovina, que constituyó también una humillación para Rusia cuando todavía no se había recuperado de la derrota ante Japón y de la revolución de 1905.

Para mantener la precaria cohesión del Imperio y frenar las tradicionales ambiciones rusas en los Balcanes, Viena sólo podía contar con la «fidelidad nibelunga», la protección de Alemania. El príncipe heredero, Francisco-Fernando, para contener al nacionalismo panservio, imaginó la creación de


·EXCELSIOR·

Journal Illustré Quotidien

FRANÇOIS FERDINAND, ARCHIDUC HÉRITIER, ET SA FEMME ASSASSINÉS HIER A SARAJEVO

un Estado autónomo yugoslavo dentro del Imperio (el trialismo), pero tropezó con la resistencia del emperador y la oposición tenaz de Budapest, centro natural e histórico de la política antieslava.

En las innumerables crisis balcánicas, Alemania frenó los impulsos austríacos para lanzarse a una guerra preventiva contra Servia, mientras París y Londres disuadían a Rusia. La situación internacional no era más peligrosa en 1914, y nada permitía sospechar que las grandes potencias no pudieran evitar una conflagración, sobre todo, cuando se daba por seguro que, en ningún caso, Gran Bretaña se dejaría arrastrar a un conflicto en el continente. Al mismo tiempo, los yugoslavos no sólo estaban separados por el antagonismo religioso y cultural entre servios y croatas, sino por dos proyectos políticos contradictorios: el trialismo dentro de la monarquía de los Habsburgo o la reunificación en torno al «Piamonte servio».

La reconciliación germanobritánica parecía en buena vía –corrían rumores de un arreglo colonial a costa de Portugal–, como demostró la visita de una escuadra británica a Kiel, el 24 de junio. «Los navíos ingleses y alemanes –escribía el *Daily News*–, anclados en Kiel, ofrecen la prueba más contundente de que la causa internacional de la paz está a punto de triunfar después de los graves peligros pasados.»

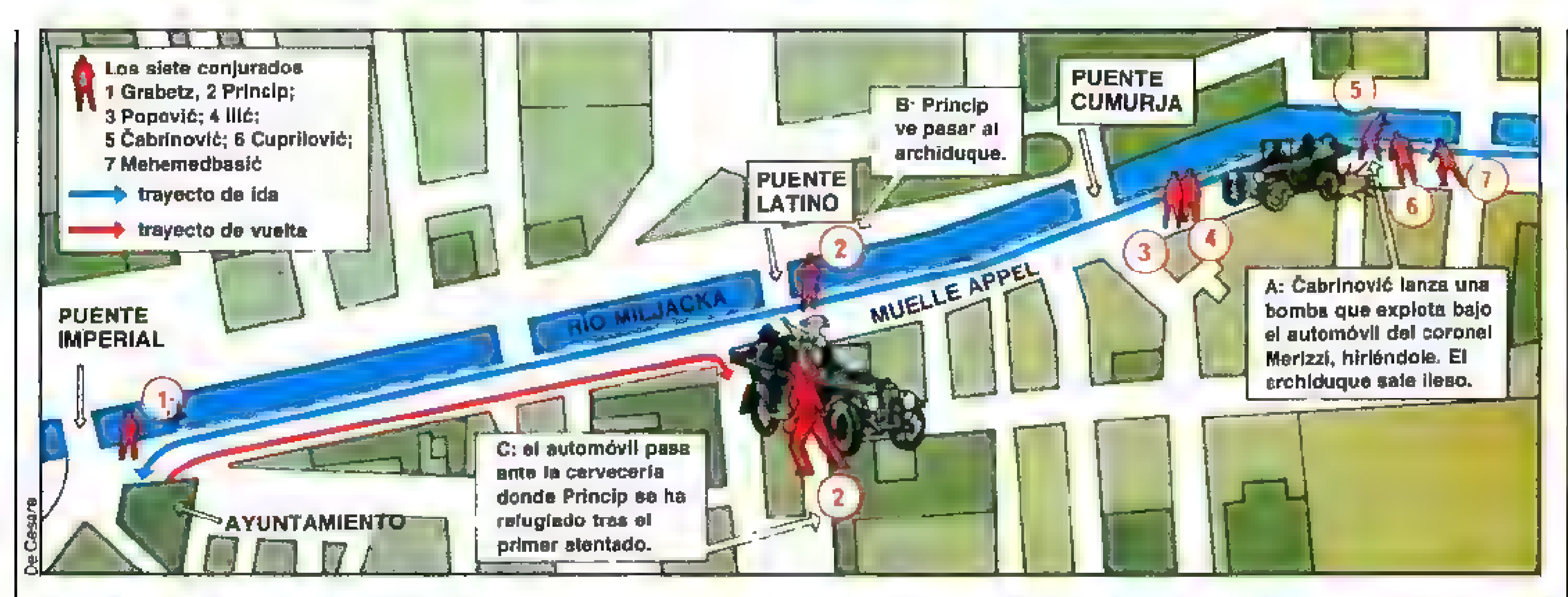
El mismo día, sin embargo, un acontecimiento poco comentado ensombreció las difíciles relaciones austroservias: el cardenal español Merry del Val, secretario de Estado del Vaticano, firmó en Roma, con el representante de Belgrado, el primer concordato entre la Santa Sede y un Estado oficialmente ortodoxo. La noticia fue interpretada en Viena como un doloroso fracaso, pues el emperador siempre se había presentado como protector de los católicos en los Balcanes. Cualquier éxito de Servia constituía una amenaza para el inestable equilibrio en que se asentaba el Imperio.

El atentado

En estas circunstancias, el archiduque Francisco Fernando, tras entrevistarse con el emperador alemán en el castillo de Konopischt, en Bohemia, los días 12 y 13 de junio, se trasladó a Bosnia-Herzegovina para asistir a unas maniobras militares. Éstas concluyeron el 27 de junio, y al día siguiente, domingo, el archiduque se trasladó en visita oficial a Sarajevo, centro de las actividades terroristas de diversos grupos paneslavos y panservios teledirigidos desde Belgrado y subvencionados por San Petersburgo.

En los medios políticos locales, además de hablarse abiertamente de la conjura contra el archiduque, se denunciaba la provocación de una visita coincidente con el aniversario del desastre de Kosovo, fiesta nacional servia. Los extremistas consideraban que el archiduque, por sus proyectos de una triple monarquía y sus simpatías hacia los yugoslavos, se estaba convirtiendo en un peligroso obstáculo para el proyecto de una Gran Servia.

Poco después de las nueve de la mañana, Francisco Fernando, que vestía uniforme de generalísimo, acompañado de su esposa, la duquesa de Hohenberg, salió del Cuartel General de Illidjzé para dirigirse al Ayuntamiento de Sarajevo. La comitiva, formada por tres automóviles, se detuvo un momento ante el edificio de Correos, donde el





En la página anterior, noticia del atentado en la prensa francesa (izquierda) y pintura sobre el hecho (derecha).

En esta página, esquema de los dos atentados (arriba) y detención de Princip (abajo) tras el asesinato.

archiduque fue saludado por los funcionarios, y prosiguió por el muelle Appel que bordea el río Miljacka. En uno de los automóviles iban el archiduque y su esposa; en otro, el mariscal Potiorek, gobernador general de Bosnia-Herzegovina.

Al paso de la comitiva, un joven que se encontraba en la acera del lado del río se adelantó y arrojó un objeto negro —resultó ser una granada de mano— que cayó sobre la capota del coche del archiduque, y que éste, con gran sangre fría, devolvió sobre el pavimento, donde estalló. A causa de la explosión resultaron heridos un ayudante y un funcionario local, pero el archiduque ordenó que prosiguiera la marcha.

En el Ayuntamiento, el alcalde leyó nerviosamente un discurso en el que se hablaba de la lealtad y la alegría de los ciudadanos de Sarajevo por la visita. Francisco Fernando lo interrumpió: «Basta ya, señor alcalde. ¿Cómo es posible que venga aquí como amable visitante y se me reciba con bombas? ¿De qué lealtad me está hablando? —lo increpó—. Esto es indigno (...) Y, ahora, prosiga.»

Después de la recepción, y ante las advertencias del mariscal Potiorek, que temía un nuevo atentado, el archiduque renunció a atravesar de nuevo la ciudad, mas decidió trasladarse al hospital para visitar al militar herido, al tiempo que instó a su mujer para que regresara directamente al Cuartel General, pero ella se negó: «En los momentos de peligro —le dijo— es cuando más me necesitas.»

Cuando la comitiva llegó a la calle de Francisco José en su cruce con la de Rodolfo, en el momento en que los automóviles disminuían la marcha para girar, un joven se precipitó hacia el coche del archiduque, blandiendo un revólver, y disparó a quemarropa. Un primer disparo hirió a la duquesa de Hohenberg en el vientre; el segundo alcanzó a Francisco Fernando en la garganta y le atravesó una arteria carótida. Ambos cayeron sobre el asiento y murieron pocos minutos después, antes de llegar al Cuartel General y sin haber recuperado el conocimiento.

El magnicida y sus cómplices

A pesar de la confusión y el estrépito, la muchedumbre se abalanzó sobre el asesino, lo redujo y, sin causarle daño, lo entregó a la Policía. Aquella misma tarde se supo que el magnicida era Gavrilo Princip, estudiante bosnio, y que el que arrojó la bomba, igualmente detenido, se llamaba Čabrinović, un tipógrafo bosnio que trabajaba en Belgrado. Todos los indicios apuntaban a la existencia de una conjura, no sólo por la coincidencia de los dos atentados, sino porque no lejos del lugar del crimen se halló otra bomba presumiblemente abandonada por otro cómplice. Después se dijo que otros cuatro conjurados aguardaban el paso de la comitiva, para asegurar el atentado.

La noticia del magnicidio provocó una gran agitación en Sarajevo y otras ciudades de Bosnia-Herzegovina, donde los croatas se enzarzaron en un nuevo ajuste de cuentas contra los servios, a los que colectivamente culpaban del crimen. En la capital fueron saqueadas las instalaciones de los periódicos servios y más de doscientas tiendas quedaron destruidas ante la indiferencia de las autoridades, a pesar de que el mariscal Potiorek proclamó inmediatamente el estado de sitio.

Organizaciones secretas servias

Mano Negra (Narodna Odbrana)

Mano Negra es el nombre con el que se conocía popularmente la organización secreta servia Ujedinjenje ili Smrt *(Unidad o muerte), fundada por jóvenes oficiales del ejército servio, en Belgrado, en mayo de 1911.*

Su objetivo proclamado era la unión en un mismo Estado de todos los servios que vivían bajo los imperios austro-húngaro y turco. Su principal dirigente era el coronel Dragutin Dimitrievič, conocido popularmente como coronel Apis, quien autorizó el entrenamiento del grupo de bosnios que tomaron parte en el doble asesinato.

En razón de sus métodos, que incluían un terrorismo de inspiración anarquista, la Mano Negra estaba en conflicto con el gobierno de Servia presidido por el conservador Nikola Pašić, al que acusaba de «traidor».

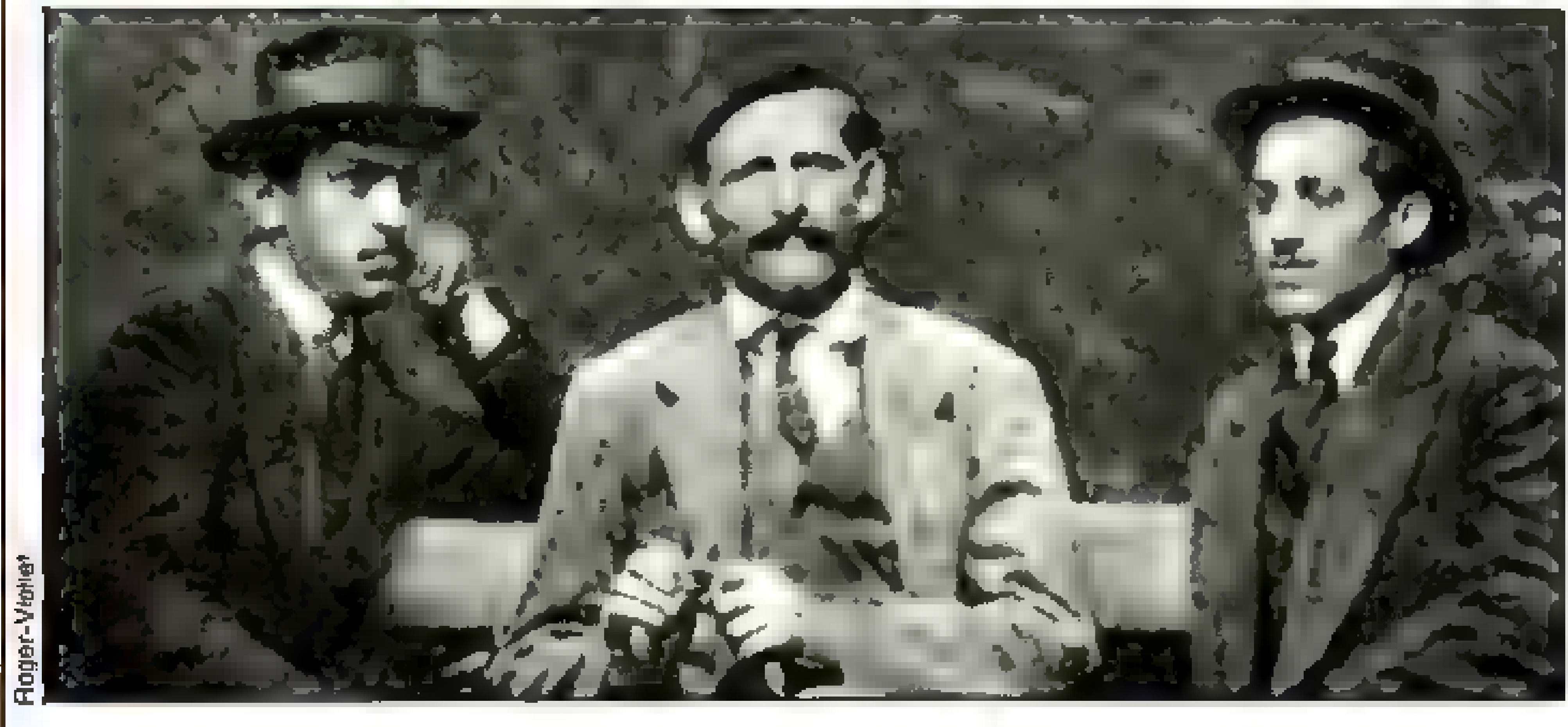
Joven Bosnia (Mlada Bosna)

Organización nacionalista secreta de Bosnia, integrada por servios, a la que pertenecía Gavrilo Princip, el estudiante servio de 19 años que ejecutó materialmente el asesinato del archiduque y su esposa.

Gavrilo Princip (1894-1918), por ser menor de edad, no pudo ser condenado a muerte y ejecutado. Murió tuberculoso en la prisión de Theresienstadt, en Checoslovaquia. Fue considerado un héroe nacional tanto por los dirigentes del reino de Yugoslavia como por los comunistas.



Roger-Viollet



Roger-Viollet

Los medios irredentistas servios fueron los únicos en expresar cautelosamente que con la desaparición del archiduque heredero quedaba bloqueada cualquier solución del problema yugoslavo dentro de la monarquía de los Habsburgo. Pero Servia, debilitada después de las guerras balcánicas, no estaba en condiciones de lanzarse a una guerra contra Austria. En cualquier caso, los terroristas colocaban en muy mala posición al gobierno de Belgrado e incluso al rey Pedro.

La profecía de Bismarck

El frágil equilibrio europeo fue sacudido por el magnicidio, pero no parecía que fuera a cumplirse la profecía de Bismarck: «Cualquier condenada tontería en los Balcanes provocará una guerra europea.» Todas las pasiones de la vieja «cuestión de Oriente» afloraron a la superficie de una Europa aparentemente ajena a su trágico destino. En Viena, la calma y la dignidad de la Corte no traslucían una excesiva pesadumbre.

Los restos mortales del archiduque y su esposa, trasladados de Sarajevo a Trieste y desde aquí a Viena por vía férrea el 2 de julio, fueron inhumados al día siguiente en el castillo de Arstetten, en la más estricta intimidad, pero con un protocolo que perpetuaba el incurable conflicto por el matrimonio morganático. El asesinato, que parecía haber aliviado a los recalcitrantes adversarios de las víctimas, planteó inmediatamente el problema exterior con todo su dramatismo.

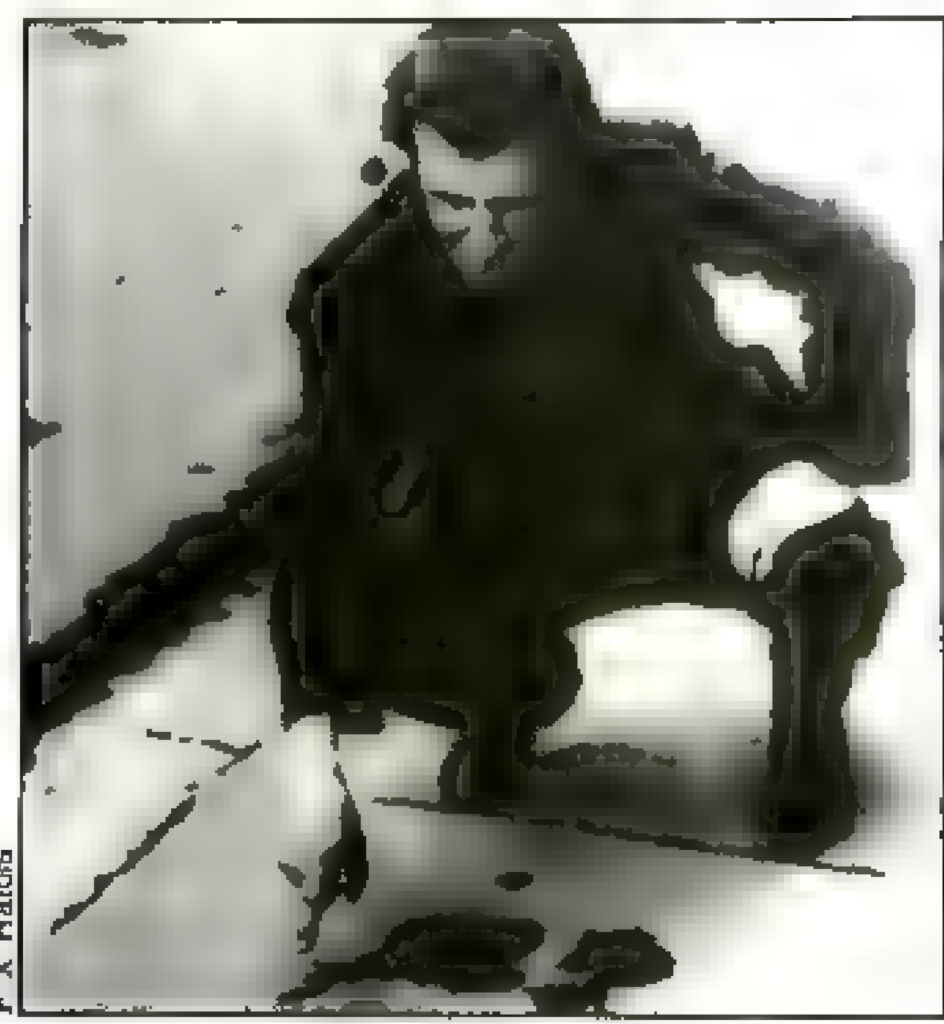
Los círculos militares consideraron que el episodio sangriento de Sarajevo era una prueba más del peligro que el movimiento yugoslavo hacía correr a la doble monarquía, pero el jefe del Gobierno, conde Berchtold, ante el temor de un conflicto con la Entente, se mostraba más cauteloso y el periódico *Neue Freie Presse* exhortaba a la prudencia: «El mayor error político sería hacer del atentado el punto de partida de una política hostil a los servios de la monarquía y realizar precisamente lo que pretendían los asesinos: cavar un abismo entre el pueblo servio y la Corona. Toda venganza derivada del atentado sólo serviría para hacer el juego a la agitación irredentista.» El jefe del Estado Mayor, general Conrad von Hötzendorf, apoyado por el «par-



Roger-Viollet



R. Hunt



F. X. Ratois

En la página anterior, arriba, el coronel Dragutin Dimitrievič (Apis) fotografiado con un colaborador en Belgrado en la época en que dirigía los servicios de información del ejército servio; abajo, tres de los conjurados de Sarajevo (Princip a la derecha). En esta página, arriba, el proceso (en primer término se reconocen, Grabetz, Čabrinović, Princip e Ilić), abajo, a la izquierda, Princip tras su arresto, a la derecha, un hombre señala las huellas de Princip grabadas en el lugar desde donde cometió el atentado.

tido de la guerra», compartía con el ministerio de Asuntos Exteriores la arraigada opinión de que Servia constituía un peligro mortal para el Imperio. Por lo tanto, se imponía una guerra preventiva.

En Berlín, el canciller Bethmann Hollweg, inclinado a la moderación, sufrió las presiones de los militares y la Liga pangermánica, y la virulencia antieslava de muchos periódicos. El *Berliner Tageblatt* aconsejaba el 30 de junio: «Europa debe arreglar ahora uno de los más graves peligros que la amenazan: el movimiento panservio que, según proclaman sus promotores, sólo puede resolverse por una guerra europea.» Era una incitación al ataque preventivo, a la eliminación de Servia como factor político en los Balcanes.

Como Viena no podía actuar sin asegurarse el apoyo alemán, un enviado del gobierno austríaco, el conde Alexander Hoyos, llevó a Berlín un extenso memorándum y una carta escrita de Francisco José para Guillermo II. Después de diversas consultas, los días 5 y 6 de junio, el Káiser pronunció su veredicto: «Ahora o nunca. Que no pueda decirse que Alemania retuvo el brazo de su aliado.»

Aunque Alemania esperaba que el conflicto no se extendiera, su apoyo a Austria-Hungría, mediante un «cheque en blanco», acabó con las vacilaciones de Viena. En su reunión del 7 de julio, el gobierno austríaco decidió enviar a Belgrado un ultimátum redactado en tales términos que no pudiera ser aceptado y cuyo rechazo sirviera de pretexto para desencadenar las operaciones militares.

Como estaba previsto, el Káiser abandonó Berlín para emprender un crucero de verano a bordo del *Hohenzollern*, y los preparativos bélicos se mantuvieron en secreto, ya que los alemanes propugnaban una acción por sorpresa a fin de evitar que el conflicto se propagara. La alarma no cundió hasta que los periódicos de Viena indicaron que «la investigación de Sarajevo revela las complicidades de Belgrado y compromete a algunos medios militares servios».

Una verdad a medias

La prensa comunicaba una verdad a medias. La investigación había demostrado, en efecto, que Princip y Čabrinović actuaron por instigación y con la complicidad de militares y funcionarios servios, pero no existía ninguna prueba de que el gobierno de Belgrado estuviera directamente implicado en el magnicidio. El diplomático austríaco Wiesner, enviado a Belgrado, telegrafió a su gobierno: «Imposible probar ni siquiera sospechar la participación del gobierno servio.» Después se supo que los magnicidas habían sido entrenados y pertrechados por la Mano Negra, pero esta organización estaba en abierto conflicto con el gobierno servio de Nikola Pašić, al que acusaban de «traición».

Por otra parte, el embajador alemán en Viena y el primer ministro húngaro no eran los únicos en expresar su asombro por la deficiencia de las medidas de seguridad el día del crimen y por el hecho de que ni Potiorek ni ninguno de sus subordinados tuvieran que dar cuenta por la incalificable negligencia de la Policía. No obstante, los rumores sobre una conspiración militar o palaciega contra el archiduque jamás encontraron el menor apoyo en los hechos.

En Rusia, a pesar de las huelgas y los atentados que presagiaban la descomposición del régimen zarista, la prensa lanzó una campaña en la que incitaba al Gobierno a «cumplir con su deber para con los hermanos bajo el yugo», en el mismo momento en que el presidente francés Raymond Poincaré y su primer ministro, René Viviani, desembarca-

Los 10 puntos del ultimátum

El ultimátum de Austria-Hungría fue entregado al gobierno de Servia, a las 6 de la tarde del 23 de julio, por el barón Giesl, embajador austro-húngaro en Belgrado. El histórico y extenso documento hacía historia de la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria en 1909, aceptada por Servia, y acusaba a las autoridades servias de «tolerancia culpable» en las actividades contra el Imperio. Y añadía: «De las declaraciones y confesiones de los autores criminales del atentado del 28 de junio se deduce que el asesinato de Sarajevo ha sido tramado en Belgrado; que las armas y los explosivos de los asesinos les fueron entregadas por oficiales y funcionarios servios que forman parte de la Narodna Odbrana; *y, en fin, que la entrada en Bosnia de los criminales y sus armas fue organizada y efectuada por los jefes del servicio servio de fronteras.»*

Seguidamente, conminaba al gobierno servio a publicar en el Diario Oficial *una dura declaración de repudio de las actividades contra el Imperio, así como la promesa de su implacable represión. Las demandas concretas de Austria-Hungría se formulaban en diez puntos:*

«El gobierno servio se compromete:

»1. A suprimir toda publicación que estimule al odio y el menosprecio de la monarquía austro-húngara y cuya tendencia general vaya dirigida contra la integridad territorial del Imperio;

»2. A disolver inmediatamente la sociedad llamada Narodna Odbrana, *a confiscar todos sus medios de propaganda y a proceder de la misma manera contra las otras sociedades y organizaciones que se dedican a la propaganda contra la monarquía austro-húngara. El gobierno real adoptará las medidas necesarias para que las sociedades disueltas no puedan continuar su actividad bajo otro nombre y por otros medios;*

»3. A eliminar sin demora de la instrucción pública en Servia, tanto por lo que se refiere a los cuerpos docentes como a los medios de enseñanza, todo lo que sirva o pueda servir para fomentar la propaganda contra Austria-Hungría,

»4. A alejar del servicio militar y de la administración en general a todos los oficiales y funcionarios culpables de la propaganda contra la monarquía austro-húngara;

»5. A aceptar dentro de Servia la colaboración de los órganos del gobierno imperial y real en la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad territorial del Imperio;

»6. A abrir una investigación judicial contra los cómplices de la conjura del 28 de junio que se encuentran en territorio servio. El gobierno imperial y real tomará parte en esas investigaciones mediante los organismos delegados pertinentes;

»7. A proceder urgentemente a la detención del comandante Voija Tankosic y del llamado Milan Ciganovič, empleados del Estado servio, comprometidos por los resultados del proceso de Sarajevo;

»8. A impedir con medidas eficaces el concurso de las autoridades servias en el tráfico ilegal de armas y explosivos a través de la frontera. A destituir y castigar severamente a los funcionarios del servicio fronterizo de Schabatz y Loznica culpables de haber ayudado a los autores del crimen de Sarajevo al facilitarles el paso de la frontera;

»9. A dar explicaciones al gobierno imperial y real sobre las declaraciones injustificables de altos funcionarios servios, tanto en Servia como en el extranjero, después del atentado del 28 de junio, al expresarse de manera hostil hacia la monarquía austro-húngara; y, en fin,

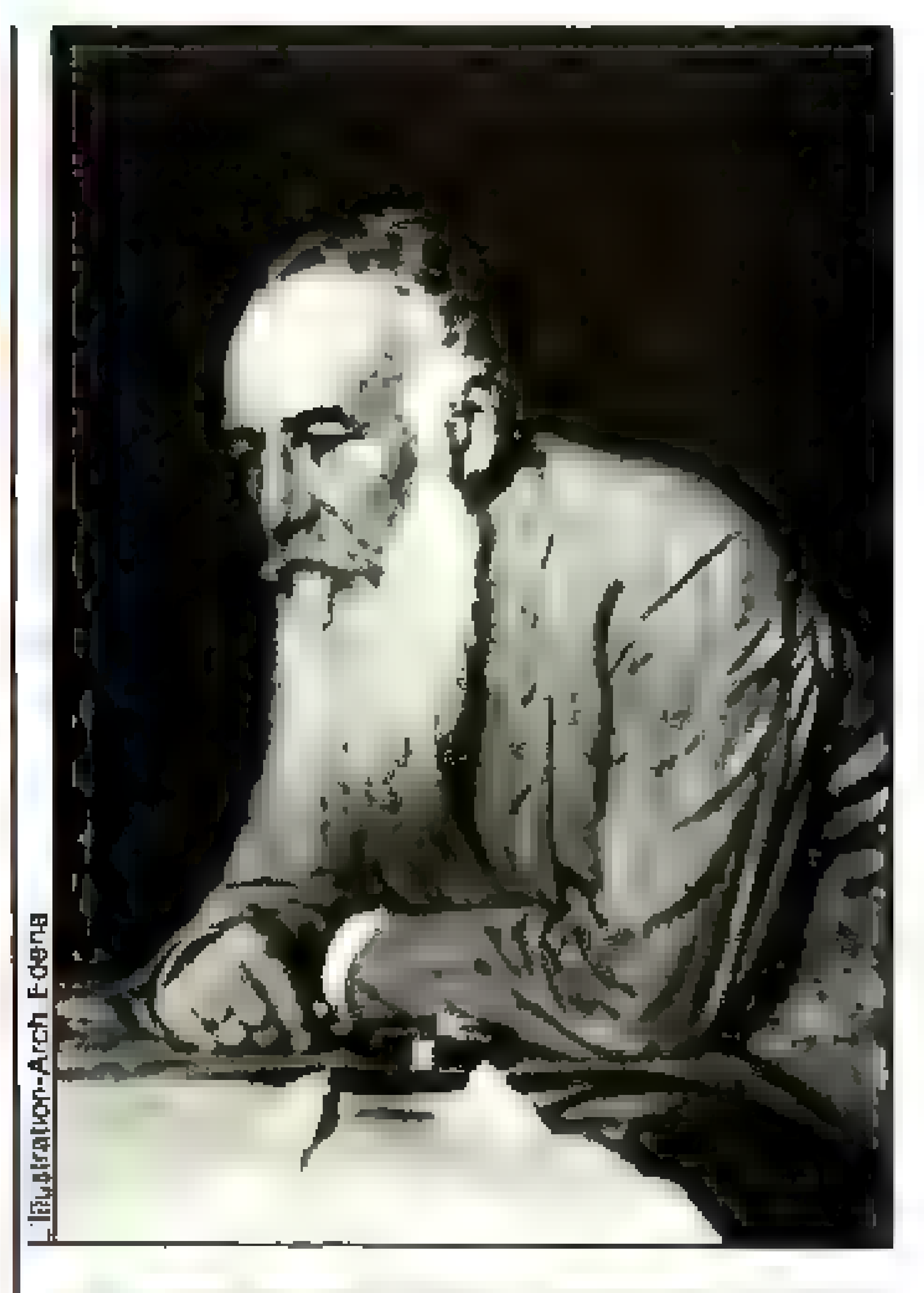
»10. A dar cuenta sin demora al gobierno imperial y real de la ejecución de las medidas comprendidas en los puntos precedentes.

»El gobierno imperial y real espera la respuesta del gobierno real lo más tarde el sábado 25 de este mes, a las seis de la tarde.»

Anexo: *Información judicial sobre el magnicidio de Sarajevo, con todos los documentos relativos a autores y cómplices, y una exposición minuciosa de todos los hechos.*

En esta página, arriba, Nikola Pašić, primer ministro servio y auténtico fundador del Estado yugoslavo; abajo, Von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor del ejército austríaco, para quien Servia debía ser destruida.

En la página siguiente, el presidente francés Poincaré (arriba) en visita oficial a Rusia (20-23 VII 1914); tras su partida, Viena envió, con la aprobación del káiser Guillermo II (abajo), un ultimátum al gobierno de Servia.



L'Illustration-Arch. Edena



L'Illustration-Arch. Edena

ban en Kronstadt para reafirmar su apoyo al *statu quo* en Europa y reafirmar con el zar la alianza francorrusa.

Mientras Alemania comunicó a las cancillerías que el conflicto debía permanecer localizado, puesto que la intervención de otras potencias tendría «consecuencias incalculables», el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Sergej Sazonov, advirtió al embajador alemán, conde de Pourtalès, que un conflicto austro-servio podría desencadenar una conflagración general en Europa y que, desde luego, Rusia no permitiría que Servia fuera aniquilada. Por su parte, el Foreign Office anunció que Gran Bretaña estaba dispuesta a ejercer su influencia sobre Belgrado para


Collection Viollet


AGE

que aceptara las condiciones de Austria-Hungría, «siempre que éstas fuesen moderadas y compatibles con la independencia del país».

El ultimátum de Austria-Hungría

La febril actividad de las cancillerías, superpuesta al corsé de las alianzas, no pudo detener los planes establecidos por Viena y Berlín para ajustar las cuentas a los servios. El 23 de julio, a las 6 de la tarde, el embajador de Austria-Hungría en Belgrado, el barón Giesl, presentó al gobierno servio el famoso y extenso ultimátum, coincidiendo con el fin de la visita de Poincaré a San Petersburgo.

El ultimátum estaba cuidadosamente redactado para que resultara inaceptable, pues no sólo aseguraba que el crimen se había fraguado en Belgrado, con la complicidad del gobierno servio, sino que imponía condiciones claramente incompatibles con la soberanía servia, como era la intervención de funcionarios austro-húngaros en Servia. En cualquier caso, el embajador Giesl no podía aceptar una negociación sobre las exigencias. El dilema era tajante: el sometimiento absoluto o la guerra.

Al día siguiente, los embajadores alemanes en las capitales de la Entente (San Petersburgo, París y Londres) comunicaron que Berlín respaldaba a Austria, pero que «deseaba ardientemente que el conflicto sea localizado». El ministro británico de Asuntos Exteriores, Edward Grey, ofreció un proyecto de mediación de las cuatro potencias no directamente implicadas en el litigio. Por su parte, el gobierno italiano, alegando que no había sido consultado, se consideró desligado de las obligaciones de la Tríplice. El ministro ruso Sazonov advirtió: «Está claro que la dominación austríaca de Servia es tan intolerable para Rusia como sería la dominación de los Países Bajos por Alemania para Inglaterra. De hecho, se trata de una cuestión de vida o muerte para Rusia.»

La respuesta servia, prodigio de habilidad diplomática, fue entregada el 25 de julio, según lo exigido. Aceptaba las demandas del ultimátum, excepto las de los puntos 5 y 6; pero, en cualquier caso, ofrecía someter cualquier controversia al arbitraje del Tribunal Internacional de La Haya. A pesar de la sumisión, el barón Giesl se atuvo estrictamente a las instrucciones de su gobierno y el mismo día, tras romper las relaciones diplomáticas, abandonó Belgrado para regresar a Viena en el tren de la noche. Así quedó abierto el camino hacia la guerra.

Los funerales del archiduque y su esposa

«Los restos mortales de Francisco Fernando y de la duquesa de Hohenberg llegaron a Viena el 2 de julio, a las 10 de la noche. Los honores fueron rendidos por el archiduque Carlos, presunto heredero y sobrino del archiduque asesinado, y por los oficiales de la guarnición de Viena que, aquella misma noche, acompañaron el cortejo fúnebre hasta la pequeña capilla del Hofburg. Allí, los dos féretros fueron colocados uno al lado del otro. Sobre el del archiduque estaban expuestos los emblemas de su rango: la corona de príncipe imperial, la gorra y el sable de general y el sombrero de archiduque. Sobre el de la duquesa no había más que un abanico y un par de guantes blancos, recuerdos de la época en que era dama de honor. Al día siguiente, por la mañana, el público fue autorizado a entrar; a partir del mediodía, las rejas se cerraron, y los féretros permanecieron en la capilla hasta la breve misa de réquiem, oficiada a las 16 horas... Se había descartado la presencia de los personajes reales bajo el pretexto oficial de que la ceremonia sería muy breve dado el estado de salud del viejo emperador... Al pie del catafalco, se podía ver una corona de rosas blancas con estos tres nombres: Sofía, Max y Ernesto, los tres hijos de la pareja asesinada, que tampoco estuvieron presentes en la ceremonia.

»Ni doblaron las campanas ni hubo quien llevara hachones para acompañar la procesión cuando abandonó, por la noche, el Palacio de Hofburg para dirigirse a la estación del Oeste. En su testamento, Francisco Fernando había manifestado el deseo de ser enterrado con su esposa en el castillo de Arstetten, a orillas del Danubio. Conocía los sentimientos de sus familiares; jamás hubieran permitido que Sofía Chotek fuera enterrada junto a él en la Cripta de los Capuchinos, donde le esperaban ya ciento treinta y siete miembros de la augusta casa de los Habsburgo, incluido el desdichado príncipe heredero Rodolfo que se había suicidado... El viaje a Arstetten fue una pesadilla para los contados miembros del séquito oficial encargados de acompañar los cuerpos a su última morada (...) Cuando, a las dos de la madrugada, el tren llegó a la pequeña estación de Pochlarn, junto al Danubio, desde donde los féretros debían ser trasladados a la otra ribera del río, estalló una tormenta apocalíptica y todo el mundo debió guarecerse en la lúgubre sala de espera. La noche se vio rota en relámpagos y truenos terribles, como en el Crepúsculo de los dioses »

(*FUENTE: Edmond Taylor,* La caída de los Imperios, 1914-1918, *Libraire A. Fayard, París, 1964.)*



F. X. Rafols

Los feretros del archiduque y su esposa reciben honores en Trieste.

¡Europa en guerra!

El conflicto inevitable

Mateo Madridejos,
historiador y periodista

En el verano de 1914, la idea de que la guerra era inevitable se había adueñado de los europeos. Los belicistas de uno y otro bloque de alianzas en que se dividía Europa vieron llegada su hora, y muchos «pacifistas» que habían jurado «guerra a la guerra» estaban dispuestos a seguirlos. La que se llamaría Gran Guerra iba a marcar un nuevo hito en la historia de la estupidez humana: aparecerían nuevas y mortíferas armas y los muertos se contarían por millones. En la ilustración, soldados británicos en un carro de asalto.

En agosto de 1914, con un entusiasmo guerrero que hoy parece insensato, Europa se lanzó a una guerra civil que desembocaría en la primera conflagración mundial. La Gran Guerra, que sacudió la fibra patriótica y nacionalista de todos los pueblos, fue la culminación de una desastrosa política de alianzas, rivalidades y equilibrio que puso en tela de juicio los cimientos espirituales e incluso materiales del Viejo Continente. Arrastrados por la ilusión de una guerra corta, muy pocos pensaron al empezar el conflicto que estaban asistiendo al comienzo de la decadencia de Europa.



El sistema de alianzas

Triple Entente. *Alianza francorruso-británica, en vigor desde 1909 a 1917, fundada, a su vez, sobre otras dos:*

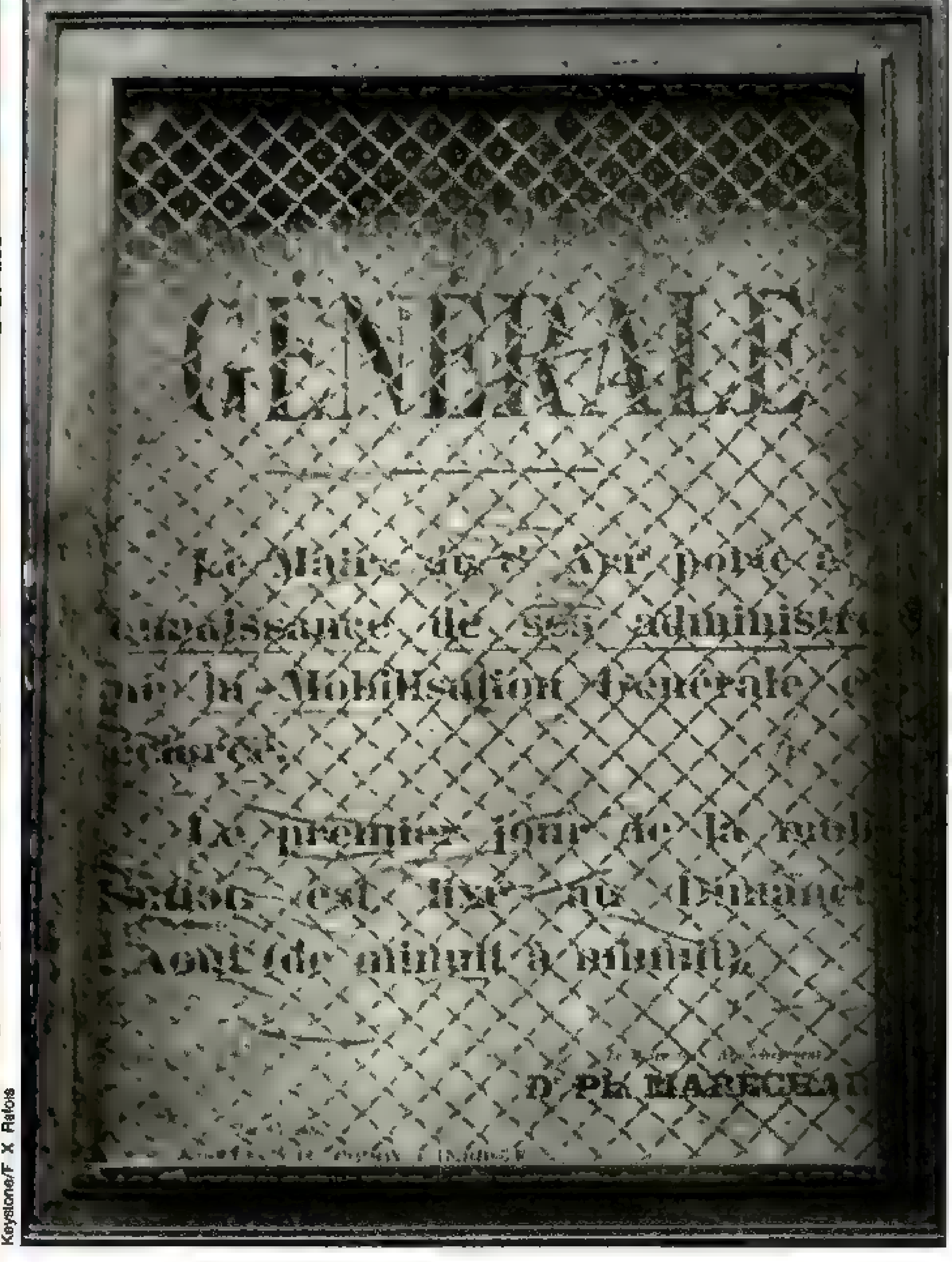
1. La llamada Entente Cordiale *entre Francia y Gran Bretaña, surgida de los acuerdos firmados el 8 de abril de 1904, que terminaron con las rivalidades coloniales entre las dos potencias. Implicaba un compromiso de ayuda mutua en caso de conflicto, invocado reiteradamente por Francia durante la crisis que condujo a la guerra.*

2. Acuerdos rusobritánicos firmados el 31 de agosto de 1907.

Alianza francorrusa. *También llamada Dúplice alianza, con base en la declaración firmada el 27 de agosto de 1891, a propuesta de Francia, que estableció la celebración de consultas en caso de crisis bélica. En enero de 1894, Francia y Rusia reforzaron la alianza con un acuerdo militar secreto. También firmaron una convención naval en 1912. La declaración de 1891 fue reafirmada solemnemente por el emperador Nicolás II y el presidente Félix Faure el 23 de agosto de 1897.*

Dúplice (Doble alianza). *Alianza defensiva acordada por Alemania y Austria-Hungría el 7 de octubre de 1879, por iniciativa de Bismarck, que incluyó un compromiso de ayuda mutua en caso de ataque por Rusia. Permaneció en vigor hasta 1918.*

Tríplice (Triple alianza). *Tratado secreto entre Alemania, Austria-Hungría e Italia, firmado el 20 de mayo de 1882, renovado cada cinco años hasta 1915, cuando fue roto por Italia. Fue un tratado de asistencia recíproca en caso de ataque contra cualquiera de las potencias signatarias. Italia se alió con los Imperios Centrales debido a la crisis con Francia provocada por la ocupación francesa de Túnez en 1881. Desde 1887, cuando se disolvió la* Liga de los tres emperadores *(Dreikaiserbund), Alemania hizo de la Tríplice el principal instrumento de su política exterior.*



Keystone/F X Ralois

Arriba, orden de movilización general en París, lanzada el 1 de agosto de 1914, casi a la misma hora que lo hizo Berlín. El día 3, Alemania declaró oficialmente la guerra a Francia.

En la página siguiente, arriba, el sistema de alianzas europeo al empezar la guerra; abajo, colocación de carteles llamando a filas en Berlín: en pocas semanas, el conflicto se generalizó.

La ruptura diplomática de Austria-Hungría con Servia, aireada por los periódicos en la noche del 25 al 26 de julio de 1914, provocó manifestaciones de júbilo desbordante en Berlín y Viena, mientras las cancillerías iniciaban una febril actividad para detener o en su caso localizar el peligroso conflicto. El embajador alemán se presentó en el Quai d'Orsay para solicitar que Francia hiciera ante Rusia «una gestión pacificadora», cuyo sentido no era otro que permitir que Austria ajustara las cuentas a Servia sin intervención de otras potencias.

La primera iniciativa mediadora surgió del gobierno de Londres, que propuso una conferencia cuatripartita (Gran Bretaña, Alemania, Francia y Rusia) para conciliar lo que empezaba a ser inconciliable, a condición de que Austria y Servia «se abstuvieran de cualquier operación militar». Paralelamente, el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Sergej Sazonov, propuso la negociación a su colega austríaco. Prosiguieron, sin embargo, los preparativos militares.

El canciller alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, rechazó la mediación británica, no sólo para que Austria no se sentara en el banquillo de los acusados, sino también en la ilusoria creencia de que impediría la internacionalización del conflicto; pero aconsejó prudencia a Viena, a fin de que ninguna acción precipitada hiciera aparecer como culpables a los Imperios Centrales.

Cuando el emperador Guillermo II regresó a Potsdam, el día 27, quedó muy bien impresionado por la respuesta de Servia al ultimátum, que consideró «un gran resultado, mejor de lo que se podía esperar», y escribió a su secretario de Estado: «Esa capitulación hu-

ALIADOS (1914)
PAÍSES NEUTRALES ALINEADOS LUEGO CON LOS ALIADOS
ALIADOS CON LOS IMPERIOS CENTRALES, NEUTRALES AL EMPEZAR LA GUERRA Y LUEGO UNIDOS A LOS ALIADOS
IMPERIOS CENTRALES (1914)
PAÍSES NEUTRALES ALINEADOS LUEGO CON LOS IMPERIOS CENTRALES
PAÍSES QUE PERMANECIERON NEUTRALES

Archivo Orbis



F. X. Rafols

millante es ya conocida *urbi et orbi*, y con ella desaparece todo motivo para una guerra.» El Káiser sugirió aceptar la oferta de Londres, pero siempre que Austria ocupara Belgrado como garantía. Esta rectificación del emperador llegó demasiado tarde, cuando ya se había puesto en marcha el fatídico engranaje.

Austria recurre a las armas

El gobierno de Viena se atuvo a los planes acordados, temeroso de que cualquier demora provocara una intervención exterior y abortase el objetivo prioritario de una guerra corta y localizada. El emperador dirigió un mensaje a sus pueblos, culpando a Servia, y el conde Leopold Berchtold telegrafió a Belgrado la declaración de guerra, a las 11 de la mañana del día 28: «Como el gobierno real de Servia no ha respondido de una manera satisfactoria a la nota enviada anteriormente, el gobierno imperial y real se encuentra en la necesidad de proveer por sí mismo a la salvaguardia de sus intereses y de recurrir, a tal efecto, a la fuerza de las armas.»

Mientras el Káiser y el Zar intercambiaban patéticos telegramas, con referencias a su «cordial y vieja amistad», Gran Bretaña insistió en la mediación, aceptando incluso que Austria ocupara Belgrado. Pero el bombardeo de la capital servia, el día 29, hizo subir la tensión. En Rusia, donde la ansiedad era grande ante la suerte que pudieran correr los eslavos del sur, se decretó una movilización parcial que puso en pie de guerra a los trece cuerpos de ejército destinados a operar contra Austria.

La movilización rusa, al introducir un nuevo factor militar, alteró el curso de los acontecimientos y del forcejeo

Declaraciones de guerra

28 de julio: *Austria-Hungría a Servia.*
1 de agosto: *Alemania a Rusia*
3 de agosto: *Alemania a Francia.*
4 de agosto: *Alemania a Bélgica. Gran Bretaña a Alemania.*
5 de agosto: *Austria-Hungría a Rusia. Servia a Alemania. Montenegro a Austria.*
8 de agosto: *Montenegro a Alemania.*
12 de agosto: *Gran Bretaña y Francia a Austria-Hungría.*
23 de agosto: *Japón a Alemania.*
25 de agosto: *Austria-Hungría a Japón.*
4 de septiembre: *declaración de Londres. Gran Bretaña, Francia y Rusia se comprometen a no concluir una paz por separado con los Imperios Centrales.*

Fuerzas en presencia (agosto de 1914)

Potencias centrales *(Alemania, Austria-Hungría).*
- *120 millones de habitantes.*
- *1.000.000 de hombres en filas.*
- *150 divisiones (Alemania: 87 de infantería y 11 de caballería).*
- *Frente occidental: 78 divisiones alemanas.*

Entente *(Francia, Gran Bretaña, Rusia, Bélgica y Servia).*
- *240 millones de habitantes.*
- *2.000.000 de hombres en filas.*
- *180 divisiones.*
- *Frente occidental: 83 divisiones francesas, belgas y británicas.*

La superioridad demográfica y de hombres en filas de la Entente estuvo ampliamente compensada al principio por la continuidad territorial de los Imperios Centrales y el mejor armamento de los alemanes.

Los recursos globales de la Entente eran muy superiores, lo que tuvo una importancia decisiva a medida que se prolongó la guerra.

Flotas

Gran Bretaña tenía una gran superioridad: 64 acorazados, 10 cruceros de batalla y 108 pequeños cruceros.

Alemania: 40 acorazados, 4 cruceros de batalla y 50 pequeños cruceros.

Francia: 21 acorazados y 30 cruceros.


Salmer

diplomático. El día 30 se celebró en Berlín un dramático Consejo de Ministros en el que Bethmann Hollweg parece que perdió las riendas de la situación. El protocolo de la reunión decía: «El señor primer ministro (es decir, Bethmann Hollweg) subrayó para concluir que todos los gobiernos, incluido el de Rusia, así como la mayoría de los pueblos son partidarios de la paz; pero se ha perdido la dirección y la piedra ha echado a rodar.»

Estas frases encubrían simplemente la capitulación del canciller ante las consideraciones militares. En efecto, el jefe del Estado Mayor, general Helmuth von Moltke, argumentó que «los preparativos de nuestros vecinos, especialmente en el este», exigen decisiones inmediatas. En el caso de que Rusia tomara la iniciativa de las operaciones, los preparativos alemanes, según el Plan Schlieffen, se vendrían abajo. Moltke comunicó directamente con su colega Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austrohúngaro, a quien apremió para que decretara la movilización.

La movilización rusa

Bajo la presión de los generales, el mismo día 30, Berlín comunicó a San Petersburgo que no estaba dispuesto a consentir las medidas militares rusas, ni siquiera la movilización parcial contra Austria, y amenazó con movilizar. El ministro ruso de Asuntos Exteriores, animado por el apoyo que ofrecía el embajador francés, Paléologue (al parecer actuaba sin instrucciones precisas de su gobierno, pero era íntimo amigo de Poincaré), interpretó la advertencia alemana como voluntad inequívoca de crear un *casus belli* y, en consecuencia, dio la callada por respuesta.

Sin esperar a que Alemania pasara a la acción, Rusia decretó la movilización general el día 31, casi a la misma hora que Austria. La tensión europea llegó a su paroxismo y las cancillerías se vieron desbordadas por el juego de las amenazas y la fatalidad de los hechos consumados. Aquel mismo día, la réplica alemana fue fulminante: un ultimátum a Rusia, para que revocase la orden de movilización, y otro a Fran-



A.G.E

THE DAILY MAIL, WEDNESDAY, AUGUST 5, 1914.

GREAT BRITAIN DECLARES WAR ON GERMANY.

SUMMARY REJECTION OF BRITISH ULTIMATUM.

The following announcement was issued at the Foreign Office at 12.15 a.m.:—

"Owing to the summary rejection by the German Government of the request made by His Majesty's Government for assurances that the neutrality of Belgium would be respected, His Majesty's Ambassador in Berlin has received his passports, and His Majesty's Government has declared to the German Government that a state of war exists between Great Britain and Germany as from 11 p.m. on August 4."

Huge crowds in Whitehall and Trafalgar Square greeted

Western/Firo-Foto

En ambas páginas, arriba, los movilizados franceses (izquierda) y alemanes (derecha) parten para el frente alegremente, a una guerra que esperaban breve, convencidos de que acabaría en Navidad.

Sobre estas líneas, la noticia de la declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania, publicada el 5 de agosto de 1914 en The Daily Mail. El pretexto británico fue la invasión de Bélgica.

cia, en el que exigía, como garantía de neutralidad, la entrega de las plazas fuertes francesas de Toul y Verdún.

Los rusos no se dignaron responder al ultimátum, y el primer ministro francés, René Viviani, comunicó al embajador alemán que Francia actuaría «de acuerdo con sus intereses». El 1 de agosto, Francia y Alemania, casi a la misma hora, lanzaron la orden de movilización general, y al caer la tarde, la Wilhelmstrasse mantuvo las viejas fórmulas para la declaración de guerra alemana: «Su Majestad el emperador, mi augusto soberano, en nombre del Imperio, acepta el desafío y se considera en estado de guerra con Rusia.»

En estas circunstancias, cuando las potencias continentales se deslizaban inexorablemente hacia el abismo, sólo una enérgica intervención británica hubiera podido cambiar el curso funesto de los acontecimientos. El Káiser había telegrafiado a su pariente, el rey de Inglaterra: «Por motivos técnicos y con arreglo al plan preestablecido, la movilización general ordenada por mí esta tarde tiene que efectuarse a la vez en el este y el oeste. Es imposible dar contraorden. Espero que Francia no se alarmará».

Vacilaciones británicas

El Gobierno y el Parlamento británicos estaban profundamente divididos, y el embajador francés en Londres, Paul Cambon, que invocaba la solidaridad de la Entente, se quejó amargamente de no haber conseguido las seguridades que, en su opinión, hubieran hecho retroceder a Alemania. Por su parte, los británicos tenían la impresión de que Francia, con su apoyo incondicional a Rusia, no hacía nada por conjurar la catástrofe.

El ministro británico de Asuntos Exteriores, lord Edward Grey, hizo una propuesta de última hora para garantizar la neutralidad de Gran Bretaña siempre y cuando Alemania no atacara directamente a Francia. Esta sugerencia, bien recibida en Berlín, fue recusada por París.

El 2 de agosto, domingo, mientras las tropas alemanas iniciaron su ataque en el oeste, con la invasión de Luxem-

El Plan Schlieffen

Este plan de operaciones, elaborado por el general alemán conde Alfred von Schlieffen (1833-1913), jefe del Estado Mayor General que se retiró en 1905, fue entregado como un testamento a su sucesor, el general Helmuth von Moltke (1848-1916), jefe del Estado Mayor al estallar la guerra.

Sus puntos principales eran:

1. Alemania combatirá en dos frentes, contra Francia y Rusia, muy probablemente apoyadas éstas por Gran Bretaña.

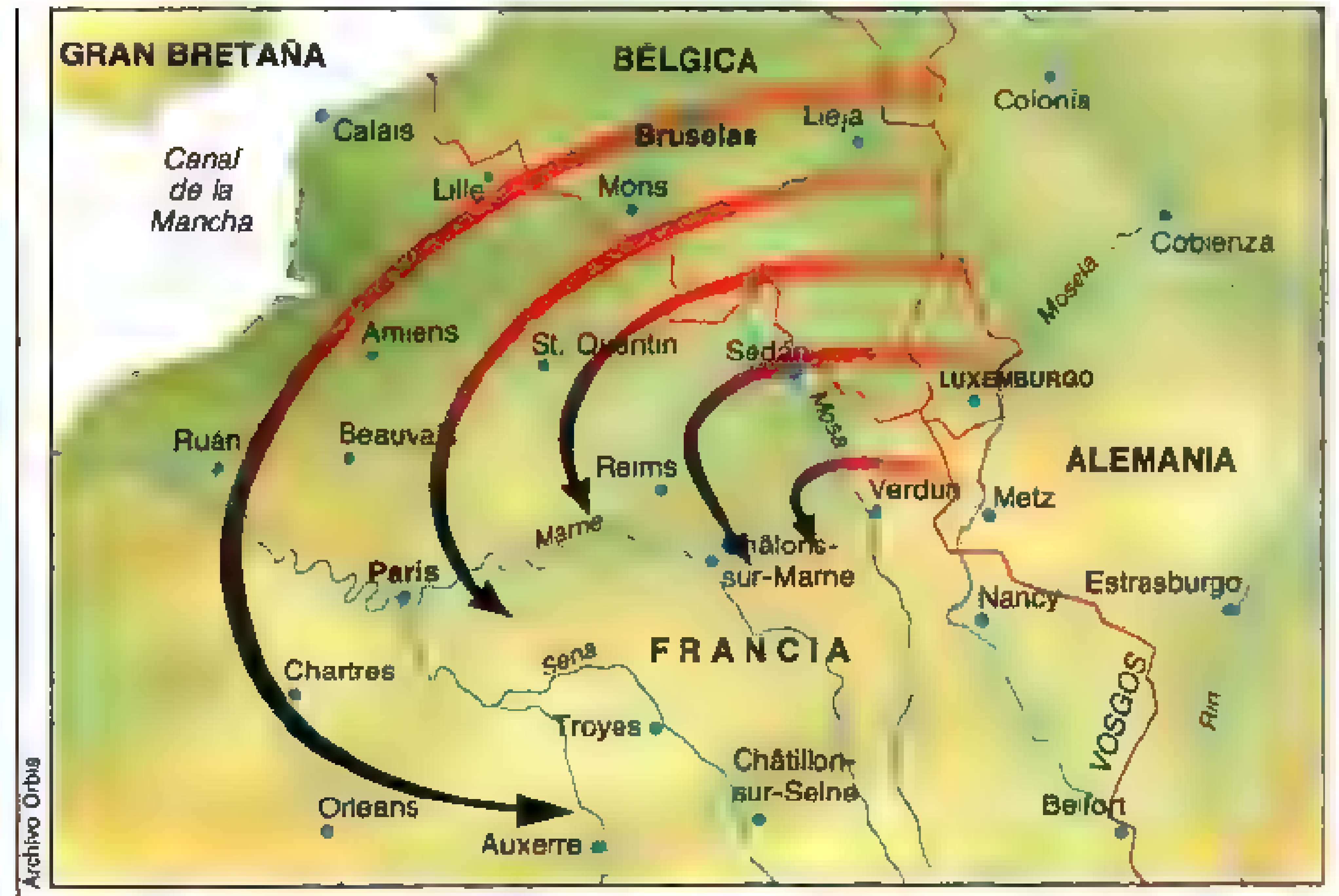
2. El decisivo teatro de operaciones se situará en Francia. Alemania atacará a Francia para derrotarla en un plazo máximo de dos meses, mientras permanece a la defensiva en el frente oriental.

3. Una vez derrotada Francia, sus aliados ofrecerán poca resistencia. Alemania podrá volver sus armas contra Rusia.

4. Puesto que las fortificaciones francesas son muy sólidas, Alemania deberá realizar una maniobra envolvente a través de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, a pesar de la neutralidad garantizada de estos países.

En agosto de 1914, Moltke limitó la maniobra envolvente a Bélgica y Luxemburgo, por lo que fue criticado y en parte responsabilizado del fracaso. El historiador aleman Gerhard Ritter, que por primera vez publicó en 1956 el Plan Schlieffen completo, demostró que las diferencias con las operaciones dirigidas por Moltke fueron mínimas.

El plan subestimó la potencia de Rusia, cuyo avance inicial provocó el pánico en Berlín; desdeñó la resistencia belga y no tuvo en cuenta la importancia del sistema ferroviario francés para llevar las reservas al frente.



Archivo Orbis

Selmer

Arriba, representación del Plan Schlieffen. El grueso de las fuerzas alemanas debía atravesar Bélgica (país neutral) y cercar París en un amplio despliegue. Se preveía la concentración masiva de fuerzas en el ala derecha, aunque ya antes de estallar la guerra se trasladaron algunas divisiones al flanco izquierdo para impedir la invasión del sur de Alemania. Se esperaba una victoria rápida en Francia para llevar luego las tropas al frente oriental y golpear a los rusos.

Abajo, las primeras tropas de la Fuerza Expedicionaria Británica son recibidas jubilosamente en Francia.

En la página siguiente, desfile de fuerzas alemanas por la Grand-Place de Bruselas. El 20 de agosto, Von Kluck entró en la capital de Bélgica tras ganar la batalla de Trilement.


Salmer

burgo, Berlín envió un ultimátum a Bruselas para que permitiera el paso de sus tropas. Bélgica no sólo rechazó el ultimátum, sino que invocó el Acta de Neutralidad de 1839, garantizada por las grandes potencias, y solicitó la protección británica. El Estado Mayor alemán, obsesionado por la estrategia en dos frentes, siguió adelante con sus planes y forzó la mano no sólo del canciller, sino también del emperador, que deseaba limitar la guerra al frente oriental. El 3 de agosto, con el pretexto falso de que unos aviones franceses habían bombardeado Nuremberg, Alemania declaró la guerra a Francia, y al día siguiente, a las 8 de la mañana, las divisiones alemanas invadieron Bélgica.

Las vacilaciones británicas cesaron como por ensalmo. Gran Bretaña no podía permanecer impasible mientras el ejército germano ocupaba Flandes, al otro lado del canal, y en los Comunes, el gobierno de Herbert Henry Asquith recibió el apoyo de la oposición e incluso de los diputados irlandeses, pues sólo James Ramsay MacDonald y un puñado de laboristas siguieron aferrados al neutralismo. Londres envió un ultimátum a Berlín, que expiraba a medianoche: Gran Bretaña se consideraría en guerra si las tropas alemanas no evacuaban Bélgica.

«¡Y todo por un trozo de papel!»

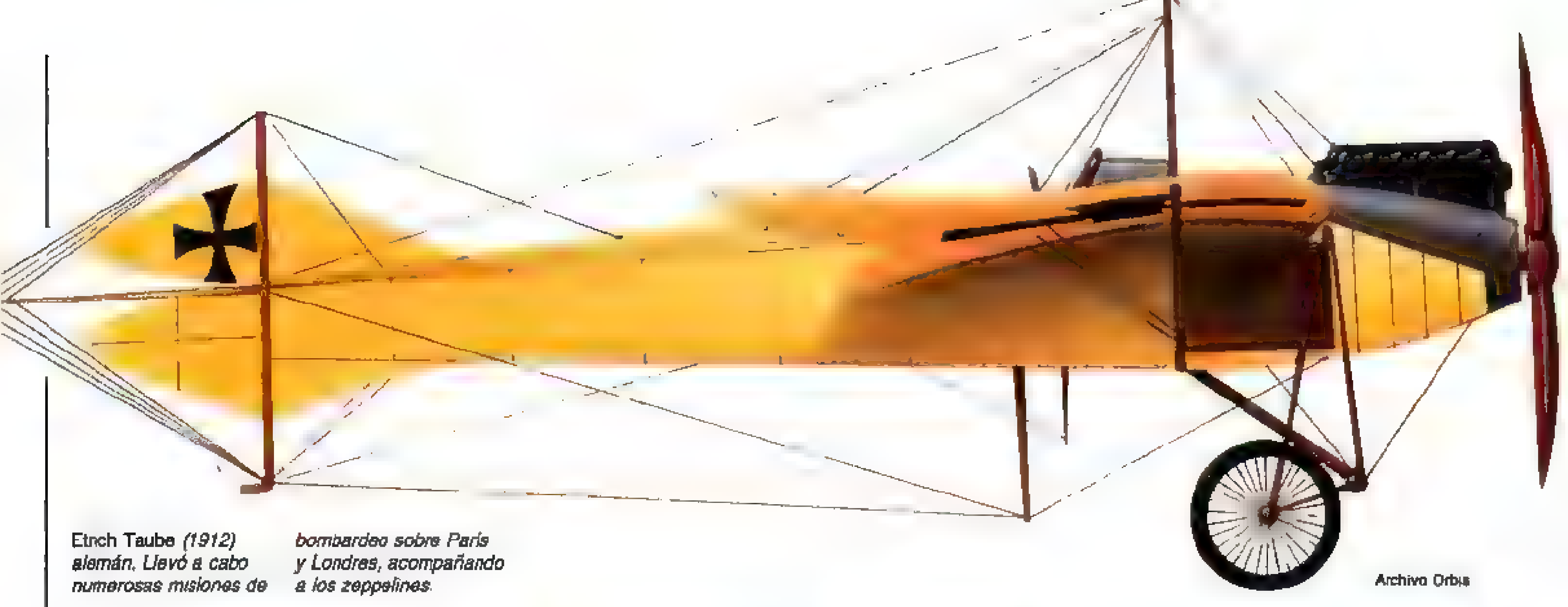
Después de proclamar en el Reichstag que «la necesidad no tiene ley», en un intento grotesco de embozar su capitulación ante los militares, el canciller Bethmann Hollweg mantuvo aquella noche una tormentosa y célebre entrevista, en inglés, con el embajador británico, Edward Goschen, a quien aseguró que la injusticia cometida con Bélgica sería reparada tan pronto como se alcanzaran los objetivos militares. Pero el diplomático permaneció inmutable, ya que las instrucciones de su gobierno no autorizaban la menor flexibilidad. Visiblemente excitado, el canciller exclamó: «Gran Bretaña está haciendo algo inimaginable a una nación con la que está emparentada y que no desea sino vivir en paz con los ingleses (...) ¡Y todo por un trozo de papel!» *(Just for a scrap of paper!)*.

El trozo de papel era el Acta de Neutralidad de Bélgica, que la opinión británica consideraba ignominiosamente pisoteada. Los alemanes, empezando por su canciller, siempre tuvieron dificultades para interpretar correctamente el «pacifismo afectado» y los escrúpulos diplomáticos de los británicos. El Káiser, nieto de la reina Victoria, se creía víctima de una conspiración: «No me cabe la menor duda de que Inglaterra, Francia y Rusia se han puesto de acuerdo para hacer contra nosotros una guerra de destrucción. Esta es, en puridad, la situación exacta que, urdida lenta e implacablemente por Eduardo VII, se trata ahora de poner en acción. La estupidez y torpeza de nuestro aliado les ha suministrado la trampa en que apresarnos.»

La *unión sagrada*

En la madrugada del 5 de agosto, todas las grandes potencias europeas estaban en guerra. Desde cuatro días antes, una extraña explosión de júbilo patriótico recorría el continente y se manifestaba junto a las estaciones de ferrocarril o en los bandos con las instrucciones militares. Los soldados partieron cantando, con «la flor en el fusil», hacia una guerra que creían justa. Ningún gobierno tuvo que hacer frente a «un partido del extranjero», pues la homogeneidad ideológica, propiciada por la burguesía, prevaleció sin fisuras, al menos, hasta que en 1917 se produjo la Revolución rusa.

En todos los países, incluso en el mosaico nacionalista de Austria-Hungría, la *unión sagrada*, la *Burgfriede*, funcionó a la perfección, y pocas mentes lúcidas escaparon al entusiasmo belicoso. «¡Qué bonita y fraterna es esta guerra!», exclamaba Robert Musil en Viena. Hasta los judíos alemanes



Etrich Taube *(1912)* alemán. *Llevó a cabo numerosas misiones de bombardeo sobre París y Londres, acompañando a los zeppelines.*

Archivo Orbis

vibraron con el germanismo: «No cabe ninguna duda, un espíritu sublime sopla a través de Alemania», anotaba en su diario Jakob Wassermann. Rusia presentó la guerra como una cuestión de vida o muerte para el eslavismo; Alemania, con la misma convicción que revelaban las notas del Káiser, se escudó detrás de la perfidia coligada de la Entente; Francia, dirigida por un notorio revanchista —*Poincaré, la guerre*—, se consideró víctima de una agresión ante la invasión alemana.

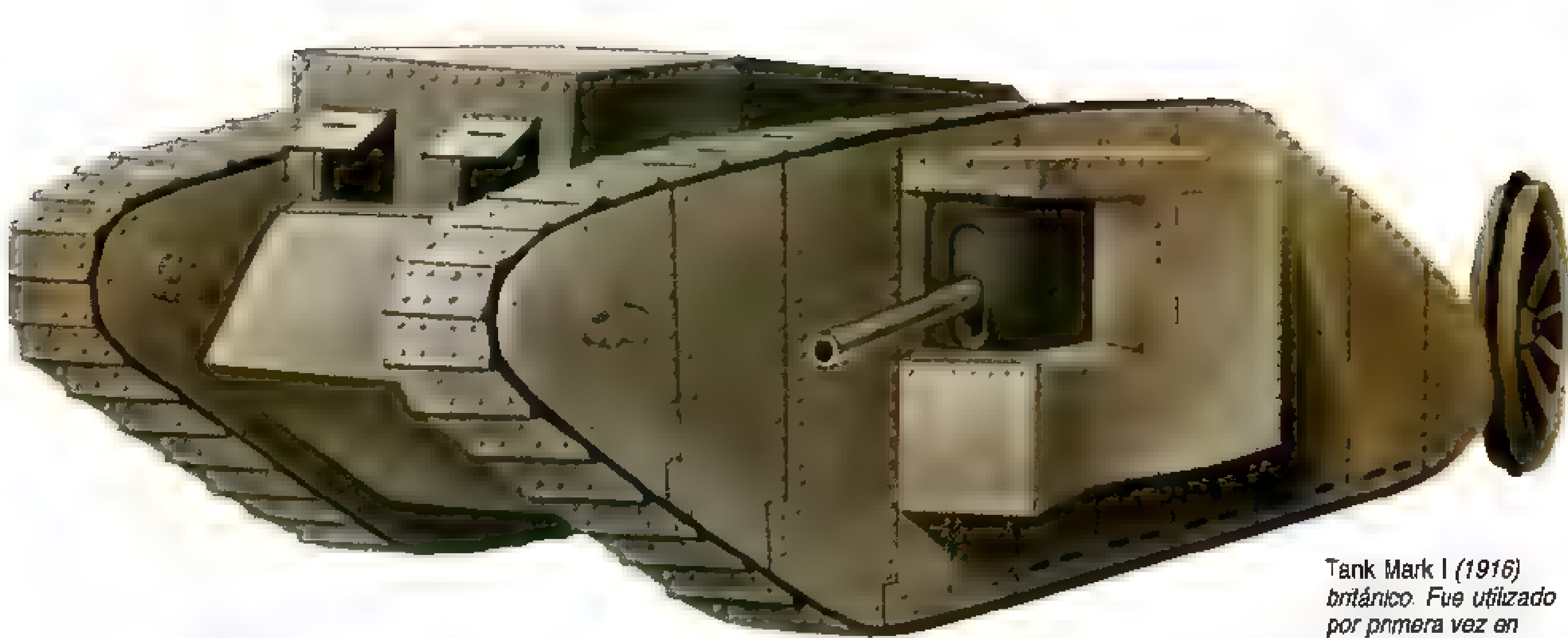
La Internacional Socialista se hundió estrepitosamente entre el fragor de los primeros cañonazos. En su reunión del 29 de julio, en Bruselas, propuso sin mucha convicción que se celebraran manifestaciones en todos los países amenazados por la contienda. Tras el asesinato de Jean Jaurès (31 de julio), los diputados socialistas, en París como en Berlín, respaldaron a los gobiernos y votaron los créditos para la guerra, cegados por una sutil y suicida distinción entre el adversario de clase y el enemigo nacional, entre los trabajadores alemanes y el Káiser.

Con una aparente insensatez, casi toda Europa se precipitó hacia el abismo, malbarató su extraordinario progreso material y puso en tela de juicio la ley moral y el orden jurídico, como si fuera impulsada a destruir todo lo edificado por una civilización poderosa, como lamentaba Rainer Maria Rilke: «Todo lo visible es de nuevo arrojado al hirviente abismo, para que vuelva a fundirse (...) ¿Fue eso lo que en estos últimos años pesó sobre nosotros como tremenda carga, ese futuro tremendo que constituye el presente espantoso?»

España quedó al margen del «incendio del mundo» sobre el que reflexionaba José Ortega y Gasset el 5 de agosto, «desde un arrabal de Europa». Aunque la guerra sirvió de telón de fondo para una pugna entre demócra-

Soldados franceses disparando contra un zeppelin alemán.

F. X. Ralois



Archivo Orbis

Tank Mark I *(1916) británico. Fue utilizado por primera vez en la ofensiva del Somme.*

El progreso técnico e industrial alcanzado por los países contendientes se reflejó en las armas. En las primeras semanas del conflicto, aviones y dirigibles se usaron para la guerra de movimiento y de sitio, respectivamente, aunque la aparición de las trincheras hizo cambiar este planteamiento. Los carros de combate se crearon para atravesar alambradas, destruir nidos de ametralladoras y acompañar a las tropas en su avance. En cuanto a los submarinos, fueron empleados sobre todo por los alemanes para suplir las insuficiencias de su flota de superficie.

tas (aliadófilos) y autoritarios (proalemanes), unos y otros estaban de acuerdo en que la neutralidad del país –la «vergüenza inevitable», según Miguel de Unamuno– venía impuesta por su situación menesterosa. «Somos neutrales porque no podemos ser otra cosa», resumió Francisco Cambó.

Rivalidades y responsabilidad

Los historiadores se preguntan por qué una crisis balcánica, semejante a otras que habían sido conjuradas, desembocó en una conflagración generalizada, «un crimen contra Europa», que denunciara Romain Rolland. Las causas inmediatas –el antagonismo austro-servio– fueron exacerbadas por otras más profundas que afectaban a los intereses vitales de las grandes potencias, de tal manera que el estallido bélico no fue sino el desenlace de un proceso multicausal que había creado en Europa una situación explosiva.

La rivalidad económico-imperialista afectaba, ante todo, a Gran Bretaña y Alemania. La clase dirigente británica estaba dividida entre pacifistas, favorables al apaciguamiento con Berlín, e imperialistas a ultranza, que preconizaban la hegemonía naval, el pacto colonial excluyente y el equilibrio europeo para contener el expansionismo germano. Alemania, tras superar la producción industrial británica, se agitaba entre el empuje continental de la aristocracia prusiana, en conflicto con Rusia, y el apremio colonialista de los industriales del Ruhr.

La rivalidad económica fue ideológicamente impulsada por el choque de los nacionalismos y las mentalidades enraizadas en la historia y cultivadas en la escuela, que afectaron, ante todo, a Francia y Alemania, pero que acabaron por hundir el sistema de alianzas y dividieron al continente en dos bloques antagónicos. Sólo los socialistas predicaron el pacifismo, pero creían equivocadamente que la solidaridad de los capitalistas, tanto como la de los proletarios, junto al temor a la revolución, favorecerían en último extremo el mantenimiento de la paz.

Todos estos factores contribuyeron a preparar el conflicto; pero considera el historiador francés Pierre Renouvin que la explicación inmediata se encuentra «en la orientación de las políticas nacionales y en la acción de los gobiernos», aparentemente resignados a la fatalidad de la guerra, sin olvidar las precauciones y planes militares que llevaron la tensión a su paroxismo.

El problema de la responsabilidad última, zanjado unilateralmente por el Tratado de Versalles, en contra de Alemania –una decisión que envenenó la historia europea posterior–, se analiza hoy con bastante ecuanimidad. «Todos los historiadores han admitido –resume J.-B. Duroselle– que la responsabilidad voluntaria y consciente de una guerra general no pertenecía a ninguno de los dos bandos, y que había intervenido un mecanismo más poderoso que los hombres.»



Submarino británico D-I Class *(1907), equipado con motores Diesel. Fue empleado en misiones antisubmarinas.*

Archivo Orbis

Bethmann Hollweg

Hijo de una familia aristócrata prusiana, Theobald von Bethmann Hollweg nació en Hohenfinow, Prusia, en 1856. Estudió Derecho en la Universidad de Bonn, ejerció brillantemente como abogado y ocupó diversos cargos en el gobierno prusiano, del que llegó a ser ministro del Interior en 1905.

Sucedió a Von Bülow como canciller imperial en 1909, y muy pronto demostró su falta de energía para imponerse a los medios militares que ejercían una gran influencia sobre el Káiser. «Administra, pero no gobierna» se dijo de él tras su fracaso al querer extender a Prusia la ley del sufragio (1910). No era un junker, *sino un liberal conservador convencido de la necesidad de las reformas que no pudo realizar.*

Tras el asesinato de Sarajevo, se vio desbordado por el Estado Mayor y el Almirantazgo. Los generales Hindenburg y Ludendorff impusieron su dimisión en julio de 1917. Retirado de la vida pública, se recluyó en su pueblo natal, donde murió en 1921.

Escribió unas Reflexiones sobre la guerra mundial, *publicadas en 1919.*



En ambas páginas, desfile de tropas alemanas en Berlín con ametralladoras y otros trofeos de guerra tomados a los rusos tras la contraofensiva en Prusia Oriental (meses de agosto y septiembre de 1914). Las batallas decisivas libradas en el frente del este en 1914 las ganaron los alemanes, a pesar de que los rusos habían formado dos ejércitos para invadir Prusia Oriental con el objetivo de aliviar la presión alemana sobre el territorio francés.

Las potencias centrales deseaban destruir el nacionalismo panservio que minaba los cimientos de la doble monarquía, para lo cual no vacilaban en aceptar una guerra general si la localización del conflicto, como ocurrió, no era posible. Alemania incitó a Austria a la intransigencia y rechazó la mediación británica, pero el juicio sería distinto si consideramos la tradicional política rusa en los Balcanes y la sensación de cerco que dominaba a los gobernantes de Berlín. Frente a las intrigas paneslavas, fomentadas por Rusia, la monarquía danubiana se creía víctima de una agresión permanente e insidiosa, sin recapacitar por un momento en la opresión que ejercía sobre las nacionalidades.

Francia pensó que su alianza con Rusia era indispensable para no verse, a corto plazo, enfrentada en solitario a una Alemania vencedora en el este. La política de Raymond Poincaré estuvo dominada por el nacionalismo, por la voluntad inequívoca de recuperar Alsacia y Lorena y de acabar con las últimas secuelas diplomáticas del sistema de Bismarck.

Gran Bretaña mantuvo la ambigüedad hasta el último momento y se presentó como mediadora; pero los historiadores estiman que el apaciguamiento contribuyó tanto a la guerra como los riesgos calculados de los dirigentes alemanes. El canciller Bethmann Hollweg parece haber creído hasta el último momento que los británicos no se dejarían arrastrar por un conflicto en el continente. Fue un error de cálculo fatal, alimentado por el gobierno de Londres.

La batalla de las fronteras

Alemania tomó la iniciativa de las operaciones militares con una aplicación estricta del Plan Schlieffen, de *Blitzkrieg* (guerra relámpago) en el frente occidental. El comandante en jefe, general Moltke, desplegó un total de 78 divisiones frente a las 83 que alinearon los franceses, británicos y belgas. El ala derecha del dispositivo germano, con 53 divisiones al mando de los generales Von Bülow y Von Kluck, invadió Bélgica el 4 de agosto, cruzó el Mosa al norte de Lieja e inició una gigantesca maniobra envolvente con la que amenazó a todos los ejércitos franceses, orientados hacia el este.

La ofensiva alemana tropezó en principio con una encarnizada resistencia en Lieja y, en general, en toda la línea del Sambre, mientras las tropas británicas desembarcaban en el continente. Lieja no cayó hasta el 18, cuando el ejército belga comenzó una retirada hacia Amberes. Mientras Von Kluck avanzó sobre Bruselas, Von Bülow lo hizo sobre Namur.

El generalísimo francés, general Joffre, sin darse cuenta de la amplitud de la maniobra germana, mantuvo sus planes de atacar en Alsacia y Lorena, en un intento de destruir las líneas de aprovisionamiento del enemigo. El día 8, los franceses llegaron a Mulhouse, donde sufrieron un grave descalabro, y el 15, ante la penetración de los ejércitos alemanes, Joffre no tuvo más remedio que retirar algunas divisiones de Lorena para enviarlas al Mosa.

Los ejércitos franceses de Castelnau y Langle de Cary fracasaron en sus ofensivas sobre Morhange, el Sarre

Poincaré

Perteneciente a una familia de la alta burguesía de Lorena, Raymond Poincaré nació en Bar-le-Duc, en 1860. Jamás olvidó el desastre de Sedán (1870) y la incorporación de su tierra natal al Imperio alemán.

Abogado en París, en 1887 fue elegido diputado en las listas de la centrista Alianza Democrática. Fue ministro de Hacienda (1893 y 1894) y de Instrucción Pública (1895) en diversos gabinetes de coalición. Hostil al acuerdo francoalemán que siguió a la crisis de Agadir (1911), en 1912-1913 dirigió un gobierno de coalición, en el que se reservó la cartera de Asuntos Exteriores, y practicó una política nacionalista y de firmeza frente a Alemania.

Elegido presidente de la República el 17 de enero de 1913, por una coalición centroderechista en el Congreso, estrechó la alianza con Rusia y Gran Bretaña. Estaba de visita en San Petersburgo en el momento en que Austria-Hungría dirigió el ultimátum a Servia.

Al declararse la guerra, el «patriota lorenés» fue el artífice de la unión sagrada frente a los Imperios Centrales, símbolo del nacionalismo antigermánico. Cesó como presidente de la República en 1920.

Volvió a ser jefe del Gobierno en 1922-1924, y ordenó la ocupación del Ruhr (enero de 1923), a pesar de la oposición británica.

Fue miembro de la Academia Francesa y autor de unas memorias bajo el título de Al servicio de Francia. *Murió en París, en 1934.*



En los campos y las ciudades de Europa retumbaba el cañón. Iba a seguir haciéndolo durante cuatro años, y no sólo en el Viejo Continente. La Gran Guerra, uno de los conflictos más cruentos de la historia, costaría 10 millones de muertos. En la ilustración, ¡A tu salud, civilización!, cartel de L. Raemaekers.


Western/Firo-Foto

y las Ardenas, del 18 al 22 de agosto, casi en el mismo momento en que los alemanes decidían a su favor la encarnizada batalla de Mons-Charleroi. El general Von Bülow, que mandaba el ala derecha del dispositivo alemán, disponía de treinta divisiones, mientras que los aliados sólo tenían diecinueve (catorce francesas, cuatro británicas y una belga). Ante el temor de verse cercado, el general Lanrezac, que mandaba las tropas francesas, replegó a sus fuerzas, y lo mismo hizo el mariscal británico French.

Desbordado prácticamente en todos los frentes, el general Joffre comprendió al fin su error y, sin perder la sangre fría, ordenó una retirada general que constituyó un gran éxito, pues todas las unidades quedaron a salvo de la maniobra envolvente alemana, a pesar de la orden de persecución lanzada por Moltke el día 27. El general De Gaulle escribió después: «La suerte de Francia fue que, habiendo empuñado mal la espada, supo, sin embargo, no perder el equilibrio.»

El 25 de agosto, por los periódicos de la mañana, los franceses se enteraron por un comunicado de tres líneas que sus ejércitos se replegaban «desde el Somme hasta los Vosgos», primer reconocimiento público del impetuoso avance alemán, y el general Joffre, en una comunicación a Poincaré, reconocía: «Estamos condenados a mantenernos a la defensiva.» Los ejércitos alemanes se lanzaron en tromba hacia el sur, hasta alcanzar el Marne a unos 40 km de París, pero su victoria no fue decisiva porque no habían podido aniquilar a las tropas del adversario.

El sacrificio de los rusos

En el frente oriental, donde Alemania sólo tenía nueve divisiones, pues esperaba que los austríacos frenaran a los rusos, también se produjo la sorpresa. Los rusos atacaron mucho antes de lo previsto, el 20 de agosto, e infligieron severas pérdidas a los alemanes, en Gumbinnen. La ofensiva rusa en Prusia Oriental, en cuanto alteraba los planes germanos, provocó un movimiento cercano al pánico en Berlín.

Ante el inesperado empuje de los rusos, el general Moltke trasladó cuatro divisiones del principal teatro de operaciones en Bélgica a Prusia Oriental. Todos los estrategas consideran que ese traslado constituyó un grave error, ya que debilitó el ala derecha alemana en Bélgica, es decir, los ejércitos que, al envolver a los franceses, debían decidir la suerte de las armas.

En el frente oriental, el envío de refuerzos tuvo efectos inmediatos. El comandante en jefe alemán, general Paul von Hindenburg, realizó una gran maniobra envolvente que provocó la derrota de los rusos en la batalla de Tannenberg (27-30 de agosto). La capitulación rusa se produjo el día 31, tras el suicidio del general en jefe, Samsonov. Los alemanes hicieron cerca de 100.000 prisioneros.

A pesar de esta aparatosa derrota, los historiadores consideran que el ejército ruso, al obligar a los alemanes a trasladar tropas al frente oriental, cumplió el papel que esperaban los aliados, a costa de ingentes pérdidas humanas. Con su victoria, aureolado por la leyenda de «salvador de la patria», el general Hindenburg se abrió paso hacia las máximas responsabilidades políticas.

Extensión del conflicto

La guerra alcanzó dimensión extraeuropea cuando Japón, con la ambición puesta en las posesiones germanas en Asia, entró en guerra contra los Imperios Centrales, el 23 de agosto. Temerosa siempre de la política rusa, Turquía firmó un tratado secreto con Alemania el 2 de agosto, aunque no entró en guerra hasta el 1 de noviembre. Los Estados balcánicos no directamente implicados en principio (Bulgaria, Rumania y Grecia) hicieron declaraciones provisionales de neutralidad, a la espera de orientar sus intereses.

Italia se separó de la Tríplice desde el comienzo de la crisis, por entender que Austria-Hungría había actuado sin realizar las consultas a que le obligaba la alianza. Tras el estallido de la guerra, entró en un proceso difícil de cambio de alianzas hasta que se impuso el enfrentamiento con Austria, el enemigo tradicional asentado en territorios de poblamiento italiano.

La batalla del Marne
El avance alemán, detenido

Rafael Abella,
historiador

A principios de septiembre de 1914, la victoria alemana parecía inminente. En una espectacular maniobra, los ejércitos del Káiser se habían colocado a 40 km de París, y Francia se batía en retirada. Pero una providencial brecha abierta entre las filas germanas brindó a franceses y británicos la oportunidad de pasar al contraataque y frenar, por primera vez, el avance enemigo. En la ilustración, los infantes del V Ejército de Franchet d'Esperey lanzándose al ataque en el Marne

La batalla del Marne (5-10 de septiembre de 1914) salvó a Francia de la derrota y cambió el signo de la guerra al romper los planes alemanes, pensados para obtener una rápida victoria en el frente occidental. Fue el choque entre dos mentalidades: la germánica, a la que el revés sufrido en sus previsiones dejó sin capacidad de reacción, y la aliada, que improvisó sobre la marcha una réplica decisiva, aprovechando una situación favorable en las más críticas circunstancias. El resultado de la victoria francesa significó la estabilización del frente y el comienzo de la guerra de posiciones.





F. X. Ratolo



R. Hunt

Al llegar la última semana de agosto de 1914 hacía veinte días que el cañón tronaba en Europa. En el frente occidental, la progresión alemana constituía una seria amenaza para Francia. Los ejércitos del Káiser, incorporando fuerzas de reserva a las formaciones activas, habían llevado a cabo una ofensiva inicial en la que, de las 72 divisiones disponibles, 53 fueron asignadas a la masa de choque, 10 pivotaron frente a Verdún y tan sólo 9 se desplegaron formando el ala izquierda a lo largo de la frontera francesa. La ofensiva, con arreglo al Plan Schlieffen, preveía el despliegue del ala derecha alemana formando una media luna gigantesca que, después de atravesar Bélgica y el norte de Francia, cruzaría el Sena en las cercanías de Ruán para dirigirse al sur de París, y empujaría a los franceses a las riberas del Mosela hasta encerrarlos en una bolsa de enormes proporciones contra la línea de fortalezas de la región de Lorena y la frontera suiza.

El Plan XVII, la respuesta al Plan Schlieffen

Por su parte, al romperse las hostilidades, los franceses habían puesto en marcha el Plan XVII, previsto para un *casus belli* con Alemania, según el cual debían desencadenar una ofensiva en Alsacia y Lorena. Tras de un éxito inicial en Morhange, el contraataque alemán forzó a un repliegue en Charmes, al amparo de las fortificaciones. No obstante, la ofensiva llevada a cabo por los Ejércitos I y II bajo el mando de Dubail y Castelnau, respectivamente, engañó al Estado Mayor alemán, haciéndole creer en la existencia de fuerzas muy superiores. Esto provocó el traslado a Lorena de seis divisiones, cuyo destino era reforzar el ala derecha alemana, sobre la que debía recaer el peso de la batalla. Semejante desguarnecimiento tuvo incalculables consecuencias. Tampoco los franceses habían sido muy afortunados en Alsacia, donde, tras un éxito inicial en Sarrebourg, se vieron obligados a replegarse hacia los contrafuertes montañosos de los Vosgos ante la presión de los ejércitos alemanes.

El fracaso del plan francés había sido, además, terriblemente sangriento. El *élan* combativo de la infantería gala, lanzada al ataque con sus pantalones de paño rojo y sus guerreras azules, había sido barrido por el fuego de las armas automáticas alemanas. Los choques entre las fuerzas de caballería, entre dragones y ulanos con los sables desenvainados, evocaban viejas gestas guerreras. Pero lo más sobrecogedor era el número de bajas registradas entre la oficialidad francesa, que iba en vanguardia con quepis rojo y guantes blancos. Tan sólo en los combates del mes de agosto las bajas de oficiales se cifraron en el 10 % del total de los efectivos de su clase.



E. C. P. Armees-Arch./Ed. Atlas





En la página anterior, arriba, el campo atrincherado de París; abajo, soldado francés de 1914, cargado con un pesado equipo y vestido con un vistoso uniforme que ofrecía un blanco excelente.

En ambas páginas, la infantería alemana avanza, en una de sus largas marchas, por los campos de Lorena.

En esta página, abajo, ametralladoras alemanas en el frente del Marne.

El ala derecha alemana, desguarnecida

Hasta el día 23, los planes alemanes se cumplieron con puntualidad. El 21, el V Ejército francés, mandado por el general Lanrezac, fue batido en Charleroi y se vio obligado a retroceder. Ruffey (III Ejército) y Langle de Cary (IV Ejército) se afanaban en reagrupar sus fuerzas en el centro del amplio frente, mientras Castelnau (II Ejército) defendía palmo a palmo las tierras de Lorena. La Fuerza Expedicionaria Británica, que actuaba como un apéndice en el vértice izquierdo del dispositivo francés, presionó hacia Mons, pero tuvo que desistir ante lo elevado de sus pérdidas. La presencia del III Ejército alemán, mandado por el general Von Hausen, en el flanco derecho de Lanrezac, es decir, en el vacío producido entre las fuerzas de éste y las de Langle de Cary, hizo que la retirada del primero tuviera que hacerse apresuradamente para eludir el cerco.

En el bando alemán se veía con optimismo el desarrollo de las operaciones. El recuerdo de la victoria de 1870 se evocaba con euforia. En Francia, en cambio, la preocupación por la progresión alemana iba en aumento. Lo único positivo de los reveses sufridos en un mes escaso de hostilidades era lo ordenado de la retirada impuesta por el empuje germano. Una retirada que, desde los confines de la frontera del norte de Francia, había obligado a la tropa a agotadoras marchas y contramarchas.

Pero el día 21, las alarmantes noticias recibidas en el Estado Mayor alemán procedentes de Prusia Oriental, atacada por los rusos, obligaron a enviar al frente oriental, cuatro divisiones tomadas del ala derecha. Esta merma, unida a la de las fuerzas desplazadas a Lorena y a la inmovilización de seis divisiones más, empeñadas en el ataque a Maubege, privaron a la ofensiva alemana de los efectivos necesarios para llevar a cabo con éxito el Plan Schlieffen.

Repliegue general

El día 24, el generalísimo Joseph Joffre, que a sus 62 años veía recaer sobre sí la suerte de Francia, tomó drásticas medidas. Los generales y oficiales superiores que no habían estado a la altura de las circunstancias fueron


Musée des Deux Guerres Mondiales, París/Cl. Lalance


Harlingue-Viollet



Farabola

cesados: el general Ruffey fue sustituido al frente del III Ejército por el general Sarrail. Joffre recorría incansablemente el frente, exhortando a los soldados y observando sobre el terreno el desarrollo de los acontecimientos. El mismo día 24 extendió una orden de repliegue general, desde el Somme a los Vosgos, instando a una defensa que se apoyase en los accidentes del terreno para retrasar el avance alemán. Y planeó un contrataque en el sector comprendido entre el Somme y el Aisne, para el cual dispuso la creación acelarada de un ejército (el IX), que se pondría a las órdenes del general Foch.

La mayor preocupación del alto mando francés era la situación del ala izquierda en el sector del frente cubierto por los británicos. Tras resistir obstinadamente en Le Cateau, la Fuerza Expedicionaria se había retirado aceleradamente hacia el sur, y su jefe, el mariscal French, no había ocultado su propósito de reagruparse en Cambrai. Frente a los británicos, y dadas las condiciones de su cooperación, Joffre no podía ordenar, tan sólo podía persuadir. Y a ello se aplicó, intentando frenar la retirada de unas tropas con la moral muy baja y que, en dos semanas de repliegue sólo habían dormido un promedio de cuatro horas por día.

El día 26, Namur cayó en manos alemanas, y el 27 la presión germana se hizo fortísima por parte del VI Ejército del kronprinz Rupprecht de Baviera y del VII de Von Heeringen, presagiando un doble movimiento envolvente a izquierda y derecha del centro del dispositivo aliado, en dirección al Oise y buscando el camino más corto hacia París. Ello abría un interrogante en cuanto a la vigencia del Plan Schlieffen, lo que movió a Joffre a ordenar la creación de un nuevo ejército, el VI, confiado a las órdenes del general Maunoury y formado con tropas procedentes de Lorena, donde se había contenido el ataque alemán. Aquel mismo día, los ejércitos de Sarrail y Langle de Cary, pivotes defensivos del centro, se vieron forzados a retirarse sobre la línea del Mosa tras duros combates en las Ardenas.

Con el ala derecha inmovilizada en Lorena, el centro adosado a las Ardenas y el ala izquierda descoyuntada, la situación del frente francés era extremadamente preocupante. Sin embargo, no todo eran facilidades para los alemanes. La destrucción de los puentes del Mosa, llevada a cabo por los belgas, impidió a los alemanes pasar trenes con tropas hasta el 25 de agosto y reforzar su ala derecha, ya debilitada por la sustracción de efectivos antes mencionada.

Contrataque en Guisa

Para contrarrestar el grave peligro, Joffre ordenó a Lanrezac que lanzara su V Ejército al contrataque, con objeto de aliviar la presión que sufrían los británicos. Pese a la renuencia de Lanrezac, muy desmoralizado, el V Ejército atacó en Guisa al II Ejército alemán de Von Bülow, partiendo de un saliente que se incrustaba entre las fuerzas de este último y las de Von Kluck, que, entre tanto, había seguido su marcha en dirección sudoeste, en persecución de los británicos.

El día 29 se inició el ataque. Con un enorme despliegue de valor, banderas al viento, aires marciales, y protegidos por el tiro de los cañones del 75, los infantes franceses se lanzaron al asalto de las posiciones alemanas. Ante este inopinado contratiempo, Von Bülow pidió ayuda a Von Kluck. El ataque fue contenido antes de que el apoyo fuera necesario, pero Von Bülow insistió en que Von Kluck maniobrara para cortar la retirada del V Ejército. El 31 de agosto, todo el I Ejército alemán se puso en marcha pero, en vez de dirigirse al sudoeste, según el plan establecido, se encaminó hacia el sudeste y franqueó el Oise por Compiegne, creyendo poder copar toda el ala izquierda francesa. El deseo de asestar un golpe decisivo que franqueara el camino de

P. Newark/Firo Foto



F. X. Rafols

En la página anterior, a la izquierda, el general Joseph Galliéni, gobernador militar de París y hombre clave en la decisión de la contraofensiva del Marne; a la derecha, los «taxis del Marne», que hicieron posible la presencia de una división de refuerzo en la batalla del Ourq.

En esta página, arriba, tropas coloniales francesas enviadas en taxi desde París irrumpen por sorpresa en Senlis, ocupado por fuerzas del I Ejército del general Von Kluck; abajo, el mariscal John French, jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica en Francia.

París hizo que Von Kluck, instigado por Von Bülow, cayera en un gravísimo error. Aquel desvío implicaba el abandono definitivo del amplio movimiento envolvente en torno a París.

El V Ejército francés pudo replegarse a tiempo, aunque ello no hizo menos grave la situación. La discontinuidad del frente era un obstáculo para sostener la prevista línea entre Verdún y el Somme, y el día 30 Joffre se vio en la necesidad de preparar una nueva retirada a la línea del Sena. En esa línea irían a situarse los ejércitos de Sarrail, Langle de Cary y Lanrezac. El recién creado VI Ejército estaría a disposición del general Galliéni, gobernador militar de París, quien, ante el riesgo que se cernía sobre la capital, debía asumir su defensa.

Las noticias no podían ser más alarmantes. A la presencia alemana en Compiègne se añadieron el día 2 de septiembre, las avanzadas en Chantilly y en Senlis. Los alemanes estaban a 40 km de la capital. En París empezaban a formarse barricadas y el espectro de la derrota de 1870 parecía materializarse de nuevo.

El viraje de Von Kluck

Ante el sesgo de la batalla y el inminente peligro que corría la capital, el generalísimo Joffre pidió al Gobierno que evacuara París con destino a Burdeos. El día 3 de septiembre, a las 23 horas, el presidente de la República, Raymond Poincaré, y el gobierno en pleno dejaban la capital. Había llegado el momento de la decisión.

El viraje de Von Kluck fue conocido por el mando francés gracias a un vuelo de reconocimiento. Al no dar crédito a la información, se convino en la necesidad de un nuevo vuelo, que confirmó plenamente el desplazamiento hacia el este del grueso de las fuerzas del I Ejército alemán: sus vanguardias fueron localizadas al sur del río Marne, que había sido cruzado a la altura de Nogent-sur-Seine. Lo cierto es que, aquel día 3 de septiembre, el Estado Mayor alemán había decidido abandonar definitivamente el plan original, sustituyéndolo por un envolvimiento más estrecho del centro y la derecha del dispositivo francés. El propio centro del dispositivo alemán, integrado por el IV Ejército del duque de Würtemberg y por el V del Kronprinz, debía atacar hacia el sudeste, en dirección a Mézières, mientras que su izquierda, formada por el VI Ejército del príncipe Rupprecht de Baviera y el VII de Von Heeringen, atacaría hacia el sudoeste para forzar la barrera fortificada entre Toul y Épinal. La culminación de la maniobra sería la unión de estas dos

Cronología de la batalla

***4.IX:** Joffre aprueba la operación concebida por el gobernador militar de París, general Galliéni, destinada a desencadenar un contrataque contra el ala derecha de la ofensiva alemana.*
***5.IX:** Maunoury ataca al este, en dirección al Ourcq para envolver al ejército de Von Kluck.*
***6.IX:** Orden del Día de Joffre, exigiendo mantener el terreno conquistado a toda costa. Galliéni requisa los taxis de París para enviar refuerzos a Maunoury, atacado por Von Kluck. Moltke se inquieta por el curso de la batalla. Joffre, que ha podido reagrupar sus fuerzas, no oculta su satisfacción: por primera vez, los franceses han resistido la ofensiva alemana.*
***7.IX:** retroceso de Von Kluck al norte del Marne. Von Bülow sigue la misma maniobra para alinear su frente. En los pantanos de Saint-Gond, Foch rechaza los asaltos de la Guardia prusiana. Los británicos de French y el V Ejército de Franchet d'Esperey aprovechan un vacío entre los ejércitos de Von Kluck y de Von Bülow para efectuar una penetración con fuerzas de caballería.*
***8.IX:** el Kronprinz forcejea con las fuerzas de Sarrail. Foch tiene que replegarse ante los asaltos alemanes.*
***9.IX:** los alemanes consideran que la derrota en el Ourcq marca un cambio en sus planes. El teniente coronel Hentsch, enviado por Moltke, ordena a Von Kluck y a Von Bülow que inicien un repliegue general si los británicos cruzan de nuevo el río. Como así ocurre, la orden se ejecuta. Von Hausen, en el centro del dispositivo alemán, se pone en línea con los anteriores.*
***10.IX:** Maunoury avanza sin hallar apenas resistencia, French se sitúa al sur del Ourcq y Franchet d'Esperey cruza el Marne. Foch recupera sus posiciones.*
***11.IX:** retirada general alemana.*


Col. Bessèges-Arch. Snark International


Musée des Deux Guerres Mondiales, París/Cl. Lavance

En esta página, arriba, el cuartel general de Joffre en la noche del 6 de septiembre de 1914, cuando el generalísimo de los ejércitos aliados se disponía a dictar la famosa Orden del Día en la que exigía a sus tropas el sacrificio de morir luchando en sus puestos antes que ceder terreno al enemigo, abajo, un cañón del 75 francés en combate la artillería ligera francesa no podía rivalizar con la pesada del ejército alemán.

En la página siguiente, arriba, los ejércitos enfrentados en el Marne; abajo, los generales Von Kluck (izquierda) y Von Bülow (derecha).

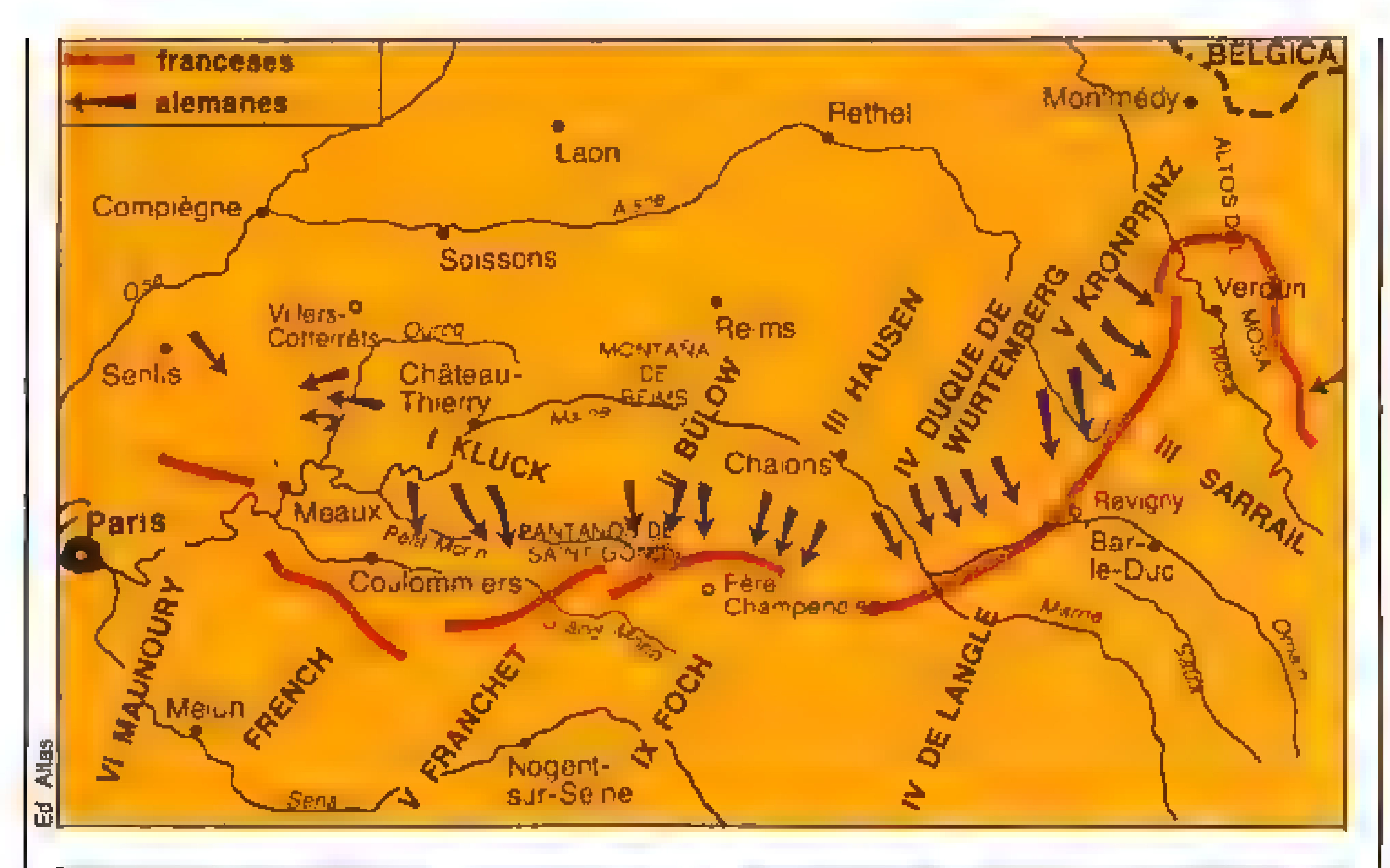
fuerzas a cada lado de Verdún, encerrando al ejército francés en el estuche formado por las dos mandíbulas. El I y el II Ejércitos bastarían para rechazar cualquier movimiento ofensivo francés desde París. Pero la contramaniobra francesa empezaría antes de que el nuevo plan alemán surtiera efecto.

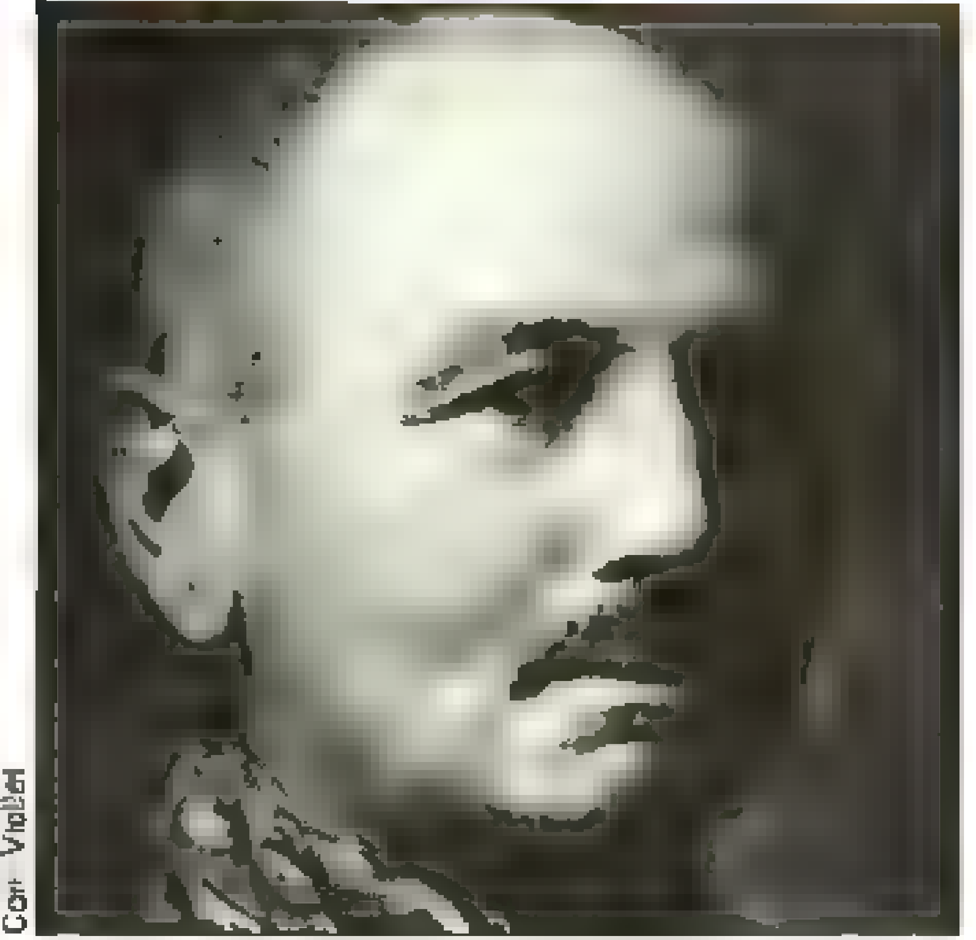
El plan de Galliéni

Ante el campo atrincherado de París estaba estacionado el VI Ejército de Maunoury que, según las disposiciones tomadas al ser abandonada la capital por el Gobierno, se mantenía a disposición del general Galliéni. Éste, enérgico y decidido, dio órdenes a Maunoury de que estuviera dispuesto para atacar el flanco que la maniobra de Von Kluck dejaba al descubierto. Galliéni hizo partícipe a Joffre de sus propósitos. Es preciso señalar que las relaciones entre Joffre y Galliéni no eran fáciles; Joffre había sido subordinado de Galliéni en Madagascar y, además de este antecedente, sus caracteres eran contrapuestos: Joffre era tranquilo, flemático, y si le faltaba un rasgo de genialidad, no carecía de buen sentido; Galliéni, en cambio, era nervioso, decidido y muy seguro de sí mismo. Por esta causa, a la exposición de Galliéni, Joffre expuso sus reservas. No obstante, preguntó al general Franchet d'Esperey (que había sustituido al incómodo y decaído Lanrezac a la cabeza del V Ejército) y a Foch, que estaba al frente del IX, cuándo podrían desencadenar una ofensiva.

En la tarde del día 4, los últimos informes situaban a Von Kluck en la orilla sur del Marne. En la noche de aquel día crucial, Joffre tuvo una conversación telefonica con Galliéni, pese a su resistencia a usar este medio de comunicación. Nadie sabe cuál fue el contenido de la conferencia, pero todo hace suponer que la maniobra estaba clara en la mente de Galliéni, y que éste decidió a Joffre para que, como generalísimo, asumiera la responsabilidad global de una operación de la que iba a depender el destino de Francia.

El día 5, Joffre se desplazó a Melun para pedir a los británicos su total cooperación. La conversación con French adquirió tonos dramáticos «¡Es el honor del ejército británico el que está en juego, señor mariscal!» exclamó Joffre. Aquel día llegaron al puesto de mando de Von Kluck noti-







cias de la cercanía de un ejército enemigo. Era el VI de Maunoury, que delataba su presencia en Montguyon, justo en la brecha que quedaba abierta entre los ejércitos de Von Kluck y Von Bülow. El flanco del ala movible alemana estaba a tiro del ejército de Maunoury. El II Ejército de Von Bülow se encontraba a un día de marcha, más al norte, y los hombres de Von Kluck según relato de un testigo, «avanzaban con sus rostros cubiertos de polvo, sus uniformes sucios, como fantasmas vivientes. Marchaban con los ojos cerrados, cantando a coro para no caer rendidos de sueño. La certeza de una victoria próxima y la esperanza de una entrada triunfal en París, les empujaba con un último destello de entusiasmo. Sin esta seguridad en la victoria se hubieran desplomado exhaustos». Durante aquel mes de agosto hubo jornadas en las que los soldados de Von Kluck recorrieron 40 km por las empedradas carreteras belgas.

Morir antes que retroceder

El día 6, Joffre lanzó su histórica Orden del Día a todos los ejércitos en línea, cuyo texto decía: «En el momento en que se inicia una batalla de cuyo resultado depende el destino de la patria, todo el mundo tiene que saber que no es el momento de mirar hacia atrás; todos los esfuerzos tienen que dirigirse a atacar y a que el enemigo retroceda. Una unidad que no pueda avanzar tiene que conservar a cualquier precio el terreno conquistado y ser aniquilada en él antes de retirarse. En las actuales circunstancias no puede tolerarse ninguna debilidad.»

Aquel mismo día, Galliéni requisó todos los taxis de París para que, en interminable caravana, transportasen a la 62 División, destinada a reforzar el VI Ejército de Maunoury.

Moltke, en Luxemburgo, lejos del teatro de operaciones y con una información insuficiente, barruntaba a cerca de la acumulación de fuerzas enemigas. No obstante, la tentación de llevar a cabo una maniobra que copara a los franceses a las puertas de París seguía considerándose factible. Pero al jefe supremo alemán se le escapaba el hecho de que Von Kluck había situado a sus tropas al sur del Marne y en condiciones tales que entre él y Von Bülow, al norte del río, quedaba sólo una débil cobertura formada por el IV Cuerpo de Reserva.

Los ejércitos enfrentados

Alemania

Jefe de Estado Mayor: general conde Helmuth von Moltke

I Ejército: *general Von Kluck*
II Ejército: *general Von Bülow*
III Ejército: *general Von Hausen*
IV Ejército: *duque Albert de Würtemberg*
V Ejército: *kronprinz imperial Guillermo de Hohenzollern*
VI Ejército: *kronprinz Rupprecht de Baviera.*
VII Ejército: *general Von Heeringen.*

Ejércitos aliados

Comandante en jefe: generalísimo Joseph Joffre

Fuerza Expedicionaria Británica: *mariscal French*
I Ejército: *general Dubail*
II Ejército: *general Castelnau*
III Ejército: *general Ruffey (después Sarrail)*
IV Ejército: *general Langle de Cary*
V Ejército: *general Lanrezac (después Franchet d'Esperey)*
VI Ejército: *general Maunoury*
IX Ejército: *general Foch*

Empieza la batalla

Maunoury se había puesto en marcha al atardecer del día 5. El 6, al amanecer, en todos los ejércitos franceses se dio lectura a la Orden del Día de Joffre. En un frente de 250 km, desde los Vosgos hasta las riberas del Marne, se iba a desarrollar la batalla. Por parte francesa, el peso de la acción correría a cargo de los dos brazos de la ofensiva: el izquierdo, formado por los ejércitos de Maunoury, French y Franchet d'Esperey, y el derecho, constituido por las fuerzas de Sarrail. En el centro, Foch y Langle de Cary se disponían a resistir la presión del centro alemán. En el extremo del ala derecha francesa, Castelnau y Dubail, asentados en Lorena, debían ser pilares fijos de la ofensiva.

El avance de Maunoury llegó el primer día a las estribaciones del Grand Morin, en Esternay. Foch, sin perder la línea, hubo de retroceder hasta Fère-Champenoise, mientras Langle era hostigado por el duque de Würtemberg, en acción que apoyaban las tropas del Kronprinz. En Lorena, los ataques alemanes fueron rechazados. Al atardecer, todo el extenso frente estaba en actividad. En el Gran Cuartel

Joffre, el vencedor

Joseph Joffre nació en Rivesaltes, Pirineos Orientales, en 1852. Formado en la Escuela Politécnica, participó durante la guerra franco-prusiana en la defensa de París. Como oficial de ingenieros, mostró vocación colonial, lo que le llevó a tener destinos en Tonquín, en Sudán y en Madagascar, donde fue colaborador de Galliéni. En 1911 fue designado jefe del Estado Mayor General, y al declararse la guerra, en agosto de 1914, fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos franceses. De carácter reposado y sereno, su origen campesino se traslucía en la inmutabilidad de sus costumbres, hábito que le permitió mantener la calma en las más difíciles circunstancias. En el Marne supo aprovechar el paso en falso dado por el ala derecha alemana, organizando el contrataque y haciendo suya la ejecución de una maniobra que había sido vista con claridad por Galliéni.

Joffre detentó el mando supremo a lo largo de 1915 y 1916. A comienzos de 1917, el saldo globalmente negativo de la guerra y la magnitud de las pérdidas francesas condujeron a una crisis que provocó su destitución. En reconocimiento por la victoria del Marne se le elevó a la dignidad de mariscal de Francia. Su momento estelar se produjo cuando, en 1919, emparejado con el mariscal Foch, encabezó el magno desfile de la victoria en París. Falleció en 1931.


L'Illustration/Arch. Ed. Arns

Moltke, el vencido

Helmuth Johannes Ludwig von Moltke nació en Gersdorff, Mecklemburgo, en 1848. Sobrino del mariscal Helmuth Karl Bernhard von Moltke, ingresó en el ejército prusiano en 1869, e hizo rápida carrera. Participó en la guerra franco-prusiana de 1870, y posteriormente entró a formar parte del Estado Mayor, siendo durante unos años ayudante de campo de su tío. En 1906 sucedió a Schlieffen en la jefatura del Estado Mayor General, y ocupaba este cargo cuando la ruptura de hostilidades dio lugar al comienzo de la guerra.

Desde su Gran Cuartel General, en Luxemburgo, Moltke siguió el desarrollo de los acontecimientos sin llevar un control estricto de los movimientos decretados por sus jefes de ejército. Por ello se consumó la alteración completa del Plan Schlieffen. Propenso a perder los nervios, el conde Moltke no se mostró a la altura de la responsabilidad que, debida en gran parte a la influencia de su apellido, había recaído sobre él. La derrota del Marne consumó su fracaso como jefe global de las operaciones, y fue sustituido el mismo mes en que perdió la batalla por Von Falkenhayn. En 1915 fue nombrado jefe de las fuerzas del interior. Falleció en Berlín en 1916, dejando escritas diversas obras sobre historia militar, entre ellas una Historia de la guerra franco-prusiana de 1870-71.


F. X. Rafols


Musée de L'Armée/Arch. Snark International

General de Luxemburgo, el movimiento general del frente propiciaba un espejismo, y se consideraba que había llegado el momento de batir en campo abierto a un ejército francés que al fin presentaba batalla.

El día 7, Von Kluck se percató del peligro que representaba el ataque de Maunoury y decidió agrupar todas sus fuerzas en el Ourcq, alertando a Von Bülow del movimiento que se veía obligado a hacer. De este modo dejaba entre él y el II Ejército tan sólo las caballerías de Richthofen y Marwitz. Fue en este segmento escasamente protegido por donde irrumpieron a lo largo de la jornada los británicos y el V Ejército de Franchet, mientras que Foch rechazaba durísimos ataques de los regimientos de la Guardia prusiana en los pantanos de Saint-Gond.

Joffre, con perfecto conocimiento de una situación que seguía hora a hora y con gran acopio de información, ordenó a Maunoury que se orientara hacia la orilla derecha del Ourcq y a las fuerzas británicas que se dirigieran al Marne, aliviando a Franchet, quien, a su vez, reforzaría a Foch, que debía soportar los asaltos alemanes.

Combates cuerpo a cuerpo

El día 8, Maunoury se mantuvo al oeste del Ourcq. El centro de gravedad, no obstante, estaba en medio del



Representación de la batalla del Marne. A la izquierda, la Fuerza Expedicionaria Británica penetra por la brecha abierta entre los ejércitos de Von Kluck (izquierda) y Von Bülow (derecha). En el centro, Foch despliega su ejército para atacar al de Von Hausen. A la derecha, la artillería del ejército de Langle de Cary cañonea a las fuerzas del duque de Würtemberg.

dispositivo francés. El III, IV y V Ejércitos alemanes, con grandes concentraciones artilleras, descargaban fuertes ataques, mientras que, más al este, el Kronprinz emprendía un estéril forcejeo contra los efectivos de Sarrail, que cubrían los altos del Mosa. Al atardecer del día 8, Foch tuvo que replegarse. La pérdida de Fère-Champenoise puso en dificultades al IX Ejército, llegándose a librar combates cuerpo a cuerpo en las cercanías del castillo de Mondement, entre la Guardia prusiana y los infantes franceses. El asalto conjugado de Von Hausen y de Von Bülow puso en jaque a la 42 División de infantería marroquí, y fuerzas del X Cuerpo de Ejército de Franchet d'Esperey tuvieron que acudir apresuradamente a reconstruir la línea del frente en un momento crítico para el desarrollo de la batalla. Con una enorme serenidad, y tras fortalecer el centro, Joffre instó a su ala izquierda a atacar enérgicamente en dirección al Marne, irrumpiendo en el vacío entre Von Kluck y Von Bülow.

Moltke pierde los nervios

En el bando alemán, Moltke era dominado por los nervios al conocer la anchura del vacío producido entre el I y II Ejércitos. Para cubrirlo, ordenó retirar de Lorena el VII Ejército de Von Heeringen. Y para controlar la situación envió a un hombre de su confianza, el teniente coronel Hentsch a fin de que, cerca de Von Bülow y de Von Kluck, coordinara la acción de los dos ejércitos. Hentsch halló a Von Bülow preocupado ante el ataque franco-británico y dispuesto a preparar su retirada hacia el norte apenas tuviera noticia de que el enemigo había franqueado el Marne, introduciendo una cuña entre sus fuerzas y las de Von Kluck.

El día 9, la batalla siguió su curso pero, mientras en el Cuartel General francés crecía el optimismo y se estimaba que se estaban cumpliendo las previsiones, en el homólogo alemán cundía la desorientación. Al mediodía, el delegado de Moltke, que había asentido a los propósitos de Von Bülow, llegó al puesto de mando de Von Kluck. En ausencia de éste, que estaba dirigiendo la batalla desde las avanzadas, fue su jefe de Estado Mayor, Kuhl, quien informó a Hentsch de que la caballería del I Ejército, atacada por los británicos, había tenido que retroceder mientras el grueso de las fuerzas luchaba por contener el ataque de Maunoury. El estudio de la situación general les hizo ver que el V Ejército alemán estaba detenido frente a Verdún; el VI, inmovilizado ante Nancy, y el II, iniciando su retirada tras el Marne. Era imprescindible restablecer un frente continuo entre Verdún y Soissons. La llegada de una noticia anunciando la presencia de fuerzas británicas al oeste de Château-Thierry hizo ver al Estado Mayor de Von Kluck lo precario de su situación. Y el propio Von Kluck ordenó airadamente una retirada general hacia el Aisne en espera de hacerse fuerte entre Soissons y Compiègne. Con ello abría una brecha de 60 km entre su ejército y el de Von Bülow.

Los alemanes, en retirada

Maunoury pudo comprobar muy pronto los efectos de la retirada de su enemigo. Ante sus tropas desapareció todo rastro alemán. Por su parte, Franchet d'Esperey mantuvo su presión sobre Von Bülow, cuyos combatientes ponían rumbo al nordeste, en dirección a Montmirail. El día 9 contempló los últimos y más desesperados intentos de Von Hausen por abrir brecha en el IX Ejército francés. Tras pasar por muy difíciles momentos, la llegada de una división de refuerzo permitió a Foch fortalecerse en Conantre. Al anochecer, la fuerza del ataque cedió. Von Hausen, al apercibirse de que las tropas de Von Bülow se retiraban, tuvo que hacer lo propio para no quedar descolgado. Los últimos cartuchos de la ofensiva germana se quemaron en vanos intentos del duque de Würtem-

El «milagro» del Marne

«La batalla del Marne, que fue una victoria indiscutible, significó, como opina Pierre Renouvin, una victoria del mando. Los ejércitos de los dos campos habían combatido con parejo encarnizamiento, animados del patriotismo más ardiente, y habían sufrido considerables pérdidas, pero los dos mandos no habían dado prueba de las mismas cualidades. En el lado de los aliados, la maestría de Joffre, el golpe de vista de Galliéni, la impetuosidad de Foch, la voluntad tenaz de Sarrail y el espíritu de solidaridad de French habían permitido elaborar y hacer triunfar una maniobra que, al devolver la iniciativa a las tropas aliadas, levantaba su moral y resucitaba su acometividad. Del lado de los alemanes, por el contrario, reinó continuamente la discordia entre Von Kluck y Von Bülow, celosos, tanto uno como otro, por calzar el primero las botas de la victoria. Coordinaron mal sus movimientos porque el generalísimo permaneció en su Cuartel General de Luxemburgo, mientras encargaba a un teniente coronel que tomase, sobre el terreno y en su nombre, las decisiones que la situación pudiese determinar. Estas circunstancias fueron el origen de torpezas tácticas tan numerosas que hay historiadores que juzgan que, a fin de cuentas, la "victoria del Marne" se debió al azar.

»Al día siguiente de la batalla, el plan de guerra alemán estaba caducado, puesto que las fuerzas francesas no habían sido puestas fuera de combate y los ejércitos rusos estaban dispuestos a entrar en acción. Es verdad que el Plan Schlieffen no había previsto la llegada de un cuerpo expedicionario inglés que reforzaría el flanco izquierdo de las fuerzas francesas. Este "miserable pequeño ejército" fue especialmente maltratado durante la retirada, como si los alemanes hubiesen querido encarnizarse con él, ya que su existencia y su presencia eran el vivo testimonio del grave error de juicio que habían cometido negándose a suponer que Inglaterra entraría en la guerra. French había querido salvar lo que quedaba de su ejército y, considerando a los franceses incapaces de recobrarse, había pensado y proyectado varias veces el reembarco, pero Kitchener y Wilson le habían disuadido de ello. Gracias a esta doble intervención, las fuerzas inglesas habían participado en la batalla con mayor actividad cada vez, tanto que perdieron cerca de cien mil hombres en cuatro semanas; por tanto, su papel no debe ser menospreciado. Por lo demás, Von Kluck declaró posteriormente que si no había podido tomar París había sido por la resistencia que ofrecieron los ingleses.

»En realidad, parece cierto que la victoria del Marne se debió tanto a la inteligencia estratégica de Joffre como a los errores cometidos por el mando alemán. El éxito de la operación de desbordamiento de los alemanes estaba asegurada en su parte inicial porque la maniobra se desarrollaba a una cierta distancia de París, y dada la circunstancia del dispositivo radial de la red ferroviaria, el transporte de las tropas francesas era tanto más penoso e incómodo cuanto más lejos del centro se encontrasen. Pero, una vez que los ejércitos alemanes avanzaron y pasaron el Somme, el mismo dispositivo ferroviario actuaba en sentido inverso y por partida doble; es decir, en el centro a favor de los franceses y en el exterior con desventaja para los alemanes. Joffre comprendió rápidamente que al llegar a una cierta proximidad a París el plan alemán se volvía bruscamente contra sus promotores y que era allí, por tanto, donde había que librar batalla. Desde el primer día la guerra había exigido el control de toda la red ferroviaria; el general, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, había presentido que su victoria —la batalla del Marne— sería la victoria de los ferrocarriles franceses.»

(*FUENTE:* La Gran Guerra, 1914-18, *Marc Ferro, Alianza Editorial, 1970.*)



Keystone/F. X. Rafols

Al lado, soldados franceses dirigiéndose al frente del Marne. En la contraofensiva de septiembre, cinco ejércitos franceses y la Fuerza Expedicionaria Británica lograron contener el imparable avance del ala derecha alemana, que, con la precisión de un reloj, estaba cumpliendo hasta aquel momento la maniobra envolvente prevista por el Estado Mayor alemán en el Plan Schlieffen.

En la página siguiente, representación de una carga a la bayoneta de la infantería gala; en segundo término, Joffre en persona observa el combate (en realidad, se hallaba en su cuartel general de Châtillon-sur-Seine cuando empezó la batalla el 6 de septiembre).


Musée des Deux Guerres Mondiales Paris/Cl. Lalance

berg contra Langle y del Kronprinz contra Sarrail, en Argonne. Serían los últimos denuedos ofensivos de un ejército a punto de batirse en retirada.

El día 10, Maunoury progresó 15 km sin encontrar más que una débil resistencia por parte de destacamentos alemanes, empeñados en acciones retardatarias. French, por su parte, se situó al sur del Ourcq y Franchet d'Esperey cruzó el Marne en persecución de Von Bülow. Foch, aliviado al fin de una sostenida presión, recuperó Fère-Champenoise. El signo de la batalla había dado un giro total y Joffre, desde su Cuartel General, instaba a sus subordinados a no dar tregua al enemigo.

En Luxemburgo, Hentsch, de regreso de su visita a los puestos de mando, informó a Moltke de la situación real. El jefe del Estado Mayor, totalmente deprimido, incluso se sintió aliviado al saber que la retirada no había degenerado en catástrofe. Fue entonces cuando, para evitar un cerco de características desastrosas, se dio orden de retirada general: todos los Ejércitos, del I al IV se consolidarían en el Aisne, en torno al V Ejército, que actuaría de eje de la maniobra.

La magnitud de la victoria francesa dependía ahora de la velocidad con la que la infantería pudiera acosar a los alemanes, impidiéndoles fijarse en el terreno. Para las tropas del V Ejército sería una tarea superior a sus fuerzas. desde el 15 de agosto habían recorrido 650 km a pie.

El día 11, la retirada alemana fue general. La batalla del Marne —un *puzzle* de combates en el Ourcq, en los Morin y en el propio río— había ahuyentado la amenaza que se cernía sobre la capital de Francia. Joffre pudo informar a su gobierno de que la batalla había sido un triunfo. Pero este triunfo no sería suficientemente explotado. El agotamiento general de las tropas, tras un mes de inacabables caminatas alternadas con durísimos combates, sería una de las causas. La falta de audacia de algunos generales y las vacilaciones de otros se concitaron para impedir que el revés sufrido por los alemanes se convirtiera en una clara victoria estratégica.

En todo el proceso de la batalla, quien dio la mayor medida de sus posibilidades fue el soldado francés. El derrotado Von Kluck le rindió el mejor tributo al decir: «Que unos hombres que han retrocedido días y días durmiendo en el suelo, destrozados por la fatiga, puedan tomar su fusil y atacar al son de los clarines, es una cosa que no se nos había enseñado a prever. Era una posibilidad que no estaba en el programa de nuestras escuelas de guerra.»

Se estabiliza el frente: empieza la guerra de trincheras

Durante la noche del 11 al 13 de septiembre, los alemanes, en retirada, rompieron todo contacto con los franceses. El 13, las avanzadas galas y británicas chocaron con fuerzas que ya habían empezado a fortificarse cavan



AGE

Soldados alemanes caminando por una carretera de Flandes en invierno de 1914. Tras la batalla del Marne, los alemanes se afianzaron al norte del río Aisne y ambos bandos iniciaron la llamada «carrera hacia el mar», en repetidos intentos de rodear el flanco norte del enemigo. En esa fase de la contienda, los alemanes fracasaron en su propósito de tomar los puertos del Canal de la Mancha para impedir la llegada de refuerzos británicos.

do trincheras. Von Kluck se había parapetado en el Aisne, entre Compiègne y Soissons, y aunque algunos destacamentos franceses cruzaron el río, no pudieron establecer una cabeza de puente. Franchet sacrificó la velocidad del avance a la vanidad de hacer una entrada triunfal en Reims, en tanto que Langle de Cary quedó detenido en Argonne. Por todo el terreno recuperado quedaban restos de botellas vacías, residuos del consumo de bebidas hecho por los alemanes sedientos. La cifra de prisioneros capturados pasó de 15.000 hombres. Escaso botín para el volumen numérico de las fuerzas en presencia.

Joffre, un tanto imbuido de triunfalismo, hubo de reconocer que la victoria resolutiva se le había escapado de las manos. Se había salvado París y eludido la derrota militar que se presagiaba, lo cual no era poco. Pero el éxito estratégico se esfumó tan pronto como los alemanes, recuperada su cohesión, consolidaron una línea defensiva. Iba a iniciarse la guerra de trincheras. Y al abrirse las zanjas donde durante más de cuatro años se enterrarían los combatientes de uno y otro bando, se iban a enterrar también los principios de la estrategia que inspiran la brillantez de la maniobra, atributo de la guerra de movimientos.

«Fisura moral» en el alto mando del ejército alemán

Como dijo el tratadista militar británico Liddell-Hart, «la batalla del Marne se decidió como consecuencia de un choque y de una fisura. El choque resultó del golpe asestado por Maunoury sobre el flanco derecho alemán y que dio lugar a una brecha en la juntura más débil del despliegue alemán. Esta fisura material trajo la fisura moral en el alto mando germánico». Ello le costaría el puesto a Moltke, que en ningún caso estaba dotado del talento ni del carácter de su ilustre antecesor Von Schlieffen.

Panamá: un canal entre dos océanos

Alberto Szpunberg,
periodista

La enorme importancia estratégica del istmo de Panamá despertó el interés de las grandes potencias por construir un canal interoceánico. Para culminar esta gran obra de ingeniería fue preciso vencer toda clase de dificultades; desde la decisión de optar por un canal a nivel del mar o por uno dotado de un sistema de esclusas, hasta ganar la guerra al paludismo y la fiebre amarilla, que diezmaron a miles de trabajadores. En la fotografía, el Ancon surca las aguas del canal en la histórica fecha del 15 de agosto de 1914, todo el drama vivido durante décadas hasta hacer posible la unión de los dos océanos no parece reflejarse en la plácida y majestuosa imagen del buque norteamericano.

Poco tiempo después de que Vasco Núñez de Balboa explorara el istmo de Panamá y contemplara, en 1513, el océano Pacífico surgió en la mente de Carlos V la idea de construir un canal interoceánico. Bolívar revivió el proyecto. Sin embargo, tal empresa no pareció viable hasta mediados del siglo XIX. A partir de entonces, la rivalidad entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia por el control de los territorios del istmo estuvo rodeada de intrigas políticas y diplomáticas. Fue Estados Unidos quien comenzó, en 1904, a realizar el sueño que durante centurias anhelaron las potencias coloniales de Europa. El Canal de Panamá, una de las maravillas de la ingeniería mundial, tardó casi una década en ser construido, y antes de que el 15 de agosto de 1914 sus aguas fueran surcadas por el buque norteamericano *Ancon,* su historia se vio rodeada de sobornos, fraudes, epidemias y muerte.



Cronología de una herida

1534: *mediante una Real Cédula (20.II) Carlos V ordena al gobernador de Castilla del Oro estudiar la posibilidad de construir un canal que una al río Chagres con el Pacífico.*
1556-1598: *por sugerencia del Consejo de Indias, Felipe II cancela el proyecto de construir un canal a través del istmo.*
1694: *William Patterson, fundador del Banco de Inglaterra, intenta convencer a la Corona británica para la construcción de un canal en el istmo panameño.*
1785: *banqueros franceses, interesados en el canal, presentan varios proyectos de construcción al gobierno español.*
1787: *Francisco Miranda pide a William Pitt, primer ministro de Inglaterra, que apoye a los movimientos independentistas de América a cambio de los derechos para construir un canal en el istmo de Panamá.*
1789-1804: *Alexander von Humboldt recorre América y propone cuatro vías para construir un canal interoceánico: Tehuantepec, Nicaragua, Panamá y el valle colombiano del río Atrato.*
1814: *las Cortes de España aprueban la construcción de un canal en el istmo panameño (28.IV).*
1821: *Panamá se declara independiente de España y voluntariamente se proclama parte de la Gran Colombia (21.XI).*
1834: *el Congreso de Nueva Granada ordena la construcción de un canal interoceánico en el istmo (25.V).*
1846: *Nueva Granada y Estados Unidos firman el Tratado de Mallarino-Bidlack (12.XII), según el cual Washington se compromete a respetar la soberanía de Nueva Granada sobre el istmo de Panamá, al tiempo que la otra parte garantiza a Estados Unidos el libre tráfico entre los océanos Atlántico y Pacífico.*
1850: *Estados Unidos y Gran Bretaña firman el Tratado de Clayton-Bulwer (19.IV), por el cual ambas naciones deciden construir conjuntamente un canal a través de Nicaragua.*
1878: *Colombia concede a la Société Civil Internationale du Canal Interocéanique, de origen francés, todos los derechos para la construcción de un canal a través de Panamá (20.III).*
1880: *comienzan las obras en el istmo bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps (1.I).*
1882-1894: *la Société Civil Internationale se ve afectada por graves problemas financieros. Se interrumpen las obras.*
1901: *Estados Unidos y Gran Bretaña firman el Tratado de Hay-Pauncefote (18.XI), según el cual Washington queda a cargo de construir un canal interoceánico al margen del proyecto de Lesseps.*
1902: *el Congreso norteamericano aprueba el Acta Spooner, autorizando al presidente de Estados Unidos a comprar a Colombia una franja de territorio panameño para construir un canal.*
1903: *Colombia y Estados Unidos firman el tratado Herrán-Hay (22.I), que concede a Washington todos los derechos para construir, administrar y proteger el canal. Sin embargo, el Senado colombiano rechaza el acuerdo (12.VIII). De forma unilateral, Estados Unidos y Panamá firman el Tratado Hay-Bunau-Varilla, que autoriza a los norteamericanos a construir un canal y a hacerse cargo de su administración y defensa (18.XI). El gobierno provisional de la República de Panamá ratifica este tratado y, «en señal de agradecimiento», Estados Unidos se compromete a garantizar la soberanía panameña (2.XII).*
1904: *el gobernador de la zona del canal respondiendo a instrucciones norteamericanas, abre el tráfico a la navegación internacional y establece normas de peaje. El embajador panameño en Estados Unidos protesta por este hecho y alega que el Tratado de Hay-Bunau-Varilla no concedía la soberanía de la Zona del Canal a Washington (11.VIII). El presidente Theodore Roosevelt ordena a William Taft, su ministro de Guerra, que proceda a defender los intereses norteamericanos en el canal (18.X). El gobierno de Panamá suscribe la Enmienda Taft (6.XII), que satisface plenamente las aspiraciones norteamericanas sobre la Zona del Canal. De este modo queda determinada una situación que para los panameños será de abierto colonialismo y que, tras largas décadas de coacciones, reclamos y sangrientos estallidos de violencia, apenas se ve modificada con el acuerdo entre los presidentes Carter y Torrijos, el cual prevé para el año 2.000 la restitución a Panamá de la plena soberanía sobre el canal que atraviesa su territorio.*



«América para los norteamericanos»

Desde el inicio de su independencia, en 1776, Estados Unidos comenzó a mirar con insistente codicia hacia las colonias españolas. España controlaba la Florida, el oeste de las Rocosas y Texas, pero no se sentía tranquila. La sospecha de que los norteamericanos colaboraban con los independentistas hispanoamericanos era algo más que una presunción. En 1819, después de un corto pero decisivo conflicto, España y Estados Unidos firmaron el llamado Tratado Continental, por el cual la soberanía de la Florida y las Rocosas quedó en manos de los norteamericanos. Pero no era esto lo que más contentaba a Washington, sino el hecho de haber alcanzado la costa septentrional del océano Pacífico. En última instancia, el objetivo diplomático norteamericano no era otro que el control del Caribe, que de esta manera se convertía en un verdadero lago interior de Estados Unidos, y, a corto plazo, el rápido establecimiento de una vía de comunicación entre las dos costas oceánicas.

Pero lo cierto es que éste era tan sólo el punto de partida. Washington aspiraba a mucho más. Su ayuda a los movimientos independentistas no era desinteresada. Por eso, cuando el 2 de diciembre de 1823 fue promulgada la Doctrina Monroe («América para los americanos»), más de uno entendió que, en realidad, su postulado era:

En la página anterior, un grupo de panameños celebran jubilosos ante el monumento a Colón la independencia de su país (4.XI.1916). Estados Unidos, con el apoyo incondicional de la oligarquía local levantada en armas, ayudó a esta empresa con la presencia de un buque de guerra y los inevitables marines; dos días más tarde reconoció oficialmente la República de Panamá.

En esta página, arriba, el mapa muestra la intervención de Estados Unidos en Centroamérica, donde, mediante la presión diplomática y la fuerza de las armas, aplicó con todo rigor la Doctrina Monroe; abajo, buscadores de oro en California (1849). La construcción del canal permitió que miles de «soñadores de fortuna», en su mayoría del Este, contaran con una ruta más corta para llegar al «paraíso dorado».

Estados Unidos y dependencias
Protectorados de Estados Unidos
Bases navales arrendadas por Estados Unidos
ESTADOS UNIDOS
III 1916-II 1917 Frontera en disputa
GOLFO DE MÉXICO
ISLAS BAHAMAS
OCÉANO ATLÁNTICO
Bahía Honda 1903-12
La Habana
IV.1914 Ocupación de EE.UU.
Veracruz
1898-1902 Ocupación de EE.UU.
CUBA
1916-24 Ocupación de EE.UU.
PUERTO RICO
1917 Compradas a Dinamarca
Guantánamo 1903
REP. DOMINICANA
HAITÍ
MÉXICO
ISLAS VÍRGENES
HONDURAS BRITÁNICA
JAMAICA
1915-34 Ocupación de EE.UU.
1912 Intervención de EE.UU.
GUATEMALA
HONDURAS
MAR CARIBE
EL SALVADOR
NICARAGUA
1912 Intervención de EE.UU.
Golfo de Fonseca 1914
OCÉANO PACÍFICO
ZONA DEL CANAL
Arrendada 1903
COSTA RICA
VENEZUELA
PANAMÁ
0 1.000 km
Independiente de Colombia 1903
COLOMBIA
Archivo Orbis

«América para los norteamericanos». Y fue Bolívar, el gran héroe de la lucha anticolonial latinoamericana, quien en 1829 escribió: «Estados Unidos parecen predestinados por la Providencia para agobiar con la miseria a América Latina en nombre de la libertad.»

Estos comentarios de los patriotas que luchaban al sur del río Bravo le preocupaban poco a Washington. En cambio, sí le quitaba el sueño la penetración financiera de Gran Bretaña, su antigua metrópoli colonial, en las nuevas naciones hispanoamericanas. Por su parte, Londres también miraba con codicia la región del Caribe, donde aún conservaba como colonias a Jamaica, Bahamas y Honduras Británica. Durante todo el siglo XIX, la rivalidad por el control de Centroamérica entre Estados Unidos y Gran Bretaña marcaría a fuego la historia de los pueblos del área, y el eje principal del enfrentamiento sería siempre el mismo: la construcción de un canal interoceánico, objetivo prioritario para el comercio mundial.

El Tratado Mallarino-Bidlack: un pretexto para intervenir

Panamá no era el único escenario elegido por quienes ambicionaban unir los dos océanos. El río San Juan, que desemboca en el Atlántico y que se extiende prácticamente hasta el lago de Nicaragua, a pocos kilómetros del Pacífico, hacía también apetecible al territorio nicaragüense. Honduras Británica, la actual Belice, constituía una buena cabeza de puente para Londres, que además ejercía una suerte de protectorado nominal sobre la Mosquitia, una enigmática región que se extendía desde el cabo Gracias a Dios hasta la desembocadura del río San Juan en el Mar Caribe.

Pero no eran los británicos los únicos que merodeaban por la región. También Holanda, una compañía norteamericana y el príncipe Lucien Napoleon-Bonaparte Wyse obtuvieron concesiones para el trazado del canal. El 12 de diciembre de 1846, Estados Unidos y Nueva Granada firmaron el Tratado Mallarino-Bidlack, que obligaba a ambas partes a «garantizar la soberanía y la neutralidad del istmo de Panamá». En otras palabras, Estados Unidos había conseguido, por fin, un buen pretexto para justificar sus intervenciones en Centroamérica y, como si esto fuera poco, un salvoconducto verdaderamente privilegiado para poder atravesar el istmo «utilizando cualquier medio de comunicación presente o futuro».

Dos años después, sin embargo, este éxito diplomático norteamericano se vio ensombrecido por la firma de un tratado entre Nicaragua y Gran Bretaña, según el cual quedaba oficialmente legalizado el protectorado de Su Graciosa Majestad sobre todo el territorio de la Mosquitia. Estados Unidos aún no contaba con suficientes agallas para enfrentarse a Gran Bretaña, pero sí


Firo-Foto

con tanta astucia como codicia. Y el 19 de abril de 1850, Washington firmó con Londres el Tratado Clayton-Bulwer, con la decisión de cambiar su exclusividad en la zona por una parte substancial del control hegemónico de la región. El tratado comprometía a ambas partes a asociarse en la construcción del canal y, al mismo tiempo, excluía a las demás potencias europeas de realizar cualquier otro intento de comunicación interoceánica. Sin embargo, al amparo de este insólito romance anglosajón, Estados Unidos ya preparaba el terreno para dar la estocada final.

Lesseps, de la fama al olvido

Ferdinand-Marie, vizconde de Lesseps, nació el 19 de noviembre de 1805. Su madre estaba emparentada con la familia de los Montijo, que dio a los franceses una emperatriz; su padre fue cónsul en Egipto.

Ferdinand, al igual que su padre, escogió la carrera diplomática, siendo cónsul en El Cairo (1831-38), en Barcelona (1842-48) y luego en Madrid. Su carrera política terminó en Roma en 1849.

En 1854, Lesseps viajó a Egipto y, dos años más tarde, obtuvo la concesión para construir un canal entre el Mediterráneo y el Mar Rojo. Sin embargo hubo de sortear numerosos obstáculos antes de llevar a cabo su proyecto, entre ellos estaban los fuertes intereses británicos en la zona. Sin el apoyo de la banca, fundó, el 15 de diciembre de 1858, la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez. Al año siguiente, el Imperio otomano, bajo cuya soberanía se encontraba Egipto, dispuso la paralización de las obras, que más tarde fueron reemprendidas por orden de Napoleón III, casado con la emperatriz Eugenia de Montijo. Por fin, el 17 de noviembre de 1869 fue inaugurado el Canal de Suez ante la presencia de la propia emperatriz Eugenia.

A pesar del fracaso económico que significó para la compañía la construcción del canal, la popularidad de Lesseps fue en aumento y, confiado en ella, se dispuso a repetir su hazaña abriendo el canal de Panamá. En 1876, Lesseps presidió el Comité Francés para la apertura del canal interoceánico en el istmo, y en marzo de 1879, en París, un congreso internacional de ingenieros, presidido también por él, llegó a la conclusión que el canal debía ser construido al nivel de los dos océanos.

El 20 de octubre de 1880 se fundó la Compagnie Universelle du Canal Interocéanique, con el respaldo de un elevado número de pequeños inversionistas, dándose comienzo a las obras. Lesseps, sin embargo, cometió dos graves errores: por una parte, pretendió construir el mismo tipo de canal que en Suez, restando importancia a las diferentes condiciones topográficas y geológicas; y, por otra, ignoró las enfermedades tropicales que, de antiguo, causaban estragos entre la población de la zona. En 1884, la fiebre amarilla había cobrado miles de víctimas y cundió el pánico.

A lo anterior se sumó el gran aumento de los costos, originado por los problemas técnicos, por los fraudes y la pésima administración. En 1886, Lesseps visitó el istmo, pero al año siguiente tuvo que renunciar a su proyecto por razones financieras. Sin embargo, mediante presiones, la compañía obtuvo autorización para emitir un nuevo préstamo, aunque ello no fue suficiente para recuperar la confianza de los accionistas. De esta forma, el 5 de febrero de 1889 se declaró la quiebra de la compañía, lo que causó la ruina de gran cantidad de pequeños inversionistas y una grave crisis política. Tras ser sometido a juicio, Lesseps fue condenado en 1891 a cinco años de prisión y a una multa de 3.000 francos, pero nunca llegó a conocer su sentencia debido a la enajenación de sus facultades mentales. En 1894, murió en el castillo de La Chênaie, cerca de Guilly, sin ver realizado su sueño.

«Política de pistoleros»

Apenas firmado el acuerdo Clayton-Bulwer, grupos norteamericanos sudistas intentaron anexar Nicaragua Fue la aventura casi mítica de la siniestra «Falange Americana» que formó y encabezó el aventurero William Walker. Por supuesto, también la aventura tenía su trastienda. La Banca Morgan estaba preocupada. Su competencia, el grupo Vanderbilt, controlaba una compañía naviera que unía Nueva Orleans con San Francisco a través del lago de Nicaragua y que, además, había participado a cara descubierta en la guerra civil sostenida por conservadores y liberales nicaragüenses. La Banca Morgan no podía cruzarse de brazos.

En efecto, en mayo de 1855, William Walker, al frente de cincuenta y ocho pistoleros, partió de San Francisco rumbo a Nicaragua. Un año después, en 1856, consiguió hacerse nombrar presidente de la República de Nicaragua. Como puede verse, la famosa «política de las cañoneras», que luego Estados Unidos establecería para Centroamérica, tenía como único antecedente esta «política de los pistoleros». Y no podía ser de otra manera...

Los sudistas norteamericanos comenzaron a soñar con más territorios, con más plantaciones, y con más esclavos. Y como, en última instancia, el


AGE

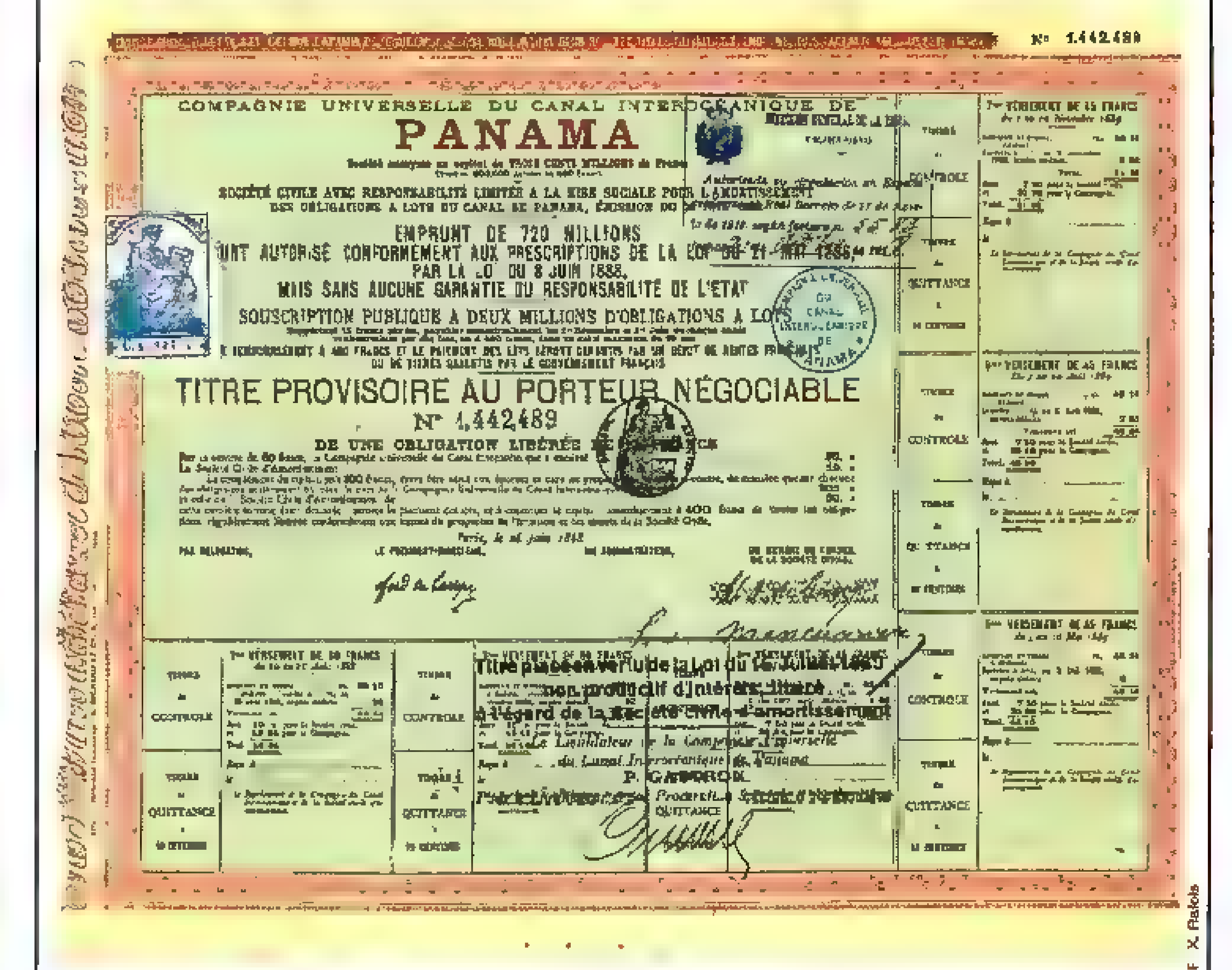
amor por los buenos negocios estaba por encima del bien y del mal, del Sur y del Norte, el presidente Franklin Pierce se apresuró a reconocer *de facto* al nuevo gobierno nicaragüense. Y cuando William Walker fue derrocado a instancias de la Banca Vanderbilt y del Almirantazgo británico, la Marina norteamericana se encargó de evacuarlo de Nicaragua y llevarlo a Estados Unidos donde fue juzgado y absuelto. En realidad, Walker era la encarnación de la nueva política colonial iniciada en Estados Unidos. Cuando años más tarde cayó en manos de los británicos, éstos supieron en seguida qué hacer con él: lo entregaron a las autoridades de Honduras para que le dieran el trato adecuado. Y así, William Walker murió fusilado, en 1860, a pocos kilómetros de Tegucigalpa

La ruta del oro

Entre tanto, Estados Unidos anexaba Texas, California y Nuevo México. Reducir la distancia que mediaba entre la costa Este y la nueva frontera —ese «Lejano Oeste» tan edulcorado por Hollywood— se convirtió de golpe en una cuestión vital. Para colmo, el 28 de junio de 1848 un obrero metalúrgico encontró casualmente una pepita de oro en el valle de Sacramento. Y la «fiebre dorada» desató un aluvión de buscadores de fortuna, sobre todo provenientes de la costa Este. Para llegar a California, estos fanáticos del oro sólo tenían tres posibilidades: dar la vuelta en barco al continente por el Cabo de Hornos, recorrer a caballo miles de kilómetros a través de Estados Unidos, o acercarse en barco al Caribe, atravesar el istmo a lomo de mula por Nicaragua o por Panamá, y luego volver a subir en barco hasta San Francisco. Por Panamá era el paso más rápido: sólo duraba un mes.



EFE



Nº 1.442.489

COMPAGNIE UNIVERSELLE DU CANAL INTEROCÉANIQUE DE

PANAMA

SOCIÉTÉ CIVILE AVEC RESPONSABILITÉ LIMITÉE A LA MISE SOCIALE POUR L'AMORTISSEMENT DES OBLIGATIONS A LOTS DU CANAL DE PANAMA

EMPRUNT DE 720 MILLIONS

FAIT AUTORISÉ CONFORMÉMENT AUX PRESCRIPTIONS DE LA LOI DU 21 MAI 1836,

PAR LA LOI DU 8 JUIN 1888,

MAIS SANS AUCUNE GARANTIE DU RESPONSABILITÉ DE L'ETAT

SOUSCRIPTION PUBLIQUE A DEUX MILLIONS D'OBLIGATIONS A LOTS

TITRE PROVISOIRE AU PORTEUR NÉGOCIABLE

Nº 1,442489

DE UNE OBLIGATION LIBÉRÉE

En la página anterior, Lesseps. La quiebra de la Compagnie Universelle le costó una condena por malversación de fondos.

En esta página, arriba, Roosevelt inspeccionando las obras del canal: eran los años de la política del big stick.

A la derecha, el coronel William C. Gorgas, jefe de sanidad norteamericano que erradicó el paludismo en la zona

Abajo, acción de la Compagnie Universelle, empresa que acabó en la ruina debido al fraude y la pésima gestión.



P. Newark/Firo-Foto

A finales de 1848, el financiero William Aspinwall, en nombre de la Panamá Railroad Co., obtuvo una concesión por 49 años para explotar una vía ferroviaria entre los puertos de Colón, en el Caribe, y Ciudad de Panamá, en el Pacífico. Nueve mil trabajadores, en su mayoría irlandeses, chinos y negros antillanos, murieron en estas obras. La fiebre amarilla y la malaria convirtieron al valle del río Chagres en el «valle de la muerte». Sin embargo, en 1855 las locomotoras de Aspinwall comenzaron a silbar contentas y felices, y hasta se permitieron el lujo de desplazar a los barcos de Cornelius Vanderbilt. En catorce años, la Panamá Railroad Co. transportó 600.000 pasajeros, y a los seis años de funcionamiento el ferrocarril Colón-Panamá ya había arrojado una ganancia de 7 millones de dólares.

Fracaso de Lesseps

La Guerra de Secesión (1861-65) vino a imponer una pausa al arrollador avance norteamericano. Era una oportunidad que las potencias europeas no dejarían de aprovechar. En Francia, la flamante Compagnie Universelle du Canal Interocéanique, tras la cual se escudaban los banqueros Jacques de Reinach e Istvan Tün, decidió repetir en Panamá la aplaudida hazaña del Canal de Suez en Egipto. Para ello contrató a Ferdinand de Lesseps, todavía revestido con la brillante aureola de haber unido el Mar Rojo con el Mediterráneo. Y sin demora alguna, las obras comenzaron en el istmo de Panamá. Sin embargo, la fiebre amarilla y la malaria no habían sido calculadas por los hombres de la Bolsa de París. El 15 de mayo de 1889, la Compagnie Universelle se declaró en quiebra y Lesseps no tuvo más remedio que reconocer su derrota.

84 km entre el Atlántico y el Pacífico

El Canal de Panamá, construido en la parte más estrecha del istmo de Panamá, entre la cordillera Central y la Cordillera de San Blas, constituye una vital vía de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico.

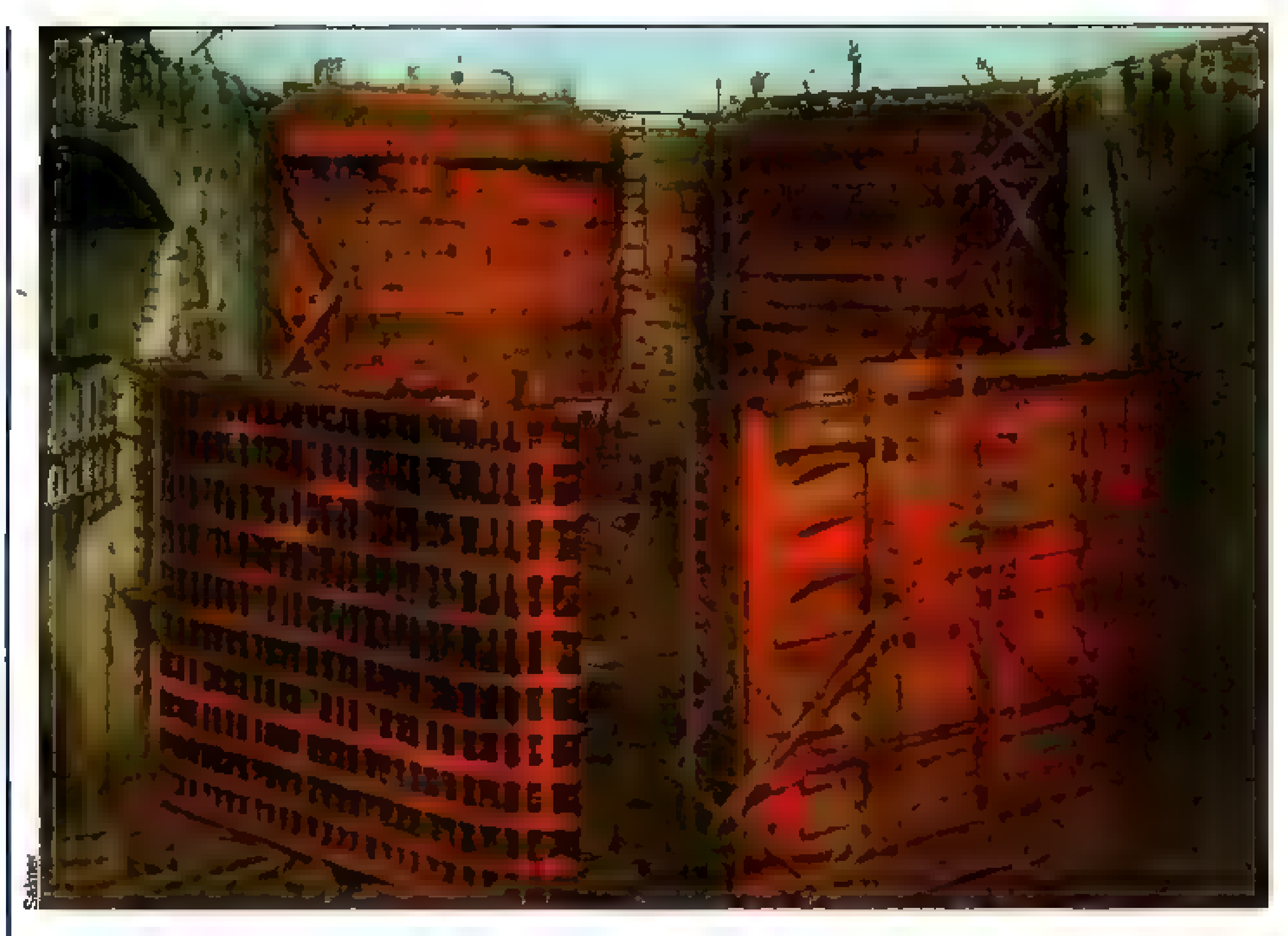
Su apertura permitió que el trayecto en barco entre Nueva York y San Francisco, que doblando Cabo Hornos era de aproximadamente 20.000 km, se redujera a sólo 8.000. Sus 84 km de longitud, desde Bahía Limón, en el Mar Caribe, hasta el Golfo de Panamá, en el Océano Pacífico, siguen la dirección noroeste-sureste.

Desde Bahía Limón, donde se encuentra Cristóbal, puerto franco cercano a Colón, hasta llegar al lago Gatún, la profundidad del canal es de 12,8 m y la distancia entre ambos puntos es de 10,7 km. Gatún, un enorme embalse de 420 km², que contiene 5.000 millones de m³ de agua provenientes principalmente del río Chagues, está a 25,9 m por encima del nivel del mar. Un sistema de esclusas permite elevar a las embarcaciones y salvar el desnivel de las aguas.

Los 38 km que median entre las esclusas de Gatún y Gamboa, constituyen casi la mitad del trayecto total de navegación, que se cubre en cerca de 9 horas. Desde Gamboa, el trayecto se prolonga en otros 13 km por el desfiladero llamado Corte Culebra, la parte más difícil de perforar durante la construcción del canal y de la que, en un solo día de 1911 se extrajeron más de 133.000 Tm de tierra y rocas. Al final de este tramo, los barcos llegan a las esclusas de Pedro Miguel, que facilitan el descenso al lago artificial de Miraflores, a 16,5 m sobre el nivel del mar. Las esclusas de Miraflores permiten, por último, que las naves desciendan al nivel del Pacífico. Desde allí deben recorrer una distancia de 13 km, con una profundidad de 13,7 m, hasta alcanzar el océano mismo.

Al término del trayecto se encuentra el puerto de Balboa, junto a Ciudad de Panamá. En las ciudades situadas a ambos extremos del canal, se concentra toda la actividad del país.

El gálibo reducido de las esclusas no permite, en la actualidad, el paso de grandes barcos, portaviones y superpetroleros de más de 150.000 Tm. Sin embargo, anualmente son cerca de 12.000 las naves que cruzan el canal.


Salmer

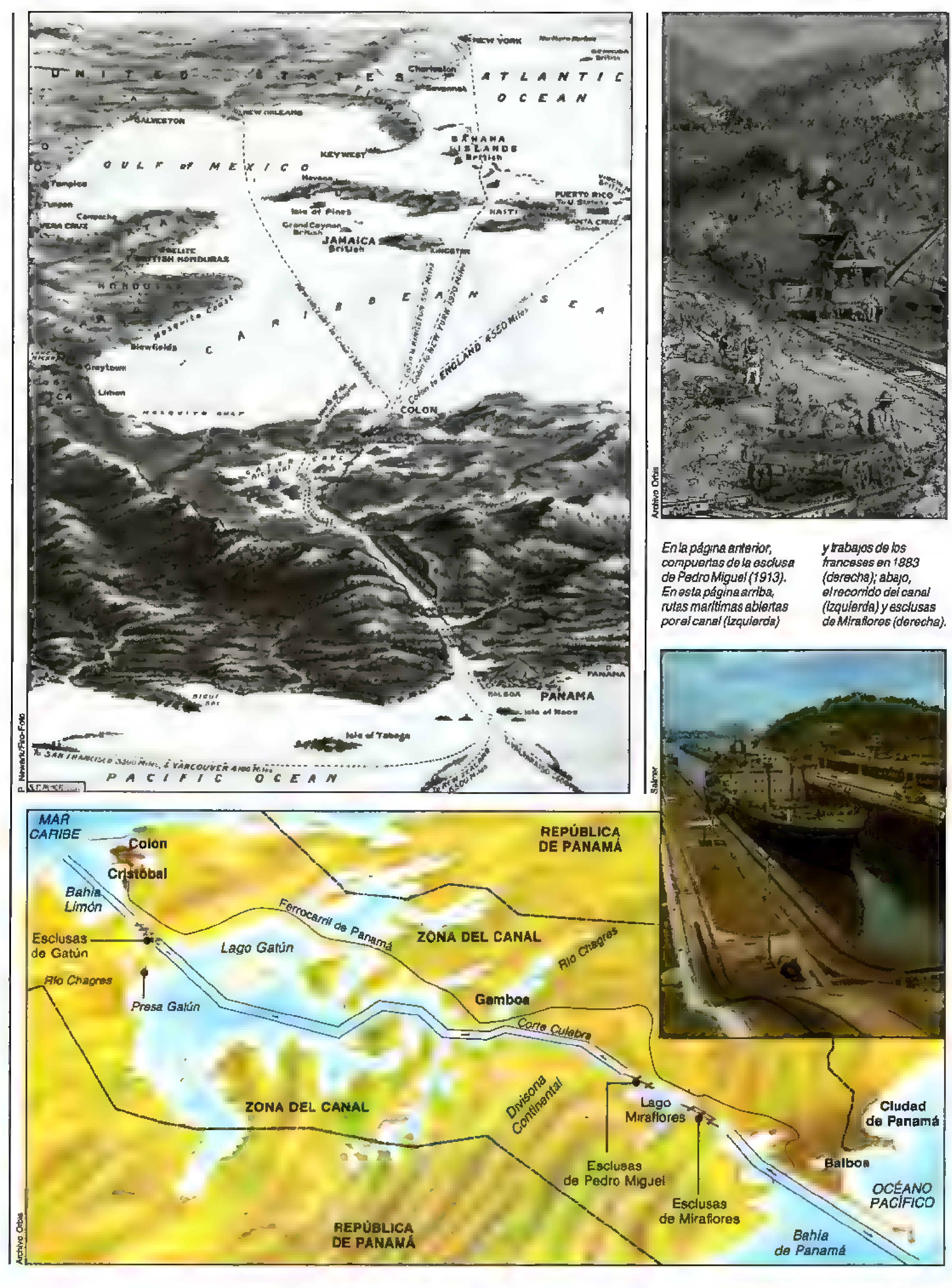
En el transcurso de esta aventura francesa, Estados Unidos pudo liquidar sus problemas domésticos y volver al escenario de América Central. En 1876, el presidente Ulysses Grant nombró una comisión para que estudiase dónde construir el ansiado canal: si en la región de Darién (Panamá), en el istmo de Tehuantepec (México) o bien en Nicaragua. En 1898, la guerra entre Cuba y España permitió a Estados Unidos extender su control en la zona, convirtiéndose en amo absoluto no sólo de Cuba, sino también de Puerto Rico, Filipinas y Hawaii. La necesidad del canal interoceánico se volvió perentoria para Washington, y hacia ese objetivo encaminó todos sus pasos.

En primer lugar, Estados Unidos se propuso zafarse del Tratado Clayton-Bulwer, de 1850, que lo obligaba a compartir todas sus glorias con Gran Bretaña. Tras años de forcejeo, que en muchas oportunidades estuvieron a punto de convertirse en disparos de cañón, John Hay, secretario de Estado norteamericano, y Pauncefote, embajador británico en Washington, firmaron un nuevo acuerdo el 18 de noviembre de 1901, por el cual Gran Bretaña reconocía a Estados Unidos como el único país con derechos a construir y defender un canal interoceánico. A cambio de su reconocimiento como potencia americana, Estados Unidos no intervendría en Asia y África.

El negocio de Bunau-Varilla

Cuando todo hacía pensar que Estados Unidos iniciaría por fin el trazado de una vía interoceánica en Nicaragua, apareció en escena Philippe Bunau-Varilla, un ingeniero francés, accionista del diario parisino *Le Matin* y heredero de un fuerte paquete de acciones pertenecientes a la nueva compañía que, en 1894, se había hecho cargo de la antigua Compagnie Universelle que financiara a Lesseps y que, en consecuencia, tenía sus intereses puestos en Panamá. Bunau-Varilla emprendió una intensa campaña de relaciones públicas, que lo paseó por Cincinatti, Boston, Chicago, Nueva York y Washington, hasta que encontró a William Nelson Cromwell, un abogado que, además de ser accionista de la vieja Panamá Railroad Co., mantenía óptimas relaciones con el senador Mark Hanna, uno de los políticos norteamericanos más influyentes del momento. A Cromwell le bastó con depositar 60.000 dólares en la cuenta electoral del Partido Republicano para que éste, entre otras consignas, lanzara la de que el canal no debía ser construido en Nicaragua, sino en Panamá.

El único obstáculo lo constituía la nueva compañía francesa, cuyo hombre fuerte era Bunau-Varilla. En efecto, el negocio de éste no era otro que el de reclamar 109 millones de dólares a cambio de ceder sus derechos concesionarios en Panamá a los norteamericanos. Fue entonces cuando John T. Morgan, senador demócrata por el estado de Alabama, aprovechó esta exigencia para que la Cámara aprobara la Ley Hepburn, que aconsejaba la vía nicaragüense. No obstante, el presidente norteamericano Theodore Roosevelt, ganado por el senador Mark Hanna, inclinó la balanza hacia la solución panameña. Sólo aceptó mantener la posibilidad de Nicaragua si no se llegaba a un acuerdo financiero con la compañía francesa y a un acuerdo político con Colombia.



P. Newark/Fico-Foto

Archivo Orbis

Salmer

En la página anterior, compuertas de la esclusa de Pedro Miguel (1913). En esta página arriba, rutas marítimas abiertas por el canal (izquierda) y trabajos de los franceses en 1883 (derecha); abajo, el recorrido del canal (izquierda) y esclusas de Miraflores (derecha).

Un sueño para España

La distancia entre Panamá y Nombre de Dios era pequeña. Apenas 70 km, pero 70 km interminables. Los riesgos de atravesar el istmo a lomo de mula eran tantos y tan grandes, que este llamado Camino Real —«dieciocho leguas de miseria y maldición»— parecía tan sólo terminar cuándo y dónde a la muerte se le antojara.

La selva, ese infierno verde poblado de insectos, felinos y fiebres, diezmaba los convoyes. Las permanentes revueltas de los esclavos negros y de los indios sometidos al régimen de encomienda constituían una amenaza constante para los señores blancos que encabezaban las expediciones. Al fin y al cabo, el istmo contaba en su haber con la primera rebelión de esclavos, la rebelión de los cimarrones, que en sus acciones de hostigamiento se ensañaban contra el Camino Real.

Todas estas dificultades explican por qué, ya bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, España comenzó a pensar en las bondades y ventajas de un canal en el istmo panameño. En 1535, Pascual de Andagoya, a petición de Carlos V, estudió la posibilidad de unir los dos océanos aprovechando el cauce del río Chagres. Aunque sus cálculos resultaron tan precisos que cuatro siglos más tarde fueron utilizados por franceses y norteamericanos, el oscurantismo que se cernía sobre España fue más impenetrable que la misma selva centroamericana. Felipe II dejó de lado el proyecto, consolándose con una reflexión elemental: «Si Dios hubiera querido que los dos océanos se encuentren, Él mismo habría creado el canal». Y no sólo eso, sino que se amenazó con la pena de muerte a todo aquel que, desafiando la voluntad divina, volviera a acariciar la idea de abrir una vía de costa a costa.

Hacia finales del siglo XVII, la situación económica de Panamá se volvió insostenible. Su densidad demográfica era ínfima, la insalubridad hacía estragos y para alimentarse dependía del aprovisionamiento de otras regiones. Como si esto fuera poco, piratas y filibusteros, financiados en su mayoría por la Corona británica, se entretenían saqueando las poblaciones costeras. El famoso corsario inglés Francis Drake ya había ocupado dos veces (en 1572 y 1596) Nombre de Dios, ciudad que, a pesar de ser durante una larga época el puerto más importante del Nuevo Mundo, sólo permanecía habitada dos meses por año, las dos veces en que la flota española anclaba en sus aguas.

Aconsejada por el ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli, la Corona española decidió replegarse hacia Portobelo, a pocos kilómetros al oeste de Nombre de Dios. Sin embargo, pese a las espectaculares fortificaciones que Antonelli había concebido, Henry Morgan arrasó Portobelo en 1669. Dos años después, el célebre pirata ocuparía la propia Ciudad de Panamá, donde permaneció un mes mientras sus hombres se dedicaban a la caza del botín. Ciento setenta y cinco mulas hicieron falta para llevar hasta los barcos piratas todo el oro y la plata saqueados por Morgan.

Dos años después, la ciudad fue reconstruida a algunos kilómetros al oeste de su antiguo emplazamiento. Pero la economía no volvió a recuperarse, ya que los galeones españoles, ateniéndose a lo más seguro, se resignaron a atravesar el Cabo de Hornos, una ruta más lejana pero que, en definitiva, había sido marcada en el mapa por el dedo de Dios.

Más pragmáticos, los ingleses se presentaron en Portobelo en 1739 y la bombardearon sin piedad. Fue el golpe de gracia para todo el istmo. Ya agonizante, Panamá cambió su autonomía para transformarse en el Virreinato de Nueva Granada.

Todas estas convulsiones le significaron a España archivar para siempre la idea del canal propio. En el transcurso del siglo XVIII, los sueños volvieron a la carga, esta vez a cargo de ingenieros y técnicos galos que, de esta manera, intentaban que no fuera Gran Bretaña sino Francia quien capitalizara el ocaso de un imperio que, hasta ese momento, había desconocido los crepúsculos.

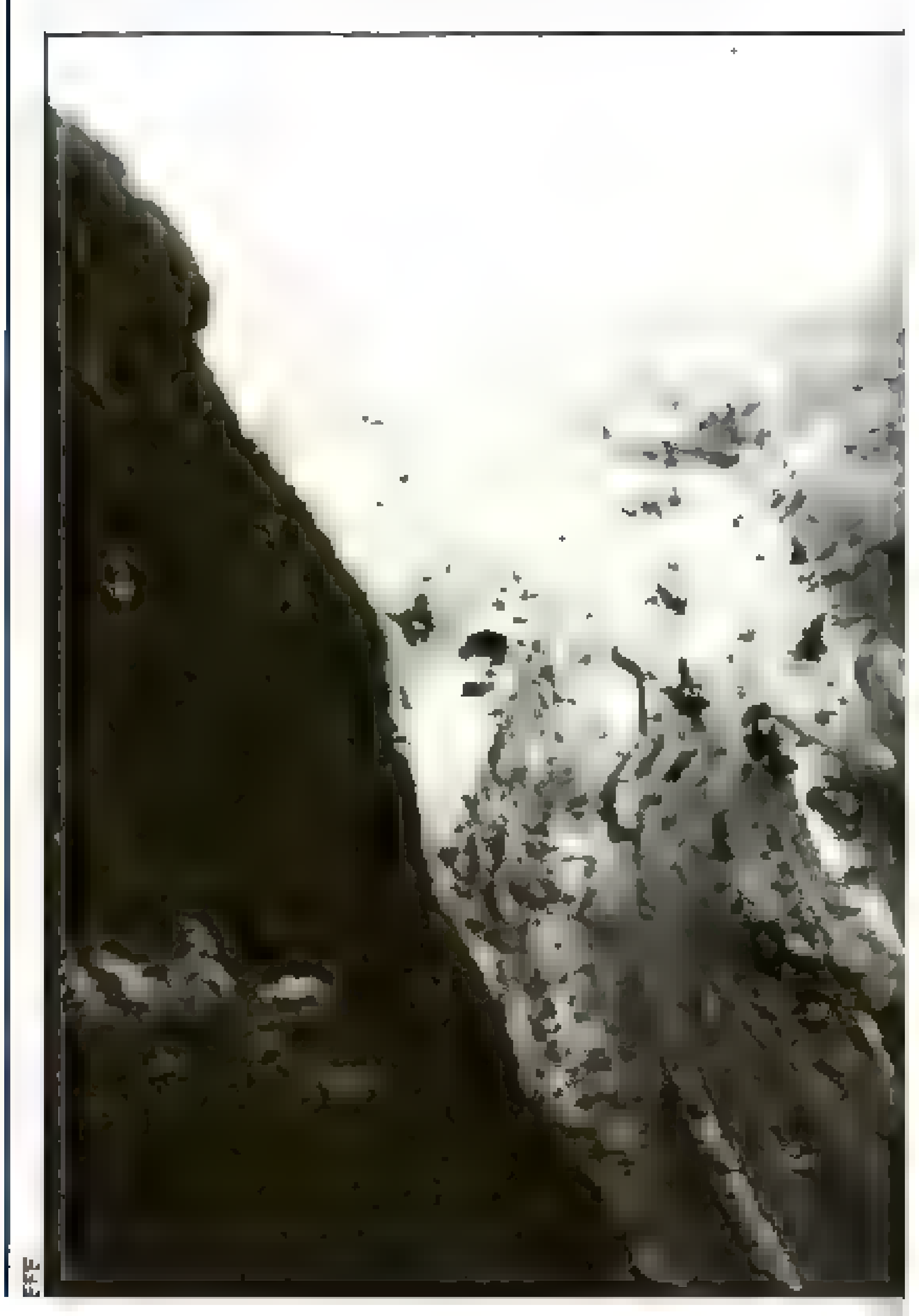
Durante el siglo pasado, al calor del movimiento independentista americano, las ilusiones volvieron a tomar cuerpo. El alemán Von Humboldt recorrió la zona y sugirió nueve lugares diferentes por donde trazar el acceso interoceánico. Y en 1814, las Cortes españolas autorizaron el proyecto Por supuesto, después de una espera de siglos, la historia ya miraba a España con cierto escepticismo. Al fin y al cabo, los países industrializados de Europa, aunque menos respetuosos de la voluntad geográfica de Dios, eran más decididos y emprendedores.



EFE

La naturaleza se inclina por Panamá

La erupción del volcán Momotombo, como retribuyendo que alguna vez Víctor Hugo le dedicara un poema, decidió la suerte en favor del ingeniero francés. Bunau-Varilla aprovechó este gesto de la naturaleza para enviar postales a los miembros de la Cámara norteamericana donde se veía el quehacer asesino de la lava en plena acción. Descartada Nicaragua por «inestabilidad geológica», el 19 de junio de 1902 el Senado de Estados Unidos aprobó el Isthmian Canal Act por 42 votos contra 34. Nicaragua llegó al



EFE

Dos aspectos de las obras de excavación de la «gran zanja» en el desfiladero del Corte Culebra. de ahí se extrajeron 115 millones de metros cúbicos de tierra y roca.

borde de la ruptura de relaciones con Washington. Colombia, en cambio, festejó la decisión sin imaginar lo caro que le iba a costar esta alegría.

El 22 de enero de 1903, John Hay, secretario de Estado norteamericano, firmó con el doctor Tomás Herrán, embajador colombiano en Washington, un acuerdo por el cual obtenía una concesión por cien años sobre un territorio de seis millas que partía por la mitad al istmo. Por aquellos años, Panamá formaba parte de Colombia, cuyo gobierno se caracterizaba por la inestabilidad política, hecho que a veces crea tantos o más inconvenientes



Una pesadilla para Francia

A miles de kilómetros de Panamá, en Europa, el famoso istmo estaba en boca de todos. Ferdinand de Lesseps acababa de unir el Mar Rojo con el Mediterráneo y el Canal de Suez había sido inaugurado al son de la Aida *de Giusseppe Verdi.*

En 1871, en el transcurso del Congreso de Ciencias Geográficas, Cosmográficas y Comerciales, reunido en Amberes, Lucien Napoleon-Bonaparte Wyse, con todos los ecos imperiales de sus apellidos y con todo el respaldo de un pool *de bancos encabezados por Jacques de Reinach e Istvan Tün, le propuso a Lesseps explotar una concesión que ese grupo financiero había obtenido en Colombia, en la impenetrable región de Darién. Lesseps, que aún tenía para mucho con sus glorias de Suez, meneó su cabeza negativamente y Lucien Napoleon Bonaparte-Wyse regresó a América Latina con las manos vacías. Siete años después, en 1878, volvió a París, esta vez con otra concesión: un permiso para explotar durante 99 años todo el tramo de territorio entonces cubierto por la Panama Railroad Co. Suez ya estaba lejos, y la tentación demasiado cerca. Y Lesseps dio el sí.*

El entusiasmo saltó tan rápida y estruendosamente a la calle que nadie imaginó en ese instante que tamaña fiesta iría a terminar en un alucinante escándalo político y financiero. ¿Quién podía suponer que Lesseps sería tan buen ingeniero como pésimo hombre de negocios? ¿Cómo podía imaginar el propio Lesseps que él, el héroe de Francia que había sembrado vida en el desierto de Egipto, iba a convertirse en un sembrador de tumbas a todo lo ancho del istmo de Panamá?

Un periodista de Le Figaro *escribió en mayo de 1880: «Panamá es un pozo infecto. En comparación, los ghettos de Rusia Blanca, las barracas de Toulon, de Nápoles y de la vieja Estambul merecen el premio a la prosperidad. No hay cloacas, y los retretes son algo absolutamente desconocido. Todos los vertidos son arrojados a la calle, junto con la basura. Las ratas pululan entre los excrementos y entre la inmundicia corretean los perros. Las serpientes están en todas partes y las nubes de mosquitos se abaten sobre todo ser vivo, sin distinguir hombres de bestias. Panamá es peor que el infierno».*

Por más que Ferdinand de Lesseps refutara a Godin de Lépinay en el Congreso de París de 1879, sosteniendo que «en Panamá será mucho más fácil que en Suez», al otro lado del océano, en el propio escenario del istmo, la disentería, la fiebre amarilla, la malaria y la viruela mataban en poco tiempo a más de 25.000 trabajadores, en su mayoría mano de obra barata traída desde las Antillas. De las 24 Hermanas de Caridad que estaban de misión en las obras, sólo sobrevivieron dos, y sólo para contar que, en sus hospitales de campaña, el 75 % de sus pacientes se les moría entre las manos.

Contra el empecinamiento de Lesseps, sin embargo, no sólo conspiraban las enfermedades y las alimañas, sino también la compañía ferroviaria norteamericana Panama Railroad Co., que llegó a contratar bandas de gangsters para sabotear los intereses franceses, y la propia corrupción de los banqueros galos que, en París, manipulaban los créditos destinados para el canal, dilapidándolos en la compra de ministros y políticos. El costo estimado inicialmente para toda la obra había sido de 114 millones de dólares, y el plazo dado por Lesseps para culminar su aventura panameña, de siete a ocho años como máximo. Pero a los ocho años de comenzados los trabajos, la Compagnie Universelle du Canal Interocéanique ya superaba los 400 millones de dólares en gastos, y sólo un tercio de la extensión total del canal había sido excavado.

El 15 de mayo de 1889, en medio de un gran revuelo en la calle y una sórdida guerra en la trastienda de la Bolsa, los liquidadores de la Compagnie Universelle dijeron basta y exigieron el cese inmediato de los trabajos Grandes personalidades de la vida francesa se vieron de pronto involucrados en una vorágine de rumores y denuncias. Hasta el intocable Clemenceau se vio salpicado por el fango del Canal de Panamá. El ultra Édouard Drumont aprovechó el seísmo que estremecía a Francia para denunciar que todo el affaire *del canal no era otra cosa que «una maquinación monstruosa de la sinarquía judía», una suerte de conspiración universal cuyo representante más conspicuo era el propio Ferdinand de Lesseps. Y éste optó por retirarse a los cuarteles de invierno.*


La última barrera que separaba las aguas del canal entre el lago Gatún y el Corte Culebra salta por los aires (10.X.1913). La señal para dinamitar la presa de Gamboa fue dada desde Washington por el presidente Woodrow Wilson al accionar un dispositivo electrónico.

que la «inestabilidad geológica». En efecto, el Tratado Hay-Herrán desató una tormenta política de repercusión inimaginable. Presionado por la oposición, y ante la negativa del Senado a ratificar dicho acuerdo, el presidente colombiano reclamó a Estados Unidos 10 millones de dólares en oro y una regalía anual de 250.000 dólares a cambio de la concesión. Entre otras cosas, el gobierno colombiano declaró ilegal la cesión de la compañía francesa de Bunau-Varilla al gobierno norteamericano, y reclamó para sí la posibilidad de venderla a Washington por 40 millones de dólares más.

Panamá, independiente

Washington, que ya había intervenido militarmente catorce veces en Centroamérica, no tenía ningún inconveniente en hacerlo una vez más. Pero el Departamento de Estado se dio cuenta de que las armas diplomáticas que tenía entre manos podían ser más demoledoras que el fuego de las cañoneras. El 19 de junio de 1903, 2.000 panameños enviaron una carta al presidente colombiano José Manuel Marroquín en la que le advirtieron que la no aprobación del Tratado Hay-Herrán significaría la ruina para el istmo. Entre los firmantes estaban Manuel Amador Guerrero, Federico Boyd y José Agustín Arango, representantes de la oligarquía panameña que, con la bendición norteamericana, estaban dispuestos a convertirse en rebeldes y hasta en patriotas.

Sin embargo, alguien tenía que controlar los hilos de esta conspiración contra Colombia. No podía hacerlo otra persona que no fuera Philippe Bunau-Varilla. En sus gestiones de intermediario, el aventurero francés pagó 100.000 dólares por el cargo de representante de los separatistas panameños ante Washington. El 18 de octubre de 1903, en la habitación 1.162 del hotel Waldorf Astoria de Nueva York, redactó la Declaración de la Independencia de Panamá. Por supuesto, Bunau-Varilla pasó a ser embajador plenipotenciario —ahora ya oficial— de la nueva República ante el gobierno de Washington. Su esposa se encargó de confeccionar la bandera: sólo era cuestión de coser y cantar. Lo demás lo hicieron algunos centenares de empleados de la Panamá Railroad Co., los bomberos de la ciudad de Panamá, el general colombiano Huerta, que de pronto se descubrió panameño de corazón, y el acorazado norteamericano *Nashville*, decidido a refrendar la diplomacia con la pólvora. El 4 de no-



El transporte Severn franquea las esclusas de Gatún (11 IV 1915) seguido de una flotilla de submarinos norteamericanos. Estados Unidos capitalizó el éxito de la unión de los dos océanos.

Salmer

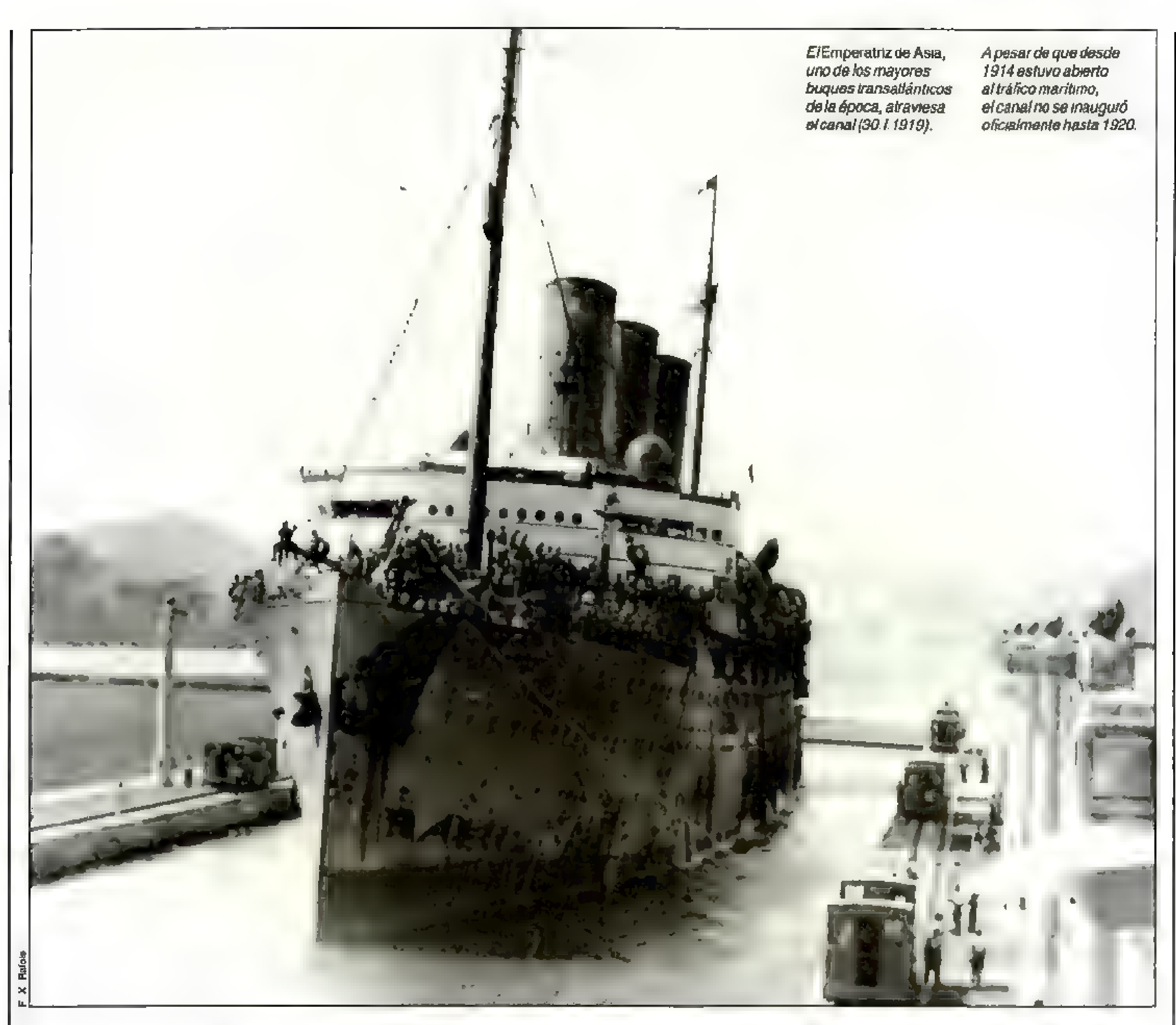
viembre de 1903, la República de Panamá proclamó su independencia. Dos días después, Estados Unidos reconoció *de facto* a la flamante nación y el día 13, Roosevelt recibió en la Casa Blanca al «embajador panameño» Philippe Bunau-Varilla con todos los honores.

Concesión a perpetuidad

Ante los rumores de que el gobierno colombiano, ahora en aprietos tras querer abarcar mucho, podía dar marcha atrás y abrir negociaciones para tentar a Estados Unidos con concesiones demasiado generosas, Bunau-Varilla se esforzó por ofrecer todo tipo de ventajas al gobierno norteamericano. Estados Unidos estaba en vísperas de elecciones, y el senador demócrata John Morgan asistía a los actos electorales criticando la política de Roosevelt en el istmo por su «blandura y falta de audacia». Y algunos candidatos más empezaban a resucitar el viejo proyecto de Nicaragua. Bunau-Varilla entendió que no tenía tiempo que perder. El nuevo gobierno panameño había enviado a Washington a Manuel Amador, Pablo Arosemena y Federico Boyd para participar en las negociaciones, pero cuando ellos llegaron a Estados Unidos el 17 de noviembre de 1903 se enteraron de que tres horas antes Bunau-Varilla ya había firmado un acuerdo tan generoso que ya resultaba humillante: 200 millas de largo por 10 de ancho era la ración de territorio panameño que quedaba en poder de Estados Unidos. En este tratado ni siquiera se fijaba un plazo de duración, sino que la concesión era otorgada a perpetuidad. El 1 de diciembre llegaba a Ciudad de Panamá el texto del tratado Hay-Bunau-Varilla. Para colmo, sólo habían enviado un único ejemplar del acuerdo, y en idioma inglés. Presionada por todas partes, la Junta de Gobierno provisional panameña aprobó el tratado. El 23 de febrero de 1904 hizo lo mismo el Senado norteamericano. Por fin, la construcción del canal podía comenzar.

Estados Unidos en guerra ...contra el mosquito

El 9 de mayo de 1904, el presidente Roosevelt convocó a su secretario de Guerra William Howard Taft y le ordenó que se pusiera al frente de la Comisión del Canal del Istmo. No podía ser de otra manera, ya que, en relación con el proyecto interoceánico, lo comercial y lo militar eran las dos caras de una misma estrategia de expansión. Sin embargo, el éxito quería hacerse desear un poco más. Durante



F. X. Rafos

El Emperatriz de Asia, uno de los mayores buques transatlánticos de la época, atraviesa el canal (30.I.1919).

A pesar de que desde 1914 estuvo abierto al tráfico marítimo, el canal no se inauguró oficialmente hasta 1920.

los dos primeros años, los trabajos en el istmo sólo arrojaron resultados catastróficos. Los envíos de material tardaban demasiado en llegar hasta el lugar de las obras. Por su parte, la fiebre amarilla no manifestaba el menor respeto por la vocación de grandeza norteamericana, y su ensañamiento paralizaba continuamente el trabajo. Hasta que Roosevelt entendió que, al menos en el área centroamericana, el principal enemigo de Estados Unidos era el mosquito...

El doctor William Crawford Gorgas, médico especialista en enfermedades tropicales, convenció a Roosevelt de que los soldados del secretario de Guerra Taft no servían para mucho en esas circunstancias, sino que hacía falta otro ejército menos contundente pero más efectivo. Con cuatro mil hombres bajo sus órdenes, en su mayoría médicos y enfermeros, el doctor Gorgas emprendió la guerra contra los mosquitos. En enero de 1906, la fiebre amarilla fue derrotada. Libre ya de esta pesadilla, el Senado norteamericano dio luz verde a la reanudación de los trabajos. El coronel George W. Goethals dirigió los últimos tramos del canal a partir de 1907, creando un inmenso lago artificial a partir de las aguas del río Chagres. Más de 200 km² fueron anegados, siendo el caudal regulado por un sistema de esclusas, algo que Ferdinand de Lesseps nunca hubiera imaginado. Y en 1913, después de atravesar el Corte de Culebra, el canal quedó terminado y los dos océanos pudieron darse la mano. Estados Unidos había realizado lo que desde hacía centurias venían ambicionando las potencias coloniales de Europa. Y es que el águila que galardonara como emblema todas las ambiciones imperiales del Viejo Mundo había decidido hacer su nuevo nido en América; no en toda ella, sino tan sólo al norte del río Bravo

El *Ancon* cruza el canal

El 7 de enero de 1914, un navío carguero de respetable tonelaje cruzó por primera vez el canal. Pero esto no fue suficiente. Como una premonición del futuro político de la región, los norteamericanos se sintieron seguros para celebrar la fiesta de la inauguración del Canal cuando las aguas fueron surcadas por el *Ancon*, un buque que, a pesar de ser de uso comercial, estaba preparado para convertirse en una nave de guerra. Esto ocurrió el 15 de agosto de 1914, unos pocos días después de que comenzara la Primera Guerra Mundial.

Desde sus comienzos, cuando aún era un sueño en la cabeza de Carlos V, el Canal de Panamá siempre olió a pólvora. Para los pueblos centroamericanos, que ven en él una herida todavía no cicatrizada, este persistente olor a pólvora aún no se ha disipado por completo.

El levantamiento de Irlanda

Insurrección en Dublín

Luis Ignacio López,
periodista

Ocupada desde 1175 por la corona británica, Irlanda vivió en los últimos siglos un promedio de una insurrección cada cincuenta años, todas ellas aplastadas en forma sangrienta. En la Pascua de 1916, un puñado de iluminados nacionalistas vivió y murió su propia rebelión en las calles de Dublín. Aunque también fue aplastada, la semilla de este levantamiento germinó rápidamente, y en 1919 volvió a proclamarse la República. Dos años de guerra contra Gran Bretaña supusieron el primer paso para la creación del Estado Libre, al precio de la división de la isla y de una guerra civil que duró hasta 1923.

El lunes de Pascua de 1916 estalló en Dublín una insurrección de los nacionalistas irlandeses que, aunque sofocada sangrientamente, inició un período de luchas civiles que conduciría a la creación del Estado Libre de Irlanda en 1921. Aquel levantamiento espontáneo obedecía, sin embargo, a una larga sucesión de combates por la independencia. En la fotografía, la Policía dispersa una manifestación organizada en 1913 en Dublín por el sindicato de transportes.



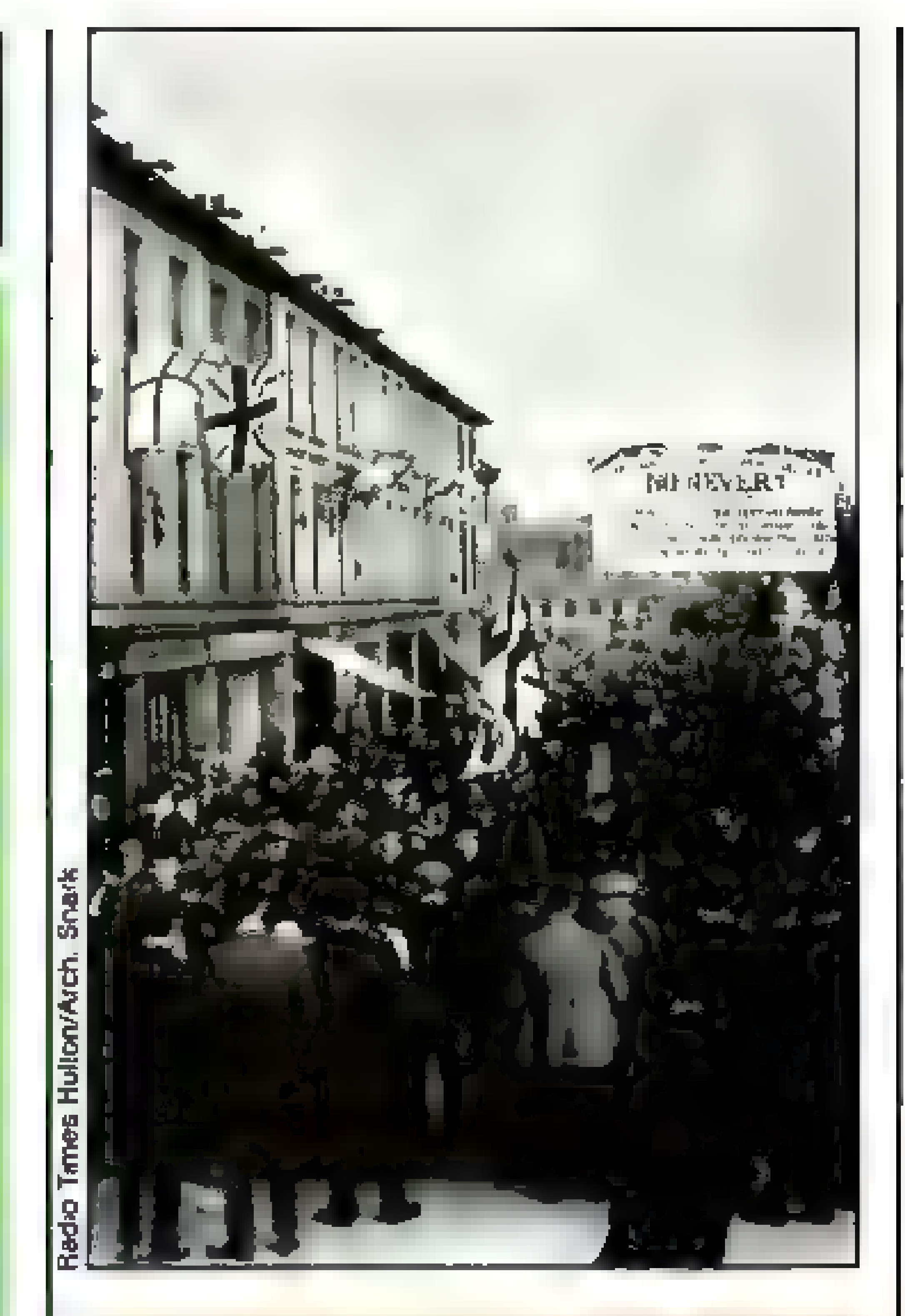
Salmer

La herencia de la rebelión

Desde que Enrique II, rey normando de Inglaterra, impuso su dominio en 1175 sobre los monarcas irlandeses, enredados en luchas intestinas, Irlanda ha vivido tal cadena de insurrecciones que éstas se han convertido en una herencia propia del Eire, especialmente a partir del siglo XVII. La primera rebelión moderna de los gaélicos fue la de Shane O'Neill, muerto en 1567 tras una frustrada tentativa de independencia del recién reformado rey Enrique VIII. Otro O'Neill, Hugh, sostuvo entre 1593 y 1603, con ayuda militar española, una sangrienta resistencia en el Ulster y su fracaso abrió paso a la implantación en el norte de Irlanda de los colonos angloescoceses llevados por los reyes Jacobo I y Carlos I. En 1641 estalló otra violenta revuelta en Dublín y en el Ulster, a la que Londres respondió con una ley —la Adventurer's Act— que dio luz verde a la represión y al despojo de las tierras de los rebeldes católicos. Siete años más tarde, en 1649, las tropas de Oliver Cromwell invadían la isla para imponer la paz británica y protestante. Un nuevo período de rebeliones y vaivenes políticos en la Corona inglesa culminarían con la batalla del Boyne, en 1690, en la que la derrota infligida al católico Jacobo II por Guillermo III de Orange consagraba la hegemonía protestante en el Ulster y el dominio inglés en toda Irlanda. Un Parlamento irlandés, fiel a Londres, suscribió con leyes propias el dominio británico: la Irlanda católica y gaélica se refugió en los campos y en las zonas más pobres.

Sólo a fines del siglo XVIII se apreció un despertar del nacionalismo, generalmente vinculado a la religión católica y a las tradiciones gaélicas. En el Ulster resurgieron las luchas entre la clase dominante, formada por los presbiterianos, y la población católica. En Dublín, un graduado del Trinity College, Theobald Wolfe Tone, aunque protestante él mismo, divulgó un manuscrito en favor de los católicos y creó en 1791 la Asociación de Irlandeses Unidos, partidaria de la unidad irlandesa más allá de los distintos ritos. Wolfe Tone, el primer revolucionario de la Irlanda moderna, logró apoyo francés para alzarse en armas contra la Corona británica, pero fue derrotado y ejecutado en 1798. Dos años después, el Acta de Unión de 1800 institucionalizaba la fusión de Irlanda con Gran Bretaña, con el apoyo entusiasta de la protestante y recién creada Orden de Orange del Ulster. La réplica irlandesa fue la fallida revuelta de 1803.

En el pasado siglo se consolidaron dos tendencias políticas entre los nacionalistas: la de la Asociación Católica de Irlanda, creada en 1823 por Daniel O'Connell, partidaria de negociar una autonomía dentro del Reino Unido, y la corriente revolucionaria nacionalista que se encarnó en la revuelta impulsada en 1842 por el grupo Joven Irlanda. La represión con que fue aplastada la rebelión dio fuerzas para la tentativa de los radicales de la Sociedad Feniana en 1867. Pese a la derrota de los fenianos, su semilla pervivió en el surgimiento de sociedades y clubs, como la Liga Gaélica, y en la organización secreta Hermandad Republicana Irlandesa (Irish Republican Brotherhood), verdadera madrina de la insurrección de 1916 y de las diversas corrientes que dieron vida al Sinn Féin y luego al Ejército Republicano Irlandés (IRA).



Radio Times Hulton/Arch. Snark



Radio Times Hulton/Arch. Snark

La Pascua de 1916

El lunes de Pascua de 1916, día 24 de abril, la multitud que recorría ociosamente la avenida O'Connell de Dublín escuchó sorprendida la voz del poeta nacionalista Patrick Pearse, que proclamaba desde el pórtico del gran edificio de Correos la República independiente de Irlanda. Una fila de jóvenes, armados con fusiles y vestidos con el uniforme del semiclandestino movimiento de los Voluntarios Irlandeses (Irish Volunteers), escoltaba al poeta que reclamaba, «en nombre de Dios y de las generaciones muertas», el derecho a la insurrección y a la lucha por «la libertad y la soberanía nacionales». En un costado del edificio flameaba la bandera republicana —verde, blanca y anaranjada—, como recuerdo de la última rebelión irlandesa de 1867 y de las seis insurrecciones de los últimos trescientos años contra la dominación británica impuesta desde 1175. Unos doscientos Voluntarios Irlandeses y miembros del socialista Ejército Ciudadano habían recorrido minutos antes, a las doce del mediodía, la gran avenida dublinesa y habían ocupado sin lucha la sede de Correos, a escasos metros de la columna de Nelson, réplica de la de Londres y símbolo del Imperio. En los barrios lejanos trepidaban algunas ametralladoras y sonaban tiros aislados de fusil. Frente a Correos, el público comenzaba a reaccionar con aplausos, miedo, estupor e insultos. Una negra fila de sacerdotes irrumpió poco después para intentar dispersar al agitado gentío con la simple autoridad de su sombría presencia. Nadie, en Dublín, parecía haber esperado aquel día festivo el inicio de una insurrección, y cundió la hostilidad contra los insurrectos. En el resto de la ciudad, otros mil rebeldes, divididos en pequeñas unidades, ocupaban diversos puntos estratégicos frente a una

AGF

En la página anterior, manifestantes orangistas (septiembre de 1912) hostiles a la Home Rule. La Orden de Orange, sociedad secreta fundada por los protestantes en 1795 para reavivar la lucha contra los católicos, fue la respuesta a los intentos de unir a ambas comunidades frente a la Corona británica.

En esta página, arriba, miembros de la Ulster Volunteers Force (1914) armados con fusiles alemanes obtenidos de contrabando: cerca de cien mil protestantes se alistaron en esta organización paramilitar.

A la derecha, el primer ministro Asquith es aclamado por liberales y por nacionalistas irlandeses al abandonar los Comunes por su actitud favorable a la aprobación de la Home Rule (1914). La oposición de los protestantes del Ulster a formar parte de un parlamento unitario autónomo en Irlanda obligó al gobierno británico a sucesivas reformas de la ley



Salmer

Policía estupefacta. A la una de la tarde, una columna de lanceros reales se lanzó a la carga por la avenida O'Connell para retomar el edificio postal. Los hombres de Pearse resistieron el primer contraataque, pero aún quedaba por delante una dramática y sangrienta semana.

La batalla de la Home Rule

Londres tenía razonables motivos para no sospechar entonces el estallido de una insurrección que sólo contaba con la ventaja inicial de la sorpresa. En los últimos años dominaba el escenario político irlandés el moderado Partido Parlamentario (nacionalista) de John Redmond, cuyo objetivo era aprovechar su situación de fuerza bisagra en el Parlamento británico de Westminster para arrancar del gobierno liberal de Herbert Henry Asquith una esperada ley de autonomía: la Home Rule. Aprobada finalmente por la Cámara de los Comunes en 1913 y en 1914, esta ley no acalló la crispada oposición de los conservadores y de sus aliados de Irlanda del Norte, los unionistas del Ulster, descendientes de los colonos angloescoceses establecidos en la región desde el siglo XVII.

La batalla por la Home Rule había enfrentado a conservadores y liberales desde finales del siglo XIX, cuando el entonces primer ministro William Ewart Gladstone intentó infructuosamente, en 1886 y en 1892, aprobarla en el Parlamento. El gobierno liberal de Asquith presentó en 1912 un tercer proyecto de autonomía relativa para una Irlanda inserta en el Reino Unido. Pese a la aprobación de la Cámara Baja, los conservadores avivaron nuevamente, como lo hicieran frente a Gladstone, la ancestral animosidad de los protestantes del Ulster contra la mayoría católica del resto de Irlanda.

La proclamación de la República en 1916

El poeta Patrick Pearse, animador de la Liga Gaélica, dirigente en la secreta Hermandad Republicana, desafió el lunes de Pascua de 1916 a la Corona británica con esta proclamación, leída desde la entrada de la sede de Correos de Dublín, tras su ocupación por los rebeldes:

«El Gobierno Provisional de la República de Irlanda al pueblo de Irlanda

»Irlandeses e irlandesas: en el nombre de Dios y de las generaciones muertas, de las que hemos recibido su vieja tradición de nacionalidad, Irlanda, por nuestra intercesión, llama a sus hijos a unirse bajo su bandera y a luchar por su libertad. Reclutados y adiestrados sus hombres por medio de su organización revolucionaria secreta, la Hermandad Republicana Irlandesa, y de sus organizaciones militares públicas, los Voluntarios Irlandeses y el Ejército Ciudadano, habiendo perfeccionado pacientemente su disciplina y esperado resueltamente el momento exacto para despertarse, ella, Irlanda, se levanta ahora y, apoyada por sus hijos exiliados en América y por gallardos aliados en Europa aunque impulsada primero por sus propias fuerzas, lucha en este momento con la absoluta cofianza en su victoria. (...)

»Declaramos que el derecho del pueblo de Irlanda a la propiedad de Irlanda y al control sin trabas de sus destinos es soberano e inalienable. La prolongada usurpación de este derecho por parte de un pueblo y un gobierno extranjeros no lo ha hecho caducar ni puede caducar tampoco, salvo mediante la destrucción del pueblo irlandés.

»En cada generación, los irlandeses han reafirmado su derecho a la libertad y soberanía nacionales. Seis veces durante los últimos trescientos años lo han reafirmado por medio de las armas. Apoyados en este derecho fundamental y reafirmándolo una vez más por medio de las armas, proclamamos aquí y a la faz del mundo la República Irlandesa como Estado soberano e independiente y comprometemos nuestras vidas y las de nuestros camaradas en la causa de su libertad, su bienestar y su prestigio entre las naciones. (...)

»En nombre del Gobierno Provisional: Thomas J. Clarke, Sean MacDiarmada, Thomas MacDonagh, Patrick Pearse, Eamonn Ceannt, James Connolly y Joseph Plunkett.»

POBLACHT NA H EIREANN

THE PROVISIONAL GOVERNMENT
OF THE
IRISH REPUBLIC
TO THE PEOPLE OF IRELAND.

IRISHMEN AND IRISHWOMEN: In the name of God and of the dead generations from which she receives her old tradition of nationhood, Ireland, through us, summons her children to her flag and strikes for her freedom.

Having organised and trained her manhood through her secret revolutionary organisation, the Irish Republican Brotherhood, and through her open military organisations, the Irish Volunteers and the Irish Citizen Army, having patiently perfected her discipline, having resolutely waited for the right moment [illegible] itself, she now seizes that moment, and, supported by her exiled children in [illegible]

A.G.E.



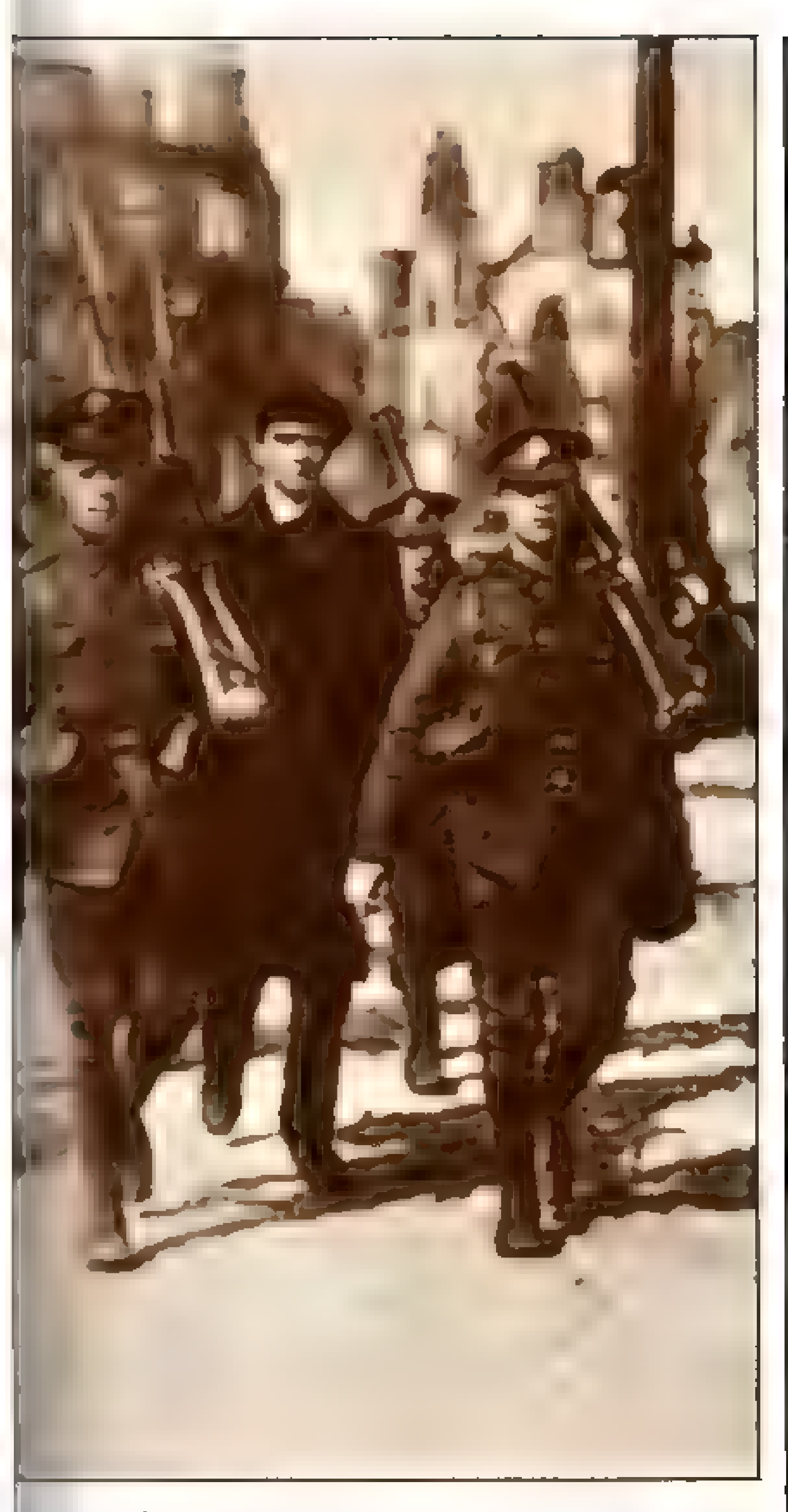
Ulster Museum/Arch. Snark

En ambas páginas, un patriota irlandés es conducido por soldados británicos al castillo de Dublín durante la Semana Sangrienta: miles de nacionalistas caerían prisioneros. En la página siguiente arriba, fuerzas británicas acampan en las proximidades del cuartel general rebelde después de finalizar los combates; en el centro, el edificio de Correos de Dublín destruido tras la insurrección de Pascua; abajo, soldados apostados en una calle de Dublín. La represión británica logró despertar en el pueblo irlandés, antes reticente, un profundo sentimiento de simpatía y solidaridad hacia el movimiento iniciado por Pearse y un puñado de jóvenes idealistas que pagaron con la vida la audacia de su desafío

El estallido de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, permitió aplazar la aplicación de la Home Rule, pero no evitó la amenaza de guerra civil que conllevaba la reacción de los unionistas del Ulster. Ya en 1912, el Partido Unionista había puesto en pie una poderosa organización paramilitar, la Fuerza de Voluntarios del Ulster (Ulster Volunteers Force), que contaba con unos cien mil hombres y modernas armas compradas en Alemania. Un pacto especial, el Ulster Covenant, comprometía a medio millón de unionistas a no aceptar una autonomía que los vinculase a Dublín. Tal presión llevó al gobierno liberal a retroceder y aceptar en la Home Rule una cláusula que separaba de la aplicación de la autonomía a los seis condados del Ulster que compondrían más tarde Irlanda del Norte.

Ejércitos de Voluntarios Irlandeses

El movimiento nacionalista irlandés reaccionó en el sur con la creación —o recreación— de su propia fuerza paramilitar, los Voluntarios Irlandeses





Ulster Museum/Arch. Snark



Ulster Museum/Arch. Snark



AGE

(Irish Volunteers), que entre 1913 y 1916 alcanzaron a reclutar unos 170.000 hombres. A los Voluntarios se sumó pronto el Ejército Ciudadano (Citizen Army), creado en 1914 por el sindicalista socialista Jack White y dirigido en 1916 por James Connolly, líder de la Unión General de Trabajadores y del Transporte y uno de los principales organizadores de la insurrección de la Pascua de 1916.

Sin embargo, la Primera Guerra Mundial había dividido a los Voluntarios. Tanto el Partido Parlamentario como la mayor parte de los nacionalistas apoyaron la causa de los aliados y de las «pequeñas nacionalidades» europeas contra Alemania y el Imperio austro-húngaro. Las filas de los Voluntarios Irlandeses se fraccionaron en una mayoría aplastante que se sumó al Ejército británico como National Volunteers, y una minoría de cerca de 11.000 hombres que siguieron la pauta dictada por uno de los dirigentes, Eoin MacNeill, de mantener la neutralidad ante el conflicto europeo.

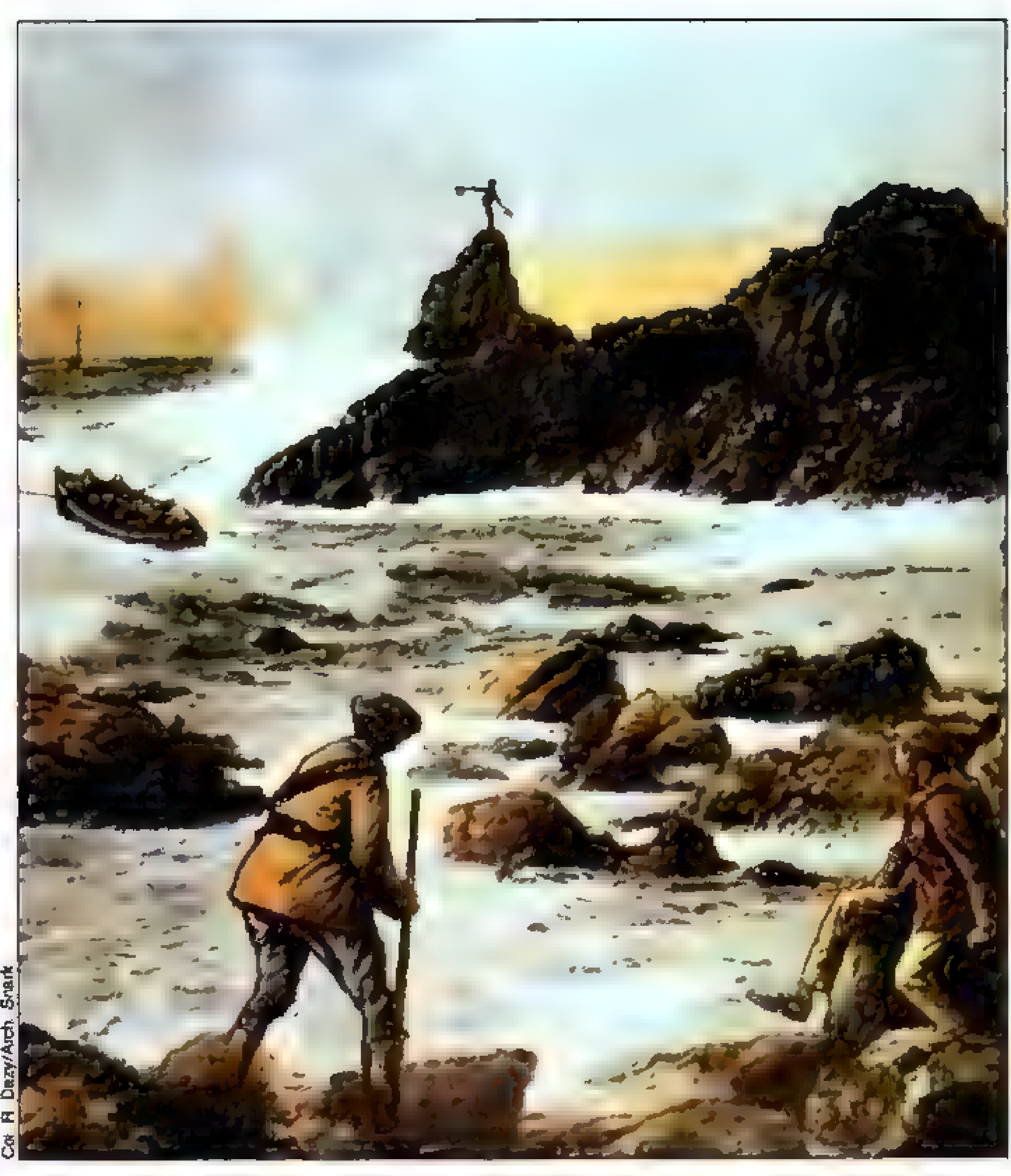
En la insurrección de Pascua, esta división se acentuó todavía más. La

Sinn Féin («Nosotros solos»)

El partido Sinn Féin (en gaélico, «nosotros solos») nació como tal en 1902 y bajo el signo de una paradoja sorprendente. Fuerza vital en la insurrección de 1916 y en la posterior lucha por la implantación de la República, su fundador, Arthur Griffith, fue, sin embargo, monárquico en sus orígenes. Griffith divulgó sus primeras ideas en el órgano United Irishman, *fundado en 1899 y en el que patrocinaba un utópico modelo de monarquía dual al estilo del Imperio austro-húngaro. Aunque proveniente de la clase media, Griffith veía en el desarrollo económico industrial una salida para la situación irlandesa, sus contactos con los nacionalistas de la Sociedad Feniana y con el dirigente socialista James Connolly condujeron paulatinamente al Sinn Féin al ideario nacionalista revolucionario que impregnó el levantamiento de la Pascua de 1916.*

A partir de esta rebelión fue cuando el partido comenzó a implantarse masivamente, hasta que en 1917 llegó a encuadrar un cuarto de millón de militantes. Ese mismo año, la convención del Sinn Féin eligió como líder máximo, en octubre, a Eamon de Valera, único comandante superviviente de la rebelión de 1916 y hombre clave en la constitución de la República en los años siguientes. En ese momento, el Sinn Féin se fundó prácticamente con los brazos paramilitares —Voluntarios Irlandeses, principalmente— y con la secreta Hermandad Republicana. En 1918 barrió con una mayoría aplastante en las elecciones generales e impulsó la Asamblea de Irlanda, rectora de la guerra contra los británicos.

Al nacer el Estado Libre de Irlanda, De Valera y sus seguidores contrarios al acuerdo con Londres se desgajaron del sector moderado que encabezaban Michael Collins y Thomas Cosgrave. Parte del Sinn Féin y de su brazo armado, el Ejército Republicano Irlandés (IRA) adoptaron la lucha armada y protagonizaron la guerra civil de 1921 a 1922. De Valera creó finalmente el partido Fianna Fáil, que recogía la tradición de la intransigencia republicana, aunque sobrevivió el nombre del Sinn Féin para reaparecer en el futuro como rama política del IRA renacido tras los disturbios de 1969 en el Ulster.



Col. R. Dazy/Arch. Snark

mayoría de los Voluntarios Irlandeses seguían el criterio imperante en la poderosa organización secreta de los nacionalistas irlandeses, la Hermandad Republicana (Irish Republican Brotherhood), heredera de las tradiciones de la insurrección feniana y de la Joven Irlanda de mediados del siglo XIX. MacNeill y varios otros dirigentes veían como única salida para la independencia la lucha armada, contra Londres y contra los unionistas del Ulster, pero medían con precaución el peligro de precipitar una respuesta represiva.

Mística insurgente

Para los hombres que ocuparon aquel lunes 24 de abril de 1916 la sede de Correos de Dublín, la insurrección era la única vía posible para proseguir la lucha. En su vibrante proclamación, Pearse defendió con ardor la necesidad de que cada generación librase en Irlanda una rebelión. Para Pearse, maestro y poeta vinculado a la Liga Gaélica, la sangre tenía un sentido casi religioso y veía en la insurrección un fin en sí, independientemente del previsible fracaso.

Connolly, marxista y revolucionario antes que nacionalista, consideraba en cambio la insurrección nacionalista como un paso indispensable para crear una república socialista en una Irlanda libre, y estaba animado, como casi todos los dirigentes sindicalistas de la época, por el culto a la violencia como motor de cambio radical de la sociedad.

Tales convicciones llevaron a los rebeldes de 1916 a preparar en un secreto riguroso la rebelión de abril, hasta el punto de engañar y sorprender a los propios dirigentes de la Hermandad Republicana y de los Voluntarios Irlandeses. El pretexto de la insurrección se basaba en las maniobras que periódicamente realizaban los Voluntarios bajo la extrañamente tolerante mirada de las autoridades británicas. Sólo dos días antes del lunes de Pascua, el prudente MacNeill, jefe del Estado Mayor de los Voluntarios, descubrió la operación en marcha y ordenó suspender las maniobras previstas para el domingo de Gloria. Pearse, jefe de operaciones, logró sin embargo burlar las órdenes contrarias de MacNeill y citó para el día siguiente a sus seguidores, muchos



Ulster Museum/Arch. Snark


Col. Kharbine/Arch. Snark

En la página anterior un submarino alemán suministra armas al Sinn Féin. El estallido de la Primera Guerra Mundial dividió las filas nacionalistas

A la izquierda, cartel invitando a leer un libro dedicado a la historia de la lucha de la Irlanda católica; arriba, sinn feiners en huelga de hambre; a la derecha, Michael Collins, dirigente del Sinn Féin y jefe de su rama militar

Col. Viollet

de ellos ignorantes de que los ejercicios se transformarían en una insurrección desesperada.

En la noche del lunes 24, los rebeldes controlaban aún el centro de Dublín, pero no se había producido ninguna de las acciones programadas en los condados del interior del país. Al día siguiente, las autoridades británicas reaccionaron, y cerca de 15.000 soldados se dirigieron a Dublín desde las provincias, mientras que una cañonera remontaba el río Liffey hacia la capital. Por la tarde entraron en Dublín columnas de soldados con piezas de artillería que limpiaron rápidamente las posiciones donde los rebeldes se habían hecho fuertes en los barrios.

El viernes, tras duras jornadas de resistencia y aislamiento, los insurgentes se vieron obligados a abandonar a las llamas el edificio de Correos; el día siguiente, sábado 29 de abril, se rendían, a las 3.45 de la tarde. Durante una semana, este primer Ejército Republicano Irlandés (IRA), tal como lo proclamó Connolly al inicio de la rebelión, había resistido a 16.000 soldados provistos de artillería y ametralladoras, con sólo fusiles, pistolas y granadas.

De bandidos a héroes

La heroica y desesperada gesta terminó con un saldo de 3.000 muertos y heridos. El mismo sábado 29, las autoridades británicas impusieron la ley marcial y detuvieron a más de 2.000 nacionalistas. Sin embargo, la peor derrota de los rebeldes fue la hostilidad de la población, de sus propios camaradas contrarios a la insurrección y, más aún, de los dirigentes del Partido Parlamentario, que no vacilaron en denunciar y condenar la conspiración desde sus escaños en el Parlamento de Westminster.

En los días siguientes, la reacción británica se tradujo en 90 condenas a muerte, ejecutadas todas entre el 3 y el 12 de mayo. Entre los ejecutados figuraban Pearse, Connolly —que fue fusilado en una silla debido a sus heridas—, los demás firmantes de la audaz proclamación de la República y quince oficiales de las unidades insurrectas. Sólo uno de los jóvenes comandantes de unidad logró evitar la muerte: Eamon de Valera, futuro líder del partido Sinn Féin («Nosotros solos») y hombre clave en la historia moderna de Irlanda.

Paradójicamente, la dureza de la represión produjo el efecto que la insurrección no pudo obtener. Las ejecuciones sumarias y las detenciones alentaron en el público un movimiento de simpatía hacia los rebeldes antes odiados. En los meses siguientes, los que fueron considerados como «bandidos» y «criminales» se convirtieron en «héroes» y «mártires». En Londres, el irónico escritor George Bernard Shaw, nativo de Dublín, decía a los ingleses: «estáis canonizando a vuestros prisioneros».

Aumenta la fuerza del Sinn Féin

Meses después de la tragedia de Pascua, el cambio de la opinión irlandesa se reflejó en elecciones locales, en las que resultaron elegidos destacados miembros del partido Sinn Féin, fuerza participante en la fallida insurrección. Uno de ellos era el conde Plunkett, padre del fusilado poeta Joseph Plunkett; otro escaño parlamentario lo ganó Eamon de Valera, amnistiado poco antes por el Gobierno debido a las presiones de la colonia irlandesa en Estados Unidos.

Eamon de Valera, creador de la Irlanda independiente

Eamon de Valera, el líder más destacado de la República de Irlanda, fue uno de los escasos comandantes rebeldes que escaparon de la ejecución tras la desesperada insurrección de 1916. Nacido en Nueva York en 1882, de origen español por línea paterna y de madre irlandesa, obtuvo gracias a sus contactos con la colonia residente en Estados Unidos el privilegio de salvar su vida y una amnistía que le permitió asumir en 1917 la presidencia del partido Sinn Féin y encabezar la lucha definitiva contra la Corona británica en los años 1919, 1920 y 1921. Aunque surgido en el ambiente apasionado de los Voluntarios Irlandeses y nacionalista indomable, De Valera aprendió rápido el arte de la flexibilidad política, dentro de sus principios republicanos irreductibles. Su primer liderazgo en el Sinn Féin estuvo vinculado a los reorganizados Voluntarios Irlandeses, su brazo armado, y a las omnipresentes ramas de la Hermandad Republicana. En 1918 volvió a la prisión tras el supuesto complot proalemán de mayo y fue en la cárcel donde protagonizó el primer gran triunfo electoral del Sinn Féin, el 28 de diciembre del mismo año. En febrero de 1919 logró fugarse del penal de Lincoln (Inglaterra) y fue recibido triunfalmente en Estados Unidos, donde recabó una importante ayuda económica para la República proclamada por los diputados del Sinn Féin el 21 de enero, al crearse la primera asamblea irlandesa o Dail Eireann.

El tratado que Londres obligó a firmar el 6 de diciembre de 1921 —consagrando la división de Irlanda y el mantenimiento de los vínculos del Estado Libre del Eire con la Corona— puso a prueba el temple republicano del ex-guerrillero de 1916. De Valera, que fue uno de los negociadores con el primer ministro británico Lloyd George, rechazó finalmente el acuerdo firmado entre el líder británico y la misión plenipotenciaria que representó al aún provisional gobierno irlandés. De Valera renunció entonces al liderazgo en el Gobierno y a la jefatura del Sinn Féin, al mismo tiempo que las diferencias entre los republicanos inspiraban una nueva guerra, esta vez civil, entre partidarios y detractores del tratado. El Sinn Féin pasó entonces bajo control del sector más moderado, que no vaciló en aplicar con dureza medidas de represión contra los rebeldes del joven Ejército Republicano Irlandés (IRA). Aunque De Valera mantuvo su rechazo al tratado, llegó a un acuerdo para sostener al gobierno recién formado y preparó para el futuro su regreso político.

De Valera volvió al Gobierno en 1932 como primer ministro y jefe de un nuevo partido republicano, el Fianna Fáil. Permaneció en el poder hasta 1948 y aprovechó el escenario internacional para proclamar, en 1937, una Constitución republicana y declarar después la neutralidad de Irlanda en la Segunda Guerra Mundial. En 1951 dirigió de nuevo el gobierno de la ya reconocida Irlanda independiente y se mantuvo en él hasta 1959, fecha en que fue elegido presidente de la República. Reelegido en 1966, ya anciano, conservó viva la imagen de la fidelidad intransigente al ideario republicano. Murió en Dublín el año 1975.

Durante 1917, el Sinn Féin multiplicó sus militantes a ritmo acelerado, hasta redondear la cifra de unos 250.000 seguidores. Mientras, fracasaba en Londres una convención convocada por el gobierno británico para encontrar una solución aceptable para el Ulster y aplicar la Home Rule o ley de autonomía. Eamon de Valera aumentó su prestigio como figura central dentro del Sinn Féin, cuyo perfil político se definía progresivamente en favor de las posiciones republicanas. Creado en 1906 por Arthur Griffith, el Sinn Féin había nacido con la utópica intención de impulsar un modelo de entendimiento con Gran Bretaña, similar a la doble monarquía austrohúngara, pero derivó rápidamente hacia la acción directa en sus métodos, hasta el punto de actuar parcialmente en la insurrección de Pascua, y hacia el credo nacionalista en sus principios.

Eamon de Valera sintetizó esta evolución al ser elegido, además de líder del partido, dirigente máximo del reorganizado ejército de Voluntarios. Tras el congreso o Ard féis del Sinn Féin de octubre de 1917, el partido quedó íntimamente vinculado a los Voluntarios y a la médula espinal del nacionalismo, la Hermandad Republicana Irlandesa, responsable semiclandestina de la dirección política del movimiento para-



Bibliothèque Nationale Paris/Snark Internacionale

Arriba, Eamon de Valera, líder del Sinn Féin, principal protagonista de la lucha por la independencia de Irlanda y primer presidente de la República del Eire. En la página siguiente, a la izquierda y abajo, dos imágenes de la guerra civil; a la derecha, Collins y Griffith, llegando al n.º 10 de Downing Street.

militar. Como jefe del Estado Mayor de las columnas armadas fue designado Michael Collins, un hábil estratega de 28 años, combatiente también en la insurrección de 1916 y destacado dirigente durante su reclusión posterior. Pese a su fracaso, la insurrección demostró ser un verdadero semillero de líderes.

Entre tanto, en Londres, el nuevo primer ministro liberal, David Lloyd George, elegido en diciembre de 1916, proseguía en sus infructuosos esfuerzos para que unionistas, nacionalistas y el más moderado Partido Parlamentario encontraran un marco común donde aplicar la Home Rule, rechazada tanto por el Sinn Féin como por los protestantes del Ulster. Los aparentes intentos de conciliación se vieron aún más frustrados en 1918, cuando el gobierno de Londres pretendió, el 16 de abril, extender a Irlanda la ley de conscripción militar, no aplicada hasta entonces en la isla pese a las exigencias de la guerra europea.

La ley de conscripción sirvió de test para apreciar el crecimiento y la influencia que habían alcanzado el Sinn Féin y el ideario nacionalista. Tanto sindicatos como partidos políticos, incluido el parlamentario, y también la siempre prudente jerarquía católica, protestaron enérgicamente contra la conscripción obligatoria y apoyaron la convocatoria de una huelga general de condena para el 23 de abril de 1918.

El «virrey de hierro»

La respuesta de Lloyd George se personificó en el nombramiento de lord John Denton French, un militar de



Col. R. Dazy/Arch. Snark

puño duro, como representante de la Corona en Irlanda. Lord French, bautizado como el «virrey de hierro», decretó el 17 de mayo 1918 la ley marcial bajo el pretexto de un supuesto complot alemán. Griffith, De Valera, Plunkett y otros setenta dirigentes del Sinn Féin fueron conducidos a prisión y algunos, deportados. Un bando prohibió las reuniones públicas y quedaron fuera de la ley el Sinn Féin y la organización de Voluntarios.

Ejército Republicano Irlandés

A mediados de 1918, las ramas armadas del movimiento nacionalista habían logrado coordinarse hasta tal punto que los Voluntarios se calificaban a sí mismos, en su órgano *An Toglach*, como el Ejército Republicano Irlandés, frase que dio origen a las siglas del IRA. En la insurrección de 1916, Connolly, segundo jefe de la rebelión, había hablado después del poeta Pearse para precisar que ya no existirían «ni el Ejército Ciudadano ni los Voluntarios: sólo el Ejército Republicano Irlandés».

Michael Collins, hombre fuerte de la Hermandad Republicana y de los Voluntarios controlados por ella desde 1918, dio una forma todavía más definida al flamante IRA y propulsó, con la ayuda del guerrillero Tom Barry, una organización ágil de «columnas volantes», que constituyó un verdadero ejército de guerrillas.

La consolidación del IRA se consagró después de las elecciones generales de diciembre de 1918. El 11 de noviembre finalizó, con el armisticio, la



A.G.E.



Col. R. Dazy/Arch. Snark

Primera Guerra Mundial y Londres promulgó poco después una ley electoral que daba derecho a voto a todos los hombres mayores de 21 años y, en algunos casos, a las mujeres de más de 30. En Irlanda, este acta significó un aumento del electorado de 701.475 a 1.936.673 votantes. El 28 de diciembre, las elecciones generales dieron como resultado un aplastante triunfo del Sinn Féin. Logró 73 de los 105 escaños correspondientes a Irlanda en el Parlamento de Westminster, frente a 26 unionistas del Ulster y sólo 6 diputados del tradicional Partido Parlamentario Irlandés o partido de la Home Rule.

La primera Dáil Éireann

La represión contra el Sinn Féin no impidió que el partido, ahora hegemónico, mantuviera su boicot al Parlamento de Westminster y procurase crear una asamblea irlandesa propia. El 21 de enero, los diputados electos del Sinn Féin se constituyeron por su cuenta en Dublín y crearon la primera asamblea irlandesa o Dáil, naturalmente sin reconocimiento por parte de Londres. En ese momento, 36 de los 73 diputados elegidos estaban en prisión, entre ellos De Valera. Pero la Dáil Éireann (Asamblea Irlandesa) proclamó, el mismo día de su constitución, la independencia de Irlanda. Su texto bá-

La represión de los Black and Tans

El escritor Joseph Kessel fue un testigo de excepción de los hechos de 1920 y 1921, y describió con detalle la brutal represión practicada por los Black and Tans y las fuerzas auxiliares de la policía británica. En el diario Liberté *narró el 20 de septiembre de 1920 el saqueo del pueblo de Balbriggan, provocado por una riña entre dos policías borrachos y un grupo de jóvenes que bebían en un* pub *de aquella localidad.*

«Alrededor de una hora después del incidente, tres pesados camiones se detenían bruscamente en medio de la calle principal. Llegaban del cuartel de Gormanston, situado a cinco kilómetros de Balbriggan. Transportaban una compañía entera de soldados en traje de campaña. Eran Black and Tans.

»Entonces comenzó una orgía sangrienta.

»Hombres que pasaban por sinn feiners fueron arrancados del lecho y fusilados contra el muro de sus viviendas ante los ojos de sus familias. Uno de ellos dejaba ocho hijos.

»En seguida, los soldados incendiaron toda la calle. Otros, que los precedían, tiraban, por juego, contra las ventanas, hiriendo al azar y a ciegas a los habitantes.

»La población, loca de pánico, huía a través de los campos. Centenares de desafortunados y desafortunadas que llevaban niños de corta edad se escondían entre la hierba húmeda.

»Hacia las dos de la mañana, fatigados de su venganza, los soldados subieron a los camiones. Pero, apenas habían dejado Balbriggan, otro convoy de Black and Tans desembarcó allí. Éstos venían de Dublín y acabaron de saquear lo que los primeros habían dejado intacto. Los fusiles crepitaron insensatamente hasta las primeras luces del alba...

»Y entonces vi... a las puertas de sus casas, gentes que contemplaban, inmóbiles, mudas, estúpidas, lo que había sido su vida y que estaba irremediablemente destruido (...)

»Todo ello, por una riña de hombres borrachos.»


Col. R. Dazy/Arch. Snark


Col. R. Dazy/Arch. Snark

Arriba, dos aspectos de la «guerra no oficial». Los actos violentos se hicieron cotidianos en Irlanda durante los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

En la página siguiente, arriba, mapa que indica el porcentaje de católicos en los condados de Irlanda; abajo, oración parlamentaria en la Dáil Éireann.

sico fue aquella vibrante declaración republicana hecha por Pearse desde el pórtico del edificio de Correos, el mediodía del 24 de abril de 1916.

La primera Dáil independiente designó, así mismo, un gobierno provisional y envió una delegación a la Conferencia de Paz que celebraban las grandes potencias para pedir el reconocimiento internacional de la nueva república. Pero las potencias no dieron su apoyo a un país donde todavía existía el poder imperial británico. Aunque De Valera —que se fugó de la cárcel de Lincoln (Inglaterra) en febrero— recogió en Estados Unidos importante apoyo material (casi 6 millones de dólares), Washington no se comprometió en favor de la inestable república donde convivían dos poderes. A su vez, Londres demoró su respuesta al desafío de la Dáil hasta que en septiembre

Porcentajes de población católica

20-40 %

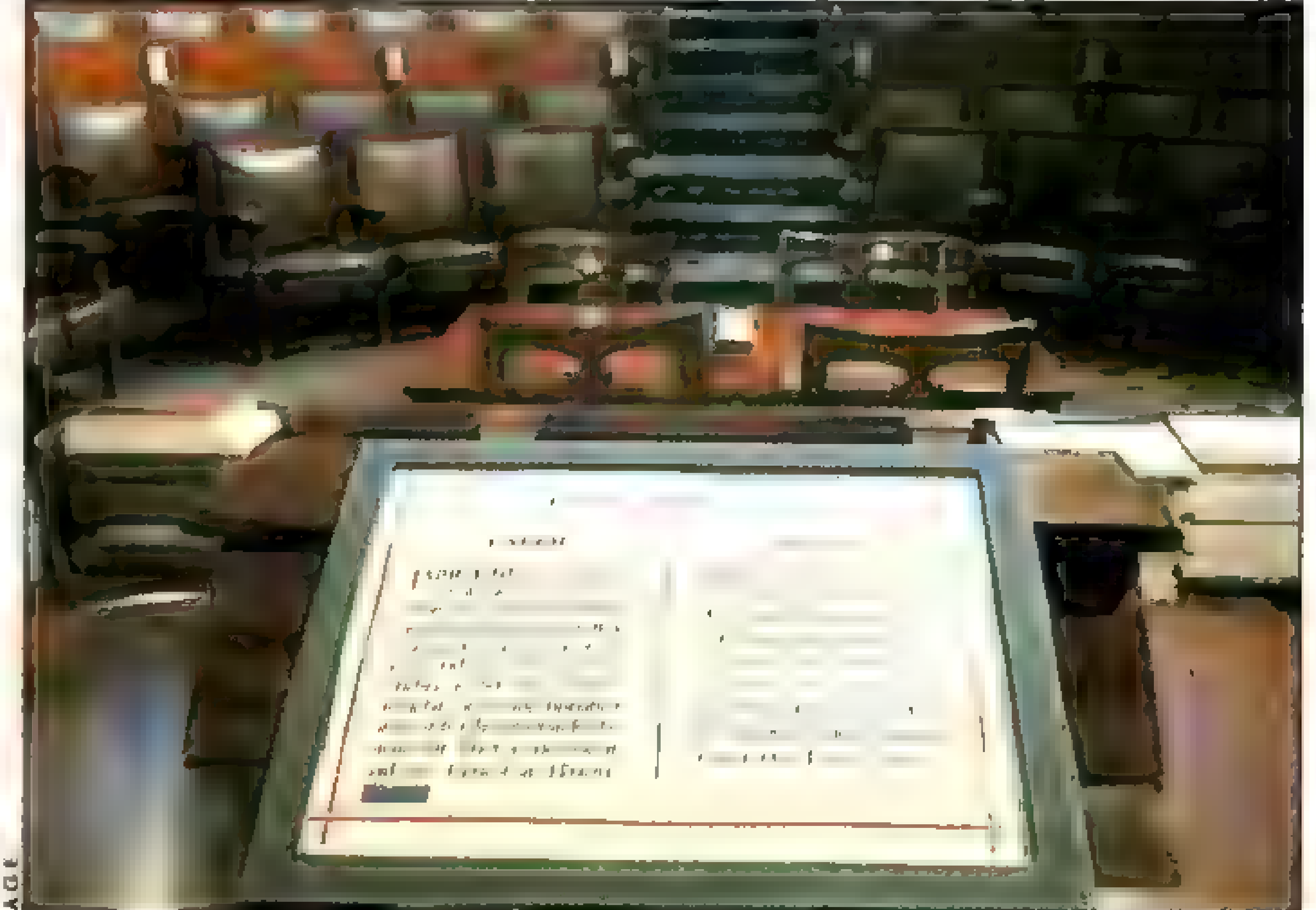
40-60 %

60-80 %

80-100 %

DONEGAL
Londonderry
LONDON-DERRY
ANTRIM
IRLANDA
DEL NORTE
Belfast
TYRONE
FERMANAGH
ARMAGH
DOWN
MONAGHAN
SLIGO
LEITRIM
CAVAN
LOUTH
MAYO
ROSCOMMON
LONG-FORD
MEATH
WEST MEATH
DUBLIN
Dublin
ESTADO
GALWAY
OFFALY
KILDARE
LIBRE
LEIX
WICKLOW
CLARE
DE IRLANDA
CARLOW
TIPPERARY
Limerick
LIMERICK
KILKENNY
WEXFORD
Waterford
WATERFORD
KERRY
CORK
Cork

Archivo Orbis



AGE

resolvió ilegalizar la asamblea después de proscribir también al Sinn Féin.

Entre tanto, en el interior de Irlanda, el ya casi oficial IRA llevaba a cabo constantes escaramuzas, ataques y golpes frontales contra la Policía (la Royal Irish Constabulary) y los agentes de los servicios británicos de información. Michael Collins articuló y perfeccionó entonces su propio servicio —el Squad— y logró dar algunos golpes serios a sus rivales británicos. El más espectacular fue un atentado fallido al virrey lord French, el 20 de diciembre de 1919.

La «guerra no oficial»

A lo largo de 1920 se desarrolló en forma abierta la «guerra no oficial» entre Irlanda y Gran Bretaña. El 20 de marzo, agentes de la Policía asesinaron al alcalde de Cork, Thomas MacCurtain, al mismo tiempo que el Sinn Féin acumulaba nuevos puestos de poder en elecciones municipales y de consejos rurales y de condado. Las columnas del IRA replicaron de inmediato —la noche del 3 al 4 de abril— con una espectacular y múltiple operación que culminó con el incendio de 100 oficinas de recaudación de impuestos del gobierno británico y la ocupación de 182 cuartelillos evacuados recientemente por la Royal Irish Constabulary.

El liberal Lloyd George nombró entonces a un «pacificador», sir Nevil Macready, con la misión expresa de «arrancar hasta el último revólver del último criminal». Un cuerpo de veteranos compuesto de 12.000 ex-soldados —conocidos como los Black and Tans— se encargaron, junto a una División de Auxiliares de la RIC —los *auxies*—, también ex-militares, de «pacificar» las aldeas y ciudades mediante el simple expediente de quemarlas. Una campaña de saqueos, torturas y duras represalias alimentaron la «guerra sucia», reconocida finalmente por Londres en enero de 1921, un mes después de que los *auxies* quemasen el centro de la ciudad de Cork.

Dos años de «guerra no oficial» dejaron un balance de más de 500 muertos, 2.000 heridos y miles de familias sin hogar. Esto sólo en el Ulster, donde policías y voluntarios protestantes realizaban acciones como el asalto a los barrios católicos de Londonderry, en julio de 1920, que duró cuatro días y cuatro noches y dejó un balance de 19 muertos y más de 50 heridos, además de varias casas incendiadas. En la guerra «oficial» murieron 600 soldados y agentes británicos y 725 del IRA.

A fines de 1920, las «columnas volantes» del IRA y los agentes de Collins lograron atizar duros golpes a los



Col. V. Waddington, Londres/Arch. Snark



Radio Times Hulton/Arch. Snark

Arriba, Dublín visto por el pintor Jack O. Yeat hacia 1920. La rebelión contra la dominación británica llegaría pronto a su fin: el pueblo irlandés pagó su libertad al precio de grandes sacrificios.

A la izquierda, apertura del Parlamento de Irlanda del Norte por el rey Jorge V en el Ayuntamiento de Belfast (22 de junio de 1921); a la derecha, desfile de protestantes del Ulster manifestando su deseo de seguir siendo súbditos británicos



Ulster Museum/Arch. Snark

servicios británicos y a la Policía, al emboscar y dar muerte en sólo una semana, a 32 agentes secretos y *auxies*. Las represalias británicas —ejecuciones, asesinatos, condena a la horca de un estudiante de 18 años— irritaban entre tanto a la opinión pública en Londres, donde incluso jefes militares protestaban por la bárbara política aplicada en Irlanda. Pensadores y escritores como Bernard Shaw, Chesterton o Bertrand Russell constituyeron un Consejo para la Paz con Irlanda. El gobierno de Lloyd George buscó la vieja solución de la partición del país.

El Acta de Gobierno de Irlanda

El 23 de diciembre de 1920, Londres promulgó el Acta de Gobierno de Irlanda, que consagraba la división entre el sur y el Ulster y mantenía el poder ejecutivo en la Corona. El Sinn Féin rechazó de plano el Acta, aunque celebró elecciones para un Parlamento de Irlanda del Sur, donde logró 124 escaños, consagrando su total hegemonía.

La guerra siguió hasta el 10 de julio de 1921 con igual furia y con algunos choques de envergadura entre las tropas británicas y las columnas del IRA dirigidas por Tom Barry. Aquel día, el ejército imperial y el IRA acordaron su primera tregua. Finalmente, el 11 de octubre se abrieron negociaciones directas en el número 10 de Downing Street, entre el gobierno británico y una misión plenipotenciaria de Irlanda. Hasta el último momento, Londres presionó y amenazó con enviar más tropas, hasta obligar, en un ultimátum de cinco minutos, a firmar los *Artículos de Acuerdo para un Tratado entre Gran Bretaña e Irlanda*.

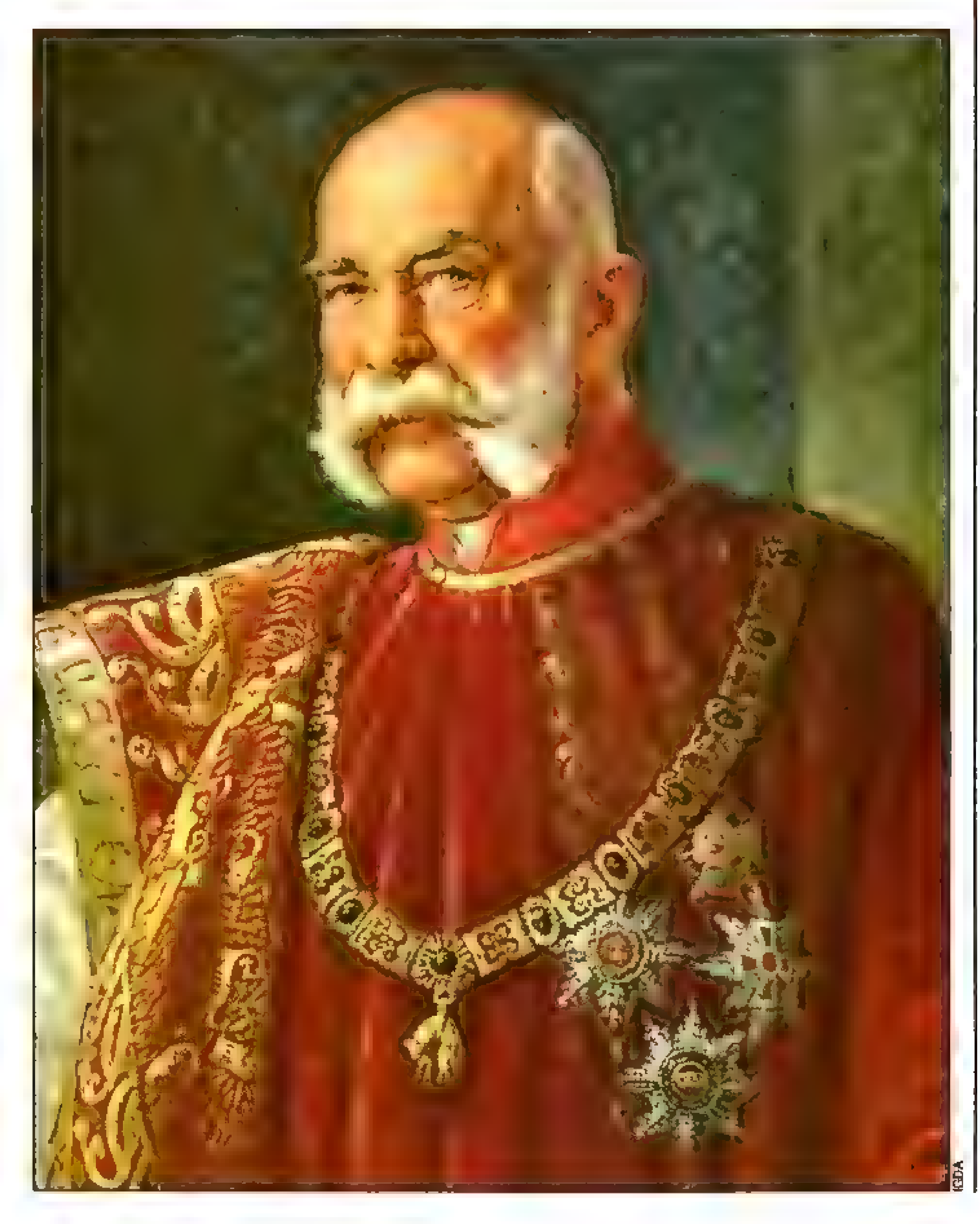
El acuerdo fue firmado el 6 de diciembre de 1921 y ratificó la división de las dos Irlandas: el Ulster, de mayoría protestante y el Estado Libre (Free State), unido a la Corona como un Dominion, similar a Canadá, Australia o Sudáfrica. En Dublín, el presidente De Valera rechazó el acuerdo. Finalmente, en 1922, la Dáil lo aceptó por 64 votos contra 57. Parte del IRA condenó el tratado de forma más tajante y comenzó así una guerra civil que duró hasta 1923. Poco antes, el 7 de diciembre de 1922, el Parlamento del Ulster, dominado por los unionistas, decidió adscribirse a la Corona británica y desprenderse definitivamente de la jurisdicción del Estado Libre de Irlanda. De Valera, partidario de la independencia total, cedió su liderazgo al más pragmático y moderado Arthur Griffith, primero, y al primer presidente oficial del Free State, William Thomas Cosgrave, después. Sólo en 1932 logró retomar el poder y hacer aprobar, en 1937, la Constitución de la República de Irlanda, finalmente independiente de Gran Bretaña, pero dividida y con heridas abiertas hasta hoy.

La muerte de Francisco José

El fin del Imperio austro-húngaro

Carlos Alfieri,
periodista

El 21 de noviembre de 1916, a los 86 años de edad y tras 68 años de reinado, moría en Viena Francisco José I de Habsburgo, emperador de Austria-Hungría, un hombre absolutamente convencido de que detrás de todo cambio pugnaban las fuerzas del mal. No era simplemente el término de una vida; el acontecimiento simbolizaba el inexorable ocaso de un Imperio desgarrado por sus propias contradicciones, entre las cuales su carácter de Estado multinacional era la más explosiva.



Ascendido al trono jovencísimo, en 1848, en plena revolución, Francisco José I estuvo a la cabeza de la monarquía austríaca durante casi setenta años. A su nombre están asociados los más relevantes hechos de armas de la época (guerra por la independencia de Italia, conflicto con Prusia, Primera Guerra Mundial) y una sorprendente sucesión de tragedias familiares (homicidio-suicidio de su único hijo varón y la amante de éste en Mayerling, fusilamiento de su hermano Maximiliano en México, asesinato de su esposa Isabel, magnicidio de Sarajevo). El Imperio austro-húngaro le sobrevivió dos años y, cuando se desmembró, arrastró en su caída todo el brillante mundo cultural centroeuropeo que había gravitado en torno a Viena. En la ilustración, el emperador octogenario

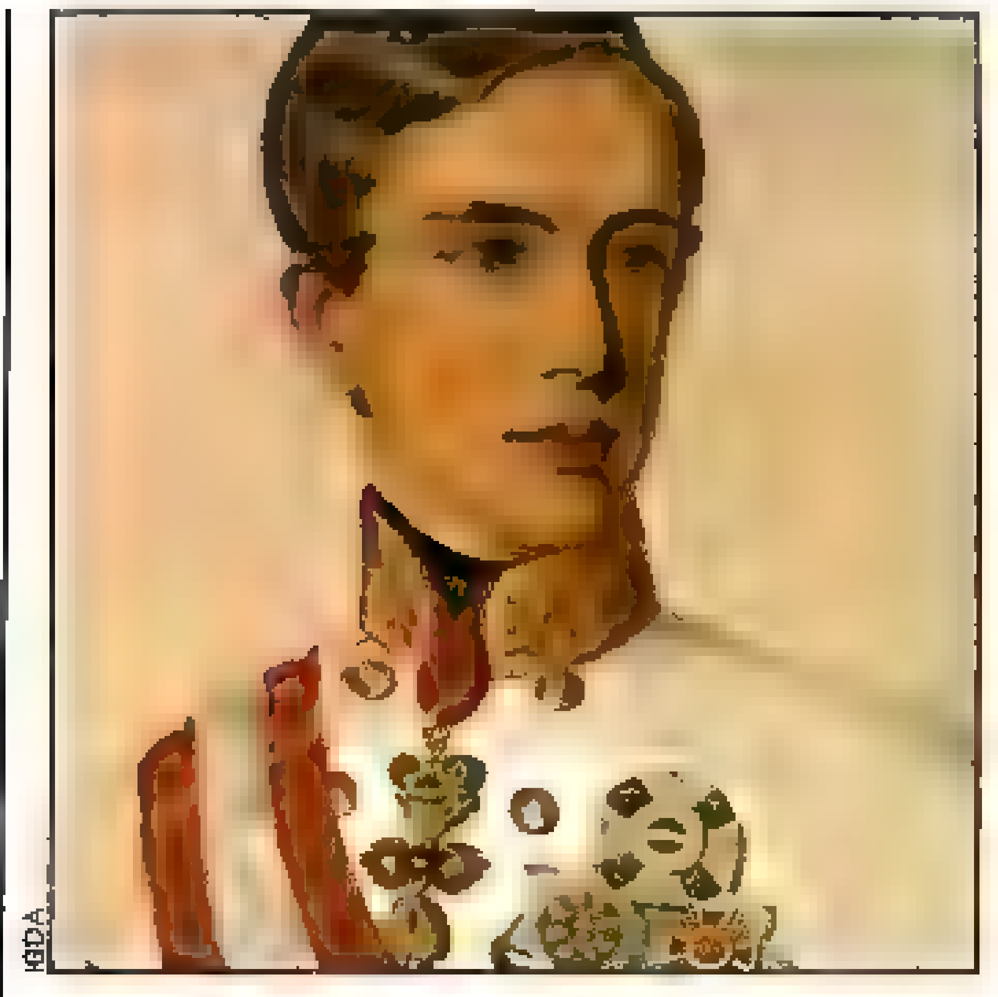
Años decisivos

1830: *nace Francisco José.*
1848: *Francisco José, emperador de Austria.*
1854: *se casa con su prima Isabel de Wittelsbach, de la nobleza bávara.*
1855: *firma del Concordato con la Santa Sede.*
1858: *asesinato de la emperatriz Isabel.*
1859: *en la batalla de Solferino, derrota de los ejércitos austríacos por parte de tropas francoitalianas.*
1866: *Austria es derrotada por Prusia en la batalla de Sadowa, y pierde definitivamente sus posibilidades de hegemonizar una Alemania unificada.*
1867: Ausgleich *(compromiso) por el cual la Corona reconoce la independencia de Hungría y Francisco José se convierte en rey de este país y emperador del flamante Imperio austro-húngaro.*
1867: *el hermano de Francisco José, Maximiliano, que había sido nombrado emperador de México tras la invasión francesa a ese país, es fusilado por los patriotas mexicanos.*
1873: *hundimiento de la Bolsa de Viena.*
1878: *Austria-Hungría, por mandato del Congreso de Berlín, pasa a ocupar y «administrar» el territorio de Bosnia-Herzegovina.*
1889: *el hijo de Francisco José, Rodolfo, se suicida con su amante en Mayerling.*
1908: *Bosnia-Herzegovina es anexionada.*
1914: *el sucesor designado de Francisco José, archiduque Francisco Fernando, cae asesinado junto a su esposa en Sarajevo. La monarquía danubiana declara la guerra a Servia, lo que constituye el comienzo de la Primera Guerra Mundial.*
1916: *el presidente del Consejo, conde Karl von Stürgkh, es asesinado por el socialista Friedrich Adler. Muere Francisco José.*

En esta página, arriba, Francisco José y su esposa Isabel en 1854, abajo, el joven emperador a la edad de dieciocho años, cuando ocupó el trono de los Habsburgo en difíciles circunstancias (revolución en Centroeuropa, lucha de checos, croatas y magiares por la independencia).

En la página siguiente, arriba, entrevista de Francisco José y Napoleón III en Villafranca, donde se firmó el armisticio que puso fin a la campaña de Italia (1859), abajo, la familia imperial (detrás del emperador, el archiduque Francisco Fernando, que moriría en Sarajevo).


F. Arborio Mella


IGDA

Retrato de un inmovilista

En 1916, el emperador de Austria-Hungría, Francisco José I, se aprestaba a conmemorar un acontecimiento infrecuente en la historia de las monarquías europeas: sus 68 años de reinado. Había ascendido al trono el 2 de diciembre de 1848, con apenas 18 años de edad, tras la dimisión de su tío, Fernando I (llamado «el Bonachón», pero considerado en realidad inepto para gobernar por la aristocracia), y el aplastamiento de los movimientos revolucionarios liberaldemocráticos que habían sacudido ese año a Austria y a buena parte de Europa.

Representante arquetípico de la dinastía de los Habsburgo, cuyos orígenes se remontaban a casi mil años atrás, este «emperador que no muere nunca» simbolizaba para muchos el máximo factor de cohesión que mantenía unidas a las distintas nacionalidades del Imperio, el árbitro supremo capaz de conjurar todos los conflictos. Para otros muchos, en cambio, era el mero mascarón de proa de un régimen reaccionario, esclerosado, de un Imperio en avanzado estado de descomposición. Inmovilista, ultraconservador, Francisco José sentía un santo horror por todo lo que oliese a reformas liberales, o simplemente a reformas; era de los que creen que todo remedio es siempre peor que la enfermedad. Protector de la Iglesia, custodio del catolicismo, estaba convencido de que trono y altar debían permanecer uno junto al otro: en el Cielo reinaba Dios; en la Tierra, él. De la Tierra al Cielo la realidad se escalonaba en un rígido sistema de jerarquías inmutables. Cualquier intento de modificar esas jerarquías, cualquier transgresión a ese orden, sólo podía provenir de las fuerzas del mal, deseosas de devolver al mundo al caos y las tinieblas. De hecho, aunque a lo largo de su dilatado mandato la evolución de la sociedad tornó imprescindible la aceptación de algunas reformas, mantuvo estas creencias en lo más íntimo de su ser. A tal punto es esto cierto, que hasta en detalles de la vida cotidiana el viejo monarca quiso mantenerse impermea-



C. Bevilacqua



F. Arborio Mella

La tragedia de Mayerling

La mañana del 30 de enero de 1889 un sirviente llamó en vano a la habitación del pabellón de caza del castillo de Mayerling, donde el archiduque Rodolfo, único hijo varón de Francisco José y heredero al trono de Austria, se había retirado la noche anterior con su amante, la baronesa María Vétsera. La puerta fue derribada. En el interior yacían los cuerpos sin vida del archiduque y de su acompañante. La investigación oficial estableció que Rodolfo había dado muerte a su amante y luego se había suicidado.

El archiduque Rodolfo era considerado en la Corte de los Habsburgo como la «oveja negra» de la familia por su carácter difícil, su marcada simpatía hacia el movimiento liberal y su adicción a la droga. En 1881 había contraído matrimonio con Estefanía de Sajonia, hija de Leopoldo II de Bélgica. Del matrimonio nació una hija, Isabel. Conoció a María Vétsera en la primavera de 1888; ella tenía 17 años y él 30. La relación entre ambos fue mantenida en secreto durante algunos meses, pero, al inicio de 1889, la situación se precipitó. El 18 de enero, María hizo testamento y el 28 se dirigió a Mayerling a encontrarse con Rodolfo. En la noche del 29 al 30 se produjo la tragedia.

Se dijo que Rodolfo estaba comprometido en una tentativa de golpe de estado en Hungría; y también que la pareja de amantes fue asesinada por sicarios contratados por algunos círculos gubernamentales que veían en Rodolfo un peligro para la seguridad del Estado.

ble a los cambios: rehuyó el automóvil, el teléfono, los ascensores, la luz eléctrica, y su palacio estaba alumbrado con lámparas de queroseno. (Se cuenta, incluso, que su hija política, Estefanía, se sentía tan irritada por la falta de cuartos de baño adecuados en el palacio, que financió personalmente la instalación de dos de ellos.) El ideal de este Habsburgo de pura cepa era preservar el mundo que había heredado del veneno nocivo del cambio.

«Germanización» y «magiarización» del Imperio

El carácter multinacional del Imperio austro-húngaro había sido siempre su talón de Aquiles, aunque, como bien señalaba Rosa Luxemburg en 1905, el problema no derivaba del mosaico de nacionalidades en sí, sino «de un sistema gubernamental y constitucional demencial, que pone el poder en manos de clases y partidos cuyo fin supremo es exasperar a las nacionalidades y lanzarlas unas contra otras». Alemanes, húngaros, checos, eslovacos, croatas, servios, polacos, rutenos, rumanos, eslovenos e italianos coexistían —es una manera de decir— dentro de sus fronteras, con idiomas, tradiciones, religiones y, sobre todo, situaciones sociales y económicas disímiles; los conflictos entre opresores y oprimidos se superponían con los conflictos nacionales. Cuando Francisco José asumió el trono, se implantó un régimen de absolutismo y de «germanización» a ultranza, impulsado por el canciller, príncipe Schwarzenberg. Esta política motivó un renacimiento de los sentimientos nacionales de las distintas comunidades sometidas, incluida Hungría, que en esa época carecía de derechos especiales. Por otra parte, el joven emperador cumplió su sueño de situar el trono junto al altar: el 18 de agosto de 1855 firmó un concordato con la Santa Sede que confería a la Iglesia católica notables privilegios en materia de enseñanza y de administración del matrimonio. Un adversario del Régimen escribía entonces que éste se asentaba sobre cuatro pilares: «los soldados de pie, los burócratas sentados, los curas arrodillados y los confidentes que se arrastran».

Una Edad de Oro cultural

En las últimas décadas del reinado de Francisco José se produjo en el Imperio, fundamentalmente en Viena, pero también, en menor medida, en Praga, una extraordinaria eclosión de talentos en el campo de la literatura, las artes y las ciencias. Quizá no fue ajeno a este fenómeno el fértil intercambio —aunque conflictivo— entre tradiciones culturales y religiosas diferentes, que confirieron a Viena una atmósfera de ciudad cosmopolita en cierto modo equiparable a la que distinguía a París.

Una mera enumeración de algunas celebridades, muchas de ellas de origen judío, puede dar una idea de este notable florecimiento intelectual: Franz Kafka, Robert Musil, Hermann Broch, Rainer Maria Rilke, Hugo von Hofmannsthal, Georg Trakl, Karl Kraus, Joseph Roth, Arthur Schnitzler y Franz Werfel, en la literatura; Sigmund Freud, creador del psicoanálisis; Gustav Mahler, Arnold Schönberg, Johannes Brahms y Anton Bruckner, en la música; Adolf Loos, Otto Wagner y Joseph Olbrich, en la arquitectura; Gustav Klimt, Egon Schiele, Albin Egger-Lienz y Oskar Kokoschka, en la pintura; Ludwig Wittgenstein y Ernst Mach, en la filosofía, tampoco puede omitirse la mención de la brillante Escuela Vienesa de Medicina, mundialmente célebre, con médicos de la talla de Julius Wagner von Jauregg, Eiselsberg, Josef Škoda, Karl von Rokitansky, Ernst von Brücke, Christian Billroth, Clemens von Pirquet o Guido Holzknecht.

Es esta una lista incompleta, que no pretende englobar a todos los talentos de la época. El decadente Imperio austro-húngaro supo brindar, en el plano intelectual, un canto de cisne prodigioso.



A.G.E.

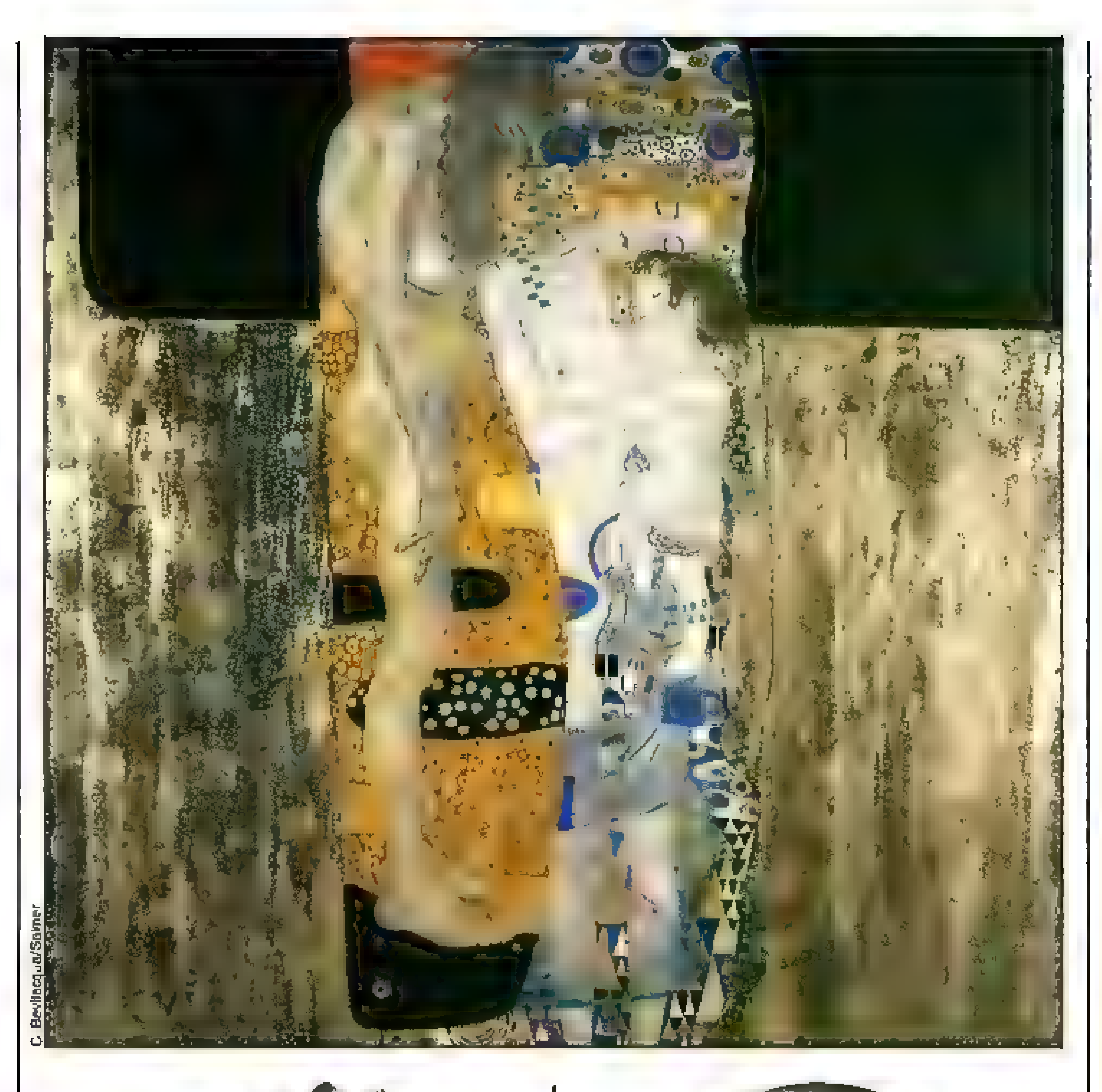


Archivo R.B.A.



Cámera Press/Zardoya

El sueño de que Austria disputase a la imparable Prusia de Bismarck la hegemonía en la unificación de los Estados alemanes se estrelló definitivamente contra la realidad el 3 de julio de 1866, en la batalla de Sadowa, cuando los ejércitos de Francisco José cayeron derrotados frente a los prusianos. Esta derrota marcó un hito en la historia de Austria, que a partir de ese momento quedó de alguna manera subordinada a la política prusiana, y que poco tiempo después, el 18 de febrero de 1867, impulsada por su serio revés militar y por las dificultades económicas, se vio obligada a concertar el *Ausgleich* (compromiso), por el cual la Corona reconocía la independencia de Hungría y Francisco José se convertía en su rey y en emperador del Imperio austro-húngaro, que acababa así de nacer. Los dos Estados tendrían en común, aparte del monarca, la política exterior, la defensa nacional y las finanzas. El Imperio quedaba dividido en dos zonas: Cisleithania, que comprendía la Alta y Baja Austria, Bohemia, Moravia, Galitzia, Dalmacia y Bucovina, y Transleithania, integrada por Hungría, Transilvania, Eslovaquia y Croacia (el río Leitha, que daba origen a estos nombres, servía de frontera entre ambas). En las dos partes del Imperio los grupos dominantes —alemanes y húngaros, respectivamente— eran minoritarios frente a la suma de las otras nacionalidades. No obstante, los húngaros emprendieron una «magiarización» de las minorías de sus territorios tan implacable o más que la «germanización» que habían impulsa-



C. Bevilacqua/Saimer



Zardoya



Archivo Ortiz

do antes los alemanes en los suyos. La situación de igualdad lograda por Hungría estimuló las aspiraciones de las otras nacionalidades, que consideraron legítimo conquistar los mismos derechos. A lo largo del reinado de Francisco José, se aplicaron, con cierta alternancia, políticas rígidamente centralistas y otras más flexibles frente a las nacionalidades.

Una política belicista

Frustradas definitivamente las aspiraciones de hegemonizar el mundo alemán, Austria, con el abierto apoyo del Estado prusiano, se lanzó a la expansión en los Balcanes. El Congreso de Berlín (1878) le había otorgado a la doble monarquía danubiana la «ocupación» y «administración» de Bosnia-Herzegovina, importante territorio con población servocroata, que fue anexionado formalmente al Imperio en 1908. Esta anexión provocó un grave conflicto internacional y la crispación, hasta un grado explosivo, de los deseos de emancipación del pueblo servio,

El reino de las contradicciones

Al rígido formalismo de la vida oficial en el Imperio austro-húngaro correspondía una contradictoria, tumultuosa realidad subyacente; entre los enunciados legales y los hechos concretos se abría un ancho mar de ambigüedades y paradojas. Un notable escritor austríaco, Robert Musil, caracterizó con penetrante sarcasmo esta situación en su novela El hombre sin atributos:

«Era kaiserlich-königlich *(imperial-real) y era* kaiserlich und königlich *(imperial y real) para toda cosa y persona; se requería empero un saber esotérico para estar seguro al distinguir cuáles eran las instituciones y personas a las que se refería el* k.k. *y cuáles a las que se refería el* k. und k. *En los papeles se llamaba la Monarquía austro-húngara; en las conversaciones se llamaba "Austria", es decir, se la conocía con un nombre al que, en cuanto Estado, había renunciado bajo juramento, en tanto que lo conservaba en todos los asuntos del sentimiento, como signo de que los sentimientos son al menos tan importantes como las leyes constitucionales, y que las ordenanzas no son las cosas realmente serias de la vida. Por su Constitución era liberal, pero su sistema de gobierno era clerical. El sistema de gobierno era clerical, pero liberal era la actitud general de cara a la vida. Ante la ley, todos los ciudadanos eran iguales: no todo el mundo, por supuesto, era ciudadano. Había un Parlamento que hizo un uso tan fuerte de su libertad que habitualmente se le tenía cerrado; pero había también un Acta de Poderes de Emergencia, por medio de la cual se podía disponer sin Parlamento. Y, cuando todo el mundo comenzaba a alegrarse del absolutismo, la Corona decretaba que se debía retornar de nuevo al gobierno parlamentario.»*

En la página anterior, arriba, una imagen de la cosmopolita Viena de 1909, cuando era un activo centro cultural y artístico, pletórico de genios. Abajo, Kafka (izquierda) y Hofmannsthal (derecha), escritores de primer orden en la literatura de ámbito austríaco en lengua alemana.

En esta página, arriba, Las tres edades, de Gustav Klimt, obra que constituye un fiel exponente de la Secesión vienesa. Abajo, Gustav Mahler (izquierda) y Sigmund Freud (derecha): con ellos Viena se convirtió en la capital de la música y del psicoanálisis.

Un juicio severo sobre Francisco José

En su Histoire de l'Autriche-Hongrie, *publicada en 1920, el historiador francés Louis Léger caracteriza severamente al viejo emperador:*

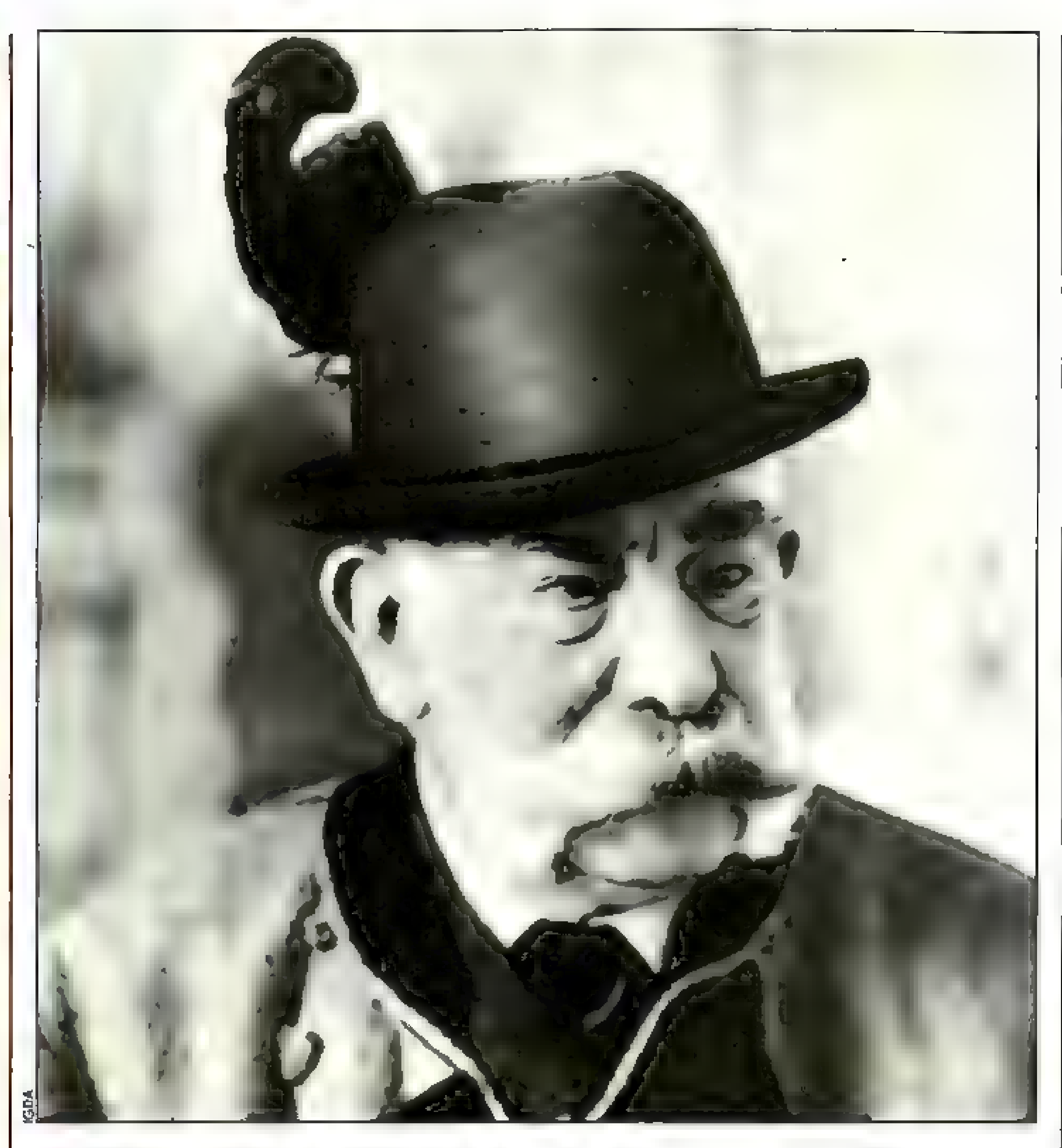
«El senil Francisco José no tuvo tiempo para ejecutar los proyectos que él acariciaba ad majorem Germaniae gloriam, *ni para recibir el castigo por una vida maligna y criminal. Su reino es uno de los más largos y nefastos de la historia.*

»Había ascendido al trono el 2 de diciembre de 1848. La muerte lo sorprendió a los 86 años, el 21 de noviembre de 1916. Persona de pocos alcances, de corazón extremadamente egoísta, carente de una voluntad ilustrada, nunca comprendió nada de la historia ni de las tendencias divergentes de las naciones sobre las cuales las circunstancias lo habían llamado a reinar. Se dejó dominar por los acontecimientos, en lugar de saberlos dirigir. No tuvo consideraciones más que para aquellos que lo habían golpeado, los húngaros, los italianos, y sobre todo los prusianos, e ingratitud para aquellos que lo habían servido, por ejemplo, los croatas y los rusos, que habían conjurado el peligro de la revolución húngara. Persiguió a su turno a los italianos, los magiares, los polacos, los rutenos, los checos, los eslovacos

»Arrastró sus últimos años en compañía de una vieja actriz, y ni siquiera supo respetar la memoria de su caprichosa esposa, a la que había perdido de manera tan trágica.

»Nuestros padres, que no escatimaban epítetos rotundos, no habrían vacilado en otorgarle el sobrenombre de "cobarde", que en verdad, jamás estuvo tan justificado. No merece otra oración fúnebre.»

que desde hacía tiempo constituía el problema más serio con que se enfrentaba la monarquía dual (evidentemente, la voluntad de liberación de las comunidades servia e italiana del Imperio austro-húngaro se acrecentaba por la existencia, más allá de sus fronteras, de Estados independientes formados por sus connacionales). Este conflicto latente estalló finalmente el 28 de junio de 1914, cuando el pretendiente al trono de la doble monarquía, Francisco Fernando, y su esposa fueron asesinados en Sarajevo por un estudiante bosnio. Austria-Hungría aprovechó la ocasión para «ajustar cuentas» con Servia y le declaró la guerra, lo que constituyó la chispa que encendió la Primera Guerra Mundial.


IGDA

Francisco José aceptó de mala gana tomar esta determinación bélica; sostenía, no sin razón, que «una guerra preventiva es lo mismo que suicidarse por temor a la muerte». Pero el jefe del Estado Mayor de sus ejércitos, general Conrad von Hötzendorf, como los demás partidarios de la guerra, opinaba que la operación contra los servios sería «un simple paseo militar». Este general no pasaría a la historia por sus dotes clarividentes: lejos estaba de sospechar la extensión que alcanzaría el conflicto y su duración, que terminarían por hacer añicos el Imperio. Resulta oportuno recordar lo que el gran escritor austríaco Robert Musil comentó acerca de su país: «Se gastaban tremendas sumas en el Ejército, pero sólo lo preciso para asegurar que continuase siendo la más débil potencia de segundo orden entre las grandes potencias». Cuando en abril 1915 Italia, guiada por el «egoísmo sagrado» de recuperar sus «tierras irredentas» en poder de Austria-Hungría, declaró la guerra a ésta y a Alemania —rompiendo así el tratado de la Triple Alianza, firmado en 1882, que la vinculaba a los Imperios Centrales—, el emperador Francisco José, fatalista, señaló que esa situación «no podía tardar en llegar». Tampoco se entusiasmó demasiado en 1915 a causa de las aplastantes victorias de Alemania y Austria-Hungría frente a los rusos, que permitieron la reconquista de Galitzia y la ocupación de toda Polonia y Lituania; no dejó de comentar que estos triunfos prolongarían aún más la guerra. Mientras tanto, aumentaban las privaciones de la población civil austríaca, con la escasez creciente de trigo, carne, azúcar y otros alimentos

La muerte de un viejo emperador

Francisco José era en 1916, a los 86 años de edad, un hombre que se derrumbaba. Las tensiones de la guerra habían intensificado la decadencia lógica de la vejez. Numerosas tragedias familiares habían horadado la vida de este monarca férreamente tradicionalista, autoritario y austero. Siendo muy joven, en 1858, su esposa Isabel de Wittelsbach, fue asesinada; su hermano Maximiliano, que había aceptado la aventura de ser nombrado emperador



En la página anterior Francisco José con el sombrero y el traje tradicional del Tirol. La figura del emperador no despertó nunca grandes simpatías, y a su muerte, en plena guerra, los periódicos de los países aliados se ensañaron con él, acusándole de haber sido un «fantasma de emperador en un imperio en disolución» y retrayéndole su «estrechez de miras», «corta inteligencia» y «frialdad de corazón»

Junto a estas líneas, mapa del Imperio austro-húngaro, dividido en Cisleithania (donde los alemanes eran el grupo más influyente) y Transleithania (donde los magiares eran el grupo dominante).

de México tras la invasión de los franceses en ese país, fue fusilado por los mexicanos en Querétaro, en 1867; su hijo Rodolfo se suicidó con su amante, la baronesa María Vétsera, en Mayerling, en 1889. Por último, su sobrino y heredero, Francisco Fernando, cayó bajo las balas junto a su esposa en Sarajevo. Toda una cadena de desdichas que sirvieron para poner a prueba su resignación, su manera solemne de concebir el honor, su distante dignidad y su fe católica.

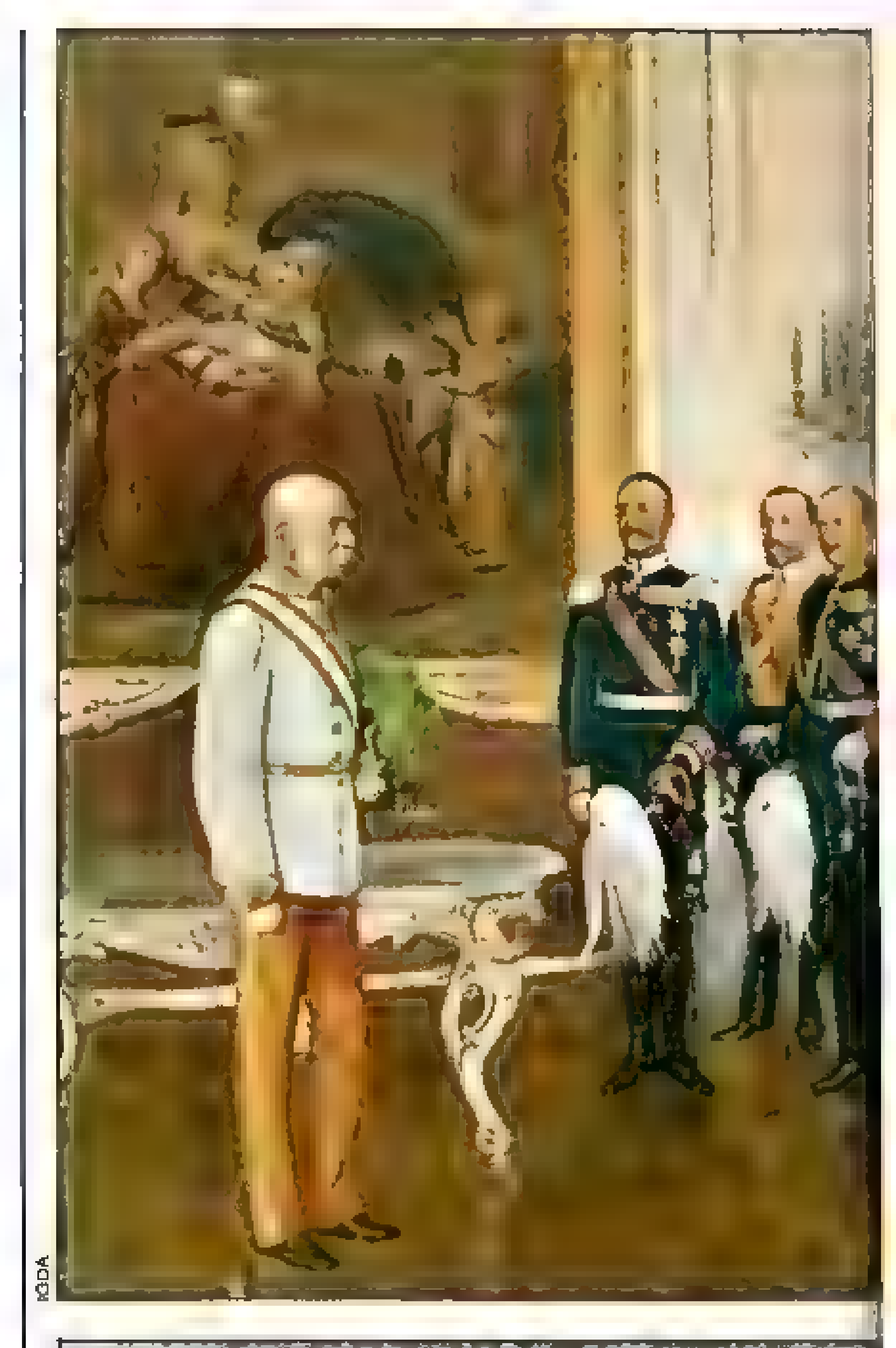
Los achaques de la vejez no perturbaban los hábitos espartanos y el fervor ritualístico del anciano emperador. Se levantaba antes de las 4 de la madrugada y su primera actividad era leer los boletines del Estado Mayor, que ofrecían puntual información sobre la guerra, y las noticias del extranjero que le habían preparado sus asesores. Estudiaba informes, firmaba documentos, redactaba notas y, una vez acabada esta tarea, se reunía con los miembros del Gobierno y con otras altas personalidades del Imperio. En noviembre de 1916 continuaba con este ritmo, a pesar de la pertinaz gripe y la elevada fiebre que sufría; seguía fumando, sin hacer caso de la tos. El 20 de noviembre, los médicos le diagnosticaron una congestión pulmonar, pero él continuó de pie y recibió ese mismo día al comandante en jefe del Ejército, que le informó de la ofensiva contra los rumanos. Fue su última audiencia. Al otro día dejaba de vivir.

Los fastos fúnebres

El rígido formalismo que caracterizó el reinado de Francisco José se manifestó también en su agonía y en los fastos fúnebres. Antes de que su capellán, monseñor Seidl, le impartiera la bendición papal, el chambelán alejó prudentemente de la ascética habitación del emperador a su amiga íntima, Catalina Schratt, baronesa de Kirsch, que le había prodigado su cariño durante muchos años. El velatorio fue preparado en Schönbrunn, y una multitud visiblemente dolorida desfiló ante los restos mortales del emperador, los días 23 y 24 de noviembre. El 25, el nuevo emperador, Carlos I, sobrino nieto de Francisco José, presidió el imponente cortejo fúnebre desde el Hofburg hasta la catedral de San Esteban. Una inmensa muchedumbre se volcó a las calles para presenciar la ceremonia; el paternalismo y el prestigio reverencial del viejo emperador seguían gravitando, sin duda, sobre el ánimo de un sector importante de la población vienesa, que se preguntaba, aturdida, cuál sería el destino de Austria-Hungría.

La solemne, majestuosa teatralidad de las exequias parecía estar dedicada, más que a la muerte de un emperador, al ocaso de todo un Imperio. Quizá secretamente, todos lo sabían cuando la suntuosa carroza transportó el féretro hasta su último destino, en la cripta de la Iglesia de los Capuchinos, precedida por una guardia de doscientos caballeros, la mitad en caballos blancos y la otra mitad en cabalgaduras negras. Reyes de media Europa, altos representantes de la Iglesia y de los ejércitos, aristócratas de todo pelaje, poderosos banqueros e industriales participaban en el cortejo. El momento más espeluznante de la ceremonia sobrevendría en seguida, cuando el viejo chambelán de Francisco José, conde de Montenuovo, con el real ataúd ya junto a la puerta de la cripta, gritó: «¡Abrid, soy Su Majestad el emperador de Austria, rey apostólico de Hungría, rey de Bohemia, rey de Jerusalén, gran príncipe de Transilvania, gran duque de Toscana y de Cracovia, duque de Lorena, duque de Salzburgo!» El impresionante silencio volvió a ser herido cuando el





A la izquierda, caricatura del viejo emperador «movilizando» sus tropas en 1914.

En ambas páginas, arriba, Francisco José recibiendo a príncipes y soberanos europeos con ocasión de su jubileo; abajo, el nuevo emperador Carlos I su hija y la emperatriz Zita durante el entierro de Francisco José (tras ellos, el rey de Baviera, el zar Fernando de Bulgaria y el Kronprinz, representando al Káiser).

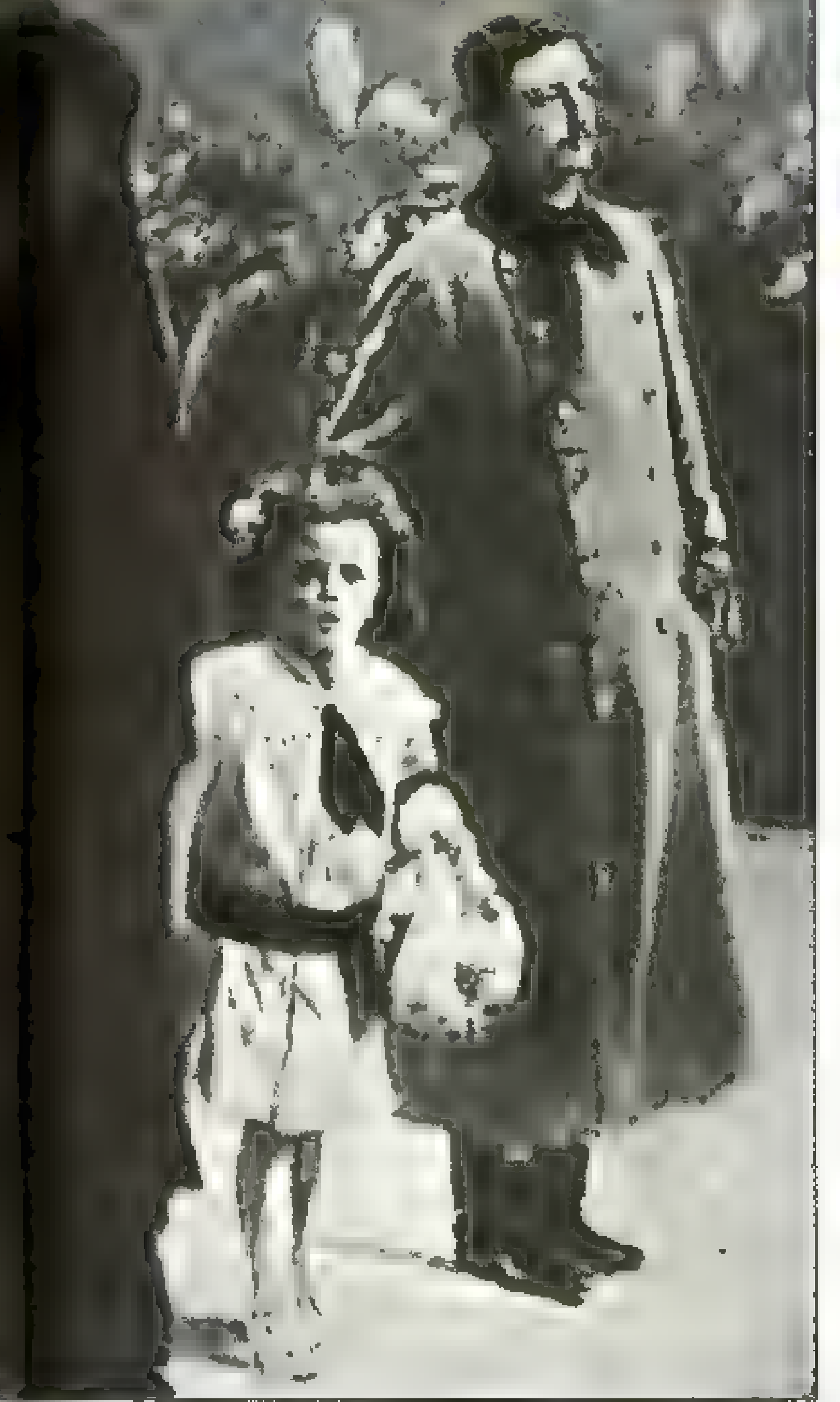
En la página siguiente, arriba, el cuerpo sin vida de Francisco José expuesto en Viena el 29 de noviembre de 1916, antes de ser finalmente trasladado a la cripta de la capilla de los Capuchinos; abajo, caricatura de un periódico satírico francés alusiva a la muerte del emperador: ante el difunto, su sucesor Carlos I no puede por menos que exclamar: «Él sí que la ha firmado la paz por separado...»

prior de los capuchinos, siguiendo el ritual, respondió: «No lo conozco, ¿quién está allí?» Entonces, arrodillándose, volvió a intervenir el chambelán: «Soy Francisco José, un pobre pecador, e imploro humildemente la misericordia de Dios.» Por fin dijo el prior: «Puedes entrar.» El féretro fue introducido en la cripta y ubicado junto a los de la emperatriz Isabel y el archiduque Rodolfo, y entre otros 139 ataúdes que contenían los restos de quienes habían sido poderosos miembros de la familia Habsburgo, los residuos finales de una de las dinastías que habían dominado Europa.

Ejército, Iglesia, Burocracia y Policía

Concluía así un reinado de 68 años de duración, un lapso tan extenso que abarcaba una enorme variedad de acontecimientos históricos. A través de tantas vicisitudes, en un Imperio preñado de contradicciones, Francisco José ejerció su mandato manteniéndose fiel, en lo fundamental, a su divisa de inmovilismo a ultranza, aunque no tuvo más remedio que aceptar algunos cambios. Tras los abortados movimientos revolucionarios de 1848, la burguesía liberal, que sentía más terror por la radicalización democrática de las masas que por la monarquía, se echó en brazos del absolutismo. Ya no exigió reformas democráticas profundas; se conformó con la liberalización de la vida económica, con la instauración de un marco jurídico que permitiera y garantizase el enriquecimiento de los burgueses. En 1850 fueron abolidas las aduanas interiores, lográndose así la unidad de mercado, un solo territorio económico que comprendía a todos los países del Imperio. La burocracia y la enseñanza secundaria y universitaria fueron modernizadas, y se permitió el ingreso de capitales extranjeros, a los que se asociaron muchos miembros de la nobleza terrateniente. Pero el régimen político siguió siendo antidemocrático: los diputados del Consejo del Reich eran elegidos por medio de un sistema restringido, que garantizaba más representantes a los estamentos sociales más poderosos. Se desconocía







Col. particular/Arch. Snark International



Col. Kharbine/Arch. Snark International

el principio democrático básico de «un hombre igual a un voto»; de este modo, se aseguraba a una minoría de alrededor del 6 % de la población —grandes terratenientes, alta burguesía— el control político. El verdadero poder seguía férreamente en manos del Estado monárquico, apoyado en cuatro columnas fundamentales: Ejército, Iglesia, Burocracia y Policía. Es verdad que las leyes constitucionales de 1867 garantizaban los derechos esenciales del ciudadano, como la igualdad jurídica, libertad de conciencia y derechos de propiedad, y se reconocía a todos los grupos nacionales la igualdad y el derecho a practicar la lengua materna, pero esto sólo existía sobre el papel. La hegemonía del grupo nacional alemán era indiscutible; todavía en 1914 los alemanes, que eran el 23,9 % de la población total de Austria-Hungría, ocupaban el 56 % de todos los puestos de la Administración. En la mitad cisleithana del Imperio, la proporción era aún más abrumadora, ya que en esa parte les correspondían el 81 % de los cargos públicos.

Expansión económica y crisis financiera

Sería injusto no reconocer que bajo el reinado de Francisco José se registró en Austria-Hungría un desarrollo económico muy importante. Pero ese desarrollo fue geográficamente desigual y no benefició en absoluto a las clases populares. Se crearon islotes capitalistas más o menos avanzados, como las industrializadas regiones de Viena y Bohemia, en un marco general que continuaba siendo, en gran parte, de relaciones económico-sociales de tipo semifeudal. Existía una complementación entre la economía predominantemente industrial de Austria y la esencialmente agrícola de Hungría; el intercambio de mercancías en el interior del Imperio y la apertura hacia el exterior se vieron beneficiados por el notable incremento de la red de transportes: la red de ferrocarriles pasó de 6.000 km en 1867 a 37.000 km en 1914; se mejoró la navegación fluvial por el Danubio al construirse, en 1896, el Canal de las Puertas de Hierro; se creó una importante flota comercial; se

J'ai vu.

UN DES FAUTEURS DE LA GUERRE : L'EMPEREUR FRANÇOIS-JOSEPH, MORT LE 21 NOVEMBRE. EN MÉDAILLON, LE NOUVEL EMPEREUR ET SA FAMILLE

Col. Kharbine/Arch. Snark International



Sua Maestà il nostro graziosissimo Imperatore — secondo notizia ufficiale or ora a me pervenuta — si è addormentato dolcemente nel Signore questa sera alle 9, a Schönbrunn.

Tutti i cittadini austriaci attorniano, costernati nel più profondo del cuore, la bara del loro amatissimo Imperatore, Che per quasi sette decenni divise con i Suoi popoli gioie e dolori, a ciascuno di essi Padre ugualmente affettuoso e benigno.

Trieste piange in Lui il sovrano suo grazioso Patrono, il Quale, assiso fra i più Gloriosi sul vetusto, venerando, augusto Trono degli Absburgo, patrocinò con saggia previdenza lo sviluppo di questa città e con mano potente gettava le basi della sua odierna grandezza.

Colmi di riconoscenza, noi serberemo per sempre impressa nei cuori la Sua augusta immagine, mentre oggi, in questo giorno di lutto il più profondo, giuriamo di compiere fedelmente, nel Suo spirito, il nostro dovere, per l'onore, per la grandezza dell'Austria, alla quale fu sacrata fino all'estremo anelito ogni ora della Sua vita ora incolta.

Trieste, li 21 novembre 1916.

I. r. Luogotenente in Trieste e nel Litorale

Dr. Barone de FRIES-SKENE m. p.

Col. particular/Arch. Snark International



Col. Viollet

modernizaron los puertos de Trieste y Fiume, y se construyeron los túneles alpinos del Brenero y de Arlberg.

En distintos sectores económicos se consiguieron considerables progresos: la producción de carbón pasó, de 800.000 Tm en 1848, a casi 34 millones en 1904; la siderurgia procesaba ese año un millón de toneladas de mineral de hierro y había adoptado las más modernas tecnologías de la época, se fabricaban locomotoras, armamento (Emil Ritter von Škoda fundó la mayor fábrica de armas de Europa Central), maquinaria eléctrica. También se desarrollaron vigorosamente las industrias textil, azucarera, cervecera y papelera. Activa participación en esta expansión económica le cupo al Creditanstalt, banco para el comercio y la industria cuyos accionistas principales eran los Rothschild, asociados a miembros poderosos de la aristocracia terrateniente, como los Schwarzenberg, Fürstenberg y Auersperg.

La fiebre del enriquecimiento rápido se apoderó de la burguesía austríaca del último tercio del siglo XIX. Cada año se fundaban más sociedades, y los enormes dividendos que pagaban muchas de ellas atraían a la Bolsa a los inversores: el promedio de los dividendos alcanzaba un 18 %, pero hubo empresas que pagaron, en 1871, un 40 % y nada menos que un 80 % al año siguiente. Sin embargo, pronto cundieron las quiebras, los escándalos financieros, los innumerables casos de corrupción que manchaban a personalidades de toda índole. Hasta que, el famoso «viernes negro» del 9 de mayo de 1873, la Bolsa se desmoronó, arrastrando a la catástrofe no sólo a grandes inversores, sino también a pequeños ahorristas que habían confiado en la respetabilidad de sociedades en cuyos directorios abundaban duques, príncipes, barones, condes y otros miembros de las noblezas austríaca y húngara. El *crack* dejó tras de sí una cadena de más de mil suicidios; también una crisis que se tardó muchos años en remontar.

Miserias del proletariado

La furiosa expansión de la economía no había mejorado las miserables condiciones de vida de las clases trabajadoras. Antes bien, en algunos aspectos, como la vivienda, las había agravado. La tradicional escasez de viviendas de Viena se había acentuado con la llegada de contingentes de trabajadores del campo que engrosaban las filas del

En la página anterior, a la izquierda, portada de la revista francesa J'ai vu en ocasión de la muerte de Francisco José, «uno de los causantes de la guerra» (en el óvalo, el heredero al trono y su familia).

Abajo, el príncipe Sixto de Borbón-Parma, hermano de la esposa de Carlos I, que tomó parte en las negociaciones secretas iniciadas por Austria en 1917 a fin de conseguir una paz por separado.

Arriba, bando anunciando el óbito del emperador a los habitantes de Trieste: parte de la «Italia irredenta», esta ciudad fue devuelta a los transalpinos al acabar la guerra mundial.

En esta página, arriba, caricatura de J'ai vu: el emperador rodeado por los espectros de sus numerosas víctimas; abajo, soldados italianos en Gorizia, tomada a los austríacos en agosto de 1916.

Col. Kharbine/Arch. Snark International



Bussagli

proletariado industrial. Hacia 1910 se calculaba que la media de moradores por habitación —incluyendo cocinas, baños y zaguanes— era de 1,24 personas. En muchos casos se alquilaba al huésped exclusivamente la cama, sin derecho a disponer del resto de la habitación ni del retrete, en el caso —no demasiado común— de que existiera. Había gente que vivía bajo los puentes, en cuevas excavadas en los malecones del ferrocarril, en barcas. Peor aún era la situación en Budapest: en 1905 se descubrió que 35 personas tenían su nido en los árboles de los parques públicos.

Hombres, y en muchos casos mujeres y niños, dejaban su vida en las fábricas en semanas de siete días y de setenta o más horas de trabajo; en 1883 se pidió a los empresarios que tratasen de conceder a los niños el descanso dominical y que les permitieran reposar una hora después de once de trabajo. Esta era la realidad subterránea del Imperio de Francisco José, de la Viena de los valses de Strauss, de la Ópera, de las brillantes fiestas, de los mil oropeles, del Ejército poderoso y de los sueños de grandeza. La tuberculosis estaba tan extendida, que se la llamaba «la enfermedad vienesa», y junto con el alcoholismo y la prostitución integraba la «trinidad maldita».

El fin del Imperio: fragmentación nacional y derrota militar

Cuando, el 21 de noviembre de 1916, el heredero de Francisco José, Carlos I, ascendió al trono, la situación interna y externa del Imperio presentaba signos inquietantes. El enorme esfuerzo bélico incrementaba las privaciones alimentarias y de todo tipo de la población, que, como sucedía con las otras naciones en guerra, comenzó a experimentar el resquebrajamiento de sus furores patrióticos. Hungría, tradicional granero de Austria, mezquinaba la provisión de alimentos, que destinaba en primer lugar a cubrir sus propias necesidades. Se asistió al surgimiento de movimientos nacionalrevolucionarios, tanto en las regiones checas como en las eslavas del sur del Imperio, estimulados por la política represiva que contra las nacionalidades de las zonas fronterizas había desatado el jefe del Gobierno, conde Karl von Stürgkh, quien exactamente un mes antes de la muerte de Francisco José, el 21 de octubre de 1916, cayó asesinado



C. Bevilacqua/Stirner

A la izquierda, arriba, firma del armisticio en Villa Giusti (3.XI.1918): el Imperio austro-húngaro capitulaba; abajo, el emperador Carlos y su esposa Zita en noviembre de 1918; aquel mismo mes se proclamó la República y emprendieron el camino de un miserable exilio.

Bajo estas líneas, el conde Czernin, ministro de Asuntos Exteriores del emperador Carlos; el único fin de su ministerio fue concertar la paz



Harlingue-Viollet

por el socialista austríaco Friedrich Adler. Mientras tanto, regimientos enteros de Austria-Hungría integrados por eslavos desertaban y se pasaban al enemigo en el frente ruso. Francia, Gran Bretaña y Rusia daban pleno apoyo a los movimientos nacionales, que buscaban abiertamente la independencia; el riesgo de desmembramiento del Imperio austro-húngaro era ya una amenazadora realidad.

En el verano de 1916, los ejércitos de la doble monarquía sufrieron un serio revés en el frente este, ante una vigorosa contraofensiva rusa que les capturó 117.000 prisioneros, al tiempo que desertaban varios regimientos checos. Los italianos, en el frente sur, aprovecharon para recuperar buena parte del terreno que habían conquistado los austríacos. Aunque joven e inexperto, el emperador Carlos se dio perfecta cuenta de la gravedad de la situación, en primer lugar en el frente interno, donde intentó implantar una serie de medidas liberales y de respeto a las minorías nacionales. Pero ya era demasiado tarde. Carlos I y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde Czernin, sabían que era preciso buscar la paz cuanto antes para evitar que el país se precipitara al abismo. En 1917, el emperador se valió de dos hermanos de su esposa Zita, Sixto y Xavier de Borbón-Parma, que luchaban en el ejército belga, para entrar en contacto con el gobierno francés a espaldas de su aliada Alemania. Carlos I hizo saber que deseaba la paz y que utilizaría su «influencia personal» para apoyar ante el gobierno de Berlín «las justas reivindicaciones francesas con respecto a Alsacia-Lorena», pero que esa paz debería asegurar «la integridad territorial de Austria-Hungría»; por lo tanto, no admitía la cesión de ningún territorio a Italia. Como este punto era insalvable, las conversaciones no prosperaron.



Col. particular. Arch. Stock International

Disolución del Imperio

La situación se deterioró a pasos agigantados. La entrada de Estados Unidos en la guerra selló definitivamente el destino de los Imperios Centrales. Alemania pudo resistir todavía un tiempo, pero la realidad de Austria-Hungría era desesperada; los movimientos independentistas de las nacionalidades se generalizaban y eran ya imparables. En septiembre de 1918, la monarquía danubiana buscó la paz a toda costa; el derrumbe de Bulgaria la dejó expuesta a una invasión. Italia vio llegado el momento de su gran revancha: el 24 de octubre lanzó un ataque devastador contra el ejército austro-húngaro y en pocos días logró romper el frente de Piave. Entre tanto, checos, eslovacos, yugoslavos (eslovenos, croatas y servios) y hasta la propia Hungría proclamaban su independencia. Era el final. El emperador Carlos solicitó el armisticio al mando italiano, que se firmó en Villa Giusti el 3 de noviembre: el ejército del Imperio quedó disuelto y debió entregar la mitad de su material; los ejércitos aliados obtuvieron el derecho de atravesar el territorio austríaco para atacar a Alemania.

El 11 de noviembre de 1918, el emperador Carlos I renunció formalmente al trono. En realidad ya no había trono: el Imperio austro-húngaro había saltado en pedazos. El 12 de noviembre se proclamó la República de Austria «alemana». El sucesor de Francisco José no ciñó la corona para reinar: su misión fue administrar las ruinas de un Imperio que ya estaba condenado por los nuevos tiempos.

El infierno de Verdún
Guerra de desgaste

Rafael Abella,
historiador

Entre las muchas batallas estériles que jalonaron la Primera Guerra Mundial, una de las más sangrientas fue la de Verdún (febrero-diciembre de 1916). Su mismo planteamiento, basado en la negación de la maniobra como arma estratégica y en su sustitución por el señuelo a fin de atraer al enemigo y destruirlo mediante ataques frontales, puso de relieve tanto la indigencia mental de los estados mayores cuanto su más absoluto desprecio por la vida humana.

A fin de evitar las ofensivas aliadas previstas para el verano de 1916, el alto mando alemán decidió atraer al ejército francés a Verdún para someterlo a una cruenta batalla de desgaste que lo dejara exhausto. Sin embargo, la aplastante superioridad artillera germana no pudo vencer la inquebrantable resistencia francesa. En la fotografía, un asalto de la infantería alemana.



F X Rabis

Cronología de la batalla

1916

21.II: *los alemanes lanzan su infantería contra las posiciones francesas, después de un devastador fuego de preparación artillera.*

25.II: *un pequeño destacamento alemán toma por sorpresa el fuerte de Douaumont. La pérdida de ese bastión representará un duro golpe para la moral de los defensores y costará —según se evaluó más tarde— la vida de 100.000 soldados franceses.*

26.II: *el general Pétain asume el mando de las tropas que defienden la «Puerta de Francia». El éxito en su cometido unirá para siempre su nombre a la defensa de la plaza fuerte de Verdún.*

5.III: *Von Falkenhayn reanuda su ofensiva después de unos días de relativa calma. La batalla se convierte en una carnicería inhumana.*

10.IV: *Pétain dirige su célebre orden del día —«¡Valor, que serán nuestros!», finalizaba— a unas tropas desmoralizadas por la caída de la colina de Mort-Homme.*

1.V: *el general Nivelle sustituye a Pétain, ascendido al mando de los Ejércitos del Centro.*

7.VI: *tras una serie de ofensivas cada vez más violentas, los alemanes consiguen tomar el fuerte de Vaux. La sed ha doblegado la resistencia heroica de unos centenares de hombres empeñados en una resistencia imposible. La batalla de Verdún parece definitivamente perdida*

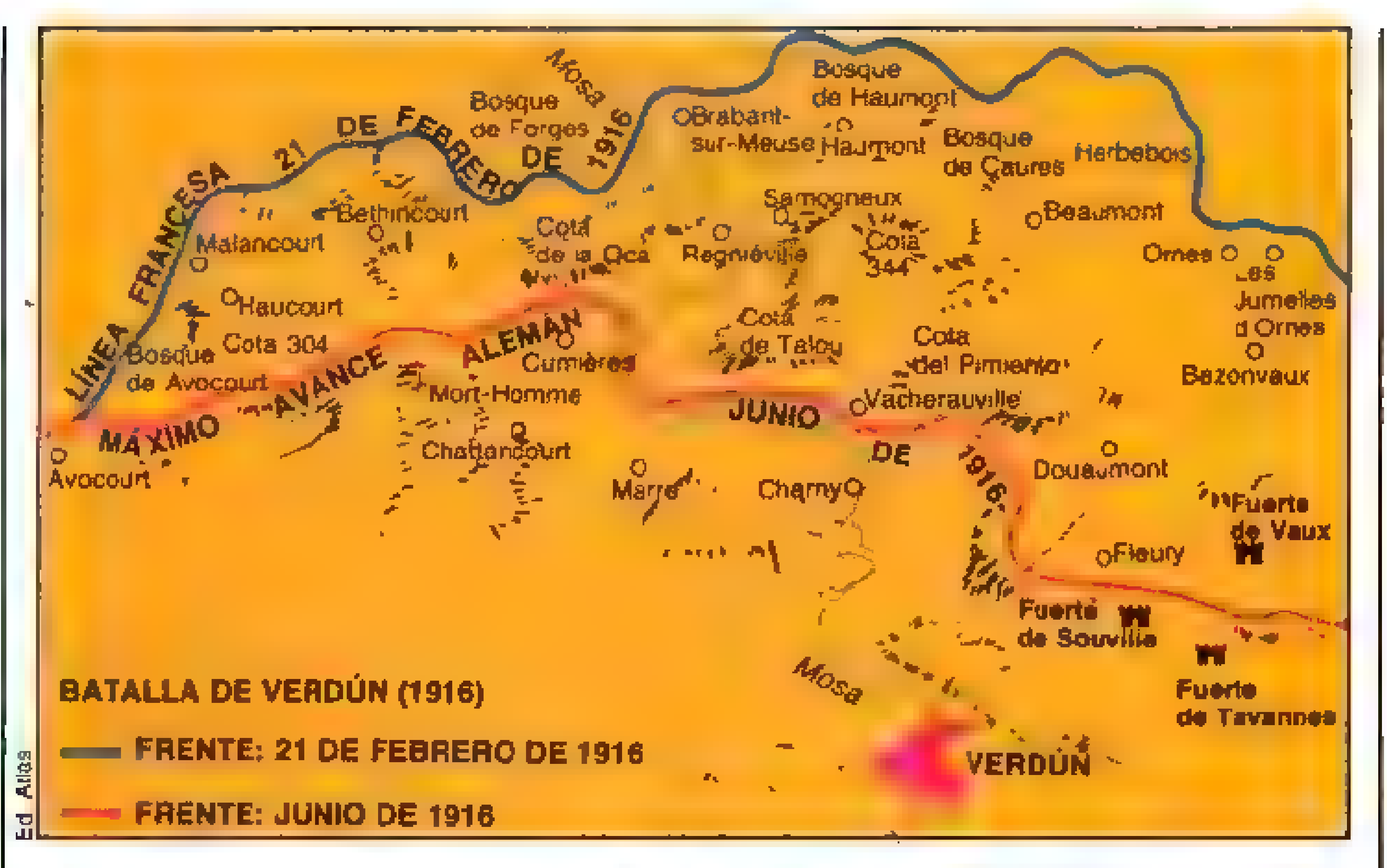
21.VI: *los alemanes lanzan 100.000 proyectiles con gases letales contra las posiciones francesas, sembrando la muerte entre los defensores.*

11.VII: *fracasa el último y desesperado esfuerzo por romper las defensas francesas y, con él, la estrategia de Von Falkenhayn, basada en «sangrar» en Verdún al ejército francés. El jefe del Gran Estado Mayor General será muy pronto sustituido en su cargo.*

24.X: *después de varios días de un espectacular bombardeo artillero con apoyo de la aviación, la infantería francesa reconquista el fuerte de Douaumont. A principios de noviembre, los alemanes se retiran del fuerte de Vaux*

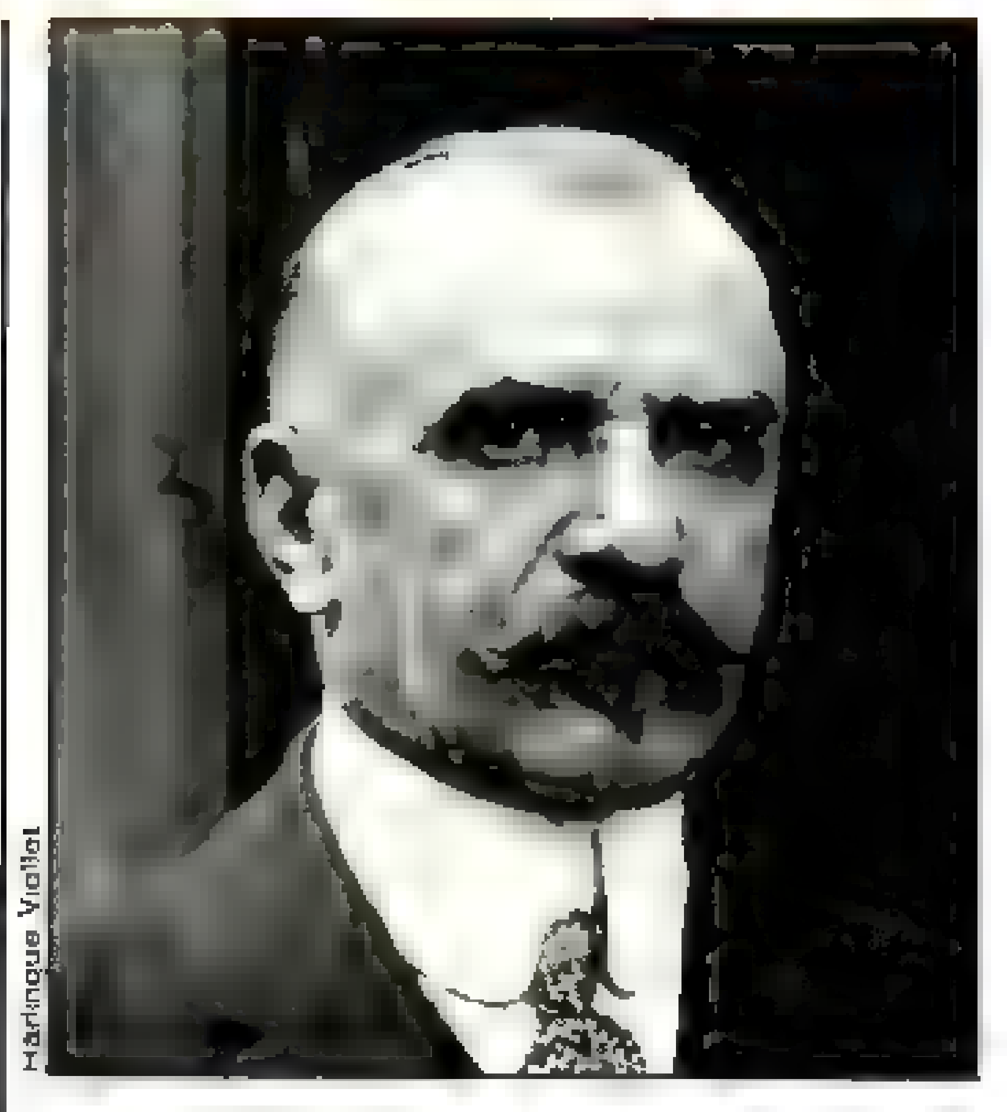
15.XII: *los franceses rompen definitivamente el frente alemán*

18.XII: *la batalla de Verdún ha terminado: 700.000 hombres han perecido en los combates.*



Ed. Atlas


Col. Viollet


Harlingue Viollet

Espectacular concentración de artillería

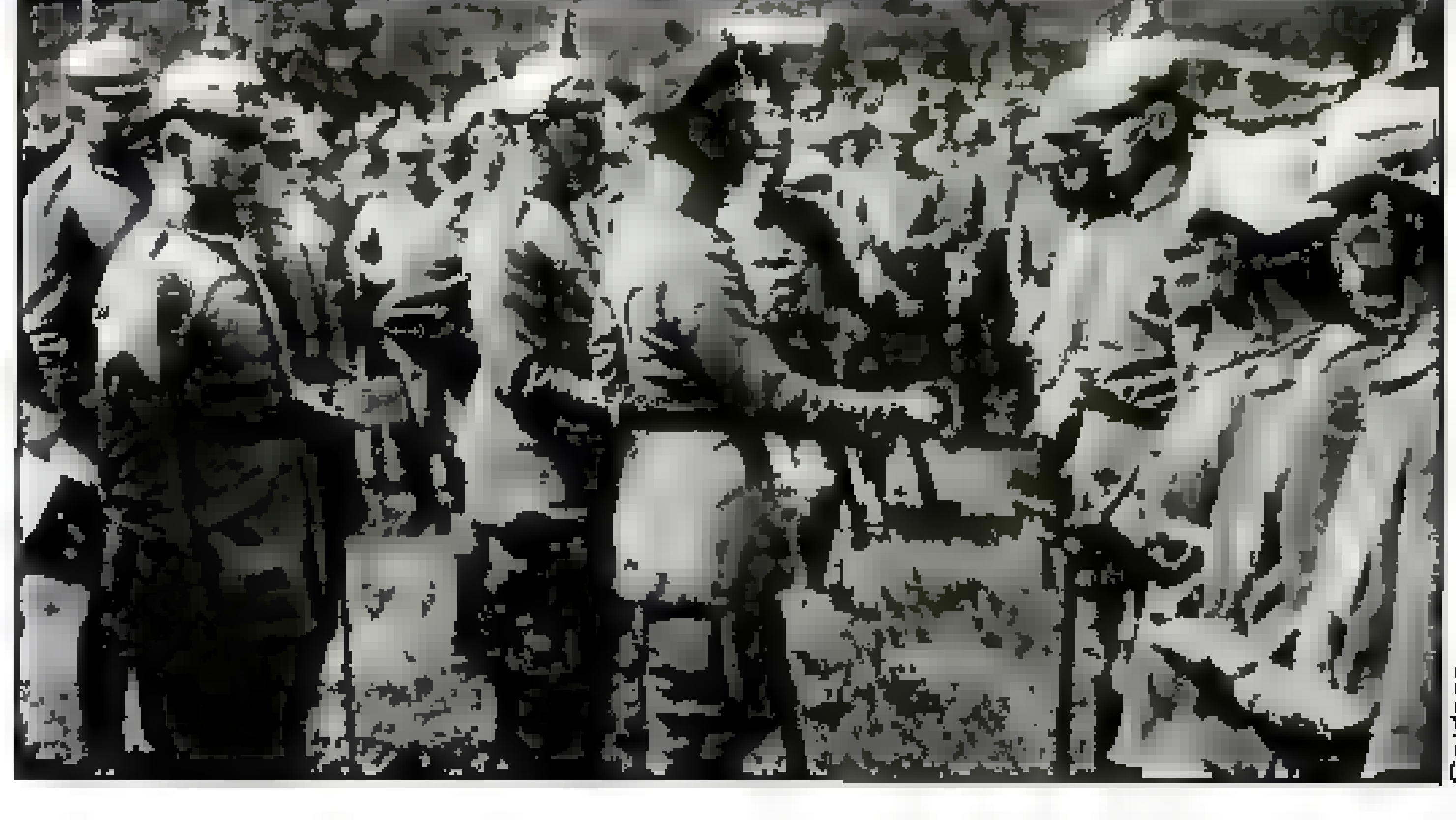
El 21 de febrero de 1916, a las 7.15 de una gélida mañana de invierno, el estampido de un cañón alemán de grueso calibre rasgó el silencio del frente y un potente proyectil estalló en el patio del Palacio Episcopal de Verdún, pequeña localidad francesa de Lorena, a orillas del Mosa. Había comenzado un bombardeo sin precedentes en la historia. Sobre un segmento del frente francés que cubría tan sólo 12 km, se concentró el fuego de más de 1.200 piezas de artillería, de las cuales 600 eran obuses y morteros de diferentes calibres. El bombardeo continuó sin interrupción durante ocho interminables horas. Su estruendo se oía a una distancia de 150 km, en las estribaciones de los Vosgos. A las 4.30 de la tarde, el tiro se centró en la segunda línea de los atrincheramientos franceses y la infantería alemana abandonó sus posiciones, dispuesta a ocupar el terreno batido por la artillería, una superficie que, tras las toneladas de explosivos arrojados sobre ella, parecía haber sufrido un trágico terremoto. Mas, ante los atónitos asaltantes, convencidos de que no encontrarían en su avance ningún ser viviente después del terrorífico bombardeo, empezaron a surgir figuras fantasmales. Eran los supervivientes que, como sombras despavoridas, se alzaban entre los muertos y los enterrados vivos.

Al caer la tarde, los alemanes habían conseguido avanzar algunos metros, pero en el lugar más inesperado seguían encontrándose con la sorpresa de una ráfaga de ametralladora o el estallido de una granada. Aunque el bombardeo debía haber aniquilado todo signo de vida, los supervivientes seguían aferrados al terreno, dispuestos a resistir hasta la muerte. Esa sería la tónica de la gran batalla.

El porqué de Verdún

La ciudadela de Verdún, cuyos planos habían sido diseñados por el marqués de Vauban, constituía, al comienzo de la guerra, una plaza fuerte básica en el dispositivo defensivo francés en la frontera con Alemania. Sin embargo,





En la página anterior, arriba, mapa del frente de Verdún. Abajo, Von Falkenhayn (izquierda), comandante en jefe del ejército alemán, y el coronel Driant (derecha), primero en advertir el peligro de un ataque alemán en Verdún.

En esta página, arriba, los Éparges bajo el bombardeo alemán; abajo, el Kronprinz saluda a sus soldados en la retaguardia.

el colapso de los fuertes belgas, demolidos en 1914 por los devastadores efectos de la artillería pesada alemana, había hecho perder la confianza del alto mando en la eficacia real de las fortificaciones. En consecuencia, algunas de éstas fueron desprovistas de sus mejores piezas, y otras, en mal estado de conservación, confiadas a la defensa de tropas de segunda clase. Ante esta situación, el coronel Driant, diputado por Nancy y a la sazón al mando de un grupo de cazadores en el propio Verdún, envió al presidente del Senado, Deschanel, una comunicación en la que le exponía sus temores ante un posible ataque alemán. Las precarias defensas del sector se convirtieron pronto en un motivo de inquietud y, en diciembre de 1915, el ministro de la Guerra, general Joseph Galliéni, escribió al generalísimo Joffre solicitando garantías sobre el estado de las fortificaciones de la región de Verdún. La respuesta de Joffre fue categórica: «Estimo de manera terminante que no existe justificación alguna a los temores que me expresa.»

A pesar de su contundente afirmación, en enero de 1916 Joffre envió al general Castelnau a inspeccionar las defensas El informe de Castelnau no pudo ser más alarmante: era absolutamente necesaria la toma de medidas urgentes para reforzar los puntos vitales del dispositivo. Sin embargo, ya no quedaba tiempo. La catástrofe era inminente. En un alarde de habilidad en el camuflaje, los alemanes, metódica y sigilosamente, habían efectuado el colosal despliegue artillero ya descrito y situado las diez divisiones que, bajo el mando del kronprinz Federico Guillermo, primogénito del Káiser, debían ejecutar el plan previsto por el jefe del Estado Mayor General, Erich von Falkenhayn. El objetivo era atraer al grueso del ejército francés a una batalla en la que el lujo de medios puestos en juego por el atacante condujera al desgaste total de los defensores.

La «Puerta de Francia»

Para ello, los alemanes contaban con un elemento psicológico de capital importancia. Verdún era la «Puerta de Francia», la antigua fortaleza gala que, tras ser ocupada por los germanos, había sido reintegrada definitivamente a Francia por los Tratados de Westfalia (1648). Desde entonces se había convertido, junto con Metz y Toul, en uno de los tres pilares del dispositivo de defensa francés y en el principal punto de apoyo de la frontera nororiental del país.

El mando alemán estaba convencido de que Francia lanzaría a la defensa de la simbólica ciudadela hasta el último de sus hombres en la dura batalla de desgaste planeada por Von Falkenhayn. Así sucedió, aunque con unos resultados muy diferentes a los previstos. El ejército imperial cayó en su propia trampa: el engranaje mortífero de una batalla en la que los alemanes buscaron, con medios humanos y materiales limitados, el hundimiento definitivo del ejército francés. Ése fue su principal error.

De acuerdo con los efectivos puestos en juego, el ataque se circunscribió a la orilla derecha del Mosa, apoyándose en los altos que bordean el río, un terreno en general llano, con algunas escarpaduras y zonas boscosas. El efecto se lograría sobre el cuadrilátero Douaumont-Vaux-Thiaumont-Souville. Cuando comenzaron los enfrentamientos, los franceses contaban en la zona con 36 batallones y 210 piezas de artillería de mediano calibre, mientras que el ejército de Von Falkenhayn disponía de 72 batallones y más de 1.200 piezas. Esa superioridad artillera debía hacer posible el «torrente de fuego», *trommelfeuer*, del que el mando germano esperaba unos efectos devastadores.

Objetivo: localizar a Pétain

El general Pétain ostentaba el mando del II Ejército francés en el momento en que le fue encomendada la defensa de Verdún. La llamada de Joffre para notificarle el nombramiento llegó a su Cuartel General en Noailles al atardecer del día 25 de febrero, cuando el general había marchado a París en la ignorancia del encargo que en tan críticas circunstancias se le iba a confiar. Solterón y aficionado a las aventuras amorosas, Pétain aprovechaba cualquier ocasión para disfrutar de una noche en París en amable compañía. Damas de reconocida respetabilidad, aventureras devotas de la popularidad de los famosos y cocotas de lujo —alguna retribuida a través de España por los alemanes para practicar el espionaje de alcoba— no eran insensibles a su apostura y a su leyenda de excelente amante.

La consternación en su Cuartel General fue considerable. Pétain se hallaba en ignorado paradero y era evidente la dificultad que su localización entrañaba. La tarea recayó en el coronel Serrigny, tal vez el hombre de su staff en el que el general tenía depositada su mayor confianza y quien, andando el tiempo, aportaría en su libro 30 años con Pétain *un testimonio inapreciable de la vida y la personalidad del que llegaría a ser más tarde mariscal de Francia.*

Serrigny, después de errar por París inquiriendo sobre el paradero de su general en los lugares que aquél frecuentaba, consiguió, finalmente, una información precisa: Pétain se encontraba en el Hotel Terminus en galante compañía. Allí se encaminó el coronel, haciendo acopio de todo su valor. Tras revelar su identidad y la urgencia de su mensaje, obtuvo de la gerencia la autorización necesaria para acceder al ilustre huésped. En uno de los corredores del primer piso, junto a la puerta de una de las alcobas, advirtió la presencia de un par de botas altas, dispuestas para ser limpiadas. Eran las del general. En un estado de ánimo fácilmente imaginable al ser interrumpidos sus amores, Pétain abrió la puerta y supo por boca de su subordinado la urgencia con que era convocado ante Joffre y la misión que se le iba a encomendar.

Así fue cómo Pétain inició una aventura que uniría su nombre al de la plaza fuerte de Verdún.


N. D. Roger-Viollet


Goldner



Avance alemán

Durante los días 22 y 23 de febrero, los alemanes mantuvieron el infernal cañoneo de preparación y los posteriores despliegues de su infantería. Las primeras posiciones —Haumont, Herbebois, Brabant, el bosque de Caures— fueron cayendo una tras otra completamente arrasadas. En el bosque de Caures perdió la vida luchando junto a sus cazadores el coronel Driant, quien pagó de ese modo las negligencias del alto mando que él mismo había procurado corregir.

El día 23, las avanzadas alemanas amenazaron la retaguardia de todo el dispositivo francés, incluidas las defensas de los altos del Mosa. Aunque más lentamente de lo esperado, la enorme superioridad atacante estaba inclinando la balanza a su favor. Por parte francesa, si bien se había cortado a tiempo algún conato de desbandada, la situación era, en general, confusa, debido a los desperfectos causados por los bombardeos en las líneas de comunicación. El general Langle de Cary, a cuyo mando se encontraban los Ejércitos del Centro y, por lo tanto, el sector de Verdún, dio órdenes taxativas de defender a toda costa los accesos a Douaumont y dispuso, así mismo, que se organizara un contrataque para el día siguiente y que las fuerzas del valle de Wöevre se replegaran durante la noche junto a los altos del Mosa. Pero el día 24, la resistencia fue doblegada; los alemanes lograron romper la segunda línea de las defensas francesas en cuestión de horas.

Un trágico revés

El 25, los alemanes continuaron su progresión después de un nuevo bombardeo artillero. Aquel día se produjo un hecho fortuito que repercutió fuer-





Goldner



Goldner

En la página anterior, arriba, el general Pétain (izquierda) y ruinas del fuerte de Vaux (derecha), abajo, el «inexpugnable» fuerte Douaumont.

En esta página, arriba, un ramal de trinchera (izquierda) y el general Mangin (derecha), abajo, Mangin observando el fuerte Douaumont

temente sobre la moral francesa: un suboficial alemán, el sargento Kunze, tomó por sorpresa el fuerte de Douaumont al mando de dos patrullas del 34.º Regimiento de Brandenburgo. Los defensores, en el fragor de la lucha, no advirtieron la entrada resuelta de los soldados adversarios. El efecto fue desastroso. La pérdida de este bastión obligaba a resistir en la meseta de Douaumont palmo a palmo. Más tarde se estimaría que este contratiempo costó la vida de 100.000 soldados franceses.

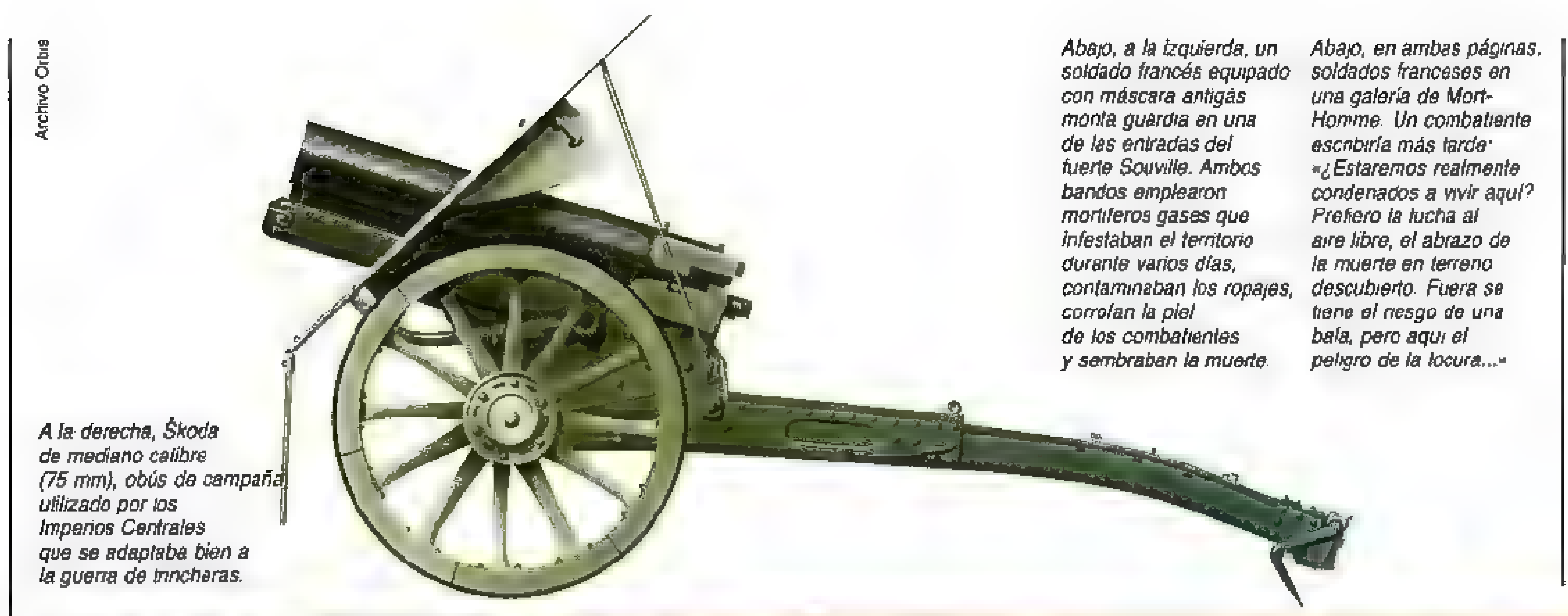
Ante la marcha de los combates iniciales, fueron encaminados hacia Verdún los primeros refuerzos. Allí, el espectáculo era desolador. Soldados que habían perdido el contacto con sus unidades vagaban desconcertados por las calles; algunos habían enloquecido incapaces de resistir la tensión y el estrépito de los bombardeos.

Las noticias que desde Verdún llegaban al Cuartel General francés decidieron al general Castelnau a pedir plenos poderes al generalísimo Joffre. Castelnau se desplazó a Verdún y, tras entrevistarse con Langle de Cary, decidió mantenerse a cualquier precio en la orilla izquierda del Mosa y entregar al general Pétain el mando supremo de las operaciones. La ofensiva alemana había mermado los efectivos artilleros franceses en un 60 % y diezmado la mayoría de los batallones que habían entrado en acción.

Pétain toma el mando

A las 0 horas del día 26 llegó Pétain al escenario de la lucha y, a la vista de la situación, ordenó la disposición de una línea de resistencia que pasaría por lugares que pronto se harían famosos: la cota 304, la colina de Mort-Homme, el macizo de Aumières, Thiaumont, la meseta de Douaumont y el fuerte de Vaux. A lo largo de este frente se escalonaron las fuerzas defensoras de Verdún: el XIII Cuerpo de Ejército del general Alby, el I de Guillaumat, el XXI de Maistre, el II de Duchêne y la agrupación Baret. Pero el gravísimo problema de las comunicaciones exigía una solución urgente: los bombardeos habían destrozado puentes, caminos y vías férreas. Era imperioso garantizar la existencia de una vía de suministro que asegurase la llegada de víveres y pertrechos a la masa de combatientes que habrían de consumirse en el fuego de los combates. Sólo la carretera de Bar-le-Duc a Verdún era aún practicable, pero era preciso repararla y ensancharla para que pudiera absorber la intensa circulación de hombres y material que iba a devorar la batalla en curso. Las obras se realizaron con la máxima rapidez y, además, se procedió con urgencia a la apertura de nuevas líneas de trincheras. Aquella carretera se convirtió en el cordón umbilical de la resistencia. Por la *Voie Sacrée* —como se la llamó— empezaron a circular diariamente de 3.000 a 3.500 camiones que transportaban miles de toneladas de suministros, evacuaban a los heridos y permitían el movimiento de 15 000 a 20.000 hombres por día. Posteriormente, Pétain impuso el relevo periódico de las unidades para que el peso de la brutal batalla no recayera únicamente sobre unas pocas divisiones. De este modo, casi todas las grandes unidades del ejército francés acabaron pasando por el infierno de Verdún.

Pétain, hombre frío y sereno, dio la medida de su capacidad militar, adaptándose perfectamente a las circuns-



Archivo Orbis

A la derecha, Škoda de mediano calibre (75 mm), obús de campaña utilizado por los Imperios Centrales que se adaptaba bien a la guerra de trincheras.

Abajo, a la izquierda, un soldado francés equipado con máscara antigás monta guardia en una de las entradas del fuerte Souville. Ambos bandos emplearon mortíferos gases que infestaban el territorio durante varios días, contaminaban los ropajes, corroían la piel de los combatientes y sembraban la muerte.

Abajo, en ambas páginas, soldados franceses en una galería de Mort-Homme. Un combatiente escribiría más tarde: «¿Estaremos realmente condenados a vivir aquí? Prefiero la lucha al aire libre, el abrazo de la muerte en terreno descubierto. Fuera se tiene el riesgo de una bala, pero aquí el peligro de la locura...»



F. X. Rafols



Goldner

tancias de la crítica batalla defensiva que se le había encomendado. Ese cometido encajaba perfectamente con sus características temperamentales, más cercanas a la prudencia que a la fogosidad.

La guerra degradante

Tras una breve pausa, la ofensiva alemana se reanudó el 5 de marzo. Los ataques se extendieron a la orilla izquierda del Mosa ya que, desde sus posiciones en esa margen del río, el tiro francés de contrabatería causaba estragos en el despliegue artillero alemán. La nueva ofensiva se produjo con una intensidad acrecentada. Junto a los espectaculares bombardeos artilleros, en los que se despilfarraba un enorme número de proyectiles, se recurrió al uso de los lanzallamas y de los gases asfixiantes. Los combates en torno al fuerte de Vaux y a la colina de Mort-Homme alcanzaron una ferocidad espantosa. Las trincheras estaban empapadas en sangre. El terreno semejaba un paisaje lunar, lleno de cráteres en los que los hombres yacían entre nieve y lodo, en medio de vísceras y cadáveres descuartizados por la metralla. Jamás en la historia de las guerras se había rebajado la condición humana a tan profundos abismos de degradación. Muchos heridos, incapaces de valerse por sí mismos, morían ahogados en el lodazal. En medio de una espantosa mortandad, la batalla continuó durante días y semanas en un forcejeo inútil e inhumano por la disputa de unos metros de terreno. A finales de marzo, las bajas francesas en el matadero de Verdún se calculaban en 90.000; las alemanas, en 82.000...



Archivo Orbis

Fokker Dr 1 alemán de mediados de 1916. Los alemanes fueron dueños del aire en el frente occidental gracias al hábil uso que de este tipo de aviones hicieron pilotos tan famosos como Von Richthofen, el legendario «Barón Rojo».



Bajo estas líneas, pieza de artillería alemana destruida tras la batalla. Sólo en el primer día del ataque a Verdun, las baterías germanas dispararon un millón de proyectiles sobre los sorprendidos franceses, que recibieron la orden de resistir hasta el fin



F. X. Rafols

A comienzos de abril, el mando alemán, descontento con los resultados obtenidos hasta aquel momento, intensificó aún más la violencia de los ataques. Regimiento tras regimiento, los soldados del Káiser salían de las trincheras para encontrarse con la estoica resistencia de un enemigo que, desde que las medidas de Pétain mostraran su eficacia, pasaba al contrataque con su moral fortalecida. Sin embargo, la dureza de la ofensiva logró resquebrajar en algunos puntos las defensas francesas y, tras de una épica lucha, los alemanes tomaron la colina de Mort-Homme. En aquella feroz pugna en la que el éxito se medía por los metros conquistados, la pérdida de Mort-Homme hizo cundir el desaliento. Pétain hubo de lanzar su histórica orden del día a los combatientes, que finalizaba con la célebre frase de «¡Valor, que serán nuestros!»

A pesar de que la resistencia se hizo más enérgica, la situación seguía siendo de suma gravedad. El pulso entre aquellas dos masas ingentes de soldados se mantenía en la mayor de las incertidumbres. Entre carroña, aguas putrefactas, socavones infectos y estertores, se confundían el *poilu* francés con el granadero alemán. La batalla era ya sólo una carnicería donde se habían enterrado las virtudes de la estrategia y la ágil concepción de la maniobra, propia de la guerra de movimientos.

Verdún sigue en peligro

En el mes de mayo, Pétain fue ascendido al mando supremo de los Ejércitos del Centro. Según sus allegados, bajo su marmórea apariencia ocultaba una sensibilidad profundamente afectada por el sobrecogedor espectáculo del sacrificio que estaba imponiendo a sus hombres. En aquel momento, Francia, acusando la merma de efectivos, había llamado a filas a la quinta de 1916, muchachos de diecinueve años

La Voie Sacrée: el pulmón de Verdún

Tras la destrucción por la artillería alemana de todas las vías de comunicación con el frente, la carretera de Bar-le-Duc a Verdún se convirtió en el único medio de mantener la resistencia en el campo de batalla. Durante diez meses, esa carretera absorbería, bajo la dirección del comandante Doumenc, un ininterrumpido tráfico en ambas direcciones. De marzo a junio de 1916, 3.500 camiones distribuidos en 42 grupos, efectuaron cada semana por término medio el transporte de más de 90.000 hombres y 50.000 toneladas de material. Deben añadirse a esa flota, 800 vehículos sanitarios, 200 de abastecimiento de carne fresca y 2.000 automóviles dedicados a múltiples servicios. Ese esfuerzo exigió la dedicación de 10.000 soldados a las tareas de reparación y a la apertura de canteras al borde de la calzada. A través de esa carretera, 260.000 heridos pudieron ser evacuados desde el frente a los hospitales de campaña y a los trenes sanitarios formados en la estación de Bar-le-Duc.

Las normas impuestas para asegurar en todo momento la fluidez del tráfico eran muy estrictas. Cualquier vehículo que sufriera una avería debía ser inmediatamente retirado de la carretera a fin de no entorpecer la marcha ni detener la circulación. Los adelantamientos entre camiones estaban rigurosamente prohibidos.

Uno de los días más críticos que hubo de vivir esta arteria vital fue el 28 de febrero, cuando apenas se habían dictado las primeras normas de regulación del tráfico. El tiempo glacial dio paso a una nevada que, al producirse el deshielo, inutilizó la carretera. Diez centímetros de barro convirtieron el firme en un lodazal donde patinaban las ruedas de los sobrecargados vehículos. El caos fue impresionante. La carretera quedó bloqueada. Con una celeridad admirable, todas las tropas en reserva depositaron sobre el suelo enlodado cuantas piedras pudieron encontrar. La urgente necesidad de reanudar el tráfico hacía impensable el uso de apisonadoras. Se decretó que los propios camiones, totalmente cargados, asentarían con su paso la capa de guijarros depositados y harían nuevamente practicable la carretera.



Fiore

cuyo destino sería, en numerosos casos, ir a morir a Verdún.

Un general imaginativo y predispuesto a la ofensiva —Robert Nivelle— sucedería a Pétain en el mando del II Ejército. Junto a él, otro general, especialista en el mando de tropas coloniales y muy agresivo, Charles Mangin, se hacía cargo del XI Cuerpo de Ejército. Sus nombres se harían célebres cuando la batalla de Verdún entrara en la fase de resolución durante la cual el ejército francés pasó de defensor a atacante, de yunque a martillo.

El 31 de mayo, en una reunión que los altos mandos francobritánicos —Joffre, Foch, Haig, Castelnau y Pétain— mantuvieron con el presidente de la República, Poincaré, y el ministro de la Guerra, general Roques, se llegó a la conclusión de que, a pesar de las medidas tomadas, la caída de Verdún en manos del enemigo era aún posible. La ofensiva alemana parecía no desgastarse jamás. Era necesario, por tanto, aliviar sin dilación alguna la presión que estaba soportando el ejército francés. De acuerdo con ello se tomó la decisión de acelerar urgentemente los preparativos para la ofensiva que se había previsto desencadenar en el Somme, y en la que el peso principal recaería sobre la Fuerza Expedicionaria Británica.

Gases letales

A comienzos de junio, la batalla de Verdún entraba casi en su cuarto mes de duración. Al glacial invierno había sucedido un verano tórrido que abrasaba un paisaje sin vegetación. Una nueva sucesión de ofensivas, tan violentas y aplastantes como las de febrero, delataba la crispación del mando alemán. En esta ocasión, sin embargo, los efectos del torrente de fuego y metralla fueron aún más desoladores. Todos los esfuerzos se concentraron ahora sobre una estrecha franja de 5 km de largo, mientras que en febrero la ofensiva alemana se había desplegado sobre un frente de 12 km de extensión. La intensa presión rompió por fin las defensas. Tras una sobrehumana resistencia de sus defensores, capitaneados por el comandante Raynal, el fuerte de Vaux cayó en manos del enemigo. 600 hombres habían soportado durante siete días la embestida del V Ejército alemán, hasta que la sed les obligó a rendirse. El 21 de junio, el lanzamiento de 100.000 proyectiles cargados con un nuevo gas asfixiante, el cloruro de carbonilo o gas fosgeno, precedió a un nuevo y brutal ataque germano. El tóxico letal sembró la muerte en las líneas francesas Los combates se libraban ya ante el fuerte de Souville, última altura y baluarte de Verdún. Su caída

Musée de l'Armée Paris/Col. Snark International



Col. Particular/Arch. Snark International

En la página anterior, camiones e infantes cruzándose en la pequeña carretera departamental de Bar-le-Duc a Verdún, la arteria vital que permitió relevar constantemente las tropas de primera línea.

En esta página, arriba, representación nocturna de la Voie sacrée (cuadro de F. Fleming); abajo, heridos en las trincheras: en el infierno de Verdún los poilus demostraron una gran abnegación.

significaría la pérdida inevitable de la ciudad.

La batalla se aproximaba a sus momentos definitivos. El fracaso de un desesperado contrataque francés en dirección a Douaumont, que estuvo a punto de recuperar lo que quedaba del fuerte, hizo aflorar el fondo pesimista del carácter de Pétain. El general, puesto al habla con Joffre, aconsejó la evacuacion de la orilla derecha del Mosa, en precaria situación ante las posiciones conquistadas por los alemanes en la otra orilla. La medida perseguía la salvación de los efectivos artilleros franceses emplazados en aquella margen. Joffre se negó, confiando en que desde otros escenarios de la guerra llegara el esperado alivio al ímpetu de la ofensiva alemana. Así sucedió. En el frente oriental se desencadenó con éxito la ofensiva de Brusilov en Galitzia, mientras los italianos se disponían a iniciar en el Trentino un ataque en gran escala contra las tropas austrohúngaras, y se intensificaban los preparativos en el Somme. La nueva situación redobló el espíritu de resistencia de los defensores de Verdún, que encontraron nuevas fuerzas para aguantar las últimas embestidas germanas.

La batalla cambia de signo

El día 11 de julio, los alemanes iniciaron su último y más desesperado intento de romper el frente francés en Verdún. Tras su fracaso, Von Falkenhayn ordenó la suspensión de las operaciones ofensivas. Por entonces habían comenzado ya los combates en el Somme.

Se había salvado la «Puerta de Francia». Durante aquellos largos meses de lucha, los soldados de Verdún habían dado el más macabro ejemplo de convivencia con la muerte en todas sus horribles formas. El médico y escritor francés Georges Duhamel, que había vivido la batalla desde su destino en la Sanidad militar, escribía: «Comemos y bebemos al lado de los muertos; dormimos junto a los agonizantes; reímos y cantamos en compañía de cadáveres.»

Objetivos y estrategias

Cuando, a principios de 1916, los dos ejércitos contendientes aceleraban sus preparativos para el que sería uno de los más inhumanos y degradantes episodios de toda la historia militar, hacía más de un año que la Gran Guerra sembraba la muerte en los campos de batalla europeos. A pesar de su gran importancia en el dispositivo defensivo francés, Verdún no era realmente un objetivo estratégico de primer orden. Ello no obstaría para que, muy pronto, en torno a esa plaza fortificada se libraran enfrentamientos de capital importancia para el desarrollo de la guerra.

He aquí los objetivos e intereses que convirtieron a Verdún en el dantesco cementerio de centenares de miles de soldados de ambos bandos, esa vez, como nunca, sólo carne de cañón.

Alemania

Después de largos meses de hostilidades, el Gran Estado Mayor General seguía considerando que, tal como el Plan Schlieffen había establecido, la guerra se decidiría en el frente francés. Tras la batalla del Marne, Berlín fijó pronto su atención en la plaza fortificada de Verdún. Era ese un punto vulnerable en sus propias líneas de defensa, un enlace fundamental en el dispositivo adversario y una ciudad de gran importancia simbólica para los franceses.

Von Falkenhayn, el nuevo jefe del Gran Estado Mayor tras los reveses del Marne, era lúcidamente conocedor de ese último aspecto. Así, cuando decidió plantear la batalla en aquel lugar no buscaba sólo la ruptura del frente francés: estaba convencido de que su adversario emplearía en la defensa de aquella plaza fortificada hasta el último de sus hombres. Von Falkenhayn había calculado que las pérdidas alemanas no superarían nunca el 40 % de las que sufrieran los franceses. Iba a ser aquélla, pues, una batalla rentable en la que a los objetivos del Plan Schlieffen —la guerra de aniquilamiento— él sumaría los de una guerra de desgaste.

El Gran Estado Mayor General alemán esperaba cumplir al mismo tiempo un segundo y vital objetivo: la defensa a ultranza de Verdún exigiría la sustracción por parte de Francia de importantes efectivos de otros frentes y, con ello, la balanza se inclinaría definitivamente del lado de los ejércitos del Káiser.

Pero los planes alemanes estaban condenados al fracaso. Sus pérdidas en hombres serían tan elevadas como las de los franceses y Joffre no caería en la trampa que Von Falkenhayn le había tendido. De ese modo, en agosto, cuando todos los esfuerzos de los atacantes se agotaron infructuosamente ante la resistencia desesperada de los soldados franceses, Von Falkenhayn hubo de presentar su dimisión y, al mando del IX Ejército, buscar mejores éxitos en el frente oriental.

Francia

Joffre, que en su plan de campaña elaborado en 1913 —el Plan XVII— había sido incapaz de prever el gran avance alemán a través de Bélgica, supo esta vez comprender mejor la situación y jugar con más brillantez sus cartas. Ante las informaciones que llegaban al alto mando sobre un inminente ataque alemán en Verdún, dispuso en enero el reforzamiento de la infraestructura ferroviaria y viaria de la zona y, ya en febrero, el del dispositivo de tropas allí destacadas. Aquellas medidas llegaban, sin embargo, con retraso y no fueron suficientes para contener el poderoso ataque alemán. Ante la gravedad de la situación, Joffre tomaría algunas decisiones que permitirían en los meses sucesivos contener la ofensiva y ganar una de las batallas fundamentales de la guerra.

La primera de ellas fue encomendar a Pétain, un hombre enérgico y sereno, el mando supremo de los ejércitos destacados en Verdún. Pétain, aferrado de siempre a concepciones defensivas, era el soldado ideal para organizar una resistencia vital e ineludible.

Sin embargo, Joffre sabía con absoluta claridad que nunca debía aceptar el emplazamiento de Von Falkenhayn, la trampa mortal que el jefe del Gran Estado Mayor alemán le había tendido. De ningún modo sería Verdún una guerra de desgaste en la que todo el ejército francés se desangrara. Asegurando en todo momento una encarnizada resistencia ante la superioridad alemana, Joffre consiguió, sin embargo, limitar los efectivos empleados en la defensa de Verdún y mantener de ese modo el esfuerzo de sus ejércitos en los otros frentes.

Este planteamiento global de la guerra permitió, finalmente, la puesta en marcha de una estrategia diferente a la que Von Falkenhayn habría deseado imponer. Así, en la Conferencia de Chantilly, sede del Cuartel General francés, los aliados decidieron, además de la limitación de los efectivos destinados a la defensa de Verdún, la preparación urgente de una gran ofensiva en el Somme que aliviara la presión germana sobre la «Puerta de Francia». El plan estratégico alemán quedaba, de este modo, totalmente desbaratado. Verdún sería ya sólo una inmensa e inútil carnicería.

A finales de agosto, Von Falkenhayn, perdida la confianza del Káiser, fue sustituido por el tándem Hindenburg-Ludendorff. Mientras, la batalla de desgaste prosiguió sin tregua alguna. Eran ahora los germanos quienes sufrían las consecuencias de la «guerra de usura» que ellos mismos habían provocado. En el bando francés, surgía un nuevo espíritu de iniciativa fomentado por Nivelle y Mangin. Ante sus demandas, Pétain autorizó una ofensiva en un sector limitado.

El otoño había sucedido al verano. Era el momento de organizar un ataque que devolviera al ejército francés su confianza en las acciones ofensivas, el *élan* que se había predicado como virtud fundamental del soldado galo. El día 3 de octubre se inició la preparación artillera mediante un exacto tiro de contrabatería, que continuó metódicamente en los días siguientes. La superioridad aérea, que correspondió a los alemanes en los primeros meses de la batalla, pasó a manos francesas. La ayuda de la aviación fue vital para la localización de las baterías enemigas. Gracias a ella se pusieron fuera de combate un elevado número de piezas artilleras. El 19 de octubre comenzó el bombardeo de las posiciones alemanas de la primera línea. Desde ese día hasta el 24 se lanzaron 500.000 proyectiles del 7,5 y 100.000 del 15,5. El objetivo de la inminente ofensiva tenía una significación simbólica: la reconquista de Douaumont.

Última ofensiva

El día 24, al amparo de un huracán de fuego alimentado por más de 700 piezas y con un sólido apoyo aéreo, 170.000 hombres, entre ellos los integrantes del Cuerpo de Ejército colonial



Goetner



Musée de la Guerre, Paris/Cor. Snark International

A la izquierda, una trinchera alemana en el sector de Vauxaillon. El rostro de los combatientes refleja su cansancio tras interminables jornadas vividas bajo el fuego del enemigo, entre sangre y fango.

Sobre estas líneas, dibujo de J. Adler mostrando a los prisioneros alemanes en el campo de Souilly. Fueron internados allí tras ser capturados en Douaumont, la colina que se convirtió en símbolo de la batalla.

de Mangin como fuerza de choque, se lanzaron al ataque. Amparados en la espesa niebla que cubría el terreno, rompieron el frente alemán y, explotando el factor sorpresa, reconquistaron el fuerte e hicieron 5.000 prisioneros. El triunfo, aunque parcial, fortaleció el espíritu de revancha, vengó la dura afrenta de Douaumont y forzó a los alemanes a evacuar el fuerte de Vaux a principios de noviembre.

Organizada con el fin de mejorar las posiciones en torno a Douaumont, el 15 de diciembre se lanzó la ofensiva que concluiría definitivamente con la batalla de Verdún. Tras una devastadora preparación de artillería realizada sobre 10 km escasos del frente alemán, se produjo la rotura. La irrupción fue incontenible. La operación se saldó con la captura de 11.000 prisioneros y un botín de guerra que comprendía 115 cañones y cientos de morteros y ametralladoras. Después de once terribles meses de lucha, la batalla de Verdún había llegado a su fin.

Trágico balance

La batalla, concluida el 18 de diciembre de 1916, produjo unas 700.000 bajas entre ambos contendientes. Estimaciones dignas de crédito calcularon en 362.000 las francesas y en 332.000 las alemanas. Los dos bandos sufrieron la mayoría de sus pérdidas bajo la brutal intensidad del fuego artillero de preparación. Al librarse los combates en un área de terreno muy reducida, muchos hombres desaparecieron sin dejar rastro, desintegrados por las explosiones o sepultados en el barro. Entre otros horribles detalles de aquella dantesca e inútil matanza, un combatiente explicaba cómo «las granadas desenterraban los cadáveres y luego volvían a enterrarlos despedazados, jugando con ellos como un gato juega con un ratón».

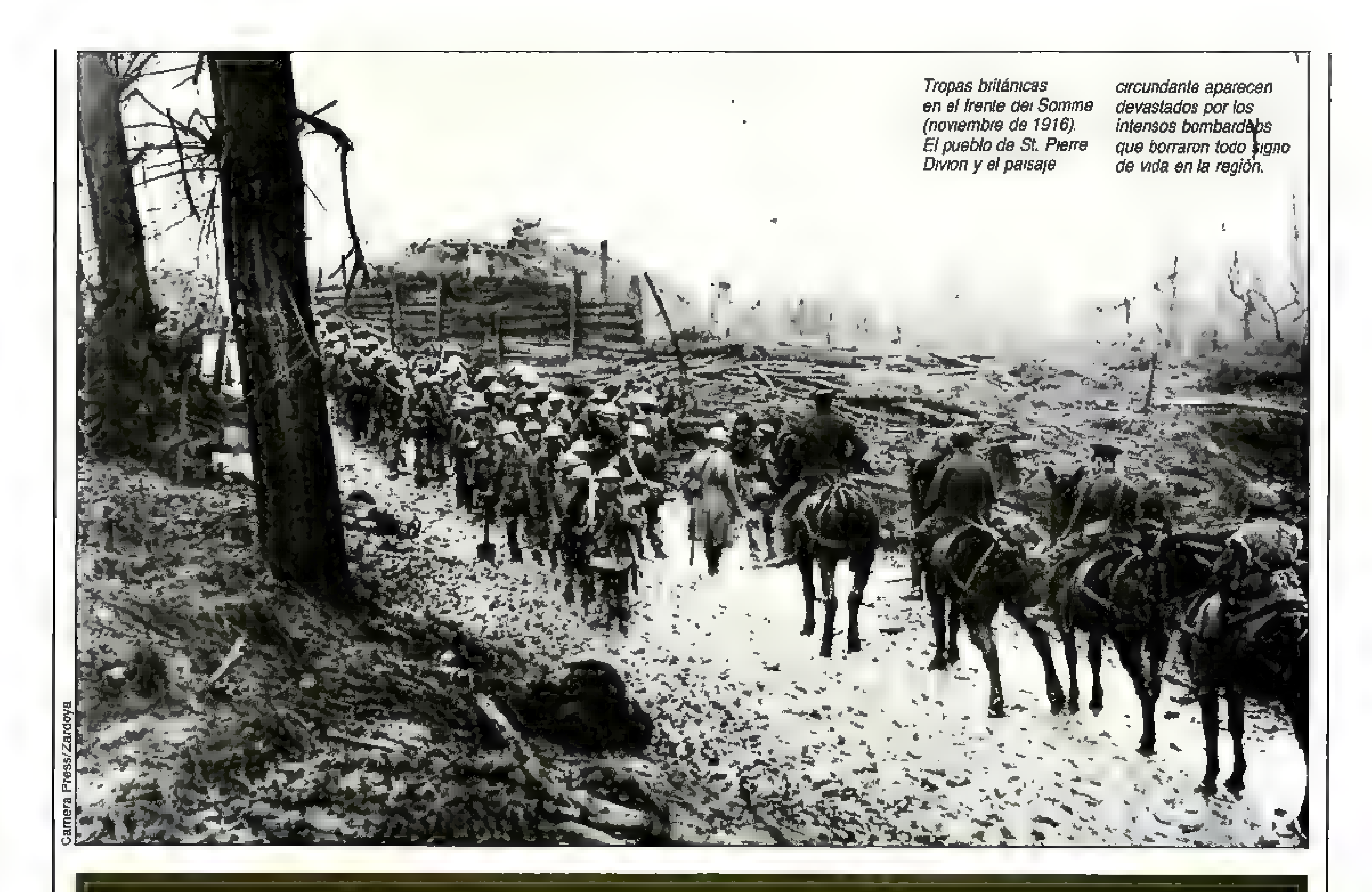
Acabada la guerra, cuando se decidió hacer de Verdún un recinto monumental a la memoria de quienes allí perecieron, se recogió en las excavaciones realizadas una sobrecogedora cantidad de despojos humanos inidentificables. Con todos ellos se creó el osario que contiene los restos de más de cien mil soldados desconocidos.

La derrota tuvo para Alemania dos amargas consecuencias: la alarmante cifra de bajas para una nación que mantenía la guerra en dos frentes y la humillación del orgullo nacional. La superioridad en hombres y, sobre todo, en material no había sido suficiente para doblegar al ejército francés. Francia, por su parte, a pesar de aquella victoria moral que premiaba su ahínco, hubo de pagar un precio absolutamente abrumador en vidas humanas. Consciente de que no podría recuperarse de la sangría de Verdún, comprendió que sólo la entrada de los americanos en la guerra podría inclinar a favor de los aliados la decisión final.

Carne de cañón

Los franceses hubieron de soportar todavía una última y dolorosa consecuencia. Las victorias conseguidas en la última fase de la batalla por el tándem Nivelle-Mangin crearon un ilusorio espejismo: el convencimiento de haber descubierto el hombre y el método. El hombre era Nivelle; el método la *percée*, el golpe irresistible asestado sobre una pequeña fracción del frente que diera paso a la rotura, la irrupción y la victoria. Así, al producirse el relevo de Joffre a comienzos de 1917, el general Nivelle, pasando por encima de otros jefes más calificados, fue ascendido al rango de generalísimo. Desde el mando supremo pudo poner en práctica sus osadas ideas: el terrible descalabro del Chemin des Dames (abril de 1917) demostró desgraciadamente que no era lo mismo golpear sobre una franja reducida de terreno que sobre un frente de gran amplitud.

Aquel sangriento episodio provocó graves amotinamientos en el ejército francés. Unidades enteras se negaron a combatir, hartas ya de ser sólo carne de cañón, de que la vida humana fuera considerada únicamente como un simple factor numérico. Gran parte de aquellos soldados amotinados habían pasado por el horror de Verdún. Su resistencia había llegado al límite. Así se abrió la más grave crisis de disciplina experimentada por el ejército francés en el curso de la guerra.



Camera Press/Zardoya

Tropas británicas en el frente del Somme (noviembre de 1916). El pueblo de St. Pierre Divion y el paisaje circundante aparecen devastados por los intensos bombardeos que borraron todo signo de vida en la región.

La batalla del Somme

El efecto inmediato del asalto a Verdún se hizo notar en la preparación de la ofensiva del Somme. Von Falkenhayn había pretendido desangrar al ejército francés y contener la ofensiva que éste planeaba desencadenar en aquella región. Joffre intuyó la intención de su adversario, por lo que envió el mínimo de refuerzos a Verdún. Con todo, la iniciativa alemana obligó a los franceses a reducir su contribución a la ofensiva de 42 divisiones (marzo de 1916) a tan sólo 22 (mayo), y también se redujo el frente de ataque previsto, que pasó de 70 a 30 km. De esta forma, el peso principal de la operación recayó sobre los británicos, quienes alinearon casi el doble de divisiones que los franceses. El 1 de julio de 1916, 100.000 hombres se lanzaron al asalto después de un largo e intenso bombardeo que duró cerca de seis días. Los objetivos eran Bapaume, Péronne y Nesle. Bajo un intenso calor, la infantería aliada tuvo que subir inclinadas mesetas corriendo y llevando una pesada carga. Se tomaron la primera y segunda posiciones, pero al llegar a la tercera los infantes fueron barridos por las ametralladoras alemanas. Más al sur, las tropas francesas arrebataron a los alemanes 80 km² de fortificaciones, llegando a las puertas de Péronne. Sin embargo, no se pudo profundizar el avance. No obstante ser superados los alemanes en hombres —en una proporción de 6 a 1—, en artillería y en aviación, y de ser sorprendidos por el uso de tanques —que actuaron por primera vez el 15 de septiembre—, los francobritánicos no pasaron de ocupar insignificantes aldeas. Los alemanes habían construido verdaderos fortines subterráneos, que convertían sus defensas en invulnerables. Las tentativas aliadas del 20 de julio y del 3 y el 20 de septiembre fracasaron al igual que las anteriores, aun cuando fueron precedidas de intensos bombardeos que hicieron desaparecer todo signo de vida. Al segundo día de la ofensiva, los británicos habían perdido ya más de 40.000 hombres y sir Douglas Haig, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, no se decidió a interrumpir el ataque; igual testarudez criminal guió al mando francés. Al término de la batalla, el 18 de noviembre, entre la lluvia y el barro quedaron tendidos sin vida los cuerpos de cerca de 400.000 británicos, 200.000 franceses y 600.000 alemanes. Más de 1.200.000 víctimas costó la conquista de 16 km en un frente de 30 km de territorio sin importancia estratégica. El mando británico atribuyó el fracaso a la inexperiencia de sus tropas, aunque las envió nuevamente al sacrificio en sucesivas ocasiones. La obstinación de Douglas Haig no tenía nada que envidiar a la del general Foch, que seguía ejerciendo una gran influencia sobre Joffre. Los británicos dieron por terminada su ofensiva; Joffre dispuso que Micheler reanudase los ataques. Poincaré y Briand estimaron que todo había durado demasiado y relevaron a Joffre del mando. Quince semanas de esfuerzo y una impresionante cantidad de muertos no habían conducido a ningún resultado positivo. El frente seguía estabilizado.

Estados Unidos entra en guerra

La contienda se universaliza

Miguel Ángel Bastenier, periodista

La entrada de Estados Unidos en la guerra europea significó una importante ayuda para las potencias de la Entente y fue un factor decisivo en el esfuerzo final por conseguir la victoria aliada.

En la fotografía, tropas americanas desfilando en Blackpool (Inglaterra), de paso para el teatro de operaciones. Corría el año 1917, y los boys, con su peculiar vestimenta, hacían su aparición en Europa.

El 2 de abril de 1917, el presidente Thomas Woodrow Wilson, que hasta ese momento había sostenido una política de neutralidad ante la guerra europea, anunciaba en el Congreso de su país que Estados Unidos no podía continuar indiferente a la contienda. Se rompía así el tradicional aislacionismo de una nación que durante el siglo XIX se había mantenido al margen de los conflictos de Europa.
A partir de ese momento, el pueblo estadounidense inició una acelerada preparación para una guerra que le cogía por sorpresa.
Y, en poco más de un año, casi un millón y medio de combatientes cruzaron el océano y dieron a la guerra un vuelco decisivo.



F. X. Ratols

Theodore Roosevelt, el primer populista

Theodore «Teddy» Roosevelt, vigésimo sexto presidente de Estados Unidos (1901-1908), fue el gran político populista del cambio de siglo. Nacido en Nueva York en 1858, estudió Derecho en la Universidad de Harvard. Dirigente del sector reformista del Partido Republicano, fue miembro de la Cámara de Representantes de 1882 a 1884, secretario adjunto de Marina en 1897 y gobernador de Nueva York de 1898 a 1900. Dotado de un indudable magnetismo sobre las multitudes, y de un arrojo temerario, obtuvo en 1898 el grado casi honorario de coronel para levantar un cuerpo de jinetes voluntarios con el que combatió en Cuba contra los españoles. Los libros de historia estadounidenses suelen recordar la cabalgata de Roosevelt y sus Rough Riders *hasta la cima de la colina de San Juan, defendida por las tropas españolas. Elegido vicepresidente en la candidatura de William McKinley (1900), asumió la presidencia tras el asesinato de éste (septiembre de 1901), y fue reelegido en 1904.*

Aun siendo republicano, Roosevelt acaudilló una cierta lucha contra el capital monopolista y se presentó siempre a la opinión como un populista social, defensor del individualismo frente a los grandes intereses económicos. En cambio, en el plano internacional practicó una política de intervencionismo imperialista, conocida con el nombre de big stick *(gran garrote). Resultado de esta política fueron las constantes intervenciones de los* marines *en distintos puntos de la geografía latinoamericana.*

Hombre de una madurez mal digerida, quiso desempolvar su grado de coronel para que el presidente Wilson le autorizara a formar un cuerpo de fusileros a caballo, voluntarios, con el que luchar en la Gran Guerra. La oposición de los mandos regulares del ejército norteamericano frustró la probable aquiescencia de Wilson, que no quería exponerse a las críticas mordaces de Roosevelt, para entonces gloria y reliquia nacional. Al no ser elegido candidato republicano en 1912, Roosevelt formó su propio partido, el Progresista, de programa social indistinguible del Demócrata, con lo cual favoreció la victoria de Woodrow Wilson en las elecciones presidenciales de ese año.

Un tanto desengañado de la vida pública, que tanto amaba, se retiró de la política al término de la Primera Guerra Mundial, muriendo en Oyster Bay (Nueva York), en 1919.

Ruptura de la política aislacionista

Al declarar la guerra a Alemania, el 6 de abril de 1917, Estados Unidos adquirió simbólicamente una cierta mayoría de edad y el Viejo Continente entró en un proceso de decadencia del que sólo medio siglo más tarde iba a apercibirse. Ese día, la opinión norteamericana experimentó una conmoción únicamente comparable a la de la declaración de la Guerra de Secesión, en 1861, o a la que años más tarde sufriría con el ataque japonés a Pearl Harbor, en diciembre de 1941. Hasta ese momento, no sólo se consideraba «imposible» que estallara una conflagración entre las grandes potencias al estilo de las guerras napoleónicas del siglo XIX, sino que la opinión nacional no estaba dispuesta a aceptar que aquello tuviera nada que ver con el Nuevo Mundo. Estados Unidos era algo más que aislacionista; no reconocía a Europa como escenario de intereses que le fueran propios, y consideraba a sus habitantes con la benevolencia con que se trata a unos parientes lejanos, queridos sí, pero tan exóticos como incomprensibles, constantemente a la greña, aunque incapaces de hacer algo tan improcedente como iniciar una nueva y general disputa de fronteras.

Y, sin embargo, todo el curso de la política norteamericana de los últimos años había estado encaminado a poner a punto esa inevitable «salida al exterior».

Los gendarmes del Nuevo Mundo

La primera aplicación práctica de la Doctrina Monroe, que proclamaba ya en 1823 la unilateral consigna de «América para los americanos», sin especificar que se refería, naturalmente, sólo a los del Norte, se había producido en 1898 con la guerra contra España. Como resultado de ese conflicto, Cuba se convirtió en un Estado dudosamente independiente, y Puerto Rico y Filipinas en seguras colonias de Estados Unidos. Ese mismo año, Washington anexionó Hawaii, al tiempo que comenzó a interesarse por una lengua de tierra llamada Centroamérica. En 1903, una revuelta apenas maquillada de independentismo local arrebataba a Colombia lo que hoy es el Estado de Panamá, para trazar en su filiforme territorio el canal del mismo nombre. Ese mismo año, una ligera presión sobre Gran Bretaña «convencía» a los canadienses de que aceptaran un determinado trazado fronterizo con Alaska, en las ricas tierras auríferas del Yukon.

Casi diez años después, en 1912, los *marines* norteamericanos desembarcaban en Nicaragua para sofocar una revuelta contra el presidente Adolfo Díaz, hombre afín a los intereses de las compañías norteamericanas en su país. Al año siguiente, el apoyo de Estados Unidos permitió al general Victoriano Huerta deponer al presidente mexicano Francisco Madero, lo que provocó en el país una guerra civil con Emiliano

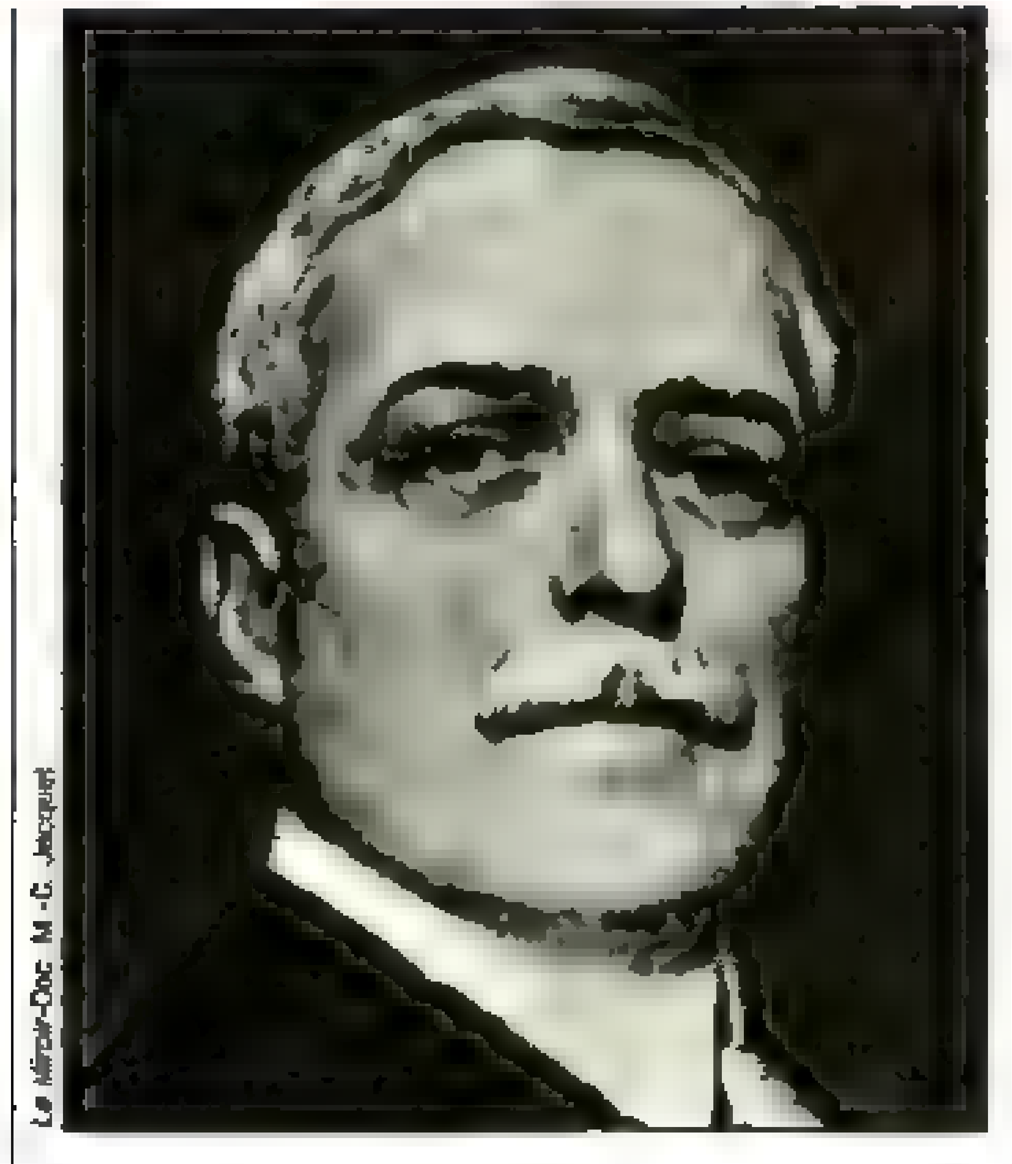

Le Miroir-Doc. M.-C. Jacquet

Zapata y Pancho Villa batallando por su cuenta contra el Gobierno. Una serie de incidentes fronterizos y, sobre todo, la resistencia mexicana a devolver empréstitos a firmas norteamericanas, proporcionaron el pretexto para que una fuerza naval de Washington ocupara durante varios meses el puerto de Veracruz, para resarcirse con el cobro de las tasas aduaneras. La falta de numerario provocó la huida de Huerta y permitió la elección del presidente «casi constitucional» Venustiano Carranza. Casi al mismo tiempo, en enero de 1916, una fuerza regular de 6.000 hombres, al mando del general John Joseph Pershing —que luego mandaría las fuerzas estadounidenses en la Primera Guerra Mundial— se

P. Newark/Fino Foto



Le Miroir-Doc. M.-C. Jacquet



Le Miroir-Doc. M.-C. Jacquet

Sobre estas líneas, el Lusitania, *hundido el 7 de mayo de 1915 por el* U-20, *submarino alemán que lo confundió con otro paquebote aliado utilizado para el transporte de tropas. Esta agresión ocurrida en la costa sur de Irlanda, que costó la vida a doscientos pasajeros, entre ellos ciento veintiocho ciudadanos americanos, enervó a la opinión pública norteamericana y fue un golpe decisivo para que Estados Unidos adoptase una postura beligerante en la guerra, poniendo fin a una ya insostenible neutralidad*

Abajo, protagonistas de la ruptura diplomática entre Washington y Berlín, ocurrida en febrero de 1917. A la izquierda, el conde Bernstorff, embajador del káiser en Estados Unidos; en el centro, el embajador Gérard, representante norteamericano en la capital alemana; a la derecha, Robert Lansing, secretario de Estado norteamericano para Asuntos Extranjeros y uno de los más destacados consejeros del presidente Wilson en lo relativo a temas de política exterior

adentraba más de 500 km en territorio mexicano. Su misión oficial era perseguir a Pancho Villa, pero, en realidad, se trataba de un «voto de castigo» a la presidencia de Carranza. La evacuación se produjo en febrero de 1917, ya en plena Gran Guerra. No obstante, esto no significaba un cambio en la política norteamericana, puesto que, desde 1915, los *marines* se encontraban instalados en Haití y en la República Dominicana, siempre para garantizar intereses financieros y «restablecer» un orden que, posiblemente, jamás había sido establecido.

Esta política, conocida en la época como «la diplomacia del dólar» o *big stick* (gran garrote), cuyo gran artífice había sido el presidente republicano Theodore Roosevelt, llevaba inexorablemente a Estados Unidos a la defensa de unas fronteras económicas que, pronto se demostraría, pasaban por los campos de batalla del Marne y de Verdún.

Una opinión dividida

Ante el estallido de la lucha en Europa la opinión norteamericana se había dividido con el entusiasmo propio del espectador a resguardo. La población de origen anglosajón, los círculos liberales del Este, tendían a apoyar a Gran Bretaña, y pronto comenzaron a presentarse los voluntarios que, a través del Dominion de Canadá, se alistaban en el ejército británico. Así se formaron la Escuadrilla Aérea Lafayette, que sirvió en Francia, y el Cuerpo Auxiliar de Camilleros, que llevó a los primeros norteamericanos a zonas de combate mucho antes de que su país pensara en intervenir de manera más directa. De la misma forma, el norteamericano del interior, el de las grandes extensiones agrícolas y ganaderas, veía la lucha como algo mucho más distante, y la presencia de un fuerte núcleo de emigrantes de origen alemán solía inclinar sus simpatías hacia los Imperios Centrales. Finalmente, la importante minoría de procedencia irlandesa, sin ser abiertamente proalemana, pesaba decisivamente para impedir a cualquier gobierno una intimidad prebélica demasiado evidente con Londres. Pero, unos y otros, cualesquiera que fue-

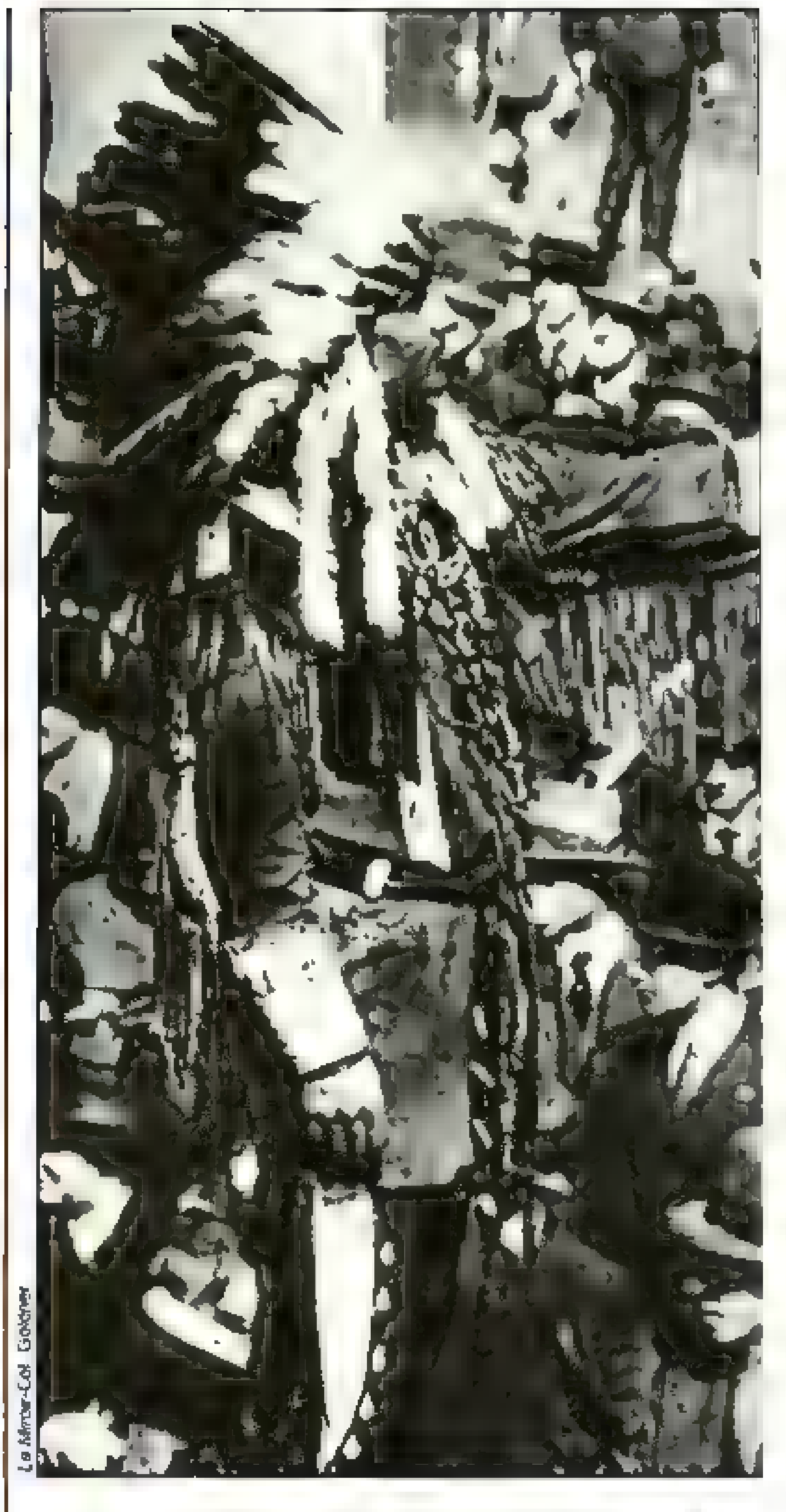
Woodrow Wilson, presidente predicador

Thomas Woodrow Wilson fue un hombre con considerables intuiciones sobre la época que le había tocado vivir y con una instintiva repugnancia a lo que sus tiempos parecían exigirle. En sus conocidos 14 puntos planteó un programa de reconciliación para conseguir la paz en Europa y diseñó un principio de reconocimiento de la importancia que allí tendrían los hechos nacionales durante la primera mitad del siglo XX. Fue un hombre valeroso, que no temía ir contra corriente y al que no le faltaba la cautela de la operación a largo plazo, pero, a diferencia de su gran contrafigura, «Teddy» Roosevelt, odiaba los «baños de multitud» propios de una presidencia que había que acercar cada día más al pueblo. Poseía un agudo sentido del humor, con frecuencia autoflagelante, que, sin embargo, sólo exhibía ante los íntimos, y éstos apenas trascendían su entorno familiar. Prefería la persuasión a los golpes sobre la mesa, y durante sus ocho años de mandato presidencial, entre 1912 y 1920, prefirió permanecer distante incluso de sus principales colaboradores. Amaba a los hombres en silencio, y a las ideas en público, y no al revés, y su tendencia a refugiarse en generalidades irritaba sobremanera a sus pares, como el «tigre Clemenceau», jefe del Gobierno francés con el que hubo de «batallar» los términos de la paz de Versalles impuestos a Alemania.

Su más caro proyecto, el de la creación de una Sociedad de Naciones que preservara la paz en el futuro, hubo de realizarse sin el concurso de Estados Unidos, ante la negativa de las cámaras a dar luz verde a una iniciativa casi de liderazgo mundial para un país que prefería vivir en un espléndido y siempre relativo aislamiento.

Wilson, con toda su carga de predicador de verdades abstractas, resultó incómodo para un tiempo que, con su desorden y conflicto mundial, le resultó también incómodo de vivir. El que fue presidente demócrata, de la facción liberal aunque como buen caballero del Sur disciplinadamente racista, nació en Staunton (Virginia), en 1856. Fue profesor de Princeton, donde se distinguió como jugador de rugby y luego como entrenador de este deporte. Murió en 1924, cinco años después de haber recibido el premio Nobel de la paz; magro consuelo para quien había tenido que llevar a su país a la primera gran guerra de la historia de la humanidad.


La Vérité-Doc. M.-C. Jacquet

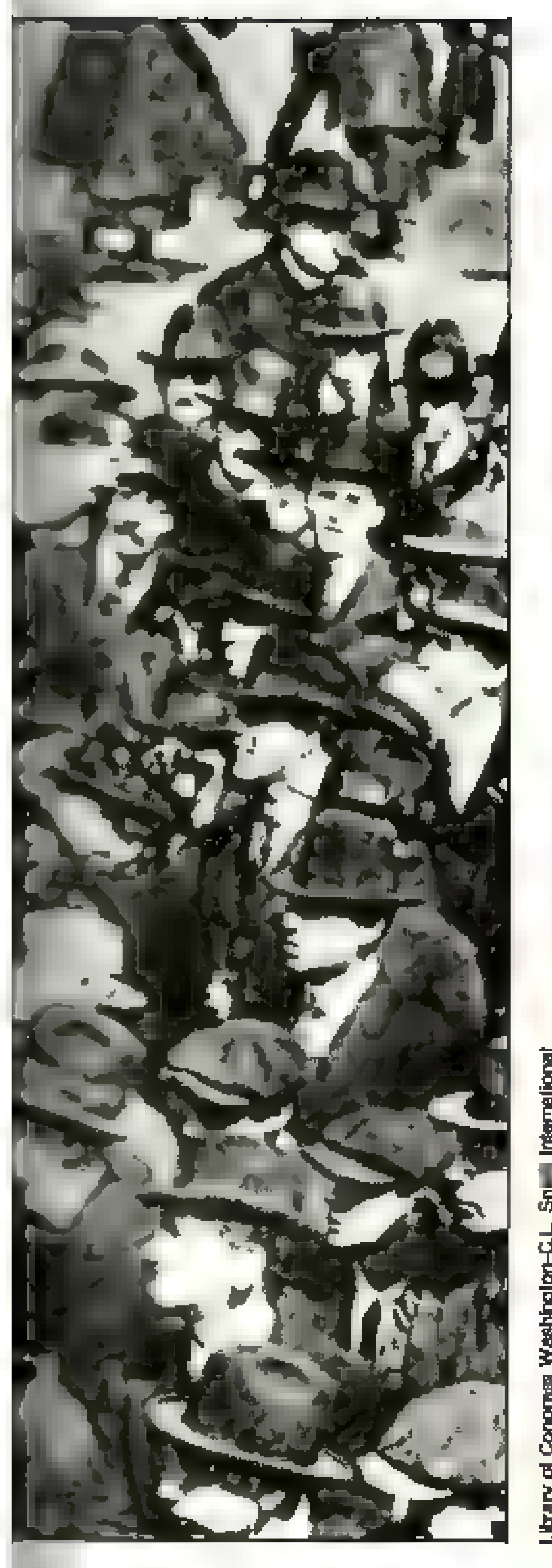

La Mirror-Col. Goldner

ran sus simpatías hacia los beligerantes, estaban de acuerdo con el *establishment* presidencial, según el cual la guerra era un asunto intraeuropeo; casi una querella sangrienta, familiar y dinástica entre monarcas que eran todos primos entre sí, pero que se peleaban fútilmente por unas tierras, algo que los afortunados norteamericanos tenían en abundancia

Sumamente reveladora de la mentalidad del americano medio de la época fue la iniciativa del magnate del automóvil, Henry Ford (1863-1947), quien fletó un «barco de la paz», cargado de predicadores, pacifistas y excéntricos en general, para visitar los principales puertos de los países en guerra con el objeto de «sacar a los chicos de las trincheras antes de Navidad». Era el otoño de 1914 y Estados Unidos seguía viviendo a resguardo de sus propias fronteras.

La presidencia de Wilson

Thomas Woodrow Wilson, representante del Partido Demócrata, había asumido la presidencia en 1913, al derrotar en las elecciones al republicano Willam Howard Taft y al candidato del Partido Progresista, Theodore





Library of Congress Washington-C.L. Snell International

Razones para una guerra

«Yo no he pensado, en ningún momento, en las pérdidas materiales, que son inmensas, sino solamente en la destrucción total e intencionada de no combatientes, hombres, mujeres y niños, entregados a sus ocupaciones, que incluso en los períodos más sombríos de la historia moderna habían sido siempre legítimamente juzgados. Los bienes perdidos pueden ser repuestos, pero no la vida de seres pacíficos e indefensos. La guerra submarina de Alemania contra el comercio es una guerra contra la humanidad, es una guerra contra todas las naciones. Barcos americanos han sido hundidos, vidas americanas se han perdido en circunstancias que nos han conmovido violentamente; de la misma manera, otras naves y otros ciudadanos de naciones neutrales y amigas han sido hundidos y precipitados al fondo del mar. No ha habido en esto distinción alguna: el desafío ha sido lanzado a toda la humanidad»

(FUENTE: Discurso de Woodrow Wilson en el Congreso de Estados Unidos, 2 de abril de 1917.)

En ambas páginas, el jefe piel roja «Águila Caballo» exhorta a los jóvenes americanos a enrolarse para la guerra europea.

En esta página, arriba, el popular Tío Sam invita a los americanos a alistarse al Ejército; abajo, primera página del New York Times al día siguiente de la ruptura de hostilidades contra Alemania.

The New York Times.

HOUSE, AT 3:15 A.M., VOTES FOR WAR, 373 TO 50;
$3,000,000,000 ASKED FOR ARMY OF 1,000,000;
NATION'S GIGANTIC RESOURCES MOBILIZED

Archivo Orbis

Roosevelt. Apenas estalló la guerra, Wilson se apresuró a proclamar la neutralidad de Estados Unidos. En un mensaje enviado al Senado el 18 de agosto, dijo: «Debemos ser neutrales tanto de hecho como de palabra... Debemos ser imparciales tanto de pensamiento como de obra; hemos de poner sordina a nuestros sentimientos...» Pese a estos sinceros propósitos de neutralidad, muy pronto la posición norteamericana dejó de ser imparcial, debido a los intereses económicos que hacían de Estados Unidos el principal abastecedor y acreedor de los aliados. Este factor de índole económica, sumado a la guerra submarina, que aspiraba a convertir el Atlántico en un lago alemán, llevó a Wilson a escoger el sendero de la guerra

En el invierno de 1914-15 se hicieron evidentes dos cosas: que la guerra no duraría unos pocos meses, como se había pensado al estallar el conflicto, y que para que los contendientes pudieran seguir luchando hacía falta una concentración de material, tanto bélico como de aprovisionamiento en general, como jamás se había atesorado en la historia de las guerras. En noviembre de 1914, representantes de la banca privada norteamericana comenzaban a negociar con Londres la financiación de las compras militares y civiles de los aliados en Estados Unidos. Desde comienzos de 1915, la afluencia de pedidos de todas clases comenzó a reflotar la economía norteamericana, que había pasado en 1914 por una fuerte recesión. Y ese flujo de negocios únicamente podía anudarse con los países de la Entente (Gran Bretaña, Francia, Rusia, Bélgica y Servia), no sólo por posibles afinidades históricas, sino también por la irrebatible circunstancia de que el bloqueo naval impuesto por Gran Bretaña a los puertos alemanes dejaba a éstos fuera del alcance del comercio norteamericano. De esta forma se iba anudando una comunidad de intereses entre los aliados y Estados Unidos que haría inevitable la intervención. Desde el primer empréstito de 500 millones de dólares, concedido por Washington a los beligerantes en 1915, el endeudamiento de los aliados no había cesado de multiplicarse. Sin embargo, no hay que suponer que las finanzas fueran el factor primordial que llevó a Estados Unidos a la guerra, ya que la situación de estancamiento de la lucha también resultaba conveniente para sus intereses. La guerra submarina sería el principal factor desencadenante.



La guerra submarina

Para los alemanes, el submarino era el arma indicada para impedir que los lazos económicos entre Estados Unidos y los miembros de la Entente desnivelaran la guerra económica en su contra. Los sumergibles tenían como misión reducir por hambre a los británicos, cuyas reservas alimentarias eran escasas. Para ello, debían hundir todos los barcos mercantes que se acercaran a la isla, en especial los procedentes de Estados Unidos. Hasta 1915, los submarinos habían limitado sus objetivos a los buques de guerra enemigos, pero el 4 de febrero de ese año el káiser Guillermo anunciaba que todas las aguas en torno a las Islas Británicas se considerarían zona de guerra, en la que cualquier mercante de los países neutrales podía ser hundido.

El 10 de febrero, el presidente Wilson advirtió a Berlín que su país «llevaría una estricta contabilidad de las responsabilidades» si se producían pérdidas de vidas o bienes norteamericanos en el endurecimiento de la guerra sub-

Arriba, a la izquierda, llegada a Francia del vapor Antilas con parte del primer destacamento de soldados americanos

A la izquierda de estas líneas, desfile militar en la Quinta Avenida de Nueva York, pocos días después de la declaración de guerra.

En la página siguiente, soldados americanos momentos antes de pisar suelo francés. En un plazo de sólo quince meses fue preciso movilizar, instruir y equipar cientos de miles de combatientes cuya intervención garantizó, a partir de febrero de 1918, la victoria final.

© Illustration-C. L. Goldner

marina. El 7 de mayo de 1915, un sumergible alemán hundió el transat lántico *Lusitania* cerca de la costa de Irlanda, con la pérdida de 1.100 pasajeros, de los cuales 128 eran súbditos norteamericanos. La única «justificación» para este acto era que el buque transportaba suministros a los aliados, y Alemania había advertido públicamente que atacaría al paquebote. Sin embargo, Wilson parecía creer que la neutralidad seguía siendo necesaria.

Nunca se sabrá hasta qué punto influyó en Wilson el convencimiento de que la opinión de su país no estaba todavía madura para la lucha, a la vista de las elecciones presidenciales del otoño de 1916, en contraposición a su genuino deseo de que los aliados lograran la victoria. Difícilmente aclarará la investigación histórica si Wilson se rindió a la inevitabilidad de la guerra, o si creyó en ella desde un principio, pero no descubrió sus cartas hasta que el clamor belicista fue casi general. Lo cierto es que desde 1915 se venía alentando desde el poder lo que entonces se llamaba un «estado general de preparación para la guerra», que se justificaba hablando únicamente de ella con carácter defensivo. Así, aquel año se habían iniciado unos cursillos intensivos para futuros oficiales en la localidad de Plattburgh, por donde pasaron 1.200 voluntarios que constituirían la espina dorsal del futuro Ejército expedicionario. Lo notable del caso es que la iniciativa era enteramente privada y los «afiliados» se costeaban el uniforme y la manutención, sin que el Gobierno hiciera otra cosa que guiñar aprobadoramente el ojo. Pronto se multiplicaron los «Plattburgh», y la opinión pública empezó a entender con ellos que entre la guerra defensiva y la guerra propiamente dicha sólo había una delicada operación de cirugía semántica.

La última tentativa de paz

Agotado su primer mandato, Wilson se presentó a la reelección con un programa que continuaba basado en la necesidad de mantener a Estados Unidos fuera de la contienda europea



Abajo, el Spad XIII, avión de combate de fabricación francesa utilizado por los pilotos americanos. Se distinguió como uno de los cazas más efectivos de los aliados y con él voló el célebre Eddie Rickenbacker, uno de los ases de las Fuerzas Aéreas estadounidenses.

Archivo Urbis

Los 14 puntos

El programa de paz enunciado en 14 puntos por el presidente norteamericano Woodrow Wilson el 8 de enero de 1918 era, en resumen, el siguiente:

1. Tratados de paz públicos y discusiones públicas. No se suscribirán convenios internacionales secretos y la diplomacia obrará a la vista de todos.

2. Libertad absoluta de navegación comercial en tiempo de paz y de guerra.

3. Supresión de todos los obstáculos para el comercio internacional.

4. Garantías de que el programa de armamentos nacionales será reducido hasta el mínimo compatible con la seguridad del Estado.

5. Solución libre, sincera e imparcial de todas las diferencias coloniales, basada en la observancia estricta del principio de que en el arreglo de todas las cuestiones relativas a la soberanía, los intereses de las poblaciones deben tener el mismo peso que las justas reivindicaciones de los gobiernos, cuyos derechos deben estar bien definidos.

6. Alemania deberá evacuar todos los territorios que ha ocupado. Regulación de todas las cuestiones que afectan a Rusia, de tal modo que se asegure a ésta la colaboración más completa y libre de las otras naciones en el reconocimiento de la posibilidad de adoptar acuerdos soberanos sobre su propio desarrollo económico y su política nacional.

7. Evacuación y restablecimiento de la soberanía belga.

8. Devolución a Francia de Alsacia y Lorena; evacuación y devolución de las restantes regiones francesas ocupadas.

9. Rectificación de las fronteras de Italia, sobre la base de fronteras nacionales claramente delimitadas.

10. Reconocimiento de la autonomía de los pueblos que integran Austria-Hungría.

11. Evacuación alemana de Rumania, Servia y Montenegro; Servia tendrá garantizada una salida libre y segura al mar.

12. Autonomía para los pueblos del Imperio otomano, los Dardanelos quedarán abiertos a los navíos de todos los países.

13. Creación de una Polonia independiente con salida al mar, e incorporación a la misma de los territorios de población polaca.

14. Debe fundarse una Sociedad de Naciones provista de un estatuto especial, al objeto de crear una garantía mutua de independencia política e integridad territorial tanto de los Estados grandes como de los pequeños.





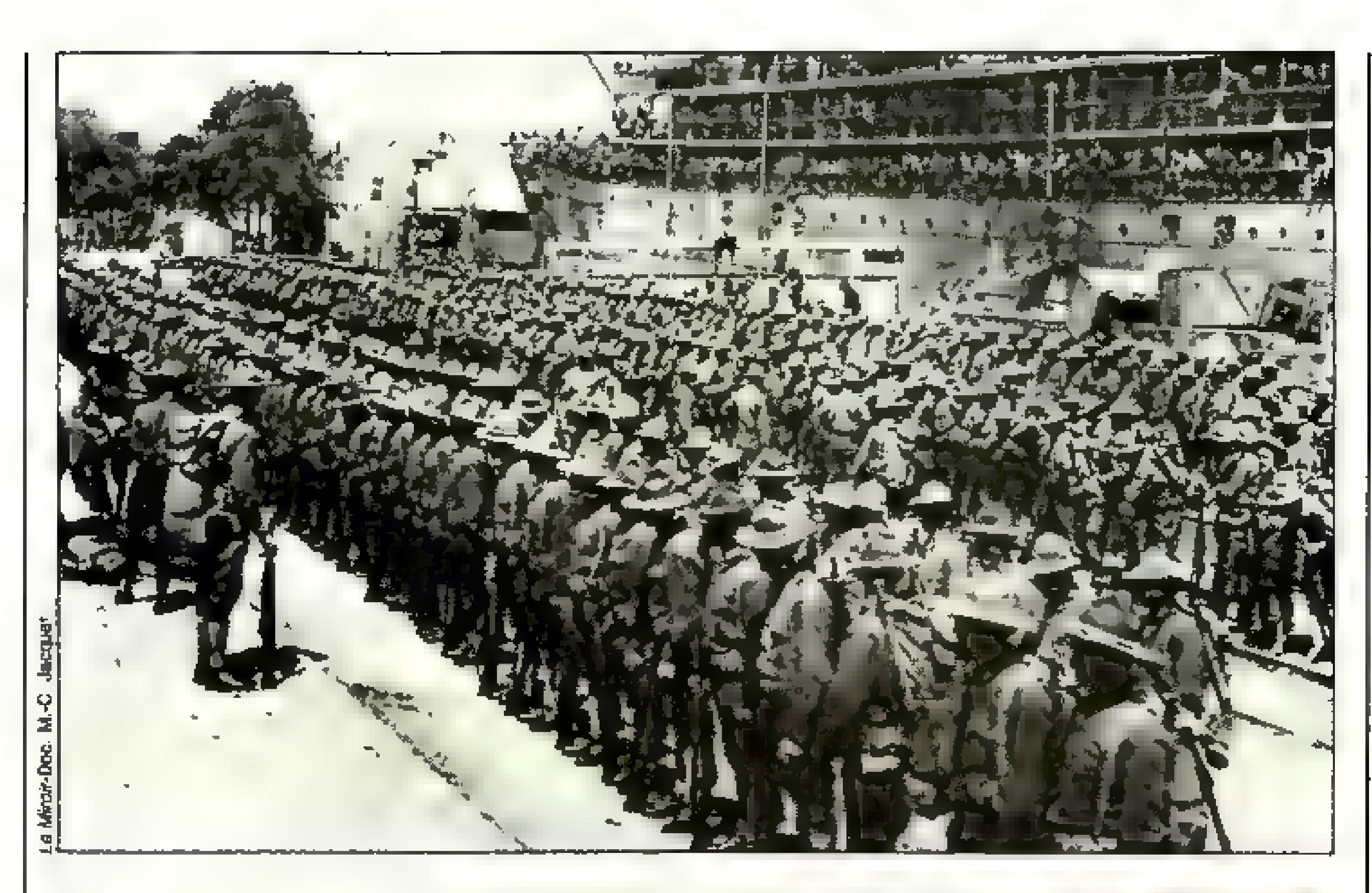
Después de obtener el respaldo de las urnas, tras una reñida lucha electoral con el republicano Charles Evand Hoghes, el presidente se lanzó a su última gran ofensiva para la paz. El 18 de diciembre de 1916 formuló una declaración en la que pedía a los beligerantes que precisaran sus objetivos de guerra. El primero en hacerlo fue el *premier* británico David Lloyd George (1863-1945), quien respondió que los objetivos de su país eran la evacuación alemana de los territorios ocupados en Francia, Bélgica y Rusia, reparaciones económicas y garantías de paz para el futuro. Por su parte, el canciller alemán Theobald von Bethman Hollweg (1856-1921), que durante el verano de 1915 había logrado que sus generales cesaran los ataques a buques de pasajeros de los países neutrales, no se atrevía a anunciar que el ejército alemán exigía la retención de sus conquistas en el este y rectificaciones de frontera en el oeste, además de reparaciones de guerra. Su objetivo era que Estados Unidos convocara una conferencia de paz a la que los aliados no se pudieran negar a acudir, y que en ella se negociara sobre el *status* existente, que daba ventaja a Alemania

La imposibilidad de conciliar posiciones llevó a Wilson a formular un mensaje al Congreso, el 22 de enero de 1917, en el que pedía una paz sin vencedores ni vencidos, sin anexiones ni reparaciones, que fue tácitamente rechazado por Alemania mediante el anuncio, el día 31 de ese mismo mes, de que se reanudaba la guerra submarina sin restricciones. Los éxitos alemanes en el frente del este, que habían sacado a Rumania del bando aliado, daban la máxima confianza en la victoria a los generales del Káiser. Se trataba de «parar» a Estados Unidos con los submarinos mientras se acababa de ganar la guerra en Francia.

A la vista de los acontecimientos, el 3 de febrero Washington rompió relaciones con Alemania y, con su estilo característico, Wilson hizo una pausa, a la espera de que los acontecimientos le sirvieran en bandeja la oportunidad para actuar. Tal oportunidad se produjo ese mismo mes con la publicación en Londres de un supuesto telegrama de Berlín a su embajador en México, en el que se solicitaba una alianza con este país para atacar a Estados Unidos desde el sur, pacto que debería incluir a Japón, favorable a los aliados, con el señuelo de la conquista de Hawaii. La autenticidad del telegrama nunca ha sido suficientemente probada, pero, a mediados de los años 70, el *New York Times* publicó unos documentos secretos alemanes, en apariencia fidedignos, que establecían que Berlín había encargado un estudio a la Marina sobre la viabilidad de un desembarco en la costa norteamericana del Caribe, que contaría con el apoyo de las tropas mexicanas. Tal era el escaso respeto que el rearme de Estados Unidos producía en Alemania.

La declaración de guerra

El 2 de abril, el Congreso, convocado por Wilson para una sesión especial, escuchaba al presidente decir que la



Le Miroir-Doc. M.-C. Jacquet



Le Miroir-Doc. M.-C. Jacquet

En la página anterior, arriba, una bella parisina ofrece un ramo de flores a un joven estadounidense durante un desfile militar en la capital francesa; abajo, soldados de una división americana reciben la bienvenida a Francia. Poco después los boys mostrarían su valor en el combate

En esta página, arriba, desembarco de uno de los primeros contingentes de soldados americanos en un puerto de Francia; abajo, descarga del material en los muelles tras el desembarco de los hombres: más tarde sería reagrupado y almacenado en un primer depósito militar

«neutralidad ya no era viable». Cuatro días después, Wilson firmaba la declaración de guerra a Alemania, cuando ésta todavía creía que tenía tiempo para vencer sobre el terreno antes de que los *boys* aparecieran en el continente.

Lo cierto es que, durante más de un año, el único esfuerzo de guerra norteamericano se produjo en el mar y en el aire. El envío de una flotilla de destructores y torpederos a Cobh, en Irlanda, y posteriormente a Brest, en Francia, contribuyó a que diera resultado la táctica impulsada por Washington de organizar la travesía del Atlántico en convoys con escolta. A partir de ese momento, las pérdidas provocadas por la guerra submarina decrecieron rápidamente. Ya a comienzos de 1918, un contingente de 120 torpederos antisubmarinos apareció en aguas del Canal de la Mancha, y, aunque su efectividad en la destrucción de los sumergibles fue muy inferior a la de los buques británicos, ese año los mercantes aliados lograron «pasar» una media de 300.000 Tm mensuales de suministros al continente. De esta forma, las pérdidas de transportes y buques de guerra por la acción de los submarinos se veían más que compensadas por el esfuerzo industrial de la Entente y el de Estados Unidos.

En el aire, la contribución norteamericana, con sólo unas docenas de hidroaviones al comienzo de la lucha, fue insignificante para un arma todavía artesanal que se empleaba casi únicamente en misiones de reconocimiento. Pese a ello, la Gran Guerra sirvió de excelente banco de pruebas, y en 1919 Estados Unidos tenía más de 13.000 aviones de combate, de los que casi 4.000 habían «visitado» escenarios bélicos.

Estados Unidos había entrado en la guerra, pero lo había hecho con singulares prevenciones. No se había constituido formalmente en «aliado» de la Entente, sino únicamente en potencia «asociada» en la lucha, y aunque finalmente Washington declaró la guerra a Austria-Hungría, aliada de Alemania, en diciembre de 1917, jamás llegó a hacer lo propio contra Bulgaria y Turquía, las otras dos potencias aliadas de los Imperios Centrales.

Los 14 puntos

En esas circunstancias se entiende que Wilson sintiera la necesidad de una «carta constitucional» que legitimara la entrada efectiva en combate. Lo que tranquilizó su conciencia fueron los famosos 14 puntos que llevan su nombre, dados a conocer el 8 de enero de 1918. Su reivindicación del principio de autodeterminación para las nacionalidades europeas y su propuesta para una futura paz democrática, justa y universal, sirvió para convencer a la opinión pública, que aún no «veía» a sus soldados luchando en ultramar, de que aquel era un sacrificio inevitable. Georges Clemenceau, el primer ministro francés, poco entusiasta del presidente norteamericano, exclamó al conocer la «carta» de Wilson: «¿Catorce? ¡Incluso Dios, nuestro Señor, sólo tenía diez!»

Sin embargo, la necesidad y la oportunidad de entrar en combate llegarían en la primavera de 1918. Los alemanes habían reanudado la ofensiva en Francia, hundiendo las líneas francobritánicas en dirección a París; en noviembre de 1917, la Revolución rusa había cerrado un importante frente militar, y el 1 de diciembre, los soviéticos se retiraban formalmente de la contienda, dejando en libertad a las divisiones alemanas para concentrarse en el frente occidental. Con la derrota de Italia frente a Austria en la batalla de Caporetto, también a fines de 1917, las perspectivas de los aliados eran peores que en ningún otro momento de la guerra. Para entonces había unos 180.000 soldados norteamericanos en Francia, pero necesitaban un período de adiestramiento de ocho meses y debían ser dotados de artillería y carros de combate. De estos grandes contingentes, tan sólo dos divisiones, fraccionadas en pequeñas unidades bajo mando aliado, habían tomado parte en la contienda. A partir de entonces, la «carrera del Atlántico» se convirtió en una prioridad del mando francobritánico y, para finales de 1918, la formi-

Pershing

John Joseph Pershing fue el primer gran militar norteamericano de las «guerras exteriores». Hasta fines del siglo XIX, las armas de Estados Unidos se habían ilustrado únicamente en guerras interiores: contra los indios y en la Guerra de Secesión.

Pershing, nacido en Linn County, en 1860, llegó a participar como teniente recién salido de West Point en las últimas escaramuzas contra los apaches, en las zonas fronterizas con México. Sin embargo, su «puesta de largo» militar se produciría, a diferencia de sus gloriosos antecesores, en escenarios internacionales. Así, Pershing luchó contra los españoles en Cuba (1898), contra los rebeldes filipinos que no aceptaban la tutela norteamericana (entre 1899 y 1913) y estuvo al mando de las tropas que invadieron México (1916) para castigar las correrías de Pancho Villa contra los poblados fronterizos norteamericanos. Con sus fuerzas llegó en una audaz cabalgada hasta las puertas de Ciudad de México y arrolló la heroica defensa de los cadetes mexicanos de la Academia de Chapultepec. El reconocimiento norteamericano del presidente Venustiano Carranza le obligó a volver grupas en abril de 1917. Para entonces, su gloria futura estaba escrita como comandante en jefe de las tropas norteamericanas que lucharon en la Gran Guerra. Uno de sus subordinados era el coronel Douglas MacArthur, jefe de Estado Mayor de una de las divisiones enviadas a Francia.

Pershing fue un militar impulsivo, que soportó mal el mando conjunto francobritánico. Sus reflejos fueron un tanto torpes en su gran oportunidad, la batalla de St. Mihiel, en la que un ejército de casi 200.000 norteamericanos luchó por primera vez en solitario contra los alemanes, sin que, en parte por las órdenes superiores del mando francés, pudiera llevar a cabo la operación soñada: avanzar hacia el corazón de la defensa germana. En 1924 se retiró del Ejército y murió en 1948, cuando contaba 88 años.


EFE

En esta página, el general John J. Pershing, comandante en jefe del Cuerpo expedicionario americano en Francia.

En la página siguiente, arriba, unidad de infantería americana dirigiéndose a una posición de retaguardia en otoño de 1917; en el centro y abajo, carros de combate y camiones americanos en la bolsa de St. Mihiel; a la derecha, Foch en compañía de Pershing.

dable y aún desconocida potencia norteamericana había creado un ejército de 4 millones de hombres, de los que 1.300.000 habían participado en la lucha.

La típica división americana, que llegaba a Europa en unidades integradas y con mando propio, contaba con unos 27.000 hombres, el doble que las alemanas o las de sus propios aliados. Sin embargo estaba equipada únicamente con fusiles y ametralladoras, hasta el extremo de que incluso para los modestos cañones de campaña del 75 tenía que contar con el suministro francés. Eso explica que John J. Pershing, conocido como «Jack el Negro», consintiera la integración de sus tropas en unidades a las órdenes del mariscal francés Foch o del jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, Douglas Haig. Por otra parte, ese carácter relativamente subordinado del ejército norteamericano no se perdió nunca, y los aliados vieron inicialmente en el soldado del otro lado del Atlántico un gran pedazo de carne que arrojar a la lucha para ganar tiempo y preparar la contraofensiva final. A pesar de todo, el hecho de que en marzo de 1918 las 207 divisiones germanas que se enfrentaban a las 173 aliadas —de las que sólo 9 eran norteamericanas— iniciaran una nueva fase de la guerra de movimiento, en contraste con la extenuante guerra de trincheras, que había durado cuatro años, dio una oportunidad a los bisoños infantes estadounidenses de participar más directamente en la lucha. Aquella estrategia era mucho más apta para los soldados de John Pershing que la de enterrarse vivo en las trincheras de Verdún o Ypres.

Entrar en combate

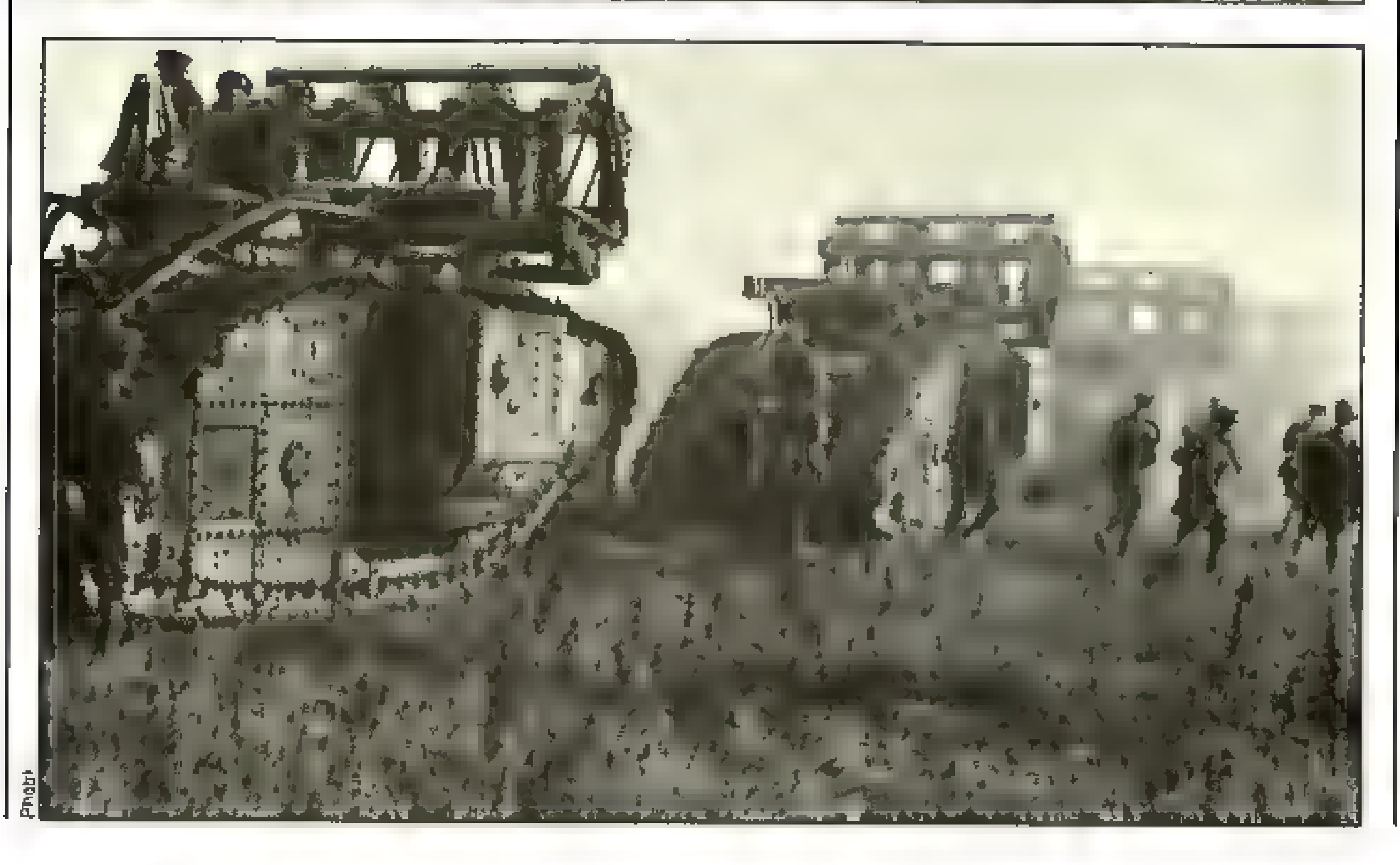
Entre marzo y agosto, las fuerzas norteamericanas lucharon allí donde más falta hacían, ya que carecían de un segmento de frente propio. Siempre bajo órdenes superiores francobritánicas, se distinguieron en la contraofensiva de Montdidier y Soissons. El 15 de julio dio comienzo en Champaña el último gran esfuerzo de guerra alemán, que fue rechazado por los aliados, quienes tres días después infligieron una grave derrota a los ejércitos de Ludendorff. Cuando, el 8 de agosto, las fuerzas de Foch desencadenaron una gran ofensiva, las líneas alemanas tu-



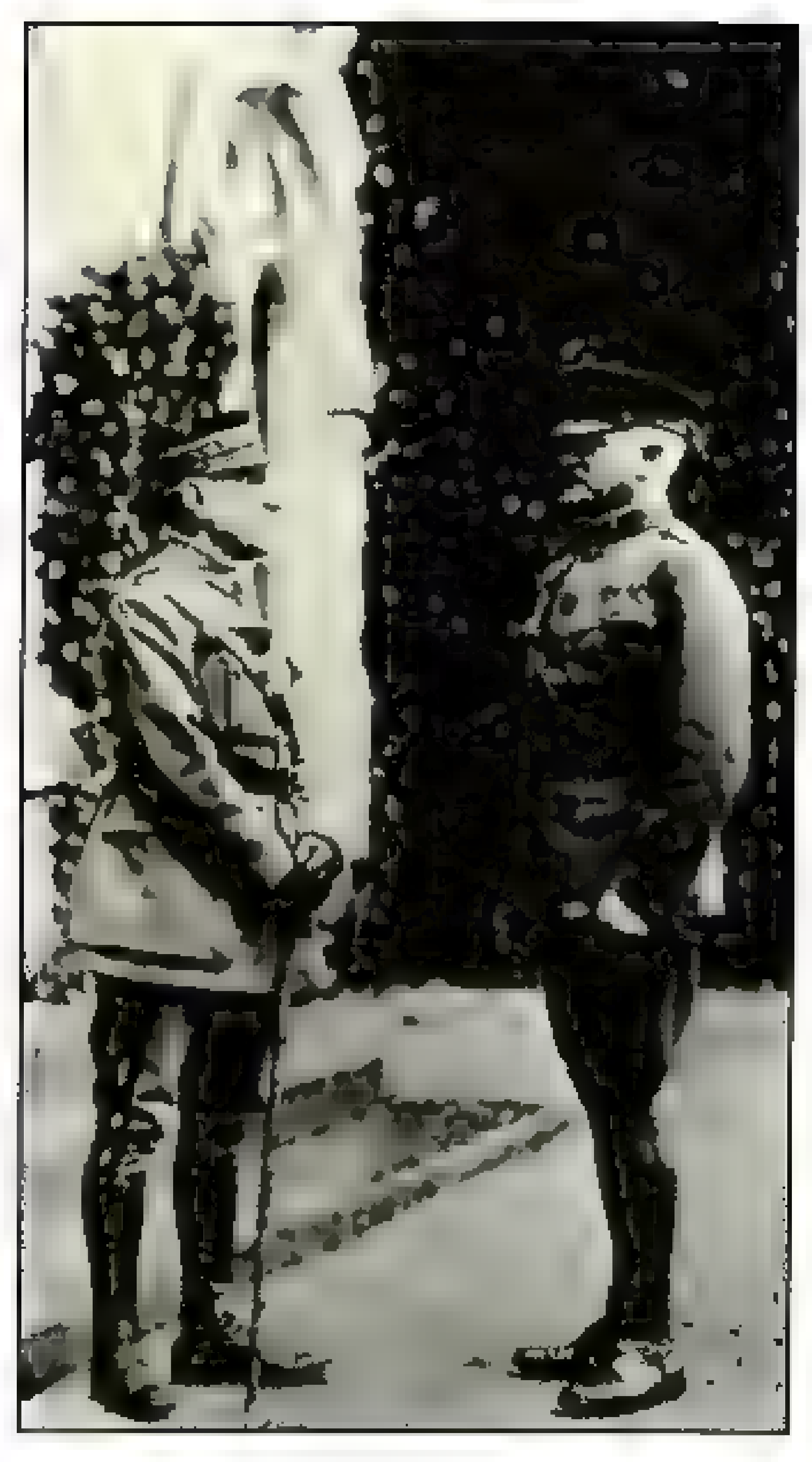
Photri



Photri



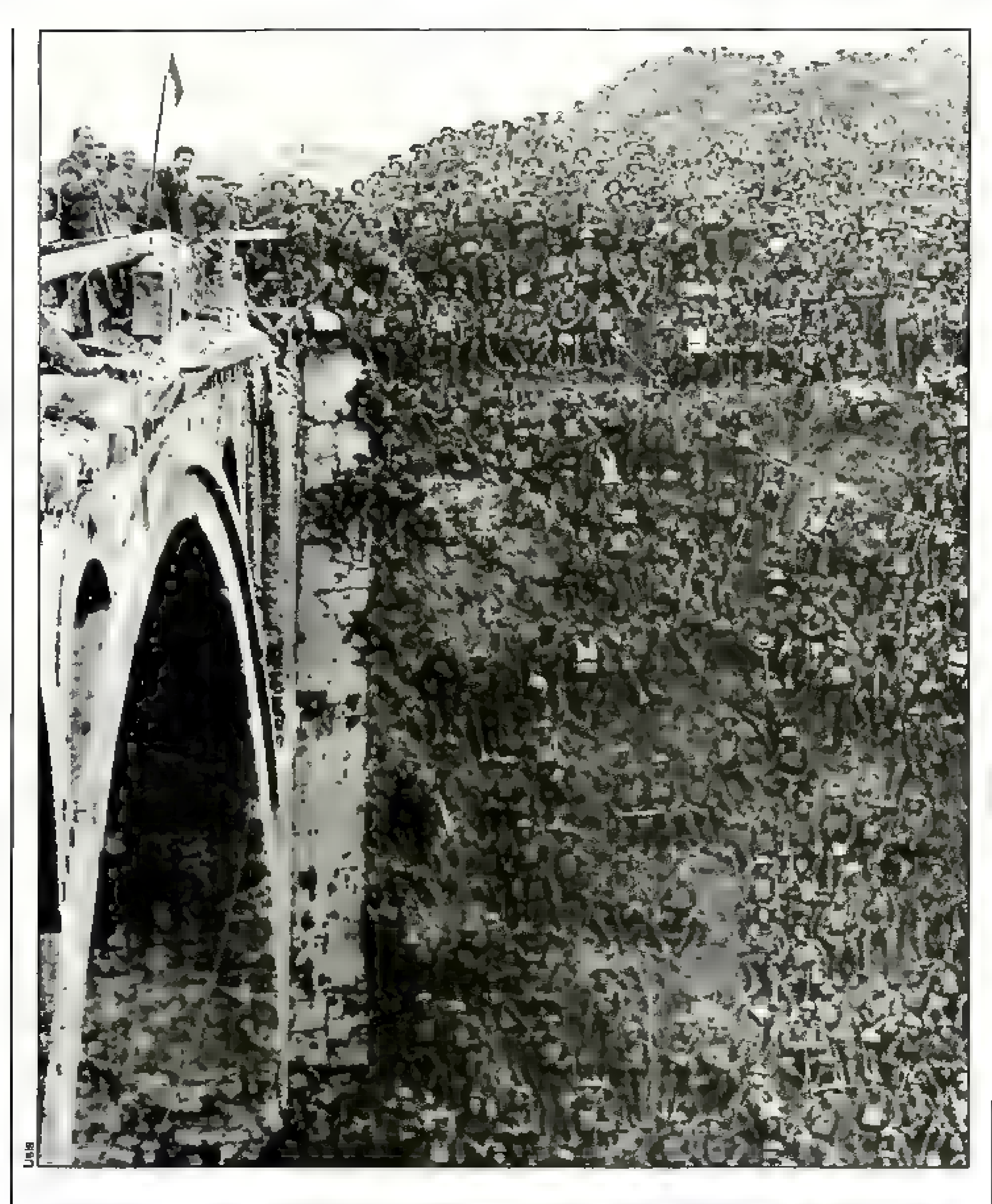
Photri



vieron que iniciar un desordenado repliegue. Para entonces, la victoria era ya de los aliados sin que sus generales, posiblemente, se hubieran dado cuenta.

Así, una vez pasado el último gran peligro, el mando aliado dio su consentimiento a Pershing para que tuviera, por fin, un sector del frente para «él sólo» y actuara a la cabeza de un ejército exclusivamente norteamericano, con planes de combate urdidos en sus mesas de operaciones.

El 12 de septiembre de 1918, siete divisiones norteamericanas fraccionadas en un movimiento de pinzas –seis por la derecha y una por la izquierda– rompieron el frente alemán por St. Mihiel. Ésta era una cuña de unos 25 km de ancho enquistada en las líneas francesas; los alemanes se habían mantenido allí durante cuatro años, amenazando por el flanco con un movimiento envolvente a cualquier ejército aliado que tratara de tomar la ofensiva por el norte desde Verdún o por el sur desde Nancy. Pero St. Mihiel era algo más que la oportunidad de lanzar al combate un ejército norteamericano. Era el sueño de una batalla, como lo ha calificado el historiador militar británico Liddell-Hart, y, particularmente, el sueño del general Pershing desde que había trazado sus primeros planes de campaña en 1917. Efectivamente, los británicos combatían en Flandes y Francia del Norte, cerca de los puertos del canal; los franceses lo hacían, lógicamente, protegiendo las rutas ha-



Soldados de la 46 División americana tras la cruenta batalla de St. Quentin, rendida en octubre de 1918. El profundo cambio en la relación de fuerzas que significó la llegada a Europa de las tropas norteamericanas y el empleo masivo de los modernos carros de combate aseguraron el triunfo de las potencias de la Entente que, hasta entonces habían estado en clara desventaja con respecto a la maquinaria bélica y al número de hombres puestos en liza por el ejército del Káiser

Usis

cia París; por tanto, los norteamericanos habían pensado siempre que St. Mihiel tenía que ser suyo. Relativamente bien comunicado, con sus bases situadas en el Golfo de Vizcaya, tenía una importancia estratégica excepcional, porque con su liberación se abría la ruta Verdún-Nancy, y además permitía cortar la línea ferroviaria Metz-Maubeuge y amenazar la zona rica en hierro de Briey y todo el Sarre alemán. Un ataque frontal desde St. Mihiel podía hacer bascular toda la posición alemana en Francia

No obstante, la gloria iba a ser compartida, ya que, contrariando los deseos de Pershing, Foch había cambiado los planes iniciales para que los norteamericanos no hicieran «su propia guerra»; en vez de seguir una línea de avance divergente con respecto a las fuerzas francesas, deberían atacar en convergencia con ellas para embolsar a varios cientos de miles de hombres que protegían el paso hasta la Línea Hindenburg, la formidable defensa alemana. La gran ofensiva del 8 de agosto había abierto los ojos a Foch, que veía el fin de la guerra al alcance de la mano y no tras una nueva ofensiva en la primavera de 1919, como muchos esperaban.

La conferencia entre Foch y Pershing, el 30 de agosto levantó ampollas en ambos militares. Foch llegó a amenazar con recurrir al presidente Wilson para reducir la obstinación de su subordinado. Al final, Pershing cedió, reteniendo sólo el derecho de sus fuerzas a operar como un ejército exclusivamente americano, aunque, tácticamente en apoyo de una acción más vasta dominada por los franceses. Para mayor desgracia, cuando los hombres de Pershing se lanzaron al ataque tras un *barrage* de 3.000 cañones, los alemanes habían iniciado la retirada, dando lugar al comentario malintencionado de que «los norteamericanos habían relevado a los alemanes en sus posiciones». En estas circunstancias, la dificultad de comunicaciones con las primeras líneas y la cautela de Pershing en explotar el éxito hicieron que más de 40.000 germanos escaparan al cerco, pese a lo cual los norteamericanos hicieron 15.000 prisioneros y tomaron 443 cañones, al costo relativamente ligero de 8.000 bajas. En la mañana del 13, los dos cuerpos de ejército se reunían en Vigheulles, tras haber obtenido un éxito apreciable pero insuficiente. En las semanas siguientes, las fuerzas de Pershing colaboraron en la ofensiva de Mosa-Argonne y vieron cómo a finales de octubre se apagaban las últimas luces de la resistencia alemana. El 11 de noviembre, en un vagón de tren en Compiègne, dos días después de la abdicación del káiser Guillermo y proclamada la República en Alemania, se firmaba el armisticio que sellaba la victoria de los aliados.

Balance

En unos meses de combate, del total de 1.390.000 soldados y marinos norteamericanos que habían participado directamente en la lucha, 49.000 habían muerto y 230.000 habían resultado heridos. Sin embargo, el mayor número de bajas, 57.000, se debió a enfermedades y deficientes condiciones sanitarias. El esfuerzo bélico norteamericano, intenso durante un breve período de tiempo y portador de un inmenso valor psicológico para los aliados, no dejó nunca de ser tratado con una cierta condescendencia por sus compañeros de lucha y en especial por los franceses. Cuando los hombres de Pershing tomaron contacto con el frente, sólo conocían como táctica las grandes cargas contra posiciones enemigas, propias de la Guerra de Secesión. Por ello se sorprendieron al ver cómo los soldados franceses avanzaban en grupos convergentes contra una posición alemana o un nido de ametralladoras, de forma que, en pelotones de muy pocos hombres, atraían alternativamente el fuego enemigo, para progresar así con menor peligro. En conjunto, las fuerzas norteamericanas lucharon bien, pero pagaron su inexperiencia. El general Liggett, quizás el más brillante de los hombres de Pershing, resumió lo que se podía hacer y no hacer con aquellas tropas diciendo que «con un ejército recién estrenado se puede alcanzar una gran victoria, pero difícilmente llevar a cabo un gran plan de combate».

La Revolución rusa de 1917

Los soviets toman el poder

Luis Ignacio López,
periodista

La Revolución rusa, que conmovió al mundo entre febrero y octubre de 1917, abrió una nueva página en la historia universal, puesto que, en lo sucesivo, sería tomada como punto de referencia en los acontecimientos que la siguieron, condicionando los juicios sobre la evolución de la sociedad. En la foto, un ejército obrero durante la Revolución de Febrero.

En febrero de 1917, un fantasma real estremeció a Europa y al mundo entero. Millones de obreros, soldados y campesinos hambrientos de la vieja Rusia zarista rompieron las cadenas de la autocracia y derribaron para siempre la dinastía de los Romanov. De esta primera insurrección, hecha por el pueblo y capitalizada por la impotente burguesía rusa, a la gran Revolución de Octubre bolchevique, la rebelión avanzó con vitalidad incontenible hasta instaurar, bajo la férrea lucidez de Lenin, el primer Estado socialista de la historia.



Kerenski: un político de oficio

Nacido en Simbirsk en 1881, Aleksandr Kerenski, brillante abogado y orador fogoso, destacó como defensor de revolucionarios detenidos y abrazó las filas del Partido Socialista Revolucionario hasta ser elegido diputado en la Duma de 1912. Aunque procedente de una familia noble, se proclamó contrario a toda alianza con el zarismo e incluso «contra todo gobierno burgués», y formó el pequeño partido de los trudoviques, finalmente integrado en los socialrevolucionarios tras la Revolución de Febrero de 1917. Su radicalismo verbal no impidió que, una vez en el poder —el que asumió en calidad de dictador en el mes de julio—, buscase la alianza de los liberales o cadetes que querían poner orden cuanto antes en la revolución. Su evolución desde febrero a octubre de 1917 descubrió a un hábil oportunista que hizo de las alianzas inmediatas la clave de su política. Ministro de Justicia en el primer Gobierno provisional, ocupó después la cartera de Guerra y Marina y buscó la simpatía de los militares, organizando la fallida ofensiva bélica de junio-julio. El creciente descontento popular y el progresivo arrastre de los bolcheviques lo llevó a lanzar una campaña de calumnias contra Lenin y sus camaradas, acusándolos de estar pagados por el «oro alemán». No se atrevió, sin embargo, a ordenar el arresto de Lenin, aunque detuvo a altos dirigentes y dio luz verde a la censura y a la represión del grupo revolucionario.

En agosto, Kerenski se convirtió, para las clases altas y la burguesía, en el «hombre providencial» que podía salvar a Rusia de la marea revolucionaria. El ex-trudovique ocupó la jefatura del Gobierno y asistió, vestido con uniforme militar, a mítines en los que intentaba atraer a sectores de la más recalcitrante reacción, a la vez que mantener su prestigio entre los socialistas moderados. Su intento de dictadura sólo tuvo un mes de vida, aunque fue el único miembro del Gobierno que logró huir del Palacio de Invierno el 25 de octubre de 1917. Derrotado definitivamente, pudo salir de Rusia para refugiarse en Gran Bretaña, luego Francia y finalmente Estados Unidos, donde murió en 1970. Escribió diversos libros contra los bolcheviques, siendo el portavoz de «los ideales democráticos».



Arch. I.G.D.A.

En enero de 1917, Europa soportaba, desde hacía dos años y medio, la guerra más cruenta y devastadora jamás conocida por la humanidad. La vieja Rusia zarista, paradójicamente aliada de las democracias occidentales —Francia, Gran Bretaña y luego Estados Unidos—, agonizaba en medio del desastre militar continuo que le suponía el largo frente de combate contra los ejércitos de los Imperios Centrales. La secular autocracia de los zares se descomponía aceleradamente. La Corte, dominada por aventureros corruptos como el célebre monje, Grigorij Rasputín (1872-1916), era un nido de conspiraciones, mientras que el zar Nicolás II (1868-1918) y su dominante esposa, la zarina Alejandra (1894-1918), cerraban los ojos ante la inminente caída del Régimen y de la dinastía de los Romanov. Antes de que un grupo de nobles decidiese asesinar, la noche del 16 al 17 de diciembre, al perturbador Rasputín, miembros de la propia familia Romanov urdían complots palaciegos para eliminar al Zar o a la Zarina, sospechosa a sus ojos de servir a los intereses del káiser Guillermo.

El malestar y la agitación popular habían recrudecido debido a la desastrosa conducción de la guerra y al expolio al que eran sometidos los campesinos y los obreros urbanos para sufragar los gastos militares. Aunque, en 1905, la dinastía pudo resistir el primer embate, sofocando la insurrección de Petrogrado (entonces aún San Petersburgo), el temido espectro de la revolución resurgía de nuevo en todo el Imperio. Conspiraciones en la Corte, deserciones masivas en el frente, huelgas en las fábricas, agitación de estudiantes, ocupaciones de tierras por parte de los campesinos. Ningún sector del viejo Imperio permanecía inmune, salvo el Zar y la Zarina, que, según un cronista, aún se mostraban «confiados y animosos», sin percibir la tormenta que muy pronto estremecería a Rusia.

La impotencia liberal

La nobleza liberal y la débil burguesía rusa —de corta trayectoria, dado el retraso ancestral de la incorporación de Rusia al desarrollo capitalista moderno— intentaban detener la ruina inevitable del Imperio y buscar fórmulas «a la europea» que permitiesen la instauración de una monarquía constitucional o, en el caso de los más radicales, de una república parlamentaria. Pero, como ya había sucedido después del «gran ensayo» revolucionario de 1905, el Zar había desechado tercamente todo entendimiento con el sector liberal que pretendía aplicar las imprescindibles reformas burguesas. La Zarina, por su parte, sólo soñaba con «ahorcar al Kedrinski (se refería a Kerenski) ese de la Duma». Los zares veían en la Duma (Parlamento), que les había sido impuesta tras la revolución de 1905, un foco de firme y permanente oposición al Régimen.

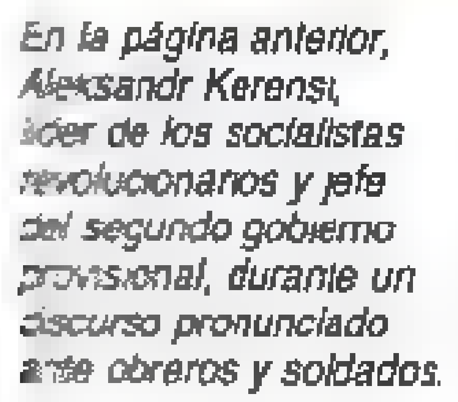


Le Miroir M.-C. Jacquet



Harlingue-Viollet

Popperfoto



En la página anterior, Aleksandr Kerenski, líder de los socialistas revolucionarios y jefe del segundo gobierno provisional, durante un discurso pronunciado ante obreros y soldados.

Sobre estas líneas, un grupo de soldados de la Armada Imperial participan en una gran manifestación contra el Zar, por las calles de Petrogrado, en el mes de febrero de 1917

A la derecha, arriba el príncipe Lvov, jefe del primer gobierno provisional tras la caída de los Romanov, su primera medida fue decretar la abolición del régimen zarista.

A la derecha, abajo, Aleksandr Gučkov, ministro de Guerra del gobierno provisional, fue él quien recibió la abdicación del Zar en un vagón del tren imperial en Pskov

Cuando la altiva zarina Alejandra escribía estas palabras (24 de febrero según el calendario juliano entonces vigente en Rusia, trece días atrasado con respecto al calendario gregoriano de uso occidental), no sabía aún que las fuerzas que latían bajo la disgregación definitiva del Imperio ya se habían puesto en marcha. Petrogrado, la capital, estaba paralizada. Durante el Día Internacional de la Mujer (23 de febrero, 8 de marzo en el calendario actual) se habían producido grandes manifestaciones, sin que ninguna fuerza organizada y consciente se lo hubiera propuesto. Y, al día siguiente, la huelga general se impuso por encima de los propios comités bolcheviques del barrio «rojo» de Viborg, el más combativo bastión obrero de Petrogrado.

Huelga general

El día 25 eran ya más de 200.000 los obreros que desfilaban por las calles, incluyendo la central y burguesa Perspectiva Nevski. «Paz y pan» era el grito predominante, que ni siquiera la feroz Guardia cosaca se atrevía a sofocar. En una encrucijada, una columna de cosacos contempló inmóvil cómo los obreros pasaban bajo los vientres de los caballos. Sólo a últimas horas de aquel

Lenin: revolucionario implacable

Vladimir Il'ič Ul'janov, conocido en la historia como Lenin, nació en Simbirsk, el 22 de abril de 1870, en el seno de una familia de clase media. Recibió su primer impacto revolucionario a los 17 años, cuando el régimen del zar Alejandro III condenó a muerte a su hermano mayor, Aleksandr. El drama familiar no evitó que Vladimir, estudiante rebelde en Kazán pero universitario y abogado irreprochable en San Petersburgo (1891), desechase terminantemente el terrorismo individual como método revolucionario. Su hermano perteneció de hecho a una generación de revolucionarios que confiaron en el atentado magnicida como solución radical, y fue un intento de este tipo el que causó la muerte del mayor de los Ul'janov.

Vladimir fue detenido por primera vez en 1895 por actividad subversiva y condenado a 14 meses de prisión, pero su línea de acción tomaba ya un rumbo distinto al del mesianismo terrorista. Después de sufrir tres años de destierro en Siberia Oriental, se refugió en Alemania (1900), donde basó su trabajo en la edición del clandestino Iskra *y en una red de información y propaganda, dirigida fundamentalmente a los sectores obreros. Hasta 1917 vivió en el exilio, dedicado ardientemente, desde Alemania, Gran Bretaña y Suiza, a dirimir las vías ideológicas de la revolución. Teórico lúcido e implacable con sus opositores, su Partido Bolchevique —escindido de la socialdemocracia desde 1903— fue minoritario hasta las vísperas de la revolución, lo que no le apartó, en ningún momento, de su política contraria a cualquier alianza con los «socialpatriotas» o «socialtraidores», como llamaba a los sectores moderados de la socialdemocracia europea.*

Refugiado en Suiza, Lenin miró con impaciencia el desarrollo de la Revolución de Febrero hasta que logró un sinuoso acuerdo con las autoridades alemanas para atravesar las fronteras sin molestias y llegar a Petrogrado en el llamado «tren sellado», que simplemente estaba protegido por un salvoconducto y no por sellos de plomo como dice la leyenda. En julio, acusado por Kerenski de ser un agente alemán, se refugió en Finlandia y volvió a Petrogrado en los días decisivos de octubre, disfrazado, sin barba, con peluca y gorra de ferroviario. El desarrollo final de la insurrección demostró la exactitud de sus puntos de vista sobre el papel de las diversas clases sociales rusas en la lucha por el poder.


F X Rafols


Archivo Vendrell

día algunos soldados usaron sus lanzas y látigos, sin excesivo rigor. Los gritos cambiaban cuando aparecía la Policía y pronto se escucharon las consignas de «abajo la autocracia» y «abajo la guerra». La indiferencia de los cosacos revelaba que algo diferente estaba pasando, aunque la autoridad militar de la ciudad, el general Tebenikin, pensaba que todo era aún controlable.

Durante la noche del 25, la huelga general mostró su alcance. Desde el mediodía, grupos decididos de obreros, estudiantes, mujeres y soldados de la reserva organizaron motines en las calles céntricas. La Policía abrió fuego, pero encontró una muchedumbre que respondía con botellas incendiarias, granadas de mano y tiros de revólver. En un choque cayó muerto un jefe de Policía; en otro, se veían escenas más insólitas, como la de un cosaco que derribaba con su sable a un agente presto a disparar contra la multitud. Una marea humana se desparramaba al anochecer por las calles; grupos de obreros se acercaban a los soldados para dialogar con ellos. La caballería había salido ya de sus cuarteles, mientras que el Zar, desde el Cuartel General en Mohilev, ordenaba telegráficamente acabar, «mañana sin falta», con los disturbios, al tiempo que disponía la



disolución de la Duma. Pero, al día siguiente, domingo 26, dos barrios obreros importantes amanecieron en manos de los rebeldes. En el centro de la ciudad, donde comenzaban a converger columnas de manifestantes, había barreras militares, destacamentos de infantería, patrullas de cosacos. Los disparos comenzaron después del mediodía, pero nada parecía hacer retroceder a la multitud.

«Únete a nosotros»

Los cuarenta muertos de la jornada no resolvieron la situación. Pese a las ametralladoras colocadas por la Policía en los tejados y a los continuos choques, una corriente extraña se abría paso entre los grupos enfrentados. Los soldados se mostraban indecisos ante los gritos de «no disparéis» y «únete a nosotros». A las seis de la tarde se produjo el milagro: una compañía del Regimiento Imperial de Pavlovski salió de su cuartel, bajo las órdenes de un anónimo suboficial, y se enfrentó a una patrulla de gendarmes que disparaban contra la multitud. Grupos de obreros desarmaron rápidamente a los odiados «faraones» (gendarmes), pero hubo que esperar al día siguiente para que se propagara en los regimientos la decisión de sublevarse.

La jornada decisiva comenzó la madrugada del 27 con motines abiertos en los regimientos Volinski, Lituania y Preobrajenski, este último uno de los preferidos de la Guardia del Zar. Al mediodía, la ciudad era un campo de batalla. Grupos de soldados y obreros, armados de fusiles y pistolas, asaltaron e incendiaron los cuarteles de la Policía. Sin una estrategia clara, miembros del entonces minoritario Partido Bolchevique se lanzaron a recoger fusiles y a organizar de algún modo a los soldados que acudían a las fábricas en busca de instrucciones. Poco después de las doce del mediodía, los insurgentes disponían de carros blindados, que cruzaban la ciudad con banderas rojas. Un destacamento de soldados y obreros se dirigió a los cuarteles ocupados por las brigadas de motociclistas, uno de los regimientos más conservadores, para librar la primera gran batalla de la revolución naciente. En pocos minutos ardían los barracones, en medio de un infierno de tableteos de ametralladoras. Los cañones de un carro blindado decidieron el triunfo de los rebeldes.

Horas después, regimientos tristemente célebres por su ferocidad en la represión durante los sucesos de 1905 abandonaban, armas en mano, sus cuarteles para sumarse a la rebelión.

Las Tesis de Abril

A su regreso a Rusia, el 3 de abril de 1917, Lenin fustigó la moderación del Partido Bolchevique frente al gobierno surgido de la Revolución de Febrero. Su postura, que logró imponer en el partido, la condensó el día 4 de abril en los siguientes puntos:

«1. Nuestra actitud ante la guerra, que en el lado ruso, bajo el nuevo gobierno Lvov, debido a su carácter capitalista, sigue siendo una guerra imperialista de rapiña, no admite ninguna concesión, por mínima que sea, a la llamada "defensa nacional revolucionaria". Ante la indudable buena fe de muchos sectores de partidarios del defensismo revolucionario en las masas, que no admiten la guerra más que por necesidad y no con miras a conquistas, y dado que estas masas están engañadas por la burguesía, es preciso hacerles ver su error con particular cuidado, con perseverancia y paciencia, y explicarles el vínculo indisoluble entre el capital y la guerra imperialista. Hay que demostrar que sin derrocar al Capital es imposible terminar la guerra mediante una paz verdaderamente democrática y no impuesta por la violencia.

»2. Lo particular en la actual situación rusa es la transición de la primera etapa de la revolución —que ha dado el poder a la burguesía por el insuficiente grado de conciencia y organización del proletariado— a la segunda etapa, que debe resituar el poder en las manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.

»3. Ningún apoyo al Gobierno provisional.

»4. Explicar a las masas que los soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario.

»5. Elegibilidad y revocabilidad en todo momento de todos los funcionarios; sus estipendios no deben ser superiores al salario medio de un buen obrero.

»6. Nacionalización de todas las tierras, para ponerlas a disposición de los soviets locales de diputados de obreros agrícolas y campesinos. Formación de soviets de diputados de campesinos pobres.»

En ambas páginas, un pequeño destacamento de la Guardia Roja cuyo papel fue decisivo en las turbulentas jornadas de 1917. Compuesta por obreros y soldados, sin distinción de edad ni sexo, dio muestras de gran combatividad.



Archivo Vendrell


Harlingue-Viollet


Arch. I.G.D.A.

Al caer la noche, la guarnición total de la ciudad –unos 150.000 soldados– se había desintegrado. El general Jabalov, jefe máximo de la zona militar, intentaba resistir con un destacamento misceláneo e improvisado de unos mil hombres, mientras pedía el envío de tropas leales desde Kronstadt. El general Ivanov se desplazó desde el frente con un batallón de georgianos y plenos poderes para sofocar la rebelión. Cuando Ivanov llegó al cuartel de Tsarkoie-Selo, Jabalov había impuesto por su cuenta y riesgo el estado de guerra, pero reconocía que toda la artillería estaba en manos de los rebeldes y la ciudad en manos de los revolucionarios. El balance de bajas era de 1.443 muertos y heridos; 869 correspondían a militares, de los cuales 60 eran oficiales.

El nuevo soviet

Entre tanto, el zar Nicolás II viajaba en un tren hacia Pskov, después de que su convoy fuese desviado por ferroviarios que aseguraban que el camino hacia Petrogrado estaba cortado. En la capital, los soldados amotinados y los obreros se habían agolpado ante el Palacio Táurida, sede de la Duma, donde un Comité provisional, encabezado por diputados liberales, había asumido el poder. Después de las primeras angustias ante la caída del Régimen, el presidente de la Duma, Mihail Rodzjanko (1859-1923), monárquico moderado, había puesto en pie una especie de gobierno provisional, un «mal menor», con el largo y elocuente nombre de «Comité para el restablecimiento del orden en Petrogrado y el contacto con particulares y cuerpos constituidos».

El Palacio Táurida había sido invadido por los rebeldes, que esperaban, sin una idea clara, conocer quién asumiría el poder tras la espontánea y triunfante revolución.

La insurrección se había propagado en otros rincones. El Cuartel General fue informado aquel día de que la flota del Báltico estaba amotinada, que la guarnición de Moscú se había pasado a las filas revolucionarias y que Kronstadt se había sublevado. Por otra parte, hasta la propia Guardia del Zar detenía en Petrogrado a oficiales y personajes del Régimen, para conducirlos al Táurida, improvisada sede de un difuso Estado Mayor revolucionario.

De hecho, dos poderes convivían en el mismo palacio. Frente al Comité de la Duma, un grupo de obreros, la mayor parte mencheviques y socialrevolucionarios, organizaron, en la sala 13 del edificio, un *soviet* o consejo, reproduciendo así las tradiciones de la Revolución de 1905. Medio centenar de delegados a un Comité ejecutivo provisional eligieron un buró político, encabezado por el abogado Aleksandr Kerenski, en el que figuraban soldados, obreros, intelectuales mencheviques, socialistas, socialrevolucionarios y, como fuerza minoritaria, los bolcheviques. La primera decisión de este buró fue formar milicias y comités de barrio



Archivo Orbis

En la página anterior, arriba, portada de un órgano de prensa revolucionario, editado en 1917. La prensa jugó un papel importante en la agitación de las masas revolucionarias.

En la página anterior, abajo, miembros de la Guardia Roja protegen el Instituto Smolny de Petrogrado, donde se había instalado el cuartel general del Partido Bolchevique en los días anteriores a la Revolución de Octubre. En este instituto para señoritas, Lenin y Trotski planearon el levantamiento hasta en sus mínimos detalles.

Sobre estas líneas, un cartel propagandístico de la Revolución de Febrero, cuyo programa reformista no conformó a un pueblo que exigía cambios radicales.

En ambas páginas, las tropas de Kerenski disparan sobre los manifestantes a los que se habían unido los marineros de Kronstad, en el centro de Petrogrado, el 4 de julio de 1917. En las jornadas de julio, las bases del Partido Bolchevique se lanzaron a la calle reclamando el poder para los soviets, pero fueron duramente reprimidas.

y publicar el diario *Izvestia,* tal como lo hiciera en 1905 el primer Soviet de Petrogrado.

Entre el Comité de la Duma, de tendencia monárquica constitucional, y el del Soviet, abiertamente republicano, comenzaron a manifestarse las contradicciones que llevarían a la Revolución de Febrero a convertirse en un simple prólogo de la Revolución de Octubre. Ambos organismos se reunieron el 1 de marzo para decidir la creación de un Gobierno provisional, presidido por el liberal Georgij Lvov (1861-1925) y con figuras relevantes de la burguesía, como el ministro de Asuntos Exteriores Pavel Miliukov (1859-1943) y el titular de Guerra, Aleksandr Gučkov (1862-1936). El único hombre de «izquierda» del gabinete fue Kerenski, «representante» como ministro de Justicia (una cartera menor en tales circunstancias) de las fuerzas que habían llevado a cabo la revolución. Muy poca cosa para contentar a unas masas enardecidas.

La monarquía se vio incapaz de ofrecer alguna alternativa de supervivencia. Nicolás II y el heredero, el zarevič Alexis, presentaron al día siguiente su doble abdicación, en favor del hermano del Zar, el gran duque Miguel. El alto mando militar no vio otra salida que apoyar la abdicación, con la esperanza de recuperar en un futuro el destino de la monarquía. Tampoco el gran duque Miguel fue capaz de concebir una defensa de la dinastía agónica y abdicó horas después. En pocos días, la secular monarquía imperial se deshacía como una cáscara podrida. El 3 de marzo desaparecía para siempre el título de Zar de todas las Rusias.

«Pan y paz»

Pero la revolución sólo acababa de comenzar. Un brutal parto empezó a gestarse en la convulsionada sociedad rusa. Una revolución obrera había creado un gobierno de la burguesía y un órgano paralelo en el que chocarían progresivamente los socialistas moderados y la fracción bolchevique, que organizó la revolución definitiva nueve meses después, bajo la implacable dirección de Lenin. Una primera orden del Soviet (el *Prikaz N.º 1)* decretó la democratización en el arcaico y rígido ejército imperial, donde el castigo físico era la vara disciplinaria preferida de los oficiales. La derecha, representada en el Gobierno provisional, acordó concesión tras concesión, e incluso las facciones más radicales (socialrevolucionarios de izquierda y bolcheviques) coincidían, en marzo, en la prioridad de apoyar a las nuevas autoridades. Ello pese a la creciente presión del movimiento obrero, que exigía pan, jornada de ocho horas y solución a los problemas más vitales que acarreaba la guerra.

En las bases, la agitación no se apaciguaba y los soldados, la mayor parte de origen campesino, exigían una paz honorable y el fin de la guerra. El Gobierno, instalado en el Palacio Marinski, no encontró eco en los obreros y soldados,

Partidos y organizaciones

Monárquicos. *Divididos en diversas fracciones. Durante 1917, algunas se organizaron en grupos semiclandestinos o bandas armadas; otros disfrazaron sus posiciones y se alinearon en el partido de los demócratas constitucionalistas.*

Cadetes. *Partido de los demócratas constitucionalistas. Integrado por miembros liberales de la nobleza y la burguesía. Tuvo representantes en el primer Gobierno provisional tras la Revolución de Febrero. Posteriormente derechizó sus posturas y abrazó la política exterior zarista.*

Socialistas populares o trudoviques. *Grupo de escasa representación, que incluía intelectuales de la pequeña burguesía y medianos propietarios rurales y urbanos. Su líder, el abogado Aleksandr Kerenski, pese al escaso peso de su partido, figuró como portavoz de los sectores socialistas primero y socialrevolucionarios después en los gobiernos provisionales. Intentó antes de la Revolución de Octubre monopolizar la jefatura de un gobierno fuerte, apoyado en la derecha liberal, la pequeña burguesía y los socialistas y mencheviques moderados.*

Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. *Inicialmente marxista, se dividió en 1903 en las fracciones bolchevique y menchevique, que se convirtieron en dos partidos distintos. De 1905 a septiembre de 1917, los bolcheviques estuvieron en minoría.*

Mencheviques. *Partido formado por diversas tendencias socialistas moderadas. De carácter nacionalista (como los trudoviques), era partidario de una evolución gradual, mediante alianzas con la burguesía liberal. Sus principales líderes fueron Tsereteli, Dan y Líber, que apoyaron la represión contra los bolcheviques en julio y agosto de 1917.*

Mencheviques internacionalistas. *Ala de izquierda escindida de los mencheviques. Internacionalistas y contrarios a la coalición con las clases poseedoras, aunque reticentes a la dictadura proletaria predicada por los bolcheviques. Sus líderes fueron Mártov y Martinov, y entre ellos figuró Trotski, quien formó después un grupo más radical,* meyrayontsi, *que se integró al Partido Bolchevique.*

Bolcheviques. *Ala de la socialdemocracia marxista que abrazó la vía de la insurrección armada y la tesis de la dictadura del proletariado como camino para la construcción del socialismo. Se expandió fundamentalmente entre el proletariado industrial, y en 1917 en sectores campesinos pobres y bases del Ejército y la Marina. Los bolcheviques lograron la mayoría en los soviets en el segundo semestre de 1917, poco antes de la Revolución de Octubre. Su líder y teórico más importante fue Vladimir Lenin. Posteriormente se llamó Partido Comunista.*

Nóvaya Zhizn (Vida Nueva). *Órgano del pequeño grupo de socialdemócratas internacionalistas unidos, que integraba intelectuales como Máximo Gorki. Con un programa similar al de los mencheviques internacionalistas, hacía bloque con ellos en los órganos soviéticos.*

Socialistas revolucionarios. *Llamados también eseristas, su origen estaba en el Partido Revolucionario de los Campesinos, que pasó por un período terrorista a fines del siglo XIX, bajo el nombre de* narodniki. *En 1917 había variado su composición y representaba a clases medias rurales y urbanas y sectores campesinos atrasados. Sus planteamientos coincidieron con el de los mencheviques más moderados. Kerenski se integró a este grupo después de la Revolución de Febrero.*

Socialistas revolucionarios de izquierda. *Ala radical que se acercó progresivamente a los bolcheviques, arrastrando sectores campesinos que abandonaban las filas eseristas. Participaron en el gobierno soviético con los bolcheviques tras apoyar la Revolución de Octubre.*

Soviet. *Vocablo ruso equivalente a consejo, que se asoció desde la revolución de 1905 a comités revolucionarios de obreros, campesinos, soldados y marineros. Trotski y los bolcheviques descubrieron en los soviets la forma particular del proceso revolucionario ruso y basaron en ellos la agitación hacia la insurrección. Fueron órganos de poder alternativo a las instituciones del Estado durante la revolución. Posteriormente, se convirtieron en organismos institucionales del Estado soviético.*

Duma. *Asamblea o Parlamento de carácter consultivo. La Duma de Estado, creada bajo el zarismo como concesión limitada, subsistió, más democratizada, hasta septiembre de 1917, fecha en que se desvaneció. La Duma Municipal de Petrogrado nació de una reorganización del Consejo Municipal y, aunque fue elegida democráticamente, no logró atraer a las masas como lo hizo el soviet, un órgano de expresión más directa.*

Comités del Ejército y la Marina. *Órganos nacidos en el frente y creados por los propios soldados para enfrentarse a la oficialidad zarista. Existían en cada destacamento o unidad y se ordenaban en un Comité Central, tanto de Ejército como de Marina. Piezas vitales de la revolución, lograron cubrir los vacíos que dejaba la relajación de los mandos zaristas en plena desintegración. Fueron los pilares para la creación del célebre Ejército Rojo después de 1917.*

que sólo se veían representados en el Soviet. Los deseos de las masas iban más allá de los propósitos del Soviet, dominado por los socialistas moderados que no veían otra alternativa que asegurar una democracia constitucional en alianza con las fuerzas burguesas. El 21 de abril, una inmensa marcha de obreros y soldados salió del barrio de Viborg —donde crecía la influencia del aún pequeño Partido Bolchevique— para desfilar, con rigurosa disciplina, gesto hosco y una vanguardia de hombres armados con fusiles, por el centro de Petrogrado. La derecha y los sectores militares patrióticos, repuestos del primer golpe de la revolución, habían comenzado a agitar consignas en favor de continuar la guerra, pese a que las deserciones se contaban por decenas de miles en el frente y se exigía la paz inmediata.

El regreso de Lenin

La espectacular llegada de Lenin a Petrogrado, después de atravesar Alemania en un vagón «precintado», iba a provocar un vuelco importante en la estrategia política del Partido Bolchevique. Lenin regresó de su exilio de Suiza el 3 de abril, tras una minuciosa negociación entre los socialistas europeos, las autoridades rusas y el gobierno alemán, para atravesar sin ser detenido las fronteras que le separaban de Petrogrado. El destacado líder revolucionario entró en olor de multitud en la Estación de Finlandia de Petrogrado, pero inmediatamente sorprendió a sus propios camaradas de partido con su radical separación de la línea que aplicaba entonces el Soviet y, más aún, el



Collection Viollet

Arriba, el estado mayor del Partido Bolchevique, durante el agitado verano de 1917. En el centro de la imagen se puede distinguir a Lenin, rodeado de sus camaradas.



Arch. I.G.D.A.

Abajo, el generalísimo Kornilov que, a finales de agosto, intentó un golpe de estado para instaurar una dictadura militar. La reacción de los soviets lo impidió.

Gobierno provisional. Para Lenin, según expuso en sus *Tesis de abril,* la revolución sólo podía culminar en un gobierno de obreros y campesinos, para cuya consecución rechazaba categóricamente todo entendimiento con la burguesía liberal y con los socialistas «conciliadores», mayoritarios en el Soviet.

Su primera batalla en el Partido Bolchevique fue rápida, pese a la resistencia del sector que representaban entonces Josif Stalin y Lev Kamenev, proclives al entendimiento con los mencheviques, que eran partidarios de gobernar en coalición con los sectores burgueses (el Partido Liberal de los Cadetes).

Como primera medida para alcanzar sus objetivos, Lenin se propuso poner fin a la dualidad de poderes que existía en aquel momento. Fue así como se impuso en el seno de su partido la consigna de «todo el poder a los soviets». Otro caballo de batalla era el problema de la guerra, calificada por Lenin de «imperialista» y frente a la cual exigía una inmediata paz.

El segundo gobierno

En el primer Congreso de los Soviets, que se celebró entre el 3 y el 24 de junio, los bolcheviques lograron situar a sólo 105 delegados, contra 285 socialrevolucionarios, 245 mencheviques y 32 representantes del grupo de internacionalistas y mencheviques de izquierda. Las contradicciones entre el Soviet y el Gobierno provisional y entre ambos organismos y las masas de obreros y soldados continuaban, no obstante, exacerbándose, aunque un segundo gabinete, con la participación de seis socialistas, y entre ellos Kerenski, había reemplazado al primero dominado por los cadetes liberales. Miliukov, máximo representante de la burguesía, había abandonado el Gobierno y poco después, a finales de abril, lo hizo Gučkov. Sin embargo, la tendencia del Gobierno no se vio afectada en su política concreta y sus resoluciones se acercaban cada vez más a las exigencias de la burguesía liberal.

Algunos de los mencheviques que habían conocido la cárcel zarista y el exilio mantenían aún un innegable prestigio entre las masas, pero actuaban como «apagaincendios» en un momento en que resurgían acciones de soldados contra oficiales y que en Kronstadt los marineros decidían no acatar más órdenes que las del Comité de soldados o del Soviet local.

Entre tanto, la táctica leninista de distanciarse de los socialistas moderados —seguida por Lev Trotski, que regresó a Rusia el 5 de mayo— ganaba terreno en los comités de base del Soviet, en barrios, regimientos, fábricas y sindicatos. La consigna de «todo el poder a los soviets» se abría paso lentamente entre quienes realizaron, sin dirección clara, la Revolución de Febrero y que veían con ira o desesperanza que el Gobierno, controlado por mencheviques y socialrevolucionarios (socialistas), aplazaba sistemáticamente las respuestas a las exigencias básicas de «pan y paz».

La ofensiva bélica

Tanto Kerenski como los mencheviques de derecha se acercaban, en efecto, a la postura liberal con respecto a la continuación de la guerra, bajo la activa presión de las embajadas aliadas, fundamentalmente de la británica y la francesa. El Estado Mayor del Ejército alimentaba así mismo el espíritu béli-


Ullstein

copatriótico, aunque los informes del frente evidenciaban la apatía de los soldados, que no sólo desertaban, sino que desautorizaban a sus oficiales a través de los comités e incluso confraternizaban con el enemigo en las trincheras. Marineros de la flota del Báltico viajaban al Mar Negro para inculcar en sus compañeros la consigna de «guerra a la guerra». Ante este panorama, el alto mando, con la colaboración del Gobierno provisional —pese a la salida de los últimos ministros liberales—, preparó con bombo y platillo una gran ofensiva en el frente, técnicamente condenada al fracaso, tal como se demostró en pocas semanas.

La situación en el frente y las graves repercusiones de la guerra —falta de alimentos, especulación desatada de mercaderías y precios— agudizaba dramáticamente la tensión en las ciudades Y en el campo, el movimiento campesino, aunque teóricamente identificado con los moderados socialrevolucionarios del tercer Gobierno provisional, pasaba factura de la promesa de entrega de tierras y ocupaba haciendas del clero y la nobleza, incautaba animales y granos y bloqueaba cualquier acción de los grandes terratenientes.

Las jornadas de julio

En los primeros días de julio, la crispación creciente estalló otra vez en Petrogrado. Ya a finales de junio, los 36.000 trabajadores de la gigantesca fábrica Putílov habían declarado la huelga, quejándose de la escasez de alimentos y de la desatada inflación de los precios provocadas por los gastos de guerra: en pocos meses, los precios se habían multiplicado por diez. Días después, los marineros de Kronstadt amenazaban con asaltar una cárcel si no se ponía en libertad a un grupo de anarquistas, mientras que diversos regimientos se pronunciaban contra la guerra al grito de «abajo Kerenski».

El 3 de julio, la agitación militar se transformó en un mitin abierto del regimiento de ametralladoras de Petrogrado, que exigía la inmediata organización de la insurrección armada. El Partido Bolchevique reaccionó con cautela, lamentándose algunos de sus agitadores de «tener que hacer de manguera para apagar el fuego». Pero el movimiento creció incontenible, y el 4 de julio obreros de Viborg y soldados desfilaban por las calles de Petrogrado con carros blindados y banderas rojas.

Sin embargo, la hora no había llegado aún para los bolcheviques, que temían que el movimiento diera pie a una provocación. Los desfiles y los mítines se sucedían, y pronto se registraron tiroteos y ataques anónimos desde las azoteas. Los generales anunciaron represalias, al mismo tiempo que los exoficiales se organizaban amenazadoramente en milicias blancas y grupos como los Caballeros de San Jorge. El partido de Lenin intentó transformar el conato insurreccional en una manifestación de fuerza, pero los hechos se precipitaron, más allá de toda dirección. Masas de obreros y soldados rodearon durante días el Palacio Táurida, sede del Soviet, para exigir a los dirigentes mencheviques acciones decisivas. Las disputas fueron agrias. «Toma el poder, hijo de perra, ahora que te lo dan», increpó un obrero al socialrevolucionario Chernov. El Soviet no reaccionó y dejó que el Ejército salvase al Gobierno

El 5 de julio, tropas leales a Kerenski irrumpieron en el Palacio Táurida. Las manifestaciones ya habían decaído y se inició un período de represalias que culminó con la prisión de Trotski y de varios dirigentes bolcheviques. Al mis-



F.X. Ralois



Arch. IGDA

En la página anterior, el Palacio de Invierno, antigua residencia de los zares, sede del gobierno de Kerenski, en el momento de la ocupación bolchevique, el 25 de octubre de 1917

En esta página, arriba Lenin pronunciando el discurso de la victoria, abajo, el batallón de mujeres se apresta a defender el Palacio de Invierno, ante el ataque de los bolcheviques.

mo tiempo se organizó una campaña contra Lenin (que se había refugiado en Finlandia), acusado de ser un espía al servicio de Alemania.

Las «jornadas de julio» fueron un buen pretexto para que el Gobierno, monopolizado ahora por Kerenski, emprendiese una represión abierta contra los bolcheviques y contra los soldados revolucionarios. Desde julio hasta fines de septiembre, el proceso popular fue obligado a pasar a la defensiva. Kerenski y el general Laur Kornilov (1870 1918), generalísimo del Ejército, conspiraron juntos y uno contra el otro para imponer un «poder de hierro» y liquidar la revolución. Durante este período, la derecha liberal y oscuros sectores monárquicos lograron recuperar un espacio en el escenario político, al mismo tiempo que Kerenski intentaba, con ayuda de los generales, reponer la vieja disciplina en el Ejército y desvirtuar el poder del Soviet en beneficio de su gobierno.

El complot de Kornilov

El acercamiento de Kerenski a la derecha —estimulado por las potencias aliadas— alentó a los sectores monárquicos a buscar la oportunidad del des-

El discurso de la victoria

El periodista norteamericano John Reed, testigo de la Revolución de Octubre, describió de esta forma el primer discurso de Lenin tras la victoria, ante los delegados al Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia:

«Eran exactamente las 8.40 (del 26 de octubre) cuando una atronadora ola de aplausos anunció la entrada de la presidencia y de Lenin —el gran Lenin— con ella. Era un hombre bajito y fornido, de gran calva y cabeza abombada sobre robusto cuello. Ojos pequeños, nariz grande, boca ancha y noble, mentón saliente, afeitado, aunque ya asomaba la barbita tan conocida en el pasado y en el futuro. Traje bastante usado, pantalones un poco largos para su talla. Nada que recordase a un ídolo de las multitudes, sencillo, amado y respetado como tal vez lo hayan sido muy pocos dirigentes en la historia. (...)

»Subió Lenin. Estaba de pie, agarrado a los bordes de la tribuna, recorriendo con los ojos entornados la masa de los delegados y esperaba, sin reparar, por lo visto, en la creciente ovación que duró varios minutos. Cuando ésta cesó, dijo breve y simple-

»"Ha llegado el momento de emprender la construcción del socialismo". Nuevo estallido atronador de la tempestad humana.

»"Lo primero que debemos hacer es adoptar medidas prácticas para realizar la paz... Debemos ofrecer la paz a los pueblos de todos los países beligerantes en las condiciones soviéticas, sin anexiones, sin contribuciones, sobre la base de la autodeterminación de los pueblos (...)

»"La Revolución del 24-25 de Octubre —concluyó— inicia la era de la Revolución Socialista... El movimiento obrero, en nombre de la paz y el socialismo, alcanzará la victoria y cumplirá su misión (...)"

»Un impulso inesperado y espontáneo nos levantó a todos de pie y nuestra unanimidad se tradujo en los acordes armoniosos y emocionantes de La Internacional. *Un soldado viejo y canoso lloraba como un niño. Alexandra Kollontai se limpió a hurtadillas una lágrima. El potente himno inundó la sala, atravesó ventanas y puertas y voló al cielo sereno.»*

(*FUENTE:* Diez días que estremecieron al mundo, *John Reed.*)



Archivo Vendrell

quite. Durante el mes de agosto, el general Kornilov preparó un golpe de estado, con fecha precisa —el 27 de agosto— y con el evidente signo de un complot restaurador del viejo régimen.

El cuartelazo de Kornilov tuvo rasgos de opereta, debido a la confusa reacción del propio Kerenski. Convertido éste en «hombre providencial» tanto para la reacción como para la derecha liberal y la intelectualidad socialista moderada, se vio obligado, el 27 de agosto, a recurrir a las bases del Soviet para detener la contrarrevolución. Un comité militar asumió nuevamente la defensa de Petrogrado y fue la acción más o menos concertada de los marineros de Kronstadt, los obreros ferroviarios, los comités de las barriadas y los soldados, la que evitó la llegada de Kornilov a la ciudad. En pocos días, el tan preparado complot quedó disuelto en un confuso sueño.

La movilización para detener la contrarrevolución dio un nuevo empuje, esta vez definitivo, a las fuerzas básicas de la revolución. El 31 de agosto, los bolcheviques comprobaron que habían logrado la mayoría en los principales soviets y, especialmente, en el de Petrogrado. La nueva relación de fuerzas se reflejaba ahora en los soviets, y en el Partido Bolchevique se abría paso el debate decisivo sobre la pertinencia o no de preparar la insurrección.

Octubre

El 9 de octubre, el nuevo Soviet de Petrogrado oficializó la creación de un Comité Militar Revolucionario, a la vez que el Partido Bolchevique aprobaba por un escaso margen las tesis de Lenin —que había regresado clandestinamente— sobre la inminencia del asalto final al poder.

Comenzó entonces la dramática cuenta atrás, los «diez días que estremecieron al mundo» descritos por el periodista norteamericano John Reed. La organización militar del Partido estudiaba los detalles, la táctica para apoderarse en movimientos rápidos de los puntos vitales: bancos, correos, estaciones, centros de poder, arsenales. Un ajedrecista, combatiente ya fogueado, Vladimir Antonov-Ovseenko (1884-1938), recibió el encargo de coordinar los movimientos en el día decisivo, bajo la dirección militar de Trotski. Lenin precisó que sólo podía ser en una fecha: «el día 23 es demasiado pronto, el 26 ya es tarde». El 24 de octubre se encontraron en Petrogrado delegados al Segundo Congreso de los Soviets, finalmente convocado tras varias tentativas de los mencheviques de aplazarlo *sine die*. El 26, pensaba Lenin, el gobierno de Kerenski, repuesto ya de la sorpresa, podía hacer fracasar la insurrección.

La noche de 24, el cuartel general bolchevique, instalado en el antiguo instituto de señoritas Smolny, hervía de actividad. Lenin y Trotski ultimaban los detalles de la operación. Horas después, un cañonazo del crucero *Aurora* anunció desde el río Neva el comienzo de la insurrección. En pocas horas y sin disparar demasiados tiros, la Guardia Roja de obreros bolcheviques y soldados asaltaba el Palacio de Invierno. La resistencia duró allí 24 horas. Todos los miembros del Gobierno fueron detenidos, salvo Kerenski, que logró huir rumbo a Moscú en un automóvil de la Embajada británica. El asalto al poder sólo había durado 24 horas. A las diez de la mañana del 26 de octubre, Petrogrado estaba bajo control bolchevique; un comunicado del Comité Militar Revolucionario anunció el triunfo y el nacimiento de un régimen que cambiaría el rumbo de la historia.

La Paz de Brest-Litovsk

Tras la Revolución de Octubre, el nuevo gobierno dio inmediatamente los primeros pasos para concretar la paz que los bolcheviques habían prometido desde abril. Pocos días después de la conquista del poder, el 7 de noviembre (21 de noviembre en el calendario actual), se iniciaban conversaciones con Alemania para firmar una paz por separado, al margen de los demás aliados. Tras largas negociaciones, en las que Rusia, desangrada y debilitada militarmente desde antes de la revolución, debió ceder ante las presiones alemanas, se firmó un tratado de paz en la sede del Cuartel General germánico del frente oriental, en la localidad de Brest-Litovsk. Era el 2 de marzo de 1918 (fecha actual), y el gobierno de los soviets se vio obligado a aceptar condiciones draconianas: abandonar parte de Polonia (anexionada entonces a Rusia), Curlandia, Livonia y Estonia y evacuar Ucrania y Finlandia. Trotski, que firmó el tratado como representante del gobierno revolucionario, y Lenin fueron los principales defensores de la llamada «paz vergonzosa» por los sectores patrióticos. De hecho, el tratado obligaba a Rusia —reducida a las fronteras europeas de la época de Iván el Terrible— a pagar fuertes indemnizaciones de guerra, valoradas entonces en seis mil millones de marcos-oro. Lenin precisó: «Es necesario saber retroceder... La historia nos dirá quién habrá tenido razón.» La esperanza de Lenin era consolidar cuanto antes el nuevo poder revolucionario en vistas de una revolución mundial. Pero ésta no llegaría (fracasó en Alemania) y la Rusia soviética sería amenazada militarmente más tarde por las potencias occidentales. De todos modos, Alemania, ya vencida, accedió a anular el Tratado de Brest-Litovsk el 11 de noviembre de 1918. El Tratado de Versalles (28 de junio 1919) lo declaró así mismo nulo en su artículo 116. Sin embargo, Rusia no firmó el acuerdo adoptado en Versalles y concluyó un tratado bilateral de paz con Berlín el 25 de agosto de 1921.

Tres obreros alistados en el ejército popular bolchevique se protegen del frío junto a un fuego mientras montan guardia en la Plaza Roja. La actuación de estos grupos armados de obreros y soldados fue un elemento esencial en la consecución de la paz interna y en la consolidación de la revolución triunfante.

Revolución en Alemania

El frustrado *putsch* espartaquista

Alberto Szpunberg,
periodista

El 3 de noviembre de 1918, mientras los ejércitos del Káiser se batían en retirada en todos los frentes, los marineros de Kiel se negaron a continuar la guerra y formaron el primer soviet militar alemán. Se había encendido la chispa de la revolución socialista. El ejemplo de los marinos de Kiel se extendió como reguero de pólvora, y ni la caída del Káiser ni la instauración de la República pudieron cambiar el curso de los acontecimientos. El 5 de enero de 1919, los espartaquistas se lanzaron a la toma del poder, pero la reacción contrarrevolucionaria fue fulminante.

Al promediar el primer cuarto del siglo XX, una ola revolucionaria sacudía los cimientos de una Europa desangrada por la guerra. Alemania, al borde de una derrota humillante, tenía más motivos que nadie para seguir el ejemplo de Rusia. Sin embargo, la suerte de la revolución sería aquí bien distinta. En la foto, soldados espartaquistas en posición de combate.



F. K. Ratos

Karl Liebknecht

Hijo del fundador del Partido Socialdemócrata alemán, Karl Liebknecht nació en Leipzig en 1871, un año antes de que su padre fuera encarcelado por su oposición a la anexión de Alsacia y Lorena. Fuertemente influido por la personalidad y los ideales de su progenitor, militó desde muy joven en el sector más radical de la socialdemocracia, partido al que representó en la Cámara prusiana (1908) y en el Reichstag (1912). Sin embargo, fue apartado de su cargo de dirigente del movimiento juvenil por sus constantes ataques a la política reformista y nacionalista de la cúpula de su partido.

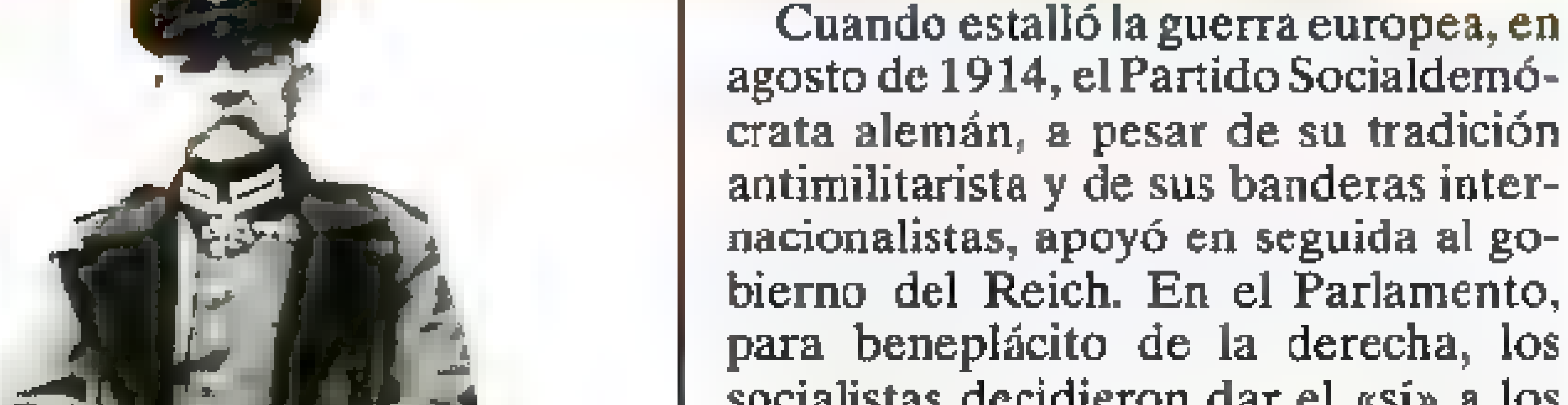
Al iniciarse la guerra europea, Liebknecht se opuso a la concesión de los créditos de emergencia solicitados por el Káiser, al tiempo que denunciaba, con idéntico rigor, el militarismo alemán y el imperialismo de los aliados. Su acentuado radicalismo político y sus constantes llamamientos a la revolución social internacional, le alejaron cada vez más del Partido Socialdemócrata, dominado entonces casi por entero por los reformistas.

Reclutado para el Ejército en 1915, Liebknecht supo transformar su trinchera en una auténtica plataforma pacifista. Al igual que su padre cuatro décadas atrás, fue acusado de alta traición y encarcelado. Desde la prisión continuó la tarea revolucionaria hasta que fue liberado en octubre de 1918, cuando la tensión social era impresionante y el Káiser estaba a punto de abdicar. Apenas salió de la cárcel, se puso al frente de la Liga Espartaquista, de la que había sido el principal inspirador. Sin embargo, el proceso revolucionario se había acelerado de forma vertiginosa y ya nadie podía torcer el curso de los trágicos acontecimientos que se iban a producir.

El 15 de enero de 1919, fracasada ya la insurrección espartaquista, fue detenido junto con Rosa Luxemburg en Wilmersdorf. Después de interrogarlo en el Hotel Eden, que servía de Cuartel General de la guardia montada, sus captores decidieron trasladarlo a la prisión de Moabit, a la que nunca llegaría. Antes de ser introducido en el coche que habría de conducirlo a la prisión, fue brutalmente golpeado por el soldado Otto Runge, centinela en la puerta del hotel. Ensangrentado por los golpes, fue obligado a descender del vehículo en Tiergarten y se le ordenó continuar el camino a pie. Cuando apenas había avanzado unos metros, fue abatido a balazos por los guardias bajo pretexto de una tentativa de fuga.



EFE





EFE

Belicistas *versus* pacifistas

Cuando estalló la guerra europea, en agosto de 1914, el Partido Socialdemócrata alemán, a pesar de su tradición antimilitarista y de sus banderas internacionalistas, apoyó en seguida al gobierno del Reich. En el Parlamento, para beneplácito de la derecha, los socialistas decidieron dar el «sí» a los créditos de guerra. Hasta los más firmes principios se tambalearon ante la euforia que despertaba a su paso el belicoso ejército germano. El propio Hugo Haase (1863-1919), líder del partido, que continuaba oponiéndose personalmente a «esta guerra de la burguesía», no tuvo más remedio que leer la declaración oficial de adhesión a «la gran causa de Alemania», ya que en el congreso del partido, sólo una minoría de 14 votos de un total de 110, entre los cuales se contaba el suyo, se había enfrentado a lo que ya parecía el curso inevitable de la historia.

De nada había servido la prédica de personalidades como Karl Kautsky (1854-1938), Eduard Bernstein (1850-1932), Rosa Luxemburg (1871-1919), Franz Mehring (1846-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919), para quienes el objetivo del socialismo seguía siendo la destrucción del sistema social existente. Al contrario, a pesar de la lealtad de los pocos internacionalistas a la disciplina del partido cuando los ejércitos alemanes entraron en Bélgica e iniciaron su marcha hacia Francia, el entusiasmo por una pronta victoria alemana se hizo más extremo y la mayoría se manifestó aún más intolerante con «la minoría antipatriota». Se desató una sórdida lucha a fin de expulsar a los pacifistas de las posiciones importantes que ocupaban en la prensa del partido, en sus organizaciones locales y en los sindicatos.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg

Sólo cuando el avance alemán fue detenido en el Marne y se hizo evidente que la guerra no iba a ser un rápido paseo del ejército germano por Europa, la minoría ganó cierto terreno dentro del partido. El 2 de diciembre de 1914, ante la solicitud del gobierno del Káiser de nuevos créditos para financiar la guerra, Karl Liebknecht se sintió con fuerzas para votar en contra, y, aunque su discurso no fue incluido en las actas parlamentarias, los simpatizantes de su posición lo transformaron en un panfleto que inundó las grandes ciudades y fue objeto de apasionados debates en los medios obreros. Entre otras cosas, Liebknecht se había atrevido a exigir el respeto a la neutralidad de Bélgica, el levantamiento del estado de sitio, el inicio de negociaciones de paz en todos los frentes y el desmante-


Archivo Orbis

En la página anterior, arriba, Karl Liebknecht; abajo, el general Paul von Hindenburg. En esta página, arriba, Rosa Luxemburg, fundadora de la Liga Espartaquista; abajo, submarino alemán.

lamiento del aparato represivo que, con el pretexto de salvaguardar la seguridad interna durante la guerra, amenazaba con ir instaurando gradualmente una dictadura sobre el pueblo alemán.

Hacia fines de 1915, un nuevo folleto *(La guerra y el proletariado)*, esta vez de Rosa Luxemburg, volvió más encarnizada la batalla entre las diferentes fracciones del Partido Socialdemócrata alemán. En contra de la mayoría, la dirigente socialista sostenía que Alemania no tenía motivos para mantener su dominio sobre Alsacia-Lorena, reivindicación territorial que había esgrimido el Káiser para invadir Francia, y que la decadente monarquía austrohúngara, aliada tradicional del Reich, debía ser destruida. Por otra parte, insistía en la necesidad de una lucha proletaria internacional, al margen de las fronteras, contra los belicistas de todo pelaje y bandera. Unos mil miembros del partido se adhirieron a las tesis de *Junius*, seudónimo utilizado por Rosa Luxemburg para firmar su panfleto, y, el 21 de diciembre de 1915, cuando el Káiser exigió del Parlamento la votación de un nuevo presupuesto militar, mucho más abultado que los anteriores, los socialistas que se pronunciaron en contra sumaron esta vez dieciocho. Este desafío agudizó la crisis del Partido Socialdemócrata, y su habitual disciplina comenzó a resquebrajarse.

Nace la Liga Espartaquista

En marzo de 1916, la mayoría socialdemócrata decidió excluir del Reichstag a la minoría del bloque partidario. Sin embargo, sin la celebración del congreso no podía conseguir su

Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg, la figura más importante del movimiento espartaquista y una de las pensadoras más lúcidas del neomarxismo alemán, nació en Zamosć, Polonia, en 1871. Hija de una familia de comerciantes judíos, se trasladó muy joven a Varsovia, donde realizó estudios en el Liceo. Allí se enroló en el Partido Socialista Revolucionario y militó intensamente hasta que tuvo que abandonar Polonia y exiliarse en Zurich (1889). En Suiza continuó sus estudios de economía política y se vinculó a miembros de círculos marxistas rusos y polacos. Con ellos fundó, en 1895, el Partido Socialdemócrata de la Polonia rusa, llamado más tarde de Polonia y Lituania, y comenzó a trabajar como redactora de su órgano oficial La causa de los trabajadores. *Desde estas páginas combatió duramente al Partido Socialista de Polonia, al que acusaba de luchar, de la mano de la burguesía nacional, por la independencia y la unidad de Polonia, sacrificando la lucha de clases y la revolución del proletariado. Frente a la tesis del «nacionalismo proletario» levantaba la bandera del «internacionalismo proletario».*

A mediados de la década de los 90, Rosa Luxemburg se trasladó a Alemania y se incorporó al Partido Socialdemócrata alemán. Instalada en Berlín a partir de 1898, publicó ese mismo año su tesis de licenciatura El desarrollo industrial de Polonia. *En menos de dos años pasó a ocupar puestos importantes en la dirección del partido, desde los que se enfrentó al ala reformista encabezada por Bernstein. Consecuencia de esta polémica fue su brillante artículo* ¿Reforma social o revolución?, *que constituye uno de los elementos básicos para comprender su pensamiento político.*

Cuando estalló la revolución rusa de 1905, Rosa Luxemburg se trasladó a Polonia, donde fue detenida (marzo de 1906). Liberada pocos meses después, se refugió en Finlandia; allí tuvo sus primeros contactos con Lenin y otros refugiados bolcheviques. De nuevo en Alemania, publicó Huelga de masas, partido y sindicatos *(1913) y la primera parte de su obra más importante,* La acumulación del capital, *en la que analiza el papel del capitalismo en su fase imperialista.*

Al estallar la Primera Guerra Mundial se separó del Partido Socialdemócrata debido al apoyo que éste brindó a la concesión de créditos militares, y fundó, junto con Liebknecht, la Liga Espartaquista, llamada así por Las cartas de Espartaco, *una publicación ilegal de la que fue asidua colaboradora.*

Encarcelada en mayo de 1916 por propaganda antimilitarista, escribió en la prisión La crisis de la socialdemocracia *y el panfleto* La guerra y el proletariado, *firmado con el seudónimo* Junius. *Liberada cuando la guerra estaba tocando a su fin, inició una ferviente labor de apoyo a los soviets de trabajadores y soldados desde la dirección del diario espartaquista* La bandera roja

Enemiga de sectarismos y contraria a la política de cuadros y a la toma del poder por una pequeña minoría, se vio, sin embargo, arrastrada por la insurrección de enero de 1919. Apresada junto con Liebknecht el día 15, fue asesinada ese mismo día en un camión de transporte militar y su cadáver arrojado a las aguas del canal de Landwehr.

Submarino alemán. La desesperada guerra submarina emprendida por el Reich en 1917 no logró su propósito de romper el bloqueo aliado, hizo crecer el descontento de los pacifistas y precipitó la derrota de Alemania.

Firo Foto

Eisner y la República Socialista de Baviera

«El 7 de noviembre de 1918, los partidos de izquierda organizan en Munich una gran manifestación en favor de la paz. Durante catorce horas, 150.000 personas, hombres, mujeres y niños, conducidos por un fanático civil llamado Gandorfer, se concentran en la Theresienwiesse, al pie de la estatua de Baviera. Entre 2.000 y 3.000 soldados, hombres de reemplazo y reservistas, se unen al cortejo. Una veintena de dirigentes socialistas toman la palabra sobre improvisados estrados, levantados cada veinte metros. Espontáneamente —pues no existe plan previo alguno—, los soldados comienzan a aglomerarse alrededor del orador cuyos discursos son los más virulentos. Se trata de Kurt Eisner, un agitador de extrema izquierda recientemente liberado de la prisión donde había estado encarcelado por propaganda derrotista.

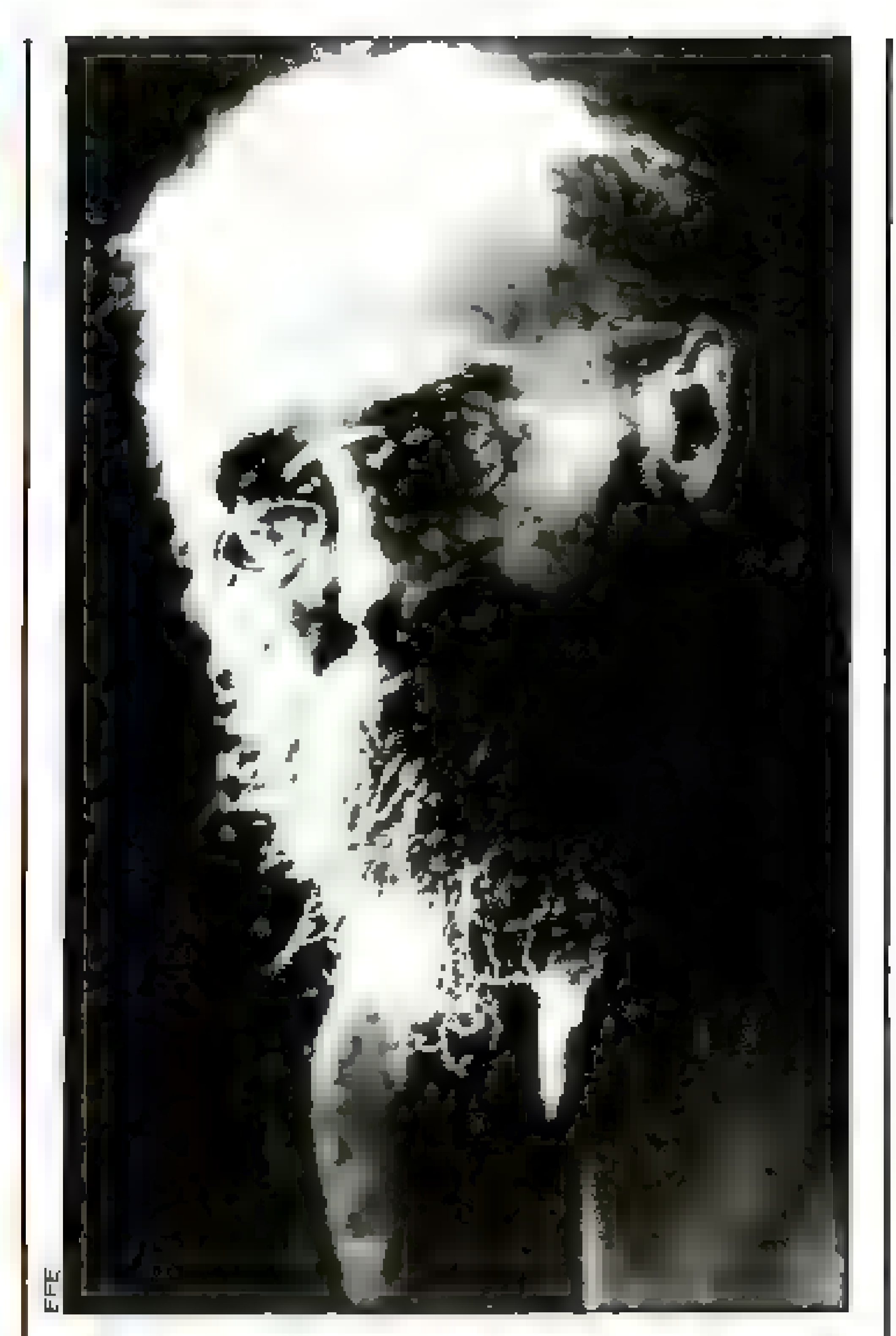
»Rápidamente, Eisner comprende que le puede sacar partido a la situación. Dejando que sus camaradas expongan los consabidos tópicos sobre la necesidad de transformar las instituciones sociales, lanza a los soldados las siguientes palabras: "Esparcíos por la ciudad, ocupad los cuarteles, apoderaos de las armas y las municiones, arrastrad con vosotros al resto de las tropas y adueñaos del Gobierno." Mientras la muchedumbre se dispersa y regresa a sus casas, los soldados comienzan a ejecutar las instrucciones de Eisner.

»En la Escuela Guldein, transformada en cuartel, los soldados, ganados a la causa de los amotinados, derriban la puerta y arrastran tras de sí a los cuerpos de guardia. La misma escena se repite a las 17 horas en la Türkenkaserne. Los soldados derriban las verjas del Palacio de la Residencia y los granaderos de la guardia se unen a los manifestantes.

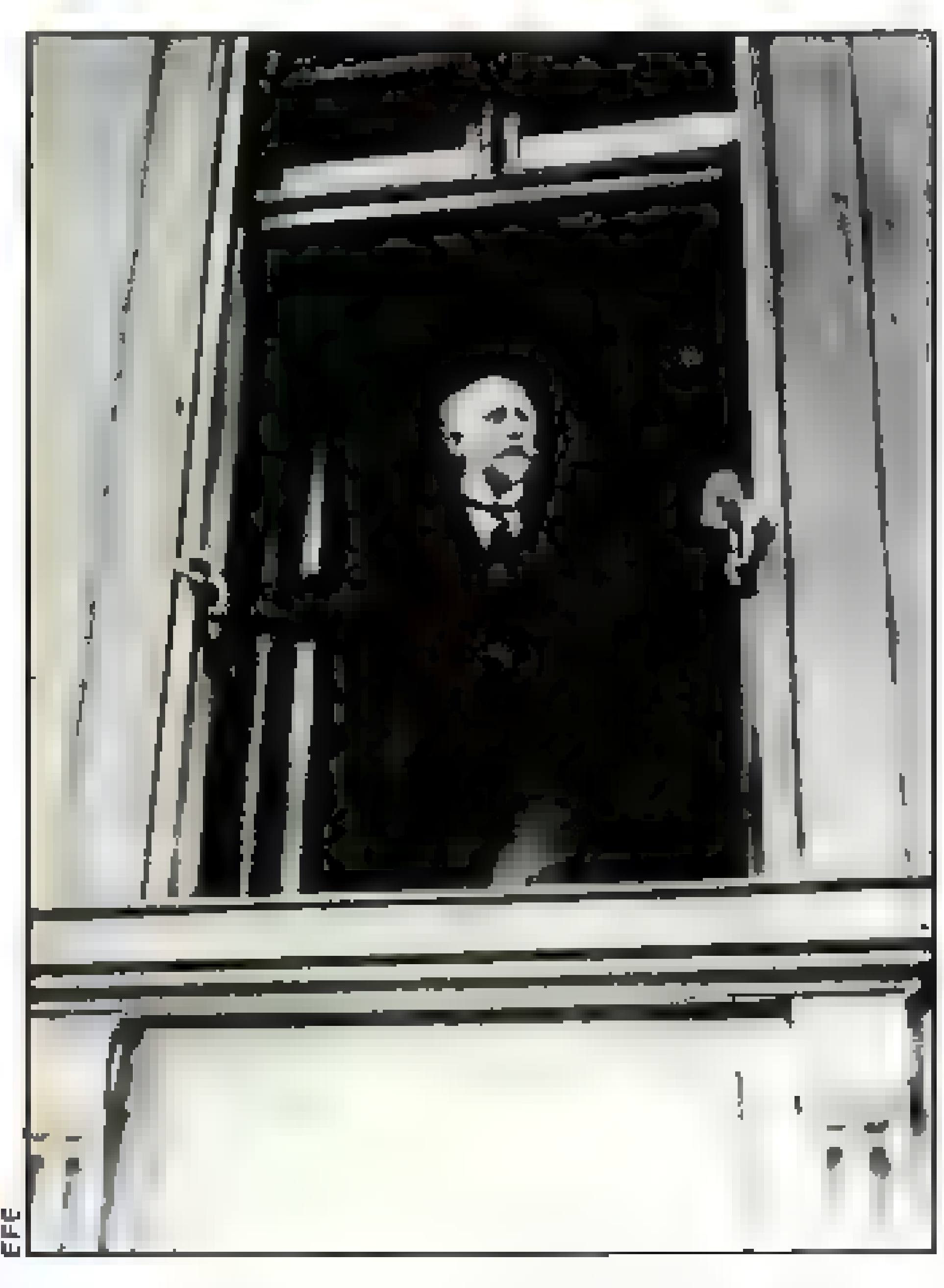
»En los cuarteles del primer y segundo regimientos de infantería, los cadetes se apresuran a reunirse con sus camaradas y abandonan sus acuartelamientos, apoderándose de las armas y las municiones. Por la noche, los soldados se dirigen en tropel al Café Mathoeser, donde Kurt Eisner les exhorta en una inflamada arenga. El primer consejo de obreros y soldados se forma bajo su presidencia. Éste sería el embrión del futuro Comité Central Revolucionario Bávaro. Erigido en dictador, Eisner multiplica sus directrices. La Estación Central es ocupada. Todos los oficiales y soldados que se pasean por la ciudad son interceptados e invitados a retirar de sus cascos el emblema con los colores alemanes para reemplazarlo por un emblema rojo. Patrullas de revolucionarios recorren las calles, ordenando a los comerciantes cerrar sus tiendas. Edificios públicos, correos y teatros son ocupados. El servicio de tranvías es detenido.

»En el Palacio de Landtag, para entonces abandonado, Kurt Eisner constituye el primer gobierno de la República Socialista Bávara...

(*FUENTE:* Histoire de l'armée allemande, *Jacques Benoist-Méchin, París, 1964.*)



EFE

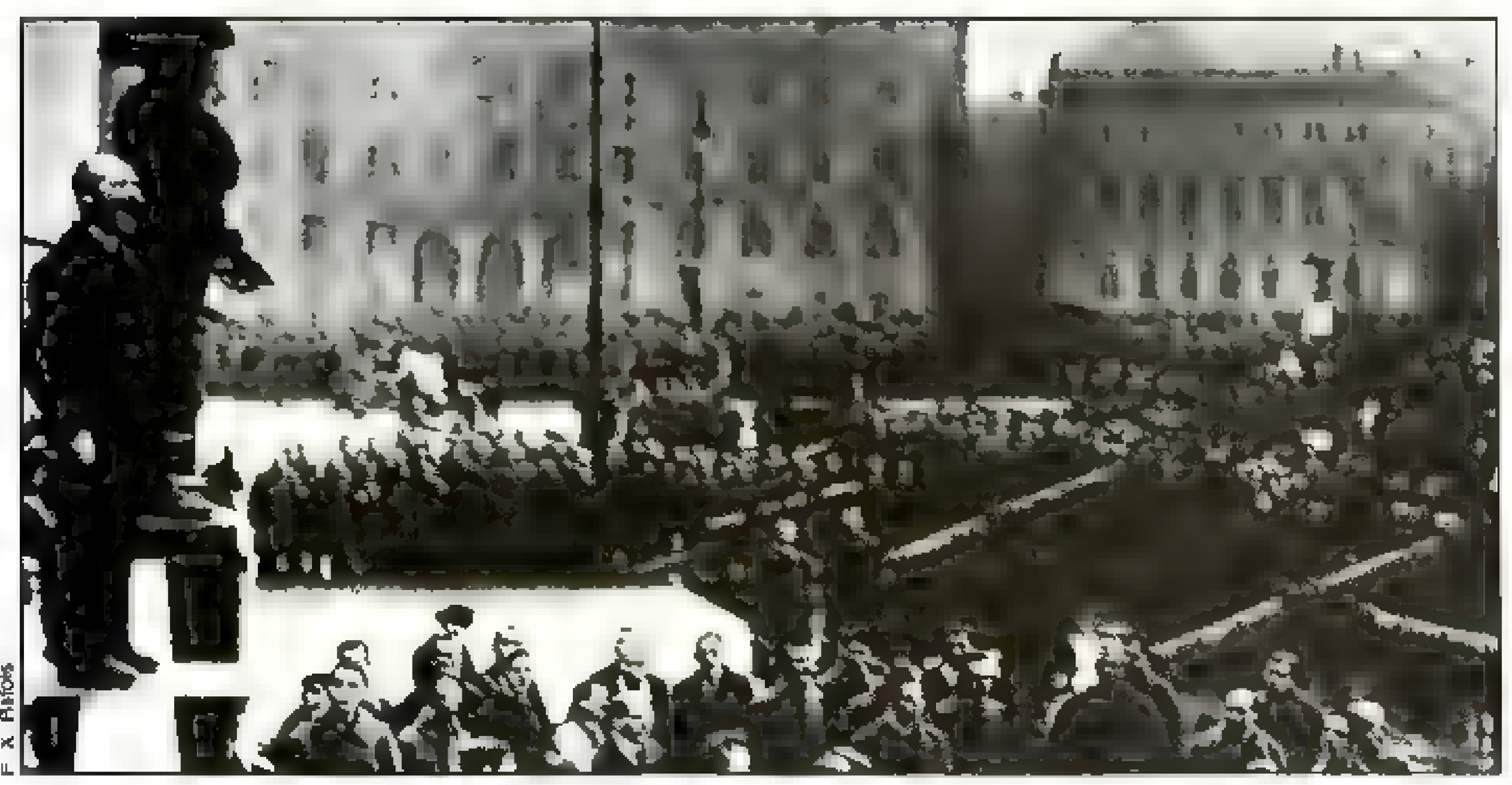


EFE

principal objetivo: la expulsión de los internacionalistas del seno de la organización. Por su lado, la minoría no estaba dispuesta a marcharse del Partido Socialdemócrata, donde sentía que sus fuerzas se incrementaban día a día, a medida que la guerra iba mostrando sin tapujos todas sus facetas de horror y miseria. El primer paso autónomo de los internacionalistas se produjo en enero de 1917, cuando, sin romper el marco partidario, sentaron las bases de un organismo sindical propio: la Unión de Trabajadores. Sólo en abril de ese año, después de una serie de expulsiones y sanciones disciplinarias, un sector de la minoría, identificado con la necesidad de la paz, se lanzó a fundar un nuevo partido: el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). Al mismo tiempo, otro sector minoritario, que aunaba a la reivindicación pacifista las banderas de la revolución proletaria, formó por su lado otro organismo partidario, el Spartakusbund (Liga Espartaquista), que, aunque mantenía relaciones con el USPD, reclamaba para sí una capacidad de acción independiente y estructuras orgánicas propias. Nacía así el grupo más combativo de la izquierda alemana.

La situación en Alemania iba deteriorándose poco a poco. Para los obreros, la guerra se traducía cada vez en mayor mortandad en las trincheras y hambre en el hogar. En abril de 1917, las huelgas estallaron en oleadas y el Partido Socialista Independiente empezó a ganar terreno con su prédica pacifista. El grupo espartaquista, con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg a la cabeza, creyó que la hora de la revolución proletaria había llegado para los alemanes. Desde el este, el proceso revolucionario ruso, con la caída del zarismo —símbolo tradicional de la «barbarie» para los socialistas alemanes— y el creciente poder de los soviets, parecía anunciar que la lucha final había llegado para el proletariado europeo. Y a pesar de que los éxitos nacionales de la campaña submarina habían levantado la moral de ciertos sectores de la opinión pública alemana, los espartaquistas sintieron que no solo en San Petersburgo la historia había iniciado su definitivo amanecer. El llamamiento para una Conferencia Socialista de Paz, hecho en mayo de 1917 por el Soviet de Petrogrado y formula-

EFE



F X Fotos

En la página anterior, arriba, Kurt Eisner, uno de los líderes de la extrema izquierda bávara, que se convirtió en jefe de la revolución de Munich. Fue el encargado de constituir el primer gobierno de la República Socialista Bávara.

En esta página, arriba, los marinos de Kiel en una concentración tras el motín del 3 de noviembre de 1918. La actitud de los marinos fue uno de los primeros actos de la revolución alemana, y su ejemplo se propagó rápidamente.

En la página anterior, abajo, el ministro Philip Scheidemann anuncia, desde el balcón de la Cancillería, la proclamación de la República, el 9 de noviembre de 1918.

En esta página, abajo, el marinero Tost, uno de los cabecillas del motín de Kiel, pronuncia un discurso al paso de los féretros de los comunistas muertos, en diciembre de 1918.

do al margen del nuevo gobierno que había reemplazado al zarismo, fue recibido por los espartaquistas como una mano tendida por el proletariado ruso para que esa «aurora de los pueblos» se convirtiera en una realidad irreversible.

En estos meses críticos, el movimiento pacifista seguía ganando terreno en Alemania, tanto como el que iban perdiendo los ejércitos del Káiser en los diversos frentes. El 19 de julio, el Reichstag aprobó su famosa resolución de una paz negociada y, el 1 de agosto, el Papa hizo públicos sus buenos oficios para que las partes beligerantes se sentasen a dialogar. Pero los matices de la palabra *paz* variaban según el color de las diferentes banderas y tendencias. Tampoco todos los socialistas entendían la paz de la misma manera. En Estocolmo, ante la mesa socialista integrada por rusos, holandeses y escandinavos, los delegados del Partido Socialdemócrata alemán se pronunciaron por un *statu quo ante bellum,* o sea porque la futura paz no fuera al precio del glorioso pasado de Alemania. Los delegados espartaquistas, en cambio, sostuvieron que la paz definitiva, la verdadera paz, sólo sería alcanzada mediante la revolución social y la guerra contra la burguesía en todo el mundo. Por su parte, los delegados del Partido Socialista Independiente, sorprendidos por el fuego cruzado entre los nostálgicos del *ante bellum* y el *para bellum* de los revolucionarios, optaron, como era obvio, por una «paz negociada»...

El Plan Hindenburg

Cuando, hacia fines de 1917, aún acicateado por los sectores más belicistas, el Káiser recurrió al Plan Hindenburg de «movilización industrial general bajo control militar», la Comisión Sindical Alemana, dominada por el Partido Socialdemócrata, se comprometió a cooperar. La Unión de Trabajadores, inspirada por los espartaquistas, decidió activar la propaganda entre los soldados para que «vuelvan sus fusiles hacia el corazón de la burguesía», al tiempo que ellos, en las fábricas, comenzarían a forjar el futuro poder obrero y popular. Fue así como, al igual que en Rusia poco tiempo antes, nacieron los primeros soviets obreros en diversas ciudades industriales de Alemania.

Arriba, soldados y obreros espartaquistas, fuertemente armados, atraviesan la Puerta de Brandenburgo en medio de la euforia popular

Abajo, Friederich Ebert, canciller de la República y líder socialista, pasa revista a las tropas pocos días después de asumir el poder


Archivo Orbis

A todo esto, el intento de ofensiva austrohúngara de junio se había frustrado y el Imperio austro-húngaro se desintegraba entre las huelgas obreras y los movimientos nacionalistas de los Balcanes. Lloyd George anunciaba en Londres que sus buques estaban hundiendo los submarinos con mayor rapidez de la que podían desarrollar los alemanes para construirlos y que, al mismo tiempo, construían nuevos barcos más rápidamente de lo que los alemanes podían hundirlos. El 24 de septiembre, el Estado Mayor informó al gobierno alemán que era vital pedir un armisticio, y el Plan Hindenburg se transformó en letra muerta tres días después.

Reforzados por contingentes norteamericanos, los aliados atravesaron Francia y Bélgica. La guerra podía empezar a desarrollarse dentro del propio terreno alemán y no había tiempo que perder: el 3 de octubre cayó el gobierno germano y el príncipe Max de Baden fue designado canciller. Su primera tarea fue transmitir al presidente Wilson que Alemania y el Imperio austro-húngaro querían un armisticio.

Ante la negativa de Wilson a negociar el armisticio sin previa capitulación, el príncipe Max se reunió con el Estado Mayor para estudiar la continuación de la guerra, pero los propios militares, que hasta ese momento habían estimulado el patrioterismo más belicista, fueron los primeros en disuadirlo. Cuando estas desesperadas conversaciones de altísimo nivel se transformaron en un secreto a voces y ganaron la calle, todos comenzaron a mirar con codicia la cabeza del Káiser. Guillermo II, temeroso de correr la misma suerte que su vecino Nicolás II, había abandonado Potsdam el 3 de octubre y se había refugiado en el Cuartel General del Ejército. El príncipe Max, «sin ánimos de presionar a su Majestad», le sugirió que abdicara voluntariamente. Pero el Káiser no sólo se negó, sino que el 24 de octubre envió una orden a la Marina, que estaba concentrada en Kiel, para que sus barcos se hicieran cuanto antes a la mar para seguir la contienda. Esta orden iba a encender una mecha que no sería la de sus cañones imperiales.



Arriba, soldados de la Liga Espartaquista transportando una pesada ametralladora por las desiertas calles de la capital alemana.

Abajo, un cabecilla de un destacamento de obreros y campesinos revolucionarios, revisa las armas en momentos previos al combate

El motín de Kiel

Apenas recibieron la comunicación del Káiser, los marineros, entre los cuales cundía el descontento, se negaron a levar anclas. El almirante Hipper ordenó el arresto de los amotinados, lo que caldeó aún más los ánimos. El 3 de noviembre, una concentración de marineros y obreros degeneró en manifestación; ésta fue duramente reprimida, pero al día siguiente las naves zarparon, dejando la ciudad en manos de los amotinados. Fue así como se formó el primer soviet militar de la revolución alemana. El ejemplo se extendió a otros puertos y, apoyándose en soviets de trabajadores y soldados, fueron surgiendo gobiernos revolucionarios en todas las ciudades. El 7 de noviembre, la insurrección popular se extendió a Baviera, donde asumió el poder el socialista independiente Kurt Eisner (1867-1919). Dos días después, a través de un manifiesto que, entre otros, firmaban Karl Liebknecht, Hugo Haase y Rosa Luxemburg, un soviet de trabajadores y soldados quedó constituido en Berlín.

La República de Weimar

Ante la gravedad de los acontecimientos, el príncipe Max de Baden renunció a su cargo y entregó la Cancillería al socialista Friedrich Ebert (1871-1925), del sector más derechista del Partido Socialdemócrata alemán. Aunque la situación era tan trágica que hasta existía un canciller sin ningún gobierno detrás, el Káiser seguía empeñado en no dimitir. Por su parte, el Partido Socialdemócrata, cuyas rojas banderas iniciales se habían ido destiñendo con los años, no se animaba a exigir públicamente la abdicación del Káiser. Lo hizo sólo veladamente, sobre todo por el riesgo de que sus miembros se pasaran al Partido Socialista Independiente y los espartaquistas consumaran el asalto final al poder.

Ebert se las ingenió como pudo para formar un gobierno, pero no calculó que uno de los suyos, el ministro Philip Scheidemann, iba a proclamar por su cuenta la República. Ante los hechos consumados, el Káiser y Ebert se pusieron de acuerdo: el Káiser no renunciaría personalmente, sino que el «gobierno» anunciaría la desaparición del

Las reivindicaciones de los espartaquistas

«La bandera roja flamea sobre Berlín. Esta vez no han sido los obreros de Berlín quienes han puesto en marcha la revolución. Pero ellos han prometido seguir hasta lo más profundo el programa comunista revolucionario. La abdicación de uno o dos Hohenzollern no significa nada. Y la presencia de dos o tres socialistas en la cabeza del Gobierno significa menos que nada. El proletariado revolucionario de Berlín proclama su voluntad indomable de luchar por las reivindicaciones siguientes:

1.º Paz inmediata.

2.º Levantamiento del estado de sitio.

3.º Apertura inmediata de todas las prisiones.

4.º Desarme de la Policía, de los oficiales y de los soldados que no acepten este programa.

5.º Toma de posesión de todos los poderes civiles y militares por los hombres de confianza del Consejo de obreros y soldados.

6.º Entrega de todos los edificios militares y fábricas de armamentos a los delegados de los consejos de obreros y soldados.

7.º Entrega, igualmente, de todos los medios de transporte, fábricas y bancos.

8.º Abolición de los tribunales militares.

9.º Disolución del Reichstag y de todas las dietas.

10.º Destitución del canciller, de todos los ministros y secretarios de Estado, así como de todos los funcionarios que no estén al servicio del pueblo socialista. Éstos serán sustituidos por representantes de los obreros.

11.º Abolición de todas las dinastías y de todos los privilegios de casta.

12.º Elección, en toda Alemania, de consejos de obreros y de soldados, sobre quienes reposarán exclusivamente los poderes legislativo y ejecutivo, además de la administración de todas las instalaciones sociales, los bancos y todos los otros bienes públicos. En la elección de estos consejos tomará parte todo el pueblo trabajador adulto, tanto en la ciudad como en el campo, sin distinción de sexo.

13.º Puesta en contacto inmediata con los partidos socialistas hermanos de otros países.

14.º Retorno inmediato del embajador ruso a Berlín.

»¡Camaradas! La realización de estas reivindicaciones marcará nuestro ingreso en un mundo nuevo.

»¡Apoyadlas! ¡El porvenir está en vuestras manos!

»¡Viva la República socialista de Alemania!»

(FUENTE: Editorial de La bandera roja, *órgano de prensa de la Liga Espartaquista, 9.XI.1918.)*

trono una vez que quien lo ocupaba llegara a Holanda. Aunque sin una aureola muy heroica, la revolución ya estaba hecha para los socialdemócratas. Una vez más, los socialistas independientes se vieron en medio de un fuego cruzado, porque, hacia la izquierda, para los espartaquistas, la revolución acababa de comenzar.

Pulso por el poder

Sin embargo, no siempre el rojo de la sangre es el del amanecer. Las negociaciones de paz continuaban y, entre tanto, mientras en los regimientos que habían regresado del frente la disciplina se resquebrajaba para beneplácito de los espartaquistas, en los regimientos que quedaban al pie de las trincheras, donde ya no se disparaba, la situación era diametralmente opuesta y ésta era una carta que «los partidarios del orden» no iban a desaprovechar. Los socialdemócratas, que habían captado la simpatía de muchos socialistas independientes al aparecer como los padres tutelares de la flamante República alemana, se lanzaron a una campaña política intensa entre las capas medias y, sobre todo, entre los soldados. A éstos, en definitiva, les ofrecían la paz, mejores condiciones disciplinarias, mejor comida y mejor trato; es decir, todas aquellas reivindicaciones que habían provocado el descontento entre las filas. Hasta los marineros de Kiel, que habían iniciado la revolución, terminaron por aceptar a Gustav Noske (1868-1946), el socialdemócrata que al día siguiente del amotinamiento había intentado controlarlos ofreciéndoles tan sólo «bellas palabras».

De este modo, el poder no pasó del viejo gobierno del Káiser a un ejército revolucionario ni a un poder central. De momento quedó dividido en manos de los diversos gobiernos locales y regionales, en los cuales los espartaquistas no eran siempre la mayoría.

Por su parte, y como era lógico, los aliados, con Wilson a la cabeza, se apresuraron a firmar la paz con el socialdemócrata Ebert, al que hicieron algunas concesiones, antes de que el proletariado alemán repitiera la hazaña del proletariado ruso. La burguesía, habituada como siempre a los buenos negocios, sabía muy bien que lo mejor nunca debe conspirar contra lo bueno. En cambio, los sectores más avanzados del proletariado alemán, con los espartaquistas a la cabeza, iban a entenderlo demasiado tarde y a un precio excesivamente caro y sangriento.

Ni siquiera en Berlín, el ala izquierda tenía mayoría en el soviet de trabajadores y soldados. Los consejos populares que surgieron en toda Alemania y en el seno de las Fuerzas Armadas



F. X. Rafols

En la página anterior, un carro blindado en las calles de Berlín. El cartel que ostenta advierte a la gente que no salga de sus casas

En esta página, arriba, un tanque empleado por las tropas del gobierno contra los insurrectos; abajo, una trinchera ocupada por Freikorps.

abrigaban muchas tendencias diferentes. En general, los socialistas independientes y los espartaquistas tenían más poder en las grandes ciudades industriales y en los regimientos estacionados en el interior del país; los socialdemócratas controlaban las ciudades pequeñas y los destacamentos no desmovilizados y que permanecían en los que habían sido los últimos frentes.

Por otra parte, el ala más izquierdista del movimiento revolucionario se enzarzó en una polémica desgastadora, básicamente alrededor de dos ejes, la acción sindical y la acción política, que en el fondo respondían a dos opciones: dar prioridad a las reivindicaciones económicas o a las definiciones políticas, mejorar algo o cambiarlo todo, reforma o revolución. En el seno mismo del espartaquismo se dividieron las aguas. La misma Rosa Luxemburg, que odiaba el sectarismo y ponía sus esperanzas en las potencialidades revolucionarias de las masas, se oponía vanamente a los más radicales pero se veía forzada a seguirlos.

Boicot a las elecciones

La propuesta que hizo el Gobierno de convocar elecciones generales ahondó más las diferencias. Los espartaquistas y sus aliados sabían perfectamente que nunca llegarían al poder mediante el famoso «sufragio universal», receta que precisamente había inventado la burguesía para que el enfrentamiento de clases se diluyera en lucha de partidos. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht entendían cuál era la trampa, pero también sabían que la propuesta del voto todavía encandilaba a amplios sectores populares. Sin embargo, la mayoría de los espartaquistas decidieron el boicot a las elecciones de la Asamblea Constituyente y, como si esto fuera poco, acusaron al Partido Socialista Independiente de estar «al servicio de la reacción», con lo cual los revolucionarios sólo consiguieron aislarse más y sumarle aliados a su «enemigo de clase».

Los rebeldes ocupan la Cancillería

En los primeros días de diciembre comenzaron a llegar a Berlín las primeras tropas desmovilizadas del frente. Estaban compuestas por soldados que acababan de sufrir una dura derrota, descontentos y desilusionados de «la causa alemana». Sin trabajo ni medios de transporte, en una Alemania librada



a la huelga general, eran un refuerzo importante para las huestes revolucionarias

El 16 de diciembre se constituyó en la capital un congreso de soviets de soldados que, entre otras cosas, exigió la disolución de la Escuela de Cadetes, la destitución de Hindenburg, la supresión de los grados y, fundamentalmente, la constitución de un ejército renovado, cuya organización quedaría a cargo de los consejos de soldados. Ebert, en un intento de ganar tiempo, se mostró dispuesto a acceder a muchas de estas peticiones. Sin embargo, los hechos se precipitaron y el 20 de diciembre un destacamento de marineros rebeldes sitió la Cancillería. Tres días después, el general Lequis, instalado en Potsdam, recibió la orden de desarmar a los sublevados. La operación comenzó con éxito, pero los espartaquistas se lanzaron a la calle y brindaron su apoyo a los rebeldes, encabezados por uno de los líderes del levantamiento de Kiel. El destacamento de Lequis se batió en retirada, y la Cancillería y la ciudad entera quedaron a merced de los revolucionarios.

Ebert telefoneó al general Groener, jefe del Departamento de Guerra, y apeló al Ejército para liberar la Cancillería. Algunos socialindependientes de su gobierno insistieron en continuar con las negociaciones, pero el general Groener inició el bombardeo del castillo donde estaba la sede de la División de Marina. Los marinos, a la espera de que otros regimientos se adhirieran y estallara la insurrección popular, decidieron ganar tiempo y negociar. Durante el compás de espera, los soldados utilizados por Groener para el ataque a la División de Marina consideraron que ya habían cumplido con su deber y empezaron a autodisolverse. Este era el momento propicio para que la izquierda intentara la toma del poder, pero las divisiones políticas se traducían en torpeza y debilidad. Los socialistas independientes, presionados por sus bases —indignadas tras el bombardeo de la División de Marina—, abandonaron el Gobierno, dejándolo totalmente en manos de los socialdemócratas. A partir de aquí, éstos, en alianza con los sectores más reaccionarios, se propusieron restablecer el orden.

Insurrección popular

Con el apoyo entusiasta de la derecha ultramontana, el Partido Socialdemócrata decidió acelerar la «limpieza». Para ello, organizó los *Freikorps* (Cuerpos Francos) constituidos principalmente por viejos oficiales del Ejér-



En la página anterior, los Freikorps *reprimen violentamente una manifestación en Berlín.*

En esta página, arriba, un soldado del gobierno tras una barricada, en los convulsionados días de enero de 1919.

En esta página abajo, Gustav Noske, ministro de Defensa del gobierno de Ebert y creador de los Cuerpos Francos. Fue el encargado de sofocar el levantamiento de los espartaquistas.

cito y elementos marginales. Gustav Noske, el de las «bellas palabras», asumió el Ministerio de Defensa del nuevo gobierno provisional y, de hecho, se convirtió en jefe de los Cuerpos Francos. El socialdemócrata Otto Wels, comandante de la guarnición de Berlín, fue sustituido por Anton Fischer, un exfranciscano que era acérrimo anticomunista.

Los acontecimientos se sucedieron entonces precipitadamente. El 31 de diciembre, los espartaquistas se reunieron en un congreso en Berlín, y se convirtieron en Partido Comunista. El 5 de enero de 1919, numerosas manifestaciones recorrieron Berlín, llamando a la insurrección popular y a la toma del poder. El departamento de Policía y la redacción del diario socialdemócrata *Vorwaerts* fueron ocupados por los manifestantes. El 6 de enero, el sector sindical del Partido Socialista Independiente, más en contacto con las masas obreras que el resto del partido y, por lo tanto, más radicalizado, llamó a una huelga general que alcanzó un amplio eco. Con la participación de Liebknecht y Paul Scholze como presidentes, se constituyó un Comité Militar Revolucionario cuyas fuerzas siguieron ocupando los principales edificios públicos de Berlín.

Sangrienta represión

La respuesta contrarrevolucionaria fue fulminante. Los Cuerpos Francos de Noske tomaron por asalto el centro de Berlín y se dedicaron a «limpiar» los baluartes de la izquierda. La insurrección popular, librada por los revolucionarios a su propia espontaneidad, no terminaba de cuajar, por más que amplios sectores se identificaban con ella y podían haber sido asimilados a la causa. El 14 de enero, los comandos de Noske convergieron sobre los barrios obreros, cometiendo las atrocidades que, para muchos, no fueron más que un anticipo de lo que, pocos años después, otros «cuerpos francos», con el brazo en alto, harían en nombre de un Führer y de un nuevo Reich.

El 15 de enero de 1919, en una barriada proletaria, un destacamento de los Cuerpos Francos apresó a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht, quienes, a pesar de intuir desde un principio la derrota de la causa revolucionaria, se habían negado a abandonar Berlín. En definitiva, su destino no podía ser otro que el de los obreros que, como en la también derrotada Comuna de París, «habían intentado tomar el cielo por asalto». Los hombres de Noske ya sabían cómo proceder. Sin juicio previo,



Un destacamento de Freikorps montando guardia tras un cañón en una calle de Munich. Los Cuerpos Francos alcanzaron gran fama por sus sangrientos métodos represivos, convirtiéndose en antecesores de las SS.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron eliminados. Tiempo después los dirigentes socialdemócratas se lamentaron del crimen, pero se apresuraron a proclamar su total inocencia. Al fin y al cabo, ellos no habían disparado un solo tiro. Lo único que habían hecho era cargar de odio las armas de los asesinos.

Las muertes de Liebknecht y Luxemburg resumieron como un símbolo perfecto el destino de la revolución proletaria en Alemania. Cuatro días después de estos hechos, el 19 de enero de 1919, se realizaron las famosas elecciones para la Asamblea Constituyente. Y todo el aparato del sistema funcionó a las mil maravillas. Los socialindependientes ganaron sólo el 5 % del total de asientos, contra el 39 % de los socialdemócratas Pero lo cierto es que ni ambos sectores juntos alcanzaron la mayoría. Los partidos de derecha, aunque divididos, eran una fuerza de primera magnitud en el Estado alemán. Con cerca de 11 millones y medio de un total de 30 millones de votantes, los socialdemócratas eran el mayor partido de la Asamblea. Pero el Partido Católico, de centro, obtuvo más de 6 millones de votos; el Partido Demócrata, de centro derecha, consiguió 5,5 millones, los conservadores de ultraderecha sumaron más de 3 millones, mientras que el Partido Socialista Independiente consiguió menos de 2,5 millones. Los socialdemócratas, que ya habían probado las mieles de. gobierno, no titubearon en pactar con la derecha. Esto les otorgó una mayoría en la Asamblea, claro que no para el socialismo, al cual desde hacía mucho ya no representaban. Se conformaron con una Constitución que garantizara el régimen republicano y algunas libertades democráticas básicas. Terminaba así un capítulo sangriento en la historia de Alemania.

De los Freikorps a las SS

No sólo en Berlín la revolución obrera fue ahogada en sangre. En Bremen, gran baluarte de los espartaquistas, el gobierno de izquierda fue derrocado a punta de bayoneta a principios de febrero de 1919. En Baviera, el 21 de febrero, el dirigente socialindependiente Kurt Eisner fue asesinado por el fanático derechista conde Arco. Fue el precio que debió pagar por su valiente denuncia de los Cuerpos Francos ante la Conferencia Internacional Socialista de Berna. Por supuesto, Noske se encargó de que el conde Arco ni siquiera pisara la cárcel. Baviera, a pesar de su tradicional catolicismo, se pronunció a favor de los soviets, porque, por encima de todas las cosas, odiaba a la autocracia prusiana. Y ésta era la mejor manera de celebrar su caída. Eisner, a pesar de su origen judío, habría sido el único capaz de mantener el poder popular entre los bávaros. Pero la reacción no había tramado su muerte en vano. Sus compañeros más cercanos cayeron en la provocación, dando muerte, como represalia, a dos diputados de derecha vinculados a los Cuerpos Francos. Era precisamente lo que éstos esperaban. Cuando un soviet de trabajadores y soldados se hizo cargo de Munich para garantizar la continuidad del poder popular, los comandos de Noske se hicieron fuertes en Nüremberg y en Bamberg, y comenzaron a avanzar, con la Guardia Republicana al frente, a modo de escudo.

En Munich, los revolucionarios se prepararon para la defensa. Eugen Leviné, otro judío de origen ruso que militó al lado de Lenin en Rusia, proclamó el poder soviético en toda la ciudad y comenzó a repartir armas entre los trabajadores. Al frente de este singular «ejército rojo» se puso Ernst Toller (1893-1939), un joven dramaturgo de 25 años que, a pesar de seguir vinculado al Partido Socialista Independiente, decidió abrazar la causa de la «dictadura del proletariado». Pero esta gesta duró pocos días. En su transcurso no hubo un solo crimen, ni siquiera un solo robo. La contrarrevolución, sin embargo, irrumpió en Munich decidida a terminar con la «barbarie bolchevique». Y no fueron suficientes los muros para fusilar espartaquistas, socialindependientes y obreros en general. Incluso treinta trabajadores católicos que se encontraban celebrando una misa fueron pasados por las armas. Leviné, que no sólo era un socialista, sino para colmo de males también judío, fue ejecutado junto con Gustav Landauer, un conocido intelectual de la izquierda anarquista. Toller fue apresado días después y condenado a prisión en la fortaleza de Niederschönenfeld.

Al ser arrancados de cuajo los revolucionarios de Munich y con el establecimiento de un gobierno militar, la izquierda quedó fuera de combate. La reacción erigió un verdadero búnker sobre las ruinas del antiguo gobierno popular. Así fue como, cuatro años después, un 9 de noviembre de 1923, un histórico personaje, amagó su primer putsch *en nombre de una nueva doctrina: el nacionalsocialismo. Se llamaba Hitler. Seducida por sus paranoias, Munich se convertiría en la cuna del nazismo*

El Tratado de Versalles

Una paz que engendró guerras

Miguel Ángel Bastenier,
periodista

El 28 de junio de 1919, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Hermann Müller, suscribía en la suntuosa Galería de los Espejos de Versalles el tratado de paz que ponía fin formalmente a la Primera Guerra Mundial. Pero este documento, que pretendía regir la política europea de la posguerra y preservar la paz entre los Estados, se convirtió, por sí mismo, en una fuente de odios y resentimientos que desembocarían en una nueva conflagración mundial.

El Tratado de Versalles no sólo puso fin a la Primera Guerra Mundial, ratificando el armisticio firmado meses atrás, sino que estableció unos repartos territoriales totalmente inviables. En la fotografía, una escena de la Conferencia



Los últimos años de la guerra

1917

Enero: *Alemania declara la guerra submarina a ultranza.*
Febrero: *Estados Unidos y Alemania rompen relaciones diplomáticas.*
Abril: *Estados Unidos declara la guerra a Alemania. Ofensiva inglesa en Artois y francesa en Champagne.*
Mayo: *ofensiva italiana en el Carso.*
Junio: *contraofensiva austríaca contra Italia y ofensiva rusa en Galitzia.*
Septiembre: *los alemanes ocupan Riga.*
Octubre: *retirada italiana de Caporetto.*
Noviembre: *batalla del monte Grappa. Ministerio de Clemenceau. Los soviets piden la firma de un armisticio.*
Diciembre: *los ingleses conquistan Jerusalén.*

1918

Enero: *los 14 puntos de Wilson.*
Febrero: *tratado de paz austroalemán con Ucrania.*
Marzo: *los alemanes toman Kiev. Tratado de Brest-Litovsk. Ruptura del frente inglés. Foch generalísimo.*
Abril: *los alemanes invaden Finlandia. Los japoneses ocupan Vladivostok. Ofensiva alemana en Flandes. Los alemanes ocupan el monte Kemmel.*
Julio: *ofensiva alemana en el Marne. Contraofensiva francesa en Villers-Cotterets. Los alemanes abandonan la línea del Marne.*
Agosto: *ofensiva francobritánica en el Somme, francesa en el Aisne e inglesa en Cambrai.*
Septiembre: *retirada general de los alemanes a la posición de Hindenburg. Austria pide la paz. Ofensiva americana en Saint-Mihiel y de las fuerzas aliadas en Flandes, el Somme y Argonne. Se desmorona definitivamente el frente alemán.*
Octubre: *Alemania acepta los 14 puntos de Wilson.*
Noviembre: *se firma el armisticio que pone fin a las hostilidades.*



Camera Press/Zardoya

En ambas páginas, la artillería británica en acción durante la batalla de los Lys, en la primavera de 1918

En la página siguiente, sobrepuesta la última página de la convención del armisticio, con las firmas de Foch, Wemyss, Erzberger y Winterfeld; arriba, histórica fotografía de la delegación aliada, encabezada por Foch (1), Wemyss (2) y Weigand (3); abajo, los delegados alemanes, Erzberger y el general Von Winterfeld.

El Tratado de Versalles dio forma a la paz de los aliados con Alemania y modeló la política de la inmediata posguerra, de manera que vencedores y vencidos no cesaron de referirse a este documento para justificar sus esperanzas en un mundo diferente o alimentar su rencor contra lo que consideraban la carta magna de un sometimiento que no se había forjado en los campos de batalla.

Para los aliados, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos en menor medida, Versalles era el medio para acabar con todas las guerras, el establecimiento de mecanismos internacionales que aseguraran la paz en Europa, y una permanente posición relativamente secundaria para Alemania. El Imperio alemán había caído con la derrota para dar paso a la República de Weimar. A diferencia de lo que ocurriría tras la Segunda Guerra Mundial, los aliados se habían apresurado, tras la rendición germana en Compiégne, a establecer un documento legal que codificara los términos de la paz con Alemania, sin que se llegara seriamente a debatir la desaparición del Estado alemán. Efectivamente, pocos años después del fin de la Gran Guerra, Weimar ingresaba en la Sociedad de Naciones, aquella «ONU» de la primera hora que debía garantizar la paz perpetua con la que había soñado Kant.

Sin embargo, en la Alemania que vería el fulgurante desarrollo del nacionalsocialismo, Versalles era el grito de guerra para la revancha; los ejércitos alemanes no habían sido derrotados en combate, según una tenaz leyenda, sino que habían recibido «la puñalada por la espalda» de la paz de Versalles; un *diktat* se había abatido

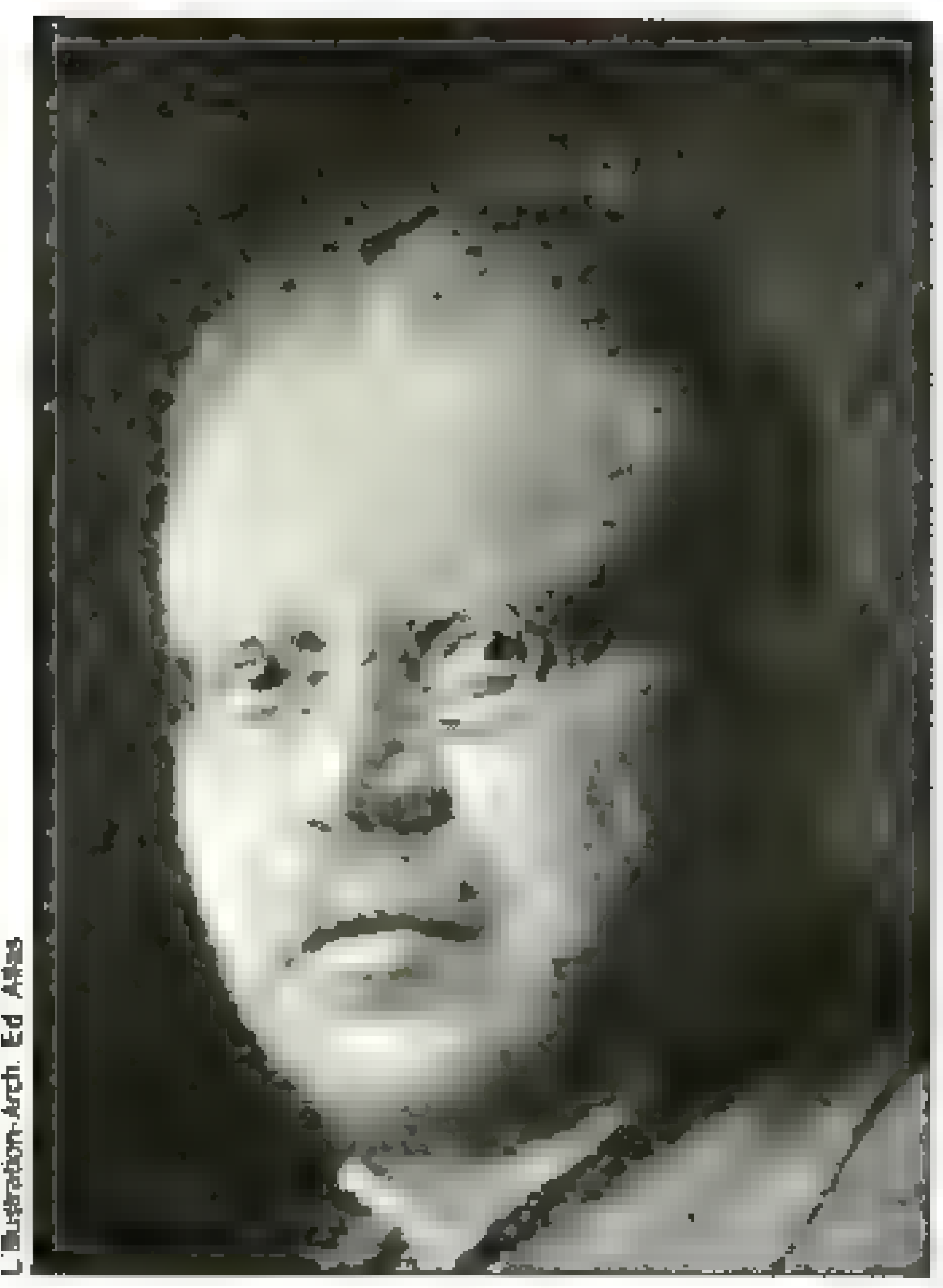
sobre el Reich, en el que se encerraban todas las supuestas semillas de una posguerra armada y una guerra inevitable. Finalmente, para Italia, uno de los vencedores, era la historia de un rencor, de una victoria «no recompensada» que alimentaría el revanchismo que tan bien sabría instrumentar Mussolini.

¿Qué había pasado en París que pudiera significar paz y guerra, estabilidad y venganza permanentes para vencedores y vencidos?

El armisticio

A las once de la mañana del 11 de noviembre de 1918, en un vagón de tren, improvisado cuartel general del mariscal francés Ferdinand Foch, en el bosque de Compiégne, cerca de París, se firmaba el armisticio que ponía fin a la Primera Guerra Mundial. Cuatro

Photo Goldner



L'Illustration-Arch. Ed. Atlas



L'Illustration-Arch. Ed. Atlas


Photo Goldner

días antes, el jefe de la delegación alemana, Mathias Erzberger (1875-1921), había partido en coche de las líneas alemanas, llevando una hoja de papel en blanco con la firma al pie del canciller alemán. Tenía instrucciones de aceptar, *in extremis,* las condiciones que fuera, pero debía intentar evitar una humillación para el Ejército del Káiser. El día 9, cuando Erzberger ya conocía las condiciones aliadas que en todo equivalían a una rendición total, se enteró de la caída del emperador Guillermo II, y su sustitución por la República que presidía el socialdemócrata Friedrich Ebert. Foch, que había recibido al delegado alemán en la penumbra de su vagón con las cortinillas corridas y se había negado a estrecharle la mano, esperó pacientemente más de tres días a que su interlocutor firmara un documento en el que se establecía la evacuación alemana de Bélgica, Francia y Luxemburgo, incluyendo la inmediata devolución de Alsacia y Lorena, en poder del Reich desde la guerra de 1870, la entrega de todos los cañones pesados y ametralladoras, aviones y automóviles de campaña, la práctica totalidad de la flota de guerra, el reconocimiento del derecho aliado a ocupar la orilla izquierda del Rin con los gastos de mantenimiento a cargo de Alemania, amén de la rendición y entrega de las colonias en África y la inmediata liberación de todos los prisioneros. El bloqueo sobre Alemania se mantenía hasta tanto que hubiera un tratado de paz, y la validez del documento firmado se fijaba en sesenta días, para dar tiempo a escenificar la cita de Versalles. La realidad haría que el armisticio se renovara automáticamente de mes en mes hasta que el acuerdo relativo entre los vencedores permitiera convocar la conferencia de la paz.

El inicio de la conferencia

Más de un millar de delegados, acompañados de un cortejo mucho más numeroso de asesores, personal administrativo y guardia de seguridad, se reunieron en París el 18 de enero de 1919. Junto a ellos, 150 periodistas de todo el mundo, lo que para la época en la que nacía el gran periodismo de masas era una cifra que anunciaba una nueva era en el mundo de las comunicaciones.

Los países representados en la conferencia fueron divididos en cuatro categorías. La primera la integraban las potencias con «intereses de carácter general»: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón, que estarían presentes en todas las reuniones y comisiones. La segunda categoría la formaban las potencias con «intereses de carácter particular» como Bélgica, Brasil, Canadá, Australia, Sudáfrica, Grecia, China, Arabia, Polonia, Portugal, Tailandia, Rumania, Servia, Checoslovaquia y un cierto número de países latinoamericanos que también habían declarado la guerra a Alemania. En la tercera entraban todos los Estados que hubieran roto relaciones con Berlín, que tendrían derecho de presencia cuando las potencias trataran asuntos en los que se los mencionase; y, finalmente, la cuarta categoría abarcaba, ya fuera del marco estricto de las reuniones, a todos los neutrales y países en formación, que podrían enviar notas verbales o escritas por invitación de las grandes potencias.

Los «cinco grandes» tenían cinco delegados cada uno; Bélgica, Servia y Brasil, tres; China, Grecia, Arabia, Polonia, Portugal, Rumania, Tailandia y Checoslovaquia, dos, al igual que Australia, Canadá y Sudáfrica. Los restantes países tendrían derecho tan sólo a un delegado. Evidentemente, la organización de la conferencia marcaba ya la existencia de un «Consejo de los Diez», integrado por el jefe de Gobierno y el ministerio de Asuntos Exteriores de los cinco primeros beligerantes. Éstos eran: el presidente Woodrow Wilson y su secretario de Estado, Lansing, por EEUU; el presidente del Consejo, Georges Clemenceau y el ministro Pichon por Francia; el premier David Lloyd George y su «hombre» de Exteriores Balfour por Gran Bretaña; por Italia acudían el primer ministro Vittorio Emanuele Orlando y el ministro Sonnino; y el barón Makino y el vizconde Shinda, por el Japón.

Ni Alemania, ni Austria-Hungría o las restantes potencias derrotadas eran invitadas a la conferencia. La su-



Snark International/Musée de la Guerre. París



Snark International/Musée de la Guerre. París



F. X. Baldó

En la página anterior, el mariscal Pétain entra en Metz liberado, el 19 de noviembre de 1918, una semana después del armisticio.

En esta página, arriba, los parisinos festejan en la calle la firma del armisticio de paz; sobre estas líneas, el periódico La France Libre *presenta el mapa con los territorios que han sido liberados; a la izquierda, un coche alemán con una bandera blanca anuncia el cese de las hostilidades*

pervivencia de los aliados de Alemania se trataría en otras conferencias menores. La paz con Berlín se pactaría en Versalles sin contar con la presencia de los vencidos.

El presidente francés Raymond Poincaré (1860-1934) dio comienzo oficial a la conferencia el 18 de enero de 1919 en el Ministerio de Asuntos Exteriores en París, pidiendo en su discurso inaugural sanciones contra los culpables de la guerra y garantías militares contra la renovación de la capacidad agresiva de Alemania. Con estas palabras, Poincaré asumía las posiciones del nacionalismo francés más extremo, que en la prensa afecta pedía el desmembramiento del gran adversario continental de Francia, la anexión de todo el territorio hasta la orilla izquierda del Rin y la retrocesión del resto del país alemán poco menos que a la situación del Sacro Imperio, dividiéndolo en estados tapones sin ninguna significación militar. El jefe del Gobierno francés, el «Tigre» Clemenceau, conseguiría en las semanas siguientes anular el protagonismo que Poincaré habría querido tener en la conferencia y, aun defendiendo verbalmente algunas de las posiciones más duras del nacionalismo galo, impuso una medida de moderación en las pretensiones de París. Es cierto que la oposición del presidente Wilson y el juego siempre «individualista» del británico Lloyd George forzarían ese regreso al «realismo», pero Clemenceau, nacionalista como el primero, conocía demasiado bien la debilidad exterior de Francia para tratar de imponer una solución que disgustara a sus aliados, por lo que confiaba más en la Entente del futuro que en la realidad de una Alemania sólo temporalmente debilitada. El tiempo no dejaría de darle la razón, y bien trágicamente, por cierto.

En aquella primera sesión plenaria Clemenceau sería elegido presidente de la conferencia y Lloyd George, Lansing, Orlando y Sayondzi, vicepresidentes.

La Sociedad de Naciones

Cuatro días después comenzaron los verdaderos trabajos de la conferencia en el seno del Consejo de los Diez. Woodrow Wilson quería que el tratado de paz y la creación de la Sociedad de Naciones fueran un todo indivisible. Gran Bretaña sentía el clásico escepticismo insular ante cualquier propuesta que la implicara en mecanismos internacionales, pero no quería disgustar a su gran aliado anglosajón, y callaba sin colaborar. Francia sólo sentía desprecio por el idealismo presbiteriano del presidente Wilson, al tiempo que su gran preocupación era el equilibrio continental en el que París debía ser el poder hegemónico. Para ello, los representantes francés y británico idearon la estratagema de proponer que una comisión *ad hoc* se encargara de tratar el tema de la Sociedad de Naciones sin interferir en la discusión de la fórmula para la futura paz con Alemania.

Wilson respondió a la maniobra con otra mejor aún: autoconstituirse en presidente de esa comisión, que recibiría el nombre de «Comisión del hotel Crillon», porque comenzaría a reunirse en ese establecimiento de París el 25 de enero. La presencia del presidente norteamericano en los trabajos para la creación de la Sociedad no sólo les daba un relieve del que no podían estar ausentes franceses y británicos, sino que devaluaba los trabajos paralelos de discusión general de la paz. Con todo,

David Lloyd-George, el liberal de izquierda

David Lloyd-George, nacido en Manchester en 1863, pero política y culturalmente galés, fue el último primer ministro británico del Partido Liberal, con el que, sin embargo, sostuvo siempre unas tempestuosas relaciones.

En 1890 obtuvo el escaño de diputado, por la localidad galesa de Caernarvon, que retuvo durante un periodo sin precedentes de 56 años, hasta su fallecimiento en 1945. Pese a una brillante carrera política, recamada por su brillante y colorista oratoria en la Cámara de los Comunes, que le llevó a la secretaría de Comercio en 1905 y al ministerio de la Tesorería en 1908, su temperamento fácil para los odios irreconciliables y su notoria vida personal, poco digerible para la Inglaterra georgiana, le significaron una barrera en su carrera política y tuvo que esperar a 1916, en plena Gran Guerra, para llegar a primer ministro. En esta posición no sólo contribuyó decisivamente a la victoria, sino que reorganizó la vida británica, introduciendo importantes reformas sociales de orden tributario, instauró el servicio militar obligatorio, y creó un verdadero ministerio de Intendencia para el esfuerzo militar, todo lo cual fue el comienzo de planificación general de la economía británica.

Durante su único mandato, reconoció un principio de independencia para una parte de Irlanda, aunque no supo impedir que el chantaje sangriento de los protestantes del Ulster forzara la partición de la isla. La crisis greco-turca, en la que se mostró fuertemente progriego, con la derrota de Atenas en 1922, precipitó su caída.

Aunque retuvo su escaño, su mayor amargura fue ver cómo no podía recuperar la jefatura del Gobierno, al tiempo que declinaba el favor electoral del liberalismo. Ya en sus últimos años parecía creer, contra toda lógica, que el estallido de la Segunda Guerra, en 1939, le llevaría de nuevo al 10 de Downing St., como había ocurrido en 1916.

Esos años de amargura, irregularidad matrimonial y aislamiento relativo le sirvieron para dejarnos obras como Memorias de guerra, *publicada en 1933-36, y* Recuerdos de la conferencia de la paz, *en 1939. En 1944, tras ser nombrado conde de Dwyfor, se retiró de la vida pública, justo un año antes de su muerte.*



se inició el debate sobre el destino de las colonias alemanas. Francia reclamaba Togo y Camerún, Gran Bretaña «aceptaría» su parte en el África meridional y oriental; Japón pedía la península de Shantung y los archipiélagos alemanes del Pacífico, y hasta Italia quería entrar en el reparto. Wilson volvió a la carga uniendo los dos temas: el de la Sociedad de Naciones y el del reparto colonial, proponiendo que las colonias fueran atribuidas en calidad de «mandatos» a este futuro organismo, el cual las pondría bajo la tutela de una u otra gran potencia que garantizaría un eventual acceso a la independencia de las mismas. La tensión entre los aliados llegó hasta el punto de que se rumoreó que el presidente norteamericano estaba decidido a retirarse de la conferencia, lo que obligó a sus asociados europeos a aceptar la idea del «mandato», en lugar de la adquisición pura y simple. El 13 de febrero concluían los trabajos del hotel Crillon con la redacción de los estatutos de la futura Sociedad de las Naciones, lo que permitiría el reparto de los despojos coloniales.

Clemenceau, sin querer disimular su indiferencia despectiva, dejó que fuera su subordinado Leon Bourgeois el que tratara de obstaculizar la victoria de Wilson, proponiendo que si había organismo internacional debía contar con una fuerza militar propia para imponer el orden mundial. Gran Bretaña se conformaba con que la Sociedad de Naciones fuera, básicamente, una alianza de grandes potencias que se autogarantizaran el *statu quo* territorial. Wilson pedía manos libres para que la entidad arbitrara la vida internacional, hasta el extremo de promover independencias y rectificar trazados fronterizos. Este punto de vista se impuso cuando, el 14 de febrero, apenas un día después de concluida su redacción, el presidente norteamericano comunicó al mundo el proyecto de estatuto: «El velo de la desconfianza y la intriga ha caído —terminó su discurso— los hombres se miran a la cara y dicen: somos hermanos y tenemos un fin común. Antes no teníamos conciencia de ello, pero ahora lo comprendemos. Y he aquí nuestro pacto de fraternidad y amistad».



En ambas páginas, una imagen de los «cuatro grandes»: de izquierda a derecha, Lloyd George, Orlando, Clemenceau y Wilson.

En esta página, Walter Rathenau, responsable de la economía del Reich; en la página siguiente, el Palacio de Versalles durante la conferencia.



Georges Clemenceau, el «Tigre» radical

Georges Clemenceau, apodado el «Tigre», nació en Mouilleron-en-Pareds, Vendée, en 1841. Preocupado desde muy joven por los problemas sociales y políticos de su tiempo, fue alcalde de Montmartre durante la guerra franco-prusiana. Afiliado al sector más izquierdista del republicanismo radical, fue elegido diputado a la Asamblea Nacional en 1871. Al estallar ese mismo año el movimiento revolucionario de la capital francesa, tomó parte como mediador entre la Comuna y el Gobierno. Desilusionado por el fracaso de las negociaciones, decidió dimitir de sus cargos de alcalde y diputado. Tras un breve paso por el Consejo Municipal de París, fue elegido nuevamente diputado a la Asamblea Nacional en 1876. En la cámara destacó como gran orador, de ideas radicales, que le convirtieron en jefe de la extrema izquierda francesa. A fines de siglo, y después de haber perdido su escaño en 1893 por una vinculación al escándalo del Canal de Panamá, supo ver en el «affaire» del capitán Dreyfus, acusado falsamente de traición y enviado a un penal de por vida, una causa para la historia. Desde el diario que dirigía, L'Aurore, *dio impulso a la campaña de rehabilitación del oficial judío, publicando el célebre* Yo acuso *de Zola. Si en ese momento supo ir contra la opinión por una cuestión de principios, lo que le hizo uno de los hombres más odiados y temidos de Francia, al ser llamado en noviembre de 1917 a presidir el Gobierno en pleno ambiente de derrota en la Primera Guerra Mundial, fue capaz, también entonces, de galvanizar la resistencia francesa. En la victoria sobre Alemania, aunque duro en la exigencia de reparaciones de guerra, se opuso a los militares más extremistas que querían que se borrara a Berlín del mapa. De la misma forma, se mostró cauto y receloso ante la creación de la Sociedad de Naciones, cuya utilidad siempre puso en entredicho. El tiempo no demoraría en darle la razón.*

Hombre de fuerte carácter, de una vida personal abrupta, y en el que la preocupación social ponía freno al conservadurismo en lo económico, y acentuaba el carácter laico de su política, sufrió una enorme decepción con su derrota en las elecciones presidenciales de 1920. Falleció en 1929, apartado de la vida pública.



La negociación sobre fronteras

Tras la aprobación del proyecto de estatuto para la Sociedad de Naciones, la conferencia podía reanudar sus trabajos, pero durante unas semanas, hasta que las posiciones de los vencedores quedaran fijadas, el escenario se vaciaría de sus primeros actores refugiándose en los ministros de Exteriores. El mismo 14 de febrero, Wilson había regresado a Estados Unidos, donde crecía la oposición parlamentaria a la adscripción norteamericana a un pacto como el de la Sociedad de Naciones que no reconocía la existencia de la «doctrina Monroe»; Lloyd George había vuelto a Londres, Orlando informaba a su Gobierno en Roma, y Clemenceau había sufrido un atentado el 19 de febrero, del que convalecería durante varias semanas.

La posición francesa era la de que su frontera fuese desplazada hasta el Rin mientras que las provincias renanas se convertirían en una república autónoma, de hecho vasalla de Francia, como en la época napoleónica. A tal fin, el general francés Mangin había movilizado con dinero y agentes el particula-

El diálogo entre la fiera y el pastor

El enfrentamiento entre Clemenceau y Wilson fue uno de los secretos peor guardados de la conferencia de París. El «tigre» radical francés era tan generoso como el idealista presidente norteamericano, pero enemigo declarado de la utopía. Woodrow Wilson, devoto presbiteriano dado al sermón y la severidad, tenía una fe en la fuerza correctora de la ley que rayaba en la idolatría. En los meses que duró la conferencia circuló por París el «libreto» de una conversación entre los líderes, de autenticidad difícilmente verificable, que revela, como en un escenario, lo irreductible de sus formas de entender la vida.

Wilson: *«Mi único objetivo al promover la creación de la Sociedad de Naciones es impedir futuras guerras.»*

Clemenceau: *«No es posible impedir las guerras, no importa con qué medios de organización, si no nos ponemos de acuerdo en tres principios.»*

Wilson: *«¿Cuáles?»*

Clemenceau: *«Primero, declarar y aplicar el de la igualdad racial. Japón ya ha presentado una resolución ante la conferencia con este fin. ¿Está de acuerdo?»*

Wilson: *«Me temo que no. La cuestión racial es un tema muy delicado en Estados Unidos. Los senadores del Sur y de la costa Oeste no aprobarían un tratado con semejante cláusula.»*

Clemenceau: *«El segundo es el de la libre inmigración. Ningún país deberá cerrar sus fronteras a los que quieran vivir en él. ¿Está de acuerdo?»*

Wilson: *«No. Mi país no puede aceptar más orientales y el Congreso está estudiando la restricción de la inmigración europea.»*

Clemenceau: *«El tercer principio es el del libre comercio mundial. ¿Qué le parecería eso?»*

Wilson: *«Yo soy personalmente favorable y mi partido ha rebajado las barreras arancelarias, pero el Congreso nunca aceptaría una unión aduanera con Europa, Asia y África.»*

Clemenceau: *«De acuerdo. Entonces, la única forma de mantener la paz es que seamos fuertes y que consigamos que nuestros enemigos sean débiles. Ninguna Sociedad de Naciones imaginable puede servir para eso.»*


Snark International

rismo renano, tratando de crear un movimiento independentista desde el interior. Este peligroso jugar con fuego no tocaría a su fin hasta que Clemenceau se recuperara de las heridas sufridas por el disparo del anarquista Cottin, regresara a la conferencia a mediados de marzo, y reprimiera la «fronda» de sus militares con la mano dura de la experiencia y el realismo.

Wilson volvió de Estados Unidos durante ese mes, al igual que el premier británico y el primer ministro italiano. El Consejo de los Diez era ya el de los cuatro, con la congregación en privado de Clemenceau, Wilson, Lloyd George y Orlando, y aun de los tres, a la vista de los intereses mucho más limitados de este último, que, por otra parte, era el único que desconocía la lengua inglesa en la que se desarrollaba la mayor parte de los trabajos. El barón Makino, interesado tan sólo en recoger una cosecha de archipiélagos y penínsulas, dada su modesta participación en la guerra, y por no ser jefe de Gobierno, como sus interlocutores, pronto quedó tan ajeno como desplazado de los trabajos.

En las reuniones, Lloyd George y Wilson, y, en menor medida, Orlando llevaban el peso de los debates. Clemenceau, en una distancia más aparente que real, permanecía callado junto al fuego con las manos siempre enfundadas en unos exquisitos guantes de cabritilla, corbata gris y perla en el pasador, para salir de su mutismo sólo en ocasiones muy significadas. Pero cuando lo hacía la reunión callaba y escuchaba, en un cuadro que inmortalmente plasmó el economista J. M. Keynes, miembro de la delegación británica, en su libro *Las consecuencias económicas de la paz*.

A las últimas exigencias francesas centradas en la anexión del Sarre, pequeño territorio a caballo entre la Prusia renana y el Palatinado, respondía Lloyd George con el llamado «documento de Fontainebleau» de 25 de marzo de 1919, en el que desplegaba la posición británica. En él decía el «premier» que era inútil desposeer a Alemania de sus colonias, convertir a su Ejército en una Policía y arrebatarle su flota, puesto que si los alemanes «consideran que el tratado de paz es injusto, encontrarán el medio de vengarse de los vencedores... En razón a estas consideraciones, me opongo enérgicamente a que ningún territorio de población alemana sea separado de Alemania en mayor proporción de lo que esto sea indispensable». En cambio, Lloyd George proponía que Renania siguiera siendo alemana pero quedara desmilitarizada; Francia recuperase Alsacia y Lorena y obtuviera el derecho durante diez años de explotar las minas del Sarre; Bélgica se hiciera con las localidades de Malmédy y Moresney; además de pedir para Dinamarca una rectificación de fronteras en Schleswig. En la Europa Oriental, el nuevo Estado polaco obtendría el corredor de Dantzig, que uniría el interior del territorio, a través de Prusia, con el Atlántico, quedando aquella ciudad como enclave internacionalizado.

La cólera de Clemenceau al conocer la posición británica se centró en el punto más deliberadamente cínico de aquella argumentación: si Londres quería moderación por qué no se le permitía a Alemania conservar intacta su flota de guerra y sus colonias africanas, en lugar de debilitarla en el mar y tratarla clementemente en tierra como pedía Lloyd George. Pero todos sus sarcasmos no harían vacilar al británico apoyado por Wilson, que había confesado que jamás había oído hablar del Sarre antes de conocer las pretensiones francesas. La posición de retaguardia de Clemenceau, sin duda preparada de antemano, sería la de solicitar la entrega del territorio a la Sociedad de Na-



Collection Viollet



Arch. Ed. Atlas

En la página anterior, tras la firma del tratado de paz, Wilson y Clemenceau salen del Palacio de Versalles; ambos habían tenido un duro duelo dialéctico.

En esta página, arriba, Dantzig, que se convirtió en ciudad libre bajo el protectorado de la Sociedad de Naciones; abajo, postal de la Alsacia reconquistada.

ciones, que la confiaría en mandato a Francia durante 15 años, al término de los cuales se celebraría un plebiscito en el que se preguntaría a la población a qué Estado deseaba pertenecer. Por el momento, las potencias anglosajonas no accederían a ninguna de estas demandas, limitándose a ofrecer una garantía militar a Francia contra cualquier futura agresión alemana.

Las reparaciones de guerra

Paralelamente, el problema de las reparaciones de guerra comenzaba a tratarse con igual virulencia. La comisión técnica, encargada de tratar el problema antes de someterlo a la aprobación de los «grandes», estableció la cifra inicial en unos 480.000 millones de marcos oro que, si bien le pareció a Lloyd George una «quimera», debía compararse con las exigencias de París que, sólo para reconstruir la zona norte devastada, ascendían a 60.000 millones de marcos, cifra algo superior a todo el patrimonio nacional francés de la época. Por añadidura, no había acuerdo entre las partes para la distribución de una u otra suma, pues, mientras Gran Bretaña proponía que la mitad fuera para Francia, el 30 % para sí misma, y el resto para los demás contendientes, París reclamaba el 58 %, dejando un 25 % para Londres. Por su parte, los norteamericanos, que con la guerra habían pasado de ser deudores de Europa a ser sus acreedores por valor de unos 13.000 millones de dólares, sabían que, para que Francia y Gran Bretaña pagaran sus deudas, era esencial la buena salud económica de Alemania, y temían, por ello, que una presión brutal e inmediata matara la gallina de los huevos de oro. Como si se tratara de una subasta en Sotheby's, los vencedores intercambiaban cifras, bajando Clemenceau hasta un 56 % para Francia y un 25 % para Gran Bretaña, ante lo que terciaría Wilson aceptando aquel porcentaje para París, pero elevando el de los británicos hasta un 28 %. Finalmente, los expertos norteamericanos, que entendían que no era realista exigir a Alemania más de 25.000 millones de dólares, convencieron a franceses y británicos de que el tema quedara en estudio de una comisión de técnicos que presentaría sus conclusiones antes del 1 de mayo de 1921. De la misma forma, el 14 de abril se producía la avenencia en el tema territorial, con un acuerdo de principio para que Francia obtuviera la explotación temporal del Sarre, se ocupara la orilla izquierda del Rin por un periodo de 15 años, y quedaran desmilitarizadas las provincias renanas hasta un margen de 50 kilómetros al oeste del gran río alemán.

Pretensiones italianas y japonesas

A mediados de abril estalló la «crisis italiana» de la conferencia. El primer ministro Orlando exigió en nombre del principio de las nacionalidades, recogido en los 14 puntos del presidente Wilson, la anexión a Italia del Trentino, el Alto Adigio, y la Venecia juliana, todos ellos territorios austríacos, más Fiume, Dalmacia e Istria oriental, también parte del Imperio austrohúngaro, y que pronto integrarían el nuevo Estado independiente de Yugoslavia. Wilson rechazó cualquier reivindicación al Este, cediendo, en cambio, sobre las zonas fronterizas con la futura Austria despojada de su imperio. Orlando, jugando al chantaje, abandonó París con gran estrépito, con la intención de bloquear la conferencia. Nada de eso ocurrió. Por el contrario, los aliados se sintieron más cómodos sin el «embrollador» italiano y hasta Lloyd George aprovechó para prometer la Esmirna turca a los griegos, que un pacto secreto con Francia y Gran Bretaña reservaba para Roma. La operación escándalo se convirtió en farsa con el regreso a París de Orlando, el 7 de junio, a la vista de que su ausencia era tan bien acogida. El día 19, el primer ministro pagó el poco caso que los aliados hacían de las reivindicaciones italianas con un voto de censura en la cámara que acarreó su dimisión.

Los tratados menores

Después de concluida la conferencia de París, los aliados iniciaron las negociaciones de paz con las restantes potencias derrotadas. El 19 de septiembre se suscribía el tratado de Saint Germain (París) con Austria, por el que ésta se comprometía a ceder a Italia territorios en Carniola, Carintia, Kustenland y el Tirol del Sur, y a Yugoslavia el resto de Carniola, el sureste de Carintia, Dalmacia y el sur de Estiria. Al mismo tiempo, el nuevo Estado húngaro cedía Burgenland a Austria, y Rumania cobraba la Bucovina austríaca. Finalmente, Checoslovaquia quedaba integrada por Bohemia, Moravia, parte de la Baja Austria y parte de Silesia, todos ellos territorios que habían formado parte del Imperio austro-húngaro. El nuevo Estado se reduciría a un Ejército de 30.000 hombres, carecería de Marina y se convertiría en República.

El 27 de noviembre, siempre de 1919, se firmaba en Neuilly (París) el tratado de paz con Bulgaria, por el que la Dobrudja quedaba en manos de Rumania, y se producía una rectificación territorial en favor de Yugoslavia. Finalmente, Tracia era entregada a Grecia, con lo que Bulgaria quedaba sin costa en el Egeo. El Ejército no pasaría de 20.000 hombres.

El tratado con Hungría no se firmó hasta el 2 de junio de 1920 a causa de una insurrección comunista, que había tomado brevemente el poder en Budapest. Eslovaquia y la Rusia subcarpática quedaban incorporadas a Checoslovaquia, y Croacia y Eslovenia a Yugoslavia. Rumania recibía Transilvania y el Banato, todos ellos territorios que integraban la parte de dominación húngara del extinto imperio. El Ejército no podría exceder los 30.000 hombres y Hungría quedaba sin salida al mar.

El 10 de agosto se firmaba en Sévres la paz con Turquía, que establecía la virtual desaparición de un Estado turco viable. Grecia se quedaba con la Tracia oriental y Esmirna, los italianos con Antalia, los franceses con Cilicia; se crearía un Estado armenio independiente en el norte, y un Kurdistán autónomo al este, y sobre el resto de Anatolia habría un protectorado virtual francobritánico. El Ejército quedaba reducido a 50.000 hombres, se entregaba la flota, y el Bósforo debería ser desmilitarizado.



Ullstein

— 3 —

Conformément aux dispositions des clauses finales précitées, le Gouvernement français donnera avis aux Puissances contractantes des dépôts des Instruments des Ratifications ultérieurement effectués par les États qui sont signataires desdits Traité, Protocole et Arrangement et qui n'ont pas été en mesure de procéder dès aujourd'hui à cette formalité.

EN FOI DE QUOI, les soussignés ont dressé le présent procès-verbal et y ont apposé leurs cachets.

Fait à Paris, le dix janvier 1920, à seize heures quinze minutes.

Collection Viollet





Paralelamente, los japoneses, con un fino sentido del *timing*, aprovecharon la espantada italiana para amenazar con hacer otro tanto si no se les daba la razón en el tema de Shantung. Aquí las fuerzas estaban más igualadas, pues si Wilson tenía compromisos con China, Lloyd George sostenía las pretensiones de Tokio y el presidente norteamericano acabó por ceder, cubriéndose con la hoja de parra de la garantía japonesa de que algún día el territorio debería volver a China. Con esto y el acobardado regreso de Orlando se alejó el fantasma de una escisión de los vencedores a doble banda.

En la página anterior, arriba, mapa con los territorios perdidos por Alemania y los sometidos a plebiscito; abajo, la última página del Tratado de Versalles.

En esta página, arriba, dos mapas de Europa: a la izquierda, las alianzas de 1917, y a la derecha, la disposición de las fronteras en 1923.

En esta página, abajo, la firma del tratado, el 28 de junio de 1919.



La firma de Alemania

Decididos los términos de la paz a fines de abril, se planteó el problema de su presentación a Alemania.

El 25 de abril se informó a Berlín de que el tratado estaba listo para que lo firmaran sus plenipotenciarios, pero el ministro de Asuntos Exteriores alemán, conde Brockdorff-Rantzau, ofendido, replicó que enviaría a sus delegados para recibir el proyecto y transmitirlo al Gobierno. Nada de eso, contestó Clemenceau, han de venir para firmar y basta. El inútil intento de contactar a Londres y Washington para explotar sus diferencias con Francia hizo ceder a Alemania, que situó a sus delegados en París el día 30. Pese a ello, no recibieron comunicación de presentarse en la conferencia hasta el 7 de mayo y, aun así, bajo la advertencia de que no podían tomar la palabra sino hacer sus observaciones por escrito, para lo que disponían de un plazo de 15 días. Tras algunas dilaciones consentidas por los aliados, Brockdorff-Rantzau, presente en París, dio la respuesta alemana el 29 de mayo. Berlín aceptaba la devolución de Alsacia-Lorena tras un plebiscito que decidiese la cuestión; estaba dispuesta a reducir su Ejército a un contingente de 100.000 hombres, pero insistía en entrar en la Sociedad de Naciones; concedería una salida al mar a los polacos; entregaría sus colonias a cambio de recibir también un mandato; y, a título de reparaciones, ofrecía 100.000 millones de marcos oro, de los que 20.000 millones se abonarían antes del 1 de mayo de 1926. Por añadidura, Alemania no se reconocía culpable de la guerra, contrariamente a lo que consagraba el grueso libro de la paz.

Tras un breve interludio, el 16 de junio Clemenceau repitió la ceremonia de un mes antes con la entrega a los delegados alemanes de la última versión de paz aliada. En ella, Francia renunciaba al mandato directo sobre el Sarre, lo que ya había concedido a Wilson, y en la Alta Silesia, territorio prometido a Polonia, se admitía la idea del plebiscito. El grueso tomo presentaba correcciones hechas a mano, en un postrer gesto de desprecio a los germanos. Éstos tenían cinco días para responder, pero ya sin posibilidad de enmienda. Era un lo toma o lo deja, en el que el lo deja equivalía a la reanudación de la guerra. Berlín se rindió, finalmente, a lo inevitable y el 22 de junio la Asamblea Nacional aprobó por 237 votos contra 138 la aceptación de las condiciones impuestas, con la única salvedad de no reconocer culpabilidad alguna. El nuevo ministro de


El Estado Mayor inglés pasando por el Arco de Triunfo, durante el desfile de la victoria, el 14 de julio de 1919.

F. K. Ralois

Asuntos Exteriores alemán, el socialdemócrata Hermann Müller, suscribió la paz en la Galería de los Espejos de Versalles, el 28 de junio de 1919. Con este acto se ponía fin formalmente a la Primera Guerra Mundial.

Las cláusulas del tratado

Las cláusulas del tratado establecían la devolución de Alsacia-Lorena, según el trazado de 1870, con la inclusión de todos los puentes sobre el Rin. Las minas del Sarre pasaban a propiedad de Francia y la administración del territorio quedaba en manos de la Sociedad de Naciones por un periodo de 15 años, tras el que un plebiscito arbitraría sobre el tema. La orilla izquierda del Rin estaría bajo ocupación anglo-francesa, también durante 15 años. En las regiones de Eupen y Malmèdy se celebraría otro plebiscito, que, eventualmente, daría la soberanía a Bélgica. Esto mismo se preveía para los territorios en litigio en Schleswig-Holstein, desgajados de Dinamarca por la guerra de 1860, y que hecha la consulta también optaron por Copenhague. Alemania renunciaba a una parte de Silesia en favor de Checoslovaquia, y en favor de Polonia a un sector de Pomerania, así como a grandes extensiones de las dos Prusias. Varsovia adquiría un corredor que cortaba territorio alemán hasta el mar, y su desembocadura, la ciudad de Dantzig, se constituía en ciudad libre bajo protección de la Sociedad de Naciones, incorporada al sistema aduanero polaco. Por último, se reconocía la independencia austríaca, así como la de Checoslovaquia y Polonia, estados surgidos o revividos por la derrota alemana.

Fuera de Europa, Alemania renunciaba a todas sus colonias, que se repartían los vencedores. El Camerún se dividía entre Francia y Gran Bretaña y a la primera le correspondía Togo, mientras la segunda heredaba Tanganyka (hoy, Tanzania). La actual Namibia pasaba a la Unión Sudafricana, Australia recibía parte de Nueva Guinea, y a Nueva Zelanda le «tocaba» Samoa. Finalmente, las islas alemanas del Pacífico al norte del Ecuador, la región de Kiao-Chao y la península de Shantung, ambos territorios reclamados por China, pasaban a manos japonesas.

El Ejército alemán, compuesto de voluntarios, no debía superar los 100.000 hombres con 4.000 oficiales incluidos en el contingente. El Estado Mayor era disuelto, y la Marina quedaba reducida a seis acorazados, seis cruceros ligeros y 24 buques menores, pequeña venganza de Clemenceau contra lo que denominaba «clemencia territorial» de los anglosajones.

En el aspecto económico se creaba una comisión de reparaciones que antes del 1 de mayo de 1921 debía determinar el monto de la cantidad a pagar por Alemania en un plazo de 30 años, y, en cualquier caso, antes de esa fecha tenía que satisfacer una primera entrega de 20 millones de marcos en oro o especies. Además, Alemania debía rendir todos los mercantes de más de 1.600 toneladas, la mitad de los de más de 1.000, un tercio de los pesqueros y un quinto de la flotilla fluvial. En un plazo de 10 años había de facilitar 140 millones de toneladas de carbón a Francia, 80 a Bélgica y 77 a Italia, así como entregar a los aliados la mitad de sus existencias de colorantes y productos químicos y la cuarta parte de su producción futura hasta 1925. La mayor parte de estas condiciones no se cumplirían por la imposibilidad no sólo de atenderlas, sino de controlar con ese detalle la economía alemana.

Berlín renunciaba a cualquier derecho en Asia o África y reconocía el protectorado francés en Marruecos y el dominio británico sobre Egipto, y, de una manera muy particular, por un suplemento secreto al artículo 433, se aceptaba que Alemania mantuviera sus tropas en el Este, es decir, a las puertas de Rusia, donde la Revolución soviética había derrocado al régimen zarista. De esta forma, Rusia, que había sido el convidado invisible de una parte de los trabajos de la conferencia, jugaba como factor disuasorio para que los aliados consumaran la anulación total de la potencia económica y militar de Alemania. No era desdeñable que una Alemania, incluso debilitada, siguiera ejerciendo ciertas funciones de «secante» entre la nueva Rusia y la vieja Europa.